

EPISTOLARIO

LIBRO DE LAS CARTAS DE SANTA HILDEGARDA ABADESA CONTENIENDO

Varias cartas de sumos pontífices, emperadores, patriarcas, arzobispos, obispos, duques, príncipes y muchos otros magnates de ambos estados, secular y eclesiástico, dirigidas a santa Hildegarda, y las santas respuestas de ella a los mismos.

PRIMERA EPÍSTOLA.

EUGENIO PONTÍFICE A HILDEGARDA. Con la autoridad apostólica le concede licencia para pronunciar y escribir todo lo que hubiera conocido por el Espíritu Santo, y la anima a que sin temor escriba lo que le ha sido revelado. (G)*

EUGENIO, siervo de los siervos de Dios, a la amada hija en el Señor HILDEGARDA, prepositora en el monte del Beato Roberto, salud y bendición apostólica.

Nos asombramos, oh hija, y más allá de lo que se puede creer, nos asombramos, porque Dios ya en nuestros tiempos muestra nuevos milagros, al haberte llenado con su espíritu de tal manera que se dice que ves, entiendes y expresas muchos secretos. Esto lo hemos percibido de personas verídicas, quienes confiesan haberte visto y oído. Pero, ¿qué podemos decir nosotros a esto, quienes teniendo la llave del conocimiento, de tal manera que podemos cerrar y abrir, y por necesidad descuidamos hacerlo prudentemente? Nos congratulamos, pues, de la gracia de Dios, nos congratulamos también de tu amor, advirtiéndote esto, que sepas que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV). Conserva y guarda, pues, esta gracia que está en ti, de tal manera que lo que sientas que debe ser expresado en el espíritu, lo expresas prudentemente, para que escuches aquello: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXX). Pero lo que nos insinuaste sobre aquel lugar que en espíritu preveíste, esto se haga con nuestra permisión y bendición y la de tu obispo, de tal manera que allí vivas regularmente con tus hermanas según la Regla de San Benito bajo la clausura de ese mismo lugar.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Advierte al Pontífice sobre los misterios que tenía en su corazón e indica la voluntad divina y el beneplácito respecto a estos.

Oh Padre misericordioso, yo, una mujer humilde, te escribí esto en una verdadera visión, en un soplo místico, tal como Dios quiso enseñarme. Oh Padre resplandeciente, en tu nombre viniste a nuestra tierra, como Dios lo predestinó, y viste los escritos de visiones verdaderas, tal como la luz viviente me enseñó, y la escuchaste con los abrazos de tu corazón. Ahora ha terminado parte de esta escritura. Sin embargo, esa misma luz no me ha dejado, sino que arde en mi alma, como la he tenido desde mi infancia. Por lo tanto, ahora te envío estas cartas en verdadera advertencia de Dios. Y mi alma desea que la luz de la luz brille en ti, infunda ojos puros y despierte tu espíritu para la obra de esta escritura, para que tu alma sea coronada con lo que agrada a Dios; porque muchos sabios de las entrañas terrenales esparcen esto en cambio de sus mentes debido a la pobre forma que fue edificada en la costilla, y que es ignorante de los filósofos. Tú, por lo tanto, Padre de los peregrinos, escucha a aquel que es el Rey más fuerte, y se sentó en su palacio, y tenía grandes columnas frente a él, ceñidas con cinturones de oro, y muy adornadas con muchas perlas y piedras preciosas. Pero a este rey le agradó que tocara una pequeña pluma, para que volara en milagros, y un viento fuerte la sostuvo para que no desfalleciera. Ahora nuevamente te dice, quien es la luz viviente en las alturas, y brilla en el abismo, y se oculta en el secreto de los corazones oyentes: Prepara esta

escritura para el oído de los que me reciben, y hazla verde en el jugo de un dulce sabor, y raíz de ramas, y hoja voladora contra el diablo, y vivirás para siempre. Cuida de no despreciar estos misterios de Dios, porque son necesarios en esa necesidad que está oculta, y que aún no aparece abiertamente. Que un aroma suavísimo esté en ti, y no te canses en el camino recto. Pero aquel que habla, y no calla, dice esto por la debilidad de aquellos que son ciegos para ver, y sordos para oír, y mudos para hablar en las insidias nocturnas del lazo mortal de las costumbres ladronas. ¿Qué dice? La espada brilla y gira, matando a aquellos que son de mente perversa. Oh tú que en tu persona eres una coraza resplandeciente, y la primera raíz en las nuevas bodas de Cristo, y dividido en dos partes, en esta parte, que tu alma se ha renovado en la mística flor de la virginidad: y en esta parte, que eres la raíz de la Iglesia, escucha a aquel que es agudo en el nombre, y fluye en el torrente, diciéndote: No rechaces ojo por ojo, ni cortes luz de luz, sino mantente en el camino llano, para que no seas acusado en el alma por las causas de aquellos que han sido puestas en tu seno, ni permitas que se hundan en el lago de la perdición por el poder de los prelados convivientes. Una gema yace en el camino; pero un oso que viene, y la ve muy elegante, extiende su pata, y quiere levantarla y ponerla en su seno. Pero de repente viene un águila, arrebatada la gema y la envuelve en el abrigo de sus alas, y la lleva a los recintos del palacio del rey. Y esa misma gema da mucho resplandor ante el rostro del rey, por lo que es muy amada por el rey; y el rey, por amor a esa gema, le da al águila zapatos de oro, y la alaba mucho por su probidad. Ahora tú que estás sentado en lugar de Cristo en el cuidado de la cátedra eclesiástica, elige la mejor parte para ti, para que seas un águila, superando al oso, y para que en las almas que te han sido confiadas adornes los recintos de la Iglesia, para que viniendo en zapatos de oro, te sustraigas a ti mismo de lo ajeno. Pues el ojo viviente ve y dice, quien es sabio, y discierne todas las criaturas, quien también las despierta a todas, y vigila: Los valles lloran sobre los montes, y los montes caen sobre los valles. ¿Cómo? Los súbditos han sido despojados de la disciplina del temor de Dios, y han sido incitados por la rabia a ascender a las cumbres de los montes, a acusar a los prelados: y su temeridad no acusa sus malas obras. Pero dicen: Soy útil para ser prelado por utilidad. Y todas las obras de los prelados son indignas, porque desprecian ser superiores a ellos mismos. Porque los súbditos ya son nubes negras, y no están ceñidos en sus muslos, sino que dispersan todas las instituciones del campo, diciendo que estas son viles. Y hacen esto, porque son venenosos por la envidia. El hombre pobre tiene una gran necesidad cuando sus vestiduras están rasgadas, siempre mirando a otro, considerando qué color tiene la vestimenta de aquel, y no lava la suya de la suciedad. Pero los montes saltan sobre la llave del camino de la verdad, y sus caminos no están preparados para volar al monte de la mirra (Cant. IV). Por eso las estrellas están oscurecidas por una nube diversa. La luna está, las estrellas claman que la luna cae. El sol las oprime, porque ninguna de ellas brilla, sino que están implicadas en el torbellino.

Por lo tanto, oh gran pastor, y nombrado después de Cristo, ofrece luz a los montes y vara a los valles. Da preceptos a los maestros y disciplina a los súbditos: justicia a los montes ungidos con aceite, y a los valles el lazo de la obediencia, mezclado con buen olor, y hazles caminos rectos, para que no aparezcan viles ante el Sol de justicia. Hazlos puros para que tengas ojos en todas partes. Que tu mente sea regada por una fuente pura, para que brilles con el sol e imites al Cordero. La humilde forma tiembla al hablar en el sonido de las palabras a tan gran maestro. Pero, oh Padre amable, antiguo varón y magnífico guerrero dice esto: escucha, pues: Del supremo juez se dirigirá a ti, para que erradiques a los tiranos graves e impíos, y los expulses de ti, para que no permanezcan en gran burla en tu sociedad. Sé, sin embargo, misericordioso con las aflicciones públicas y privadas, porque Dios no desprecia a los heridos, ni desprecia los dolores de los que tiemblan ante Él. Por lo tanto, oh pastor de ovejas, escucha esto sobre los que trabajan en la fatiga de muchos. La luz dice: Los juicios de

Dios son místicos sobre cada uno según su mérito. Sin embargo, muchos hombres quieren tener escrutinio por su celo, y por la ignorancia de sus costumbres, pero no conocen mi juicio. Por lo tanto, en su estimación mienten en exceso, como lobos que arrebatan la presa. Por eso, aunque el hombre sea digno de ser juzgado por sus crímenes, no me agrada que el hombre quiera tener juicio para sí mismo según su propio criterio. Y esto no lo quiero. Pero tú discierne cada causa según las entrañas maternas de la misericordia de Dios, que no separa de sí al mendigo y al necesitado, porque prefiere la misericordia al sacrificio (Oseas VI; Mateo IX, XII). Ahora, pues, los negros quieren lavar su negrura por su propia torpeza, pero ellos mismos están contaminados y sordos, yacen en la fosa. Levántalos y ayuda a los pequeños. Tú, que eres pastor de los pueblos, escucha para que vivas eternamente. La luz viviente dice: Di al pueblo audaz que encuentra terrores en el camino de los caminos errantes: Un cierto Señor tenía una ciudad de mármol; y los cazadores que venían, miraban esa ciudad, queriendo dispersar sus rectas instituciones, que aparecieron en aquella flor que la mente virginal encontró. Y he aquí un gran y alto monte, muy elegante y hecho de piedras pulidas, apareció hacia el oriente, sobre el cual se erigía un edificio hacia el oriente, hecho de maderas y piedras de construcción común. Entonces vinieron muchos arroyos, como desde el medio del oriente, fluyendo hacia el mismo edificio; y en el mismo edificio había un fortísimo olor a buen vino, pero mezclado con agua. Y mucha gente cayó en el mismo edificio, caminando en él con el cuerpo encorvado. Pero otros estaban en un cierto valle frente al monte mencionado, y observaban a aquellos que iban encorvados en el mismo edificio. Y he aquí, sobre el mismo monte también había otro edificio de mármol de piedra blanquísima e íntegra, como una gran torre hacia el norte, en una ampolla muy luminosa, llena del mejor bálsamo, colgando como fuego ardiente, y en cuyo pavimento mucho aceite se derramaba. Pero sin embargo, el viento que a veces venía del norte, movía ese bálsamo y aceite. Entonces muchos del pueblo vinieron al mismo edificio, quienes también eran rociados con ese aceite, y eran marcados con ese bálsamo en sus frentes. Y se hizo una voz del cielo, diciendo: Estos están marcados. Y los que fueron marcados de esta manera, no pudieron lavar esta marca, sino que permanecieron así marcados, como también aquellos que han renacido en Cristo deben conservar su bautismo. Pero los que estaban marcados, no pasaban a aquellos que no estaban marcados, ni aceptaban su sociedad, porque si lo hicieran, serían llamados necios e inútiles; pero los que no estaban marcados, pasaban a aquellos que estaban marcados, y aceptaban su sociedad, y de allí elegían la mejor parte para sí mismos. Como una estrella multiplica su esplendor en la nube, y como una forma femenina es coronada en la virginidad. Y un gran hombre ceñido con un cinturón de oro, de pie sobre los mismos edificios, puso su brazo derecho sobre el edificio de mármol, y el izquierdo sobre el otro. Este entendimiento es para dos instrumentos de la dignidad eclesiástica. Pues el Padre Omnipotente instituyó una parte noble separada de las causas seculares, y ardiente fuertemente en sus secretos ante Dios: la cual algunos insidiosos, despreciándola, quieren destruir su rectitud, que apareció manifestamente en el Hijo de Dios. Pero sin embargo, el monte de la justicia pulido en muchas justificaciones, asciende en el nacimiento de la verdad, en el cual surge una institución útil tendiendo a Dios, y sin embargo asistiendo a los hombres, proporcionando luz de utilidad a los hombres, de modo que también mucha doctrina y el olor de las escrituras rectas fluyen hacia él desde el vigor de la verdad; las cuales algunos de ellos muchas veces vierten en diversas direcciones sin razón. Por lo tanto, muchos en él caminan encorvados en la depravación, de modo que incluso algunos codiciando las cosas terrenales, imitan su torpeza. Pero también en el mismo monte de la justicia, la parte mencionada, ardiente en sus secretos ante Dios, en su integridad, para resistir al diablo, se levanta, teniendo la mejor parte en Dios, mostrando misericordia en su ejemplo. Pero sin embargo, muchas tentaciones enviadas por el diablo inquietan la mejor parte y esa misma misericordia. Sin embargo, muchos hombres pasan a esa misma parte, y obtienen la verdadera misericordia, cuando

eligen la mejor parte para sí mismos. Por lo tanto, también se dice que están marcados ante Dios. Y los que reciben la marca de esta parte, permanecen firmemente en ella como en su bautismo. Por lo tanto, no descienden socialmente a los suyos que no tienen la misma marca, para no volverse vacíos como necios; y los que no tienen la marca de la misma parte, ascienden socialmente al mismo orden, y así se multiplican en muchos bienes. Lo cual también muestra aquel que está ceñido con un cinturón de oro (Apoc. I), demostrando ser Dios y hombre, gobernando a ambos, es decir, a estos y aquellos con el brazo de su fortaleza: protege a estos de tal manera que ardan fuertemente en él, rechazando las cosas seculares, y con el brazo de su mansedumbre cubre a aquellos, de modo que sean útiles en la protección divina, proporcionando útilmente la luz de la verdad a sus prójimos.

Ahora tú, que eres Padre de los pueblos, discierne con claridad estas palabras, dirigidas a ti desde el supremo juez por la necesidad de los errantes, porque la soberbia quiere oprimir la humildad, lo cual no debe ser, así como sería inconveniente si la luna quisiera luchar con el sol, deseando hacer su resplandor semejante al de él. Por lo tanto, debido a esta inapropiada conveniencia, la fuente de las aguas clama a ti, su imitador: Por mí, que soy vivo y agudo, reprime y corrige a los oscuros insidiosos y a los espías furtivos que se convierten en plomo en los tortuosos pecados, y que son rociados desde el norte en la maldad del diablo, y que se extienden contrariamente hacia la cabeza de sus prelados por la excesiva iniquidad. Expúlsalos, pues, del cuidado pastoral, que lleva el castigo de los perros. Y aunque algunos prelados estén oscurecidos por la vicisitud de las costumbres, no conviene que algunos de ellos sean rechazados por ciertos súbditos. Por eso, observa esto con el ojo más puro, para que no falte tu honor, que por su nombre toca a aquel que fue, y es recto y justo, preparando sus caminos en todos sus instrumentos, previendo todo antes de los días antiguos. Que él haga puros tus ojos, que no desprecia al huérfano y al pobre (Salmo IX), porque eres monte de mirra e incienso (Cantar de los Cantares IV) sobre los valles de los pozos de suciedad. Escucha, pues, a aquel que siempre vigila con ojos vivientes, y que no se cansa por las tormentas, que son parte del cáliz de aquellos que se asemejan a ídolos como si fueran duros por su prosperidad. Pero tú, que deseas tener el poder del gran honor en el palacio del rey, extiende la justicia del Supremo para su honor. Esto te conviene, por ti, por tu claro nombre. Ahora, pues, mira al dador ígneo, que infunde buen entendimiento a los hombres. Pero, ¿quién puede sonar contra esa voz? ¿Puede esta voz hacer volar una pequeña pluma de tal manera que ninguna espada pueda moverse contra esa misma pluma? Puede. Ahora tú, oh imitador de la excelsa persona, la fuente viva clama esto a ti, porque no te conviene tener los ojos de los ciegos, y las huellas de las costumbres viperinas, y el robo furtivo, desnudando el altar de Dios. ¿Y por qué harías esto? Pero quien lo hace, no puede desatar la correa del calzado del cuerpo del Señor. Por eso, oh todos, castigaos. Yo, sin embargo, oh Padre, en el lugar celestialmente mostrado a mí, según las palabras de tu bendición, según la Regla de San Benito, permanezco bajo el cierre de ese mismo lugar con mis hermanas, y deseo que esto se observe siempre tanto en vida como en muerte.

SEGUNDA EPÍSTOLA.

ANASTASIO PAPA A HILDEGARDA. Aprueba sus escritos. Ruega que eleve oraciones a Dios por él. (G)*

ANASTASIO obispo, siervo de los siervos de Dios, a HILDEGARDA, amada hija en Cristo, salud y bendición apostólica.

Exultamos en el Señor y nos alegramos de que el nombre de Cristo se glorifique en ti día tras día, de tal manera que, admirados, digamos: ¿Quién como tú entre los fuertes, Señor? ¿Quién como tú? Magnífico en santidad, terrible y digno de alabanza, haciendo maravillas (Éxodo XV). Pues hemos oído y visto mucho sobre ti. Sabemos también que nuestro predecesor de piadosa memoria, a quien sucedimos por la gracia divina para nutrir a la esposa de Cristo, te amó, abrazó y escuchó con gran afecto. Siguiendo sus huellas, hemos querido escribirte y deseamos ver tus respuestas, buscando aquello que Dios obra en ti, aunque nosotros cojamos en las cosas buenas, en las cuales suspiramos tanto por el cansancio de nuestro cuerpo como de nuestra mente, ya que por nuestra negligencia no nos elevamos hacia lo celestial como deberíamos: pero el conocedor de lo oculto sabe tanto nuestra voluntad como nuestra capacidad. Por tanto, te amonestamos, rogamos y encarecidamente te encargamos que, junto con tus hermanas, eleves oraciones al Señor, para que por su virtud podamos levantarnos hacia la justicia, de modo que por esto obtengamos las recompensas eternas, sin dejar de anhelarlas en esta vida presente. Que la paz sea contigo y con todos los tuyos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta al Pontífice en nombre de Dios a erradicar el mal con firmeza. Luego predice varias cosas proféticamente y añade algunas de sus visiones. Nuevamente exhorta a Anastasio a corregir a sus subordinados.

Oh persona, que eres una armadura preeminente y un monte de instrucción de la ciudad muy adornada, que has sido establecida en el desposorio de Cristo, escucha a aquel que no ha comenzado a vivir, ni se cansa en la decadencia. Oh hombre, que en el ojo de tu conocimiento estás cansado de refrenar las grandilocuencias del orgullo, en los hombres puestos en tu seno, ¿por qué no rescatas a los náufragos que no pueden levantarse de sus grandes caídas sino por ayuda? ¿Y por qué no cortas la raíz del mal, que ahoga las hierbas buenas y útiles, que tienen un dulce sabor y un suave aroma? Descuidas a la hija del rey, es decir, la justicia, que está en los abrazos celestiales, y que te había sido encomendada. Pues permites que esta hija del rey sea postrada sobre la tierra, porque la diadema y el adorno de su túnica son desgarrados por la rusticidad de los diversos modos de aquellos hombres, que ladran a semejanza de perros, y a semejanza de gallinas, que a veces intentan cantar en las noches, emiten una exaltación inapropiada de sus voces. Estos son simuladores, mostrando en sus voces una paz fingida, pero entre ellos en sus corazones rechinan los dientes, como el perro que mueve su cola a los compañeros que conoce, pero muerde con sus dientes al buen soldado que es útil en la casa del rey. ¿Por qué soportas los malos hábitos en los hombres, que están en las tinieblas de la insensatez, recogiendo para sí todo lo nocivo, como la gallina que clama en la noche, infundiéndose terror a sí misma: quienes así actúan, no están en la raíz de la utilidad?

Escucha, pues, oh hombre, a aquel que ama profundamente la aguda discreción, la cual ha instituido como el máximo instrumento de rectitud, para que luche contra el mal. Esto no haces tú, cuando no erradicas el mal que desea sofocar el bien. Pero permites que el mal se eleve con soberbia; y esto lo haces por temor a aquellos que son los peores insidiadores en las emboscadas nocturnas, amando más el dinero de la muerte que a la hermosa hija del rey, es decir, la justicia. Sin embargo, todas las obras que Dios ha realizado son clarísimas. Escucha, oh hombre. Pues el Padre supremo, antes del surgimiento del mundo, en su secreto exclamó: Oh mi Hijo. Y el globo del mundo surgió, acogiendo lo que el Padre exclamó, aunque con las diversas especies de criaturas aún ocultas en la oscuridad. En lo que está escrito, Y dijo Dios: Hágase (Gén. I), las diversas especies de criaturas procedieron. Así, por la palabra y a causa de la palabra del Padre, todas las criaturas fueron hechas en la voluntad del Padre. Pero Dios todo lo ve y todo lo ha previsto. Sin embargo, el mal, ni al surgir ni al caer, puede hacer, crear

o operar algo por sí mismo, porque no es nada, sino que se considera solo una opción engañosa y una opinión contraria, de modo que el hombre obra el mal cuando hace lo que es contrario. Pero Dios envió a su Hijo al mundo, para que el diablo, que al abrazar el mal lo conoció y se lo sugirió al hombre, fuera superado por él, y para que también el hombre, que había perecido por el mal, fuera redimido. Por lo tanto, Dios desprecia las obras perversas, a saber, las fornicaciones, homicidios, robos, sediciones, tiranías y simulaciones de los hombres inicuos, ya que las destruyó por medio de su Hijo, quien dispersó por completo los despojos del tirano del infierno.

Por tanto tú, oh hombre, que te sientas en la cátedra principal del Señor, desprecias cuando abrazas el mal, de tal manera que no lo rechazas, sino que lo besas, ya que lo sostienes en silencio en los hombres perversos. Y por eso toda la tierra se turba por la gran sucesión de errores, porque lo que Dios destruyó, el hombre ama. Y tú, oh Roma, como si yacieras en los extremos, te turbarás de tal manera que la fortaleza de tus pies sobre los cuales hasta ahora te has mantenido, languidecerá, porque a la hija del Rey, es decir, la justicia, no la amas con ardiente amor, sino casi en un letargo de sueño, de tal manera que la expulsas de ti: por lo cual ella misma quiere huir de ti, si no la haces volver. Sin embargo, los grandes montes aún te ofrecerán la mejilla de la ayuda, levantándote hacia arriba, y sosteniéndote con los grandes troncos de grandes árboles, de tal manera que no serás completamente destruida en tu honor, es decir, en el decoro del desposorio de Cristo, sino que tendrás algunas alas de tu ornamento, hasta que venga la nieve de las costumbres de diversas irrisiones, que emiten mucha locura. Cuídate, pues, de no querer mezclarte con el rito de los paganos, para que no caigas. Ahora escucha a aquel que vive y no será exterminado. El mundo ahora está en lascivia, después estará en tristeza, luego en terror, de tal manera que los hombres no se preocuparán por ser asesinados. En todas estas cosas hay a veces tiempos de petulancia, y a veces tiempos de contrición, y a veces tiempos de relámpagos y truenos de diversas iniquidades. Pues el ojo se enfurece, la nariz arrebata, la boca mata. Sin embargo, el pecho salvará, donde la aurora, como el esplendor del primer amanecer, aparecerá. Lo que sigue en nuevo deseo y en nuevo estudio, no debe ser dicho. Pero aquel que es grande sin defecto, ahora ha tocado una pequeña morada, para ver ese milagro, y formar letras desconocidas, y pronunciar una lengua desconocida, y para sonar una melodía multiforme, pero consonante consigo mismo. Y se le dijo: Esto que en la lengua mostrada desde arriba a ti, no lo pronuncies según la forma de la costumbre humana, ya que esta costumbre no te ha sido dada, aquel que tiene la lima, no descuide pulir al sonido adecuado de los hombres. Pero tú, oh hombre, apareciendo constituido pastor, levántate, y corre rápidamente hacia la justicia, de tal manera que no seas acusado ante el gran médico de que no has limpiado su redil de la suciedad, ni lo has ungido con aceite. Donde la voluntad no conoce crímenes, y donde el hombre no ha arrebatado el deseo, allí el hombre no cae completamente en juicio profundo. Pero la culpa de esta ignorancia se limpia por los azotes. Por tanto tú, oh hombre, mantente en el camino recto, y Dios te salvará, de tal manera que te llevará de nuevo al establo de bendición y elección, y vivirás eternamente.

EPÍSTOLA III.

ADRIANO PAPA A HILDEGARDA. La exhorta a la perseverancia. (G)*

ADRIANO obispo, siervo de los siervos de Dios, a HILDEGARDA, amada hija en Cristo, priora de San Roberto, salud y bendición apostólica.

Gozamos, hija, y nos regocijamos en el Señor, porque la reputación de tu honestidad se difunde tan ampliamente, que te conviertes para muchos en olor de vida para vida (II Cor. II), y la multitud de fieles clama en tu alabanza: ¿Quién es esta que sube por el desierto como columna de humo? (Cant. III). Por lo tanto, aunque consideramos que tu alma está tan encendida con el fuego del amor divino que no necesitas exhortación para obrar bien, hemos considerado superfluo multiplicar palabras de exhortación para ti, y sostener tu espíritu, suficientemente apoyado en la virtud divina, con alguna suposición de palabras. Sin embargo, porque el fuego se hace más grande cuando sopla el viento, y el caballo veloz es impulsado por las espuelas a correr, hemos considerado proponer a tu religión que no olvides que no al que comienza, sino al que perfecciona, se le debe la palma y la gloria, diciendo el Señor: Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios (Apoc. II). Piensa, pues, hija, que aquella serpiente que expulsó al primer hombre del paraíso, desea perder a los grandes, como Job, y después de devorar a Judas, busca poder para zarandear a los apóstoles (Luc. XXII); y como sabes que muchos son llamados, pero pocos elegidos (Matth. XX), así colócate dentro del número de los pocos, así persiste hasta el fin en santa conversación, así instruye a las hermanas confiadas a tu disposición en obras de salvación, para que con ellas puedas, con la ayuda del Señor, llegar a aquel gozo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (Isa. LXIV; I Cor. II). Además, deseamos escuchar palabras de advertencia sobre ti, porque se dice que estás imbuida del espíritu de los milagros de Dios, de lo cual nos gozamos mucho, y damos gloria a la gracia divina.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Predice al pontífice graves conflictos y lo exhorta a la fortaleza.

Quien da vida a los vivientes, dice: Oh hombre, soportarás con paciencia la terrible dureza de las leonas y la fortaleza de los leopardos, y sentirás el naufragio en la captura de presas, pues a todos estos has sido dado en fatiga a los que corren hacia ti. Tienes, en efecto, un entendimiento inteligible contra las costumbres más feroces de los hombres, en las cuales, con ardor, refrenarás las crines de los caballos que corren, que no cesan de correr hacia los caminos de las presas. Pero, sin embargo, disputando contra ti mismo, te inclinas a veces casi hacia la probidad de algunos hombres, donde ocultas los bolsillos de algunos que han muerto luchando en caminos llanos. Por lo cual sufrirás la lucha de Semeías de las batallas, pero destruirás los restos móviles de aquellos que van al abismo por su aspereza. Sin embargo, tienes una vena de clavos fortísimos, que no va de buen grado hacia los ázimos en forma de sardio.

En el corazón, por tanto, busca la salvación de las aguas, para que no caigas en el torbellino. Sino que en la mansedumbre descanses ante la debilidad y el sufrimiento de aquellos que están mezclados con la maceración de diversas heridas, imitando en esto a tu salvador que te redimió. Pero este grave peso del magisterio que llevas no está en la indignación de Dios, donde incluso las costumbres de los osos y leopardos, y a veces el veneno de las víboras, te encontrarán a ti y a los que te siguen. Pero la espada de Dios los matará, así como entre ellos surgirá un buen líder. Ahora te aconsejo que pongas freno a tus súbditos, y no permitas que hablen mal contra ti.

Por lo tanto, la verdadera luz te dice: ¿Por qué no golpeas a los siervos malvados, que te acechan en secreto, como las arañas que pican? Vigila, pues, con diligencia, lo que exige la causa en las costumbres del pueblo en este tiempo. Oh amabilísimo Padre, recuerda que eres hombre en la tierra, y no temas que Dios te abandone, porque verás su luz.

EPÍSTOLA IV.

HILDEGARDIS AL PAPA ALEJANDRO. Que el abad de San Disibodo contradice los privilegios del monasterio del monte de San Ruperto.

Oh suma y gloriosa persona, que fuiste constituida primeramente por el Verbo de Dios, por el cual toda criatura racional e irracional fue hecha en su género, a ti especialmente el mismo Verbo te concedió las llaves del reino celestial a través del revestimiento de su humanidad, es decir, el poder de atar y desatar (Mat. XVI). Tú también, excelentísimo Padre, eres la materia de todas las personas espirituales, que suenan como trompeta de la justicia de Dios en la Iglesia, la cual resplandece adornada con varios ornamentos, mientras unos a otros ofrecen buenos ejemplos, imitando la vida de los santos: quienes, aunque obran rectamente, atribuyen a Dios, y no a sí mismos, sus acciones, y se alegran de sus buenos imitadores, siguiendo a los santos predecesores, que dominaban su carne y se fortalecían a sí mismos con manifiesta victoria de la milicia celestial luchando contra los vicios del diablo, y con buena voluntad miraban a Dios como ángeles. Así también tú, oh Padre amable, imita al padre benigno que recibió con alegría al hijo penitente que regresaba a él, matando el becerro cebado por él (Luc. XV): y lavó las heridas de los heridos por los ladrones con vino (Luc. X), designando la confusión de la oscuridad, la aspereza de la corrección y la piedad de la misericordia: y sé la estrella matutina, que precede al sol del día, en la Iglesia, que durante mucho tiempo, confundida por la oscuridad del cisma, carece de la luz de la justicia de Dios. Y tú, por tanto, corrige según el celo de Dios, y unge con el óleo de la misericordia a los penitentes, porque Dios prefiere la misericordia al holocausto (Ose. VI).

Ahora, oh amabilísimo Padre, mis hermanas y yo doblamos nuestras rodillas ante tu paternal piedad, rogando que te dignes mirar la pobreza de nuestra humilde condición, que ahora estamos en gran tristeza, porque el abad del monte de San Disibodo y sus hermanos contradicen nuestros privilegios y elección que siempre hemos tenido, de la cual siempre debemos proveer con gran cautela, para que de ninguna manera nos sea arrebatada, porque, si no nos concedieran personas temerosas de Dios y religiosas, como buscamos, la vida espiritual en nosotras se destruiría por completo. Por lo tanto, señor mío, por el Señor ayúdanos, para que podamos obtener nuestra elección, o al menos buscar y recibir libremente a otros que puedan procurarnos según Dios y nuestro beneficio. Ahora nuevamente te rogamos, piadosísimo Padre, que no desprecies nuestra petición ni a estos mensajeros, quienes, advertidos por nuestro fiel amigo, se dirigieron a nosotros solicitándote, y que hagas lo que buscan obtener de ti, para que después del fin de esta vida, que ya declina hacia el ocaso, llegues a la luz inextinguible y escuches la dulce voz del Señor: Bien, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV). Inclina, pues, a nuestras súplicas los oídos de tu piedad, y que para nosotros y para ellos sea un día claro, para que, por la indulgencia de tu generosidad, podamos alegrarnos juntos en el Señor, de modo que tú también goces siempre en la eterna felicidad.

RESPUESTA DEL PAPA ALEJANDRO. AL PREBOSTE WEZELINUS. Sobre el nombramiento del preboste del monasterio del monte de San Ruperto, no obstante la contradicción del abad de San Disibodo.

ALEJANDRO, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo preposito de San Andrés en Colonia, salud y bendición apostólica.

De parte de nuestra amada en Cristo hija Hildegarda, priora del monte de San Roberto en Binga, y de las hermanas del mismo lugar, debes saber que ha llegado a nuestra audiencia que, habiendo elegido para sí un maestro y prelado del monasterio de San Disibodo, como solían hacer, el abad de ese lugar no quiso conceder lo que se había decidido sobre la persona de su monasterio, sino que se negó a asignarles a esa persona. Por lo tanto, dado que es necesario proveer diligentemente a las mencionadas hermanas en lo que concierne a la salvación de las almas, te mandamos por medio de escritos apostólicos que, cuando se te requiera sobre este asunto, convoques a ambas partes a tu presencia, y, habiendo entendido con diligencia las razones sobre la elección del prelado de ambas partes, decidas el caso, mediando la justicia; y si las mencionadas hermanas no pudieran tener un prelado de ese monasterio, haz que al menos tengan uno competente de otro lugar.

EPÍSTOLA V.

HENRICO, ARZOBISPO DE MAGUNCIA, A HILDEGARDA. Que permita a cierta monja, elegida abadesa, partir con aquellos que venían a llevársela.

ENRIQUE, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a HILDEGARDA, amada maestra del monte de San Roberto confesor, su gracia con afecto paternal.

Aunque escuchamos muchos buenos y admirables milagros sobre ti, debemos atribuir a nuestra pereza el hecho de que no te visitemos tan a menudo como podríamos. Sin embargo, ocupados por numerosos asuntos, apenas y con lentitud logramos elevar nuestra alma hacia lo que es eterno. Pero para llegar a lo que pretendemos, te hacemos saber que algunos mensajeros religiosos de una noble iglesia conocida por nosotros han llegado, rogándonos encarecidamente que la hermana que solicitan, quien reside contigo en hábito religioso, les sea concedida como abadesa según su elección. Esto te lo mandamos con la autoridad de nuestra prelación y paternidad, y al mandarlo te lo imponemos, de modo que en el presente la presentes a quienes la buscan y desean, para su magisterio. Si lo haces, experimentarás nuestra gracia más de lo que hasta ahora has sentido; de lo contrario, te lo mandaremos nuevamente con más fuerza, y no cesaremos hasta que cumplas nuestras órdenes en este asunto.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. A ejemplo de Nabucodonosor, predice que Enrique será privado de su dignidad y que no vivirá mucho tiempo, tal como realmente sucedió.

Fuente claro, que no es engañoso, sino justo, dice: Estas causas que se han presentado sobre el poder de esta joven, son inútiles ante Dios, porque yo, alto y profundo y circundante, que soy luz penetrante, ni las establecí ni las elegí, sino que fueron hechas en la audacia conviviente de corazones ignorantes. Todos los fieles escuchen esto con los oídos capaces del corazón, y no con los oídos que escuchan afuera, como el ganado que capta el sonido, y no la palabra. El Espíritu de Dios en celo dice: Oh pastores, lloren y lamenten en este tiempo, porque no saben lo que hacen, cuando dispersan los oficios establecidos en Dios en facultades de dinero, y en la necedad de hombres perversos, que no tienen temor de Dios, donde vuestras maldiciones maliciosas y palabras amenazantes no deben ser escuchadas. Vuestras varas, elevadas de manera soberbia, no están extendidas en Dios, sino en los castigos de la presunción de vuestra voluntad flagitiosa. Pero también aquel que es, oh hombre, te dice: Escucha en qué muchos servicios me descuidas. El cielo de la venganza del Señor está abierto (Éxodo III), y ahora en los enemigos se han soltado las cuerdas. Pero tú levántate, porque tus días son breves (Job XIV), y recuerda que Nabucodonosor cayó, y que

su corona pereció (Daniel IV). Y muchos otros cayeron, que temerariamente se exaltaron en el cielo (Génesis III). ¡Ah! tú, ceniza, ¿por qué no te avergüenzas de esparcirte en lo alto, cuando deberías estar en la podredumbre? Ahora, pues, que los rabiosos se avergüencen. Tú, sin embargo, levántate, y deja la maldición, huyendo de ella.

EPÍSTOLA VI.

ARNOLDO, ARZOBISPO DE MAGUNCIA, A HILDEGARDA. Solicita Santas Oraciones.

ARNOLDO, por la gracia de Dios arzobispo de la sede de Maguncia, a HILDEGARDA, virgen consagrada a Dios y maestra establecida en el monte de San Roberto, su gracia con amor paternal.

Sabemos que el Espíritu sopla donde quiere y como quiere, inspirando (Juan III), distribuyendo a cada uno sus dones según su voluntad (I Cor. XII). Esto decimos sin dudar de ti. Pues, ¿qué hay de extraño en que Él te enseñe con su inspiración, quien en otro tiempo hizo profetas de agricultores y de los que recogían sicómoros (Amós VII), e hizo que una asna hablara con palabras humanas (Núm. XXII)? Por lo tanto, no debemos ni podemos rechazar los dones de Dios. Rogamos, pues, a tu amor que con tus oraciones al Señor nos ayudes, para que nuestros días sean al menos en el temor y amor de nuestro Creador, de modo que, consumados en el bien, merezcamos tener una vida de felicidad perpetua en la longitud de los días.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Reprende severamente a Arnolde y le predice su ruina.

Oh Padre, luz viviente, estas palabras me fueron dadas para ti: ¿Por qué escondes tu rostro de Dios, como si estuvieras en la perturbación de una mente airada? Pues no pronuncio palabras místicas por mí mismo, sino que según ellas veo en la luz viviente, de tal manera que a menudo se me muestran cosas que mi mente no desea y que mi voluntad tampoco busca, pero muchas veces las veo forzado. Sin embargo, pido a Dios que su ayuda no sea para ti como un exilio, y que tu alma sea devota en pura ciencia, mirando en el espejo de la salvación, para que vivas eternamente. Que la espléndida luz de la gracia de Dios nunca se aparte de ti. Pero que la misericordia de Dios te proteja de tal manera que el antiguo engañador no te engañe. Ahora, que tu ojo viva en Dios, y que el verdor de tu alma no se marchite. La luz viviente te dice: ¿Por qué no es fuerte en tu temor? Como si tuvieras celo, como si cribases el trigo, de tal manera que superando derribas lo que te es contrario. Pero no quiero esto. Sin embargo, del ojo de tu corazón limpia la mente inquieta, y de ti mismo y de tu pueblo corta la injusticia, porque el tiempo de las guerras en las costumbres de los hombres ahora se aproxima, de tal manera que no están ni en la disciplina ni en la severidad del temor del Señor. Pero tú no temas corregirlos para el bien, porque si por esto sufrieras tribulación y angustia, no temas, porque el Hijo de Dios sufrió lo mismo. Levántate, pues, hacia el Señor, porque tu tiempo vendrá pronto.

EPÍSTOLA VII.

CRISTIANO, ARZOBISPO DE MAGUNCIA, A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

CRISTIANO, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a HILDEGARDA, amada maestra de las hermanas de San Roberto en Bingen, devoción de su gracia tanto con afecto paternal como filial.

Impedidos por muchísimos asuntos, te escribimos brevemente con un corazón tan dilatado, con todo el esfuerzo de la mente anhelamos tu piadoso amor. Y porque sabemos que estás inspirada por el Espíritu Divino, deseamos tus palabras de exhortación; ya que, mientras intentamos servir exteriormente al reino terrenal, muchas veces descuidamos interiormente al Rey celestial. Por lo tanto, nos encomendamos a tus oraciones y a las de las hermanas que están contigo, para que, ayudados por ellas, seamos clementemente liberados, con la ayuda de Dios, de los torbellinos y tempestades de este siglo, en los cuales estamos muy fatigados. Nosotros, por nuestra parte, tened por seguro que estaremos presentes en todas vuestras necesidades y os ayudaremos en todo lo que Dios nos permita.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le exhorta de manera excelente al cuidado pastoral.

La visión mística te dice: Oh tú, persona de preeminencia, en lugar de Cristo has sido constituido por Él, así como toda potestad proviene de Dios (Rom. XIII). Sin embargo, nadie ha sido hallado semejante a Dios. Él es el Padre de todos, ya que de Él proceden todas las cosas, y por ello las gobierna, y es sacerdote en el oficio sacerdotal, porque a través del sacrificio puro, que se hizo hombre, liberó al hombre. En el juramento, Él es sacerdote, como está escrito: Juró el Señor, y no se arrepentirá; tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX). Dios, en efecto, había predestinado en sí mismo hacerse hombre sin ninguna mancha de pecado, y sin ninguna necesidad de penitencia reparadora, y sin ninguna mezcla y división, que en el hombre están con los pecados, para vencer así el mal, como fue prefigurado en Melquisedec. Pero tú, oh hombre, que ahora estás en el día, antes de que llegue la noche, cuando ya no puedas obrar más, esfuérzate en enseñar a tu pueblo los mandamientos de Dios en el verdadero poder, y en gobernarlo con recta justicia, como Dios lo gobierna, y tenlo en gran estima por medio de la misericordia, ya que Dios lo ha liberado por sí mismo. De tal manera, la magistratura, el dominio y el poder son de Dios. Pero también hazte amigos con el mamón de la iniquidad por medio de la misericordia, para que cuando falles, te reciban en las moradas eternas (Luc. XVI). Ahora, oh Padre y maestro, después de Cristo, escucha a esta humilde forma que te escribe desde la verdadera luz, para que a todos nosotros en necesidad, que a ti acudimos, nos extiendas tu ayuda, de modo que por la alegría que les brindas, seas recibido en el gozo de las moradas eternas, y en la eterna bienaventuranza, para la cual Dios te creó, vivas eternamente.

EPÍSTOLA VIII.

HILDEGARDA AL ARZOBISPO CRISTIANO DE MAGUNCIA. Que, habiendo un joven sido excomulgado en el pasado, pero absuelto hace tiempo, y sepultado en el cementerio del monte de San Ruperto, recibió el mandato de los prelados de Maguncia de ordenar la exhumación del cuerpo, o abstenerse de celebrar los divinos oficios en su iglesia, implora la ayuda del pontífice.

Oh amabilísimo Padre y señor, que en lugar de Jesucristo has sido constituido pastor sobre las ovejas de la Iglesia, humildemente damos gracias al sumo Dios y a tu paternal piedad, porque misericordiosamente has recibido las cartas de nuestra pobreza, y porque te has dignado enviar cartas a nuestros prelados en Maguncia en tu misericordia por nosotros, atribulados y angustiados, y también por las dulces palabras de tu acostumbrada clemencia, con las cuales,

a través del señor Hermann, decano de la iglesia de los Santos Apóstoles en Colonia, hemos sido consoladas y alegradas, de modo que en toda nuestra tribulación y angustia, como hijas, acudimos seguras a ti, amado Padre. Por lo tanto, buen señor, nosotras, tus siervas que estamos sentadas en la tristeza de la tribulación y la angustia, postradas en espíritu de humildad a tus pies, te revelamos llorosamente la causa de nuestro dolor intolerable en pura verdad, con la confianza de que la caridad ardiente, que es Dios (Juan IV), te inspire para que te dignes escuchar misericordiosamente la lamentable voz que en nuestra tribulación afligidas clamamos a ti. Oh benigno Padre, cuando nuestros prelados de Maguncia ordenaron que un joven muerto, absuelto mucho antes de su muerte hace un año y provisto de todos los sacramentos de la fe cristiana, como ya te insinué en cartas anteriores, sepultado entre nosotros, fuera expulsado de nuestro cementerio, o que cesáramos de los divinos oficios, yo miré hacia la verdadera luz, como suelo hacer, y en ella Dios me ordenó que nunca, con mi consentimiento voluntario, fuera expulsado aquel a quien Él mismo había recibido del seno de la Iglesia para ser destinado a la gloria de la salvación, porque de ello nos sobrevendría la oscuridad de un gran peligro, ya que sería contra la voluntad de su verdad. Pues si este temor del Dios omnipotente no me hubiera detenido, les habría obedecido humildemente, y habría concedido con grata voluntad que cualquier muerto que en tu nombre, tú que eres nuestro Señor y abogado, hubieran ordenado sacar, si no estuviera excomulgado, se mantuviera el derecho de la Iglesia.

Cuando, después de algún tiempo, no sin gran dolor y tristeza, cesamos, en una verdadera visión de mi alma por el supremo juez (cuyo mandato no me atreví a resistir), obligada por el peso de una gravísima enfermedad, fui a nuestros prelados en Maguncia y presenté las palabras que había visto en la verdadera luz, tal como él me lo ordenó, escritas para que en ellas conocieran cuál era la voluntad de Dios en este asunto. También, en presencia de ellos, que entonces estaban allí, con amargas lágrimas les pedí perdón, buscándoles misericordia de manera llorosa y suplicante. Pero como sus ojos estaban tan nublados que no pudieron mirarme con ninguna consideración de misericordia, me retiré de ellos llena de lágrimas. Sin embargo, aunque muchas personas se conmovieron con misericordia hacia nosotros, aunque no pudieran ayudarnos según su voluntad, mi fiel amigo, el arzobispo de Colonia, vino a ellos en Maguncia, y con un caballero libre presente, quien quiso probar con testigos suficientes que él y el mencionado difunto, aún viviendo en el cuerpo, habiendo estado juntos en el mismo exceso, también fueron absueltos juntos, en el mismo lugar, a la misma hora, por el mismo sacerdote, estando presente el mismo sacerdote que los absolvió, conocida por ellos la verdad de este asunto, el mismo prelado, confiando en ti, obtuvo la licencia para celebrar los divinos, hasta tu regreso, de manera segura y en paz. Sin embargo, dulcísimo señor, teniendo la máxima confianza en tu misericordia, por esos mismos prelados nuestros, después de su regreso de Roma, recibimos tus cartas de interdicción de los divinos: las cuales, como confío en tu piedad paternal, nunca habrías enviado si hubieras conocido la verdad de este asunto. Así, amabilísimo Padre, estamos en la anterior ligadura, por tu propia orden, en un dolor y tristeza mucho mayores. Por lo tanto, en la visión de mi alma, en la cual nunca me turbaste con ninguna palabra, fui ordenada a decir de corazón y de boca: Es mejor para mí caer en manos de los hombres, que abandonar el mandato de mi Dios (Dan. XIII). Por lo tanto, amabilísimo Padre, te ruego en el amor del Espíritu Santo, que por la piedad del Padre eterno, quien por la salvación del hombre envió su Verbo en la dulce verdor al vientre de la Virgen, no quieras despreciar las lágrimas de tus hijas dolientes y llorosas, que por temor a Dios soportamos las tribulaciones y angustias de esta injusta ligadura. Que el Espíritu Santo te infunda, para que te conmuevas con misericordia hacia nosotros, de modo que también tú, después del fin de tu vida, obtengas misericordia por esto.

EPÍSTOLA IX.

CRISTIANO, ARZOBISPO DE MAGUNCIA, A HILDEGARDA. Compadece su aflicción; ordena que ha comunicado a la Iglesia de Maguncia «que si por la veraz afirmación de hombres buenos se le muestra la absolución del mencionado difunto, se celebren los oficios divinos para las hermanas del monte de San Ruperto.»

CHRISTIANUS, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a la reverenda y en Cristo amada señora HILDEGARDA, y a todas las esposas de Cristo que con ella sirven a Dios, para que asciendan de virtud en virtud, y vean al Dios de los dioses en Sion (Salmo LXXXIII).

Aunque en la admirable y loable potencia de Dios y la clemencia de nuestro Salvador seamos en absoluto insuficientes, e incluso totalmente indignos, para que seamos dignos, amadísima en Cristo señora, confiando diligentemente en tu intercesión, lo seguimos con acción de gracias, de quien descende todo don perfecto y toda dádiva buena, como del Padre de las luces (Sant. I), a quien en tu alma le ha complacido dignamente, y la ha iluminado con su verdadera e inestimable luz, cuya gracia, precediendo y siguiendo, ha sido concedida a tu santa devoción, para sentarte con María a los pies del Señor (Luc. X), y dedicarte a las visiones de la Jerusalén celestial. Estos manifiestos indicios de tu santa conversación y asombrosos testimonios de la verdad, así mantienen nuestra alma, amadísima en Cristo señora, obligada a tus mandatos, por no decir súplicas, que cualquier cosa que sepamos que se acerque a tus santos votos, con razón debemos inclinar la intención de nuestro corazón; esperando, y teniendo la máxima confianza, después de Dios, en tu santidad, que con el santísimo aroma de tus oraciones, recibamos la gracia de Dios que precede y sigue, y que esta nuestra alma pecadora, por la intervención de tu santidad, encuentre finalmente la clemencia de su Creador, complacida con ella. Por eso, sobre la tribulación y aflicción que el sagrado convento sufre contigo por la suspensión de los divinos, tanto más intensamente nos condolamos con ustedes, cuanto más evidentemente podemos percibir su inocencia en esta parte. Pero como constaba que en la iglesia estaba sepultado un difunto que en vida había incurrido en sentencia de excomunión, mientras aún la misma iglesia estaba incierta sobre su absolución, fue demasiado peligroso para ustedes, debido a los estatutos de los santos Padres (no evitables), declinar el clamor del clero y disimular el escándalo de la Iglesia, hasta que con el testimonio idóneo de hombres buenos, se compruebe en presencia de la Iglesia que fue absuelto. Por lo tanto, compadeciéndonos de su aflicción, como es digno, hemos escrito a la Iglesia de Maguncia en este sentido, para que si por la veraz afirmación de hombres buenos se le muestra la absolución del mencionado difunto, les ordenamos que celebren los divinos oficios, rogando y suplicando fervientemente a su santidad, que si por nuestra culpa o ignorancia les hemos molestado en esta parte, no nieguen la misericordia al que pide perdón; y se dignen rogar al Padre de las misericordias, para que nos presente sanos y salvos ante su santo rostro y la Iglesia de Maguncia, para honor de Dios y de su Iglesia, y la salvación de nuestra alma. Que el Señor les conserve la salud y la santidad.

EPÍSTOLA X.

HERTUVIGIO, ARZOBISPO DE BREMEN, A HILDEGARDA. Anuncia el fallecimiento de su hermana, la abadesa Richardis.

HILDEGARDA, maestra de San Roberto en Cristo, HERTUVIGIO, arzobispo de Bremen, y a la abadesa Ricarda, hermana, lo que es en lugar de hermana, y más que hermana, obediencia.

Te notifico que nuestra hermana, aquella que es mía, más bien tuya, mía en cuerpo, tuya en alma, ha entrado en el camino de toda carne, y ha despreciado el honor que le conferí, al obedecer a su Señor, el Rey celestial, en lugar del rey terrenal, y que confesó santa y piadosamente, y fue ungida con el óleo santo después de la confesión, habiendo recibido plena cristiandad, y deseó con todo su corazón, entre lágrimas, tu claustro, encomendándose al Señor por medio de la Madre y Juan, y habiendo sido signada con la señal de la cruz por tercera vez, confesando la Trinidad y la unidad en perfecta fe en Dios, esperanza y caridad, estamos seguros de que falleció el 29 de octubre. Te ruego, por tanto, si soy digno, que la ames tanto como puedas, tanto como ella te amó: y si en algo parece haber fallado, no fue por ella, sino por mí, al menos considera las lágrimas que derramó por dejar este claustro, de las cuales muchos son testigos; y si la muerte no lo hubiera impedido, apenas obtenida la licencia habría venido a ti; y porque fue retenida por la muerte, debes saber que vendré por ella, si a Dios le place. Pero Dios, que es el remunerador de todos los bienes, por los bienes que le ofreciste, sola entre todos, y sobre todos tanto parientes como amigos, de los cuales se congratulaba con Dios y conmigo, te recompense aquí y en el futuro según toda tu voluntad. A tus hermanas, da las gracias por todos sus beneficios.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Alaba a Hertuvigum y a Richardem. Sugiere consejos notables.

Quien en el primer día te vio, y te dio ojos para ver con las alas voladoras de toda criatura, y quien hizo al hombre espejo en la plenitud de todos sus milagros, para que la ciencia de Dios resplandezca en él, como está escrito: Porque dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Salmo LXXXI); que él te mire, y te dirija hacia su voluntad. El hombre toca a Dios, quien no tiene principio ni fin, donde la racionalidad en el hombre imita a Dios, y el conocimiento del bien y del mal muestra a Dios. Así es la rueda de la eternidad. Que también Dios haga que huyas de aquel mal que comenzó en el primer día, y que carece de buena voluntad, y que siempre contradice a Dios. Que también haga en ti ventanas que brillen en la Jerusalén celestial, que son hermosos edificios en virtudes, y te haga volar en los abrazos de la caridad de Dios, como dijo aquel a quien Dios había llenado: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isaías LX.) Y de nuevo: Yo, pobre en forma, vi en ti la luz de la salvación. Ahora cumple los mandamientos de Dios, que su gracia te da, y que el Espíritu Santo te enseña. Pero también en el Espíritu del don místico te digo: Tú eres una persona laudable, que es necesaria para el hombre, teniendo en el altísimo Dios sucesión, que es el oficio pontifical: por eso tu ojo vea a Dios, tu sentido entienda su justicia, y tu corazón arda mucho en el amor de Dios, para que tu alma no desfallezca, sino que esté en el máximo empeño de edificar la torre de la Jerusalén celestial, y Dios te dé una ayudante, a saber, la dulcísima madre misericordia. Sé también estrella luminosa, brillando en las tinieblas de las noches de los hombres perversos; y ciervo veloz corriendo hacia la fuente de agua viva. Mira, porque en este tiempo muchos pastores son ciegos, cojos y rapaces de dinero de muerte, ahogando la justicia de Dios. Pero Dios, que sabe todo, sabe dónde es útil el cuidado pastoral. Por eso el hombre fiel no debe andar buscando prelación. Porque si la busca, en su mente inquieta, deseando más el poder por placer que mirando la voluntad de Dios, es un lobo rapaz en su persona, y su alma nunca busca lo espiritual, sino que allí está la simonía. Por lo tanto, también en espíritu te digo: ¡Oh, qué gran milagro es en la salvación de las almas de aquellos hombres que están en prelación sin simonía, a quienes Dios mira de tal manera que su gloria

en ellos no se oscurece; sino que actúa en ellos como un fuerte guerrero, que se esfuerza para no ser superado por nadie, sino para que su victoria sea estable. Ahora escucha: Así fue hecho en mi hija de Ricardo, a quien llamo mi hija, porque la plena caridad en mi alma fue hacia ella, ya que la luz viviente en la visión más fuerte me enseñó a amarla. Escucha: Dios la tuvo en este cielo, que el placer del mundo no pudo abrazarla; sino que luchó contra ella, aunque ella apareciera como una flor en belleza y decoro en la sinfonía de este mundo. Pero mientras ella aún vivía en el cuerpo, escuché decir de ella en verdadera visión: Oh virginidad, estás en el tálamo real. Ella, en la vara virginal, tiene sociedad en el orden más santo, de donde las hijas de Sion se alegran. Pero sin embargo, la antigua serpiente quiso apartarla del bendito honor por la alta generosidad de la humanidad. Pero el supremo juez atrajo a esta hija mía hacia sí, cortando de ella toda gloria humana. Por lo tanto, mi alma tiene gran confianza en ella, aunque el mundo amara su hermosa forma y prudencia mientras vivía en el cuerpo. Pero Dios la amó más. Por eso Dios no quiso dar a su amiga al amante enemigo, es decir, al mundo. Ahora tú, oh querido, sentado en lugar de Cristo, cumple la voluntad del alma de tu hermana, porque la necesidad de la obediencia lo exige. Y así como ella siempre estuvo solícita por ti, así también ahora sé por su alma, y haz buenas obras según su empeño. Por lo tanto, yo también rechazo ese dolor de mi corazón que me hiciste en esta hija mía. Que Dios te conceda por los sufragios de los santos el rocío de su gracia y la bienaventurada remuneración en el siglo futuro.

CARTA XI.

ARNOLDO, ARZOBISPO DE COLONIA, A HILDEGARDA. Solicita su libro.

ARNOLDO, por la gracia de Dios, arzobispo de Colonia, a HILDEGARDA, lámpara ardiente en la casa del Señor, del monte de San Roberto, que permanezca bajo la protección de Dios del cielo.

Si estáis bien, y todo lo que os rodea es dirigido por el Señor, nos alegramos con vosotros. Y también nosotros, por vuestros méritos, estemos bien. Pues, aunque hace tiempo dispusimos venir a vosotros, no podemos hacerlo, en la medida en que nos es posible en el presente, nos encomendamos a vosotros, ponemos nuestras manos en las vuestras, unimos nuestra fe con la vuestra, os confiamos todo de nosotros. Además, el libro que escribisteis inspirado por el divino Espíritu, sin ninguna excusa, ya que ni queremos ni podemos prescindir de él, ya sea que esté preparado o no, no dudéis en enviárnoslo a través del portador de la presente; no queremos tentar a Dios, sino que deseamos ver sus maravillas.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Habla de manera mística y algo oscura; sin embargo, añade cosas más claras sobre su libro.

En una verdadera visión vi esto, escucha pues: Veo a un hombre de pie en el valle de una gran montaña, que tiene opción en el gusto de su alma. Y el mismo hombre envía la opinión que tiene, a la altura de esa misma montaña, el aire de la montaña la recibe, de tal manera que adquiere un color ígneo, como el aceite que se enciende por el fuego. Pero las aves puras que están separadas de las impuras, vienen y reciben ese aire en sus alas, y de ahí se vuelven rápidas en su vuelo. Viendo esto el nobilísimo Padre, dice: ¿De dónde venís? Ellas responden: Un hombre extraño, de pie en el valle de la montaña, envió hacia nosotros un viento suavísimo a la altura de la misma, y de ahí nos hicimos veloces para volar hacia ti. Y el mismo padre de familia les dice: Aunque este hombre esté lejos de mí, sin embargo, por el curso que os envió hacia mí, quiero amarlo. Quien quiera vigilar bien, que perciba este

entendimiento. Dios muchas veces, por las oraciones de los santos, hace de los lobos corderos, así como también de los pecadores justos. Por lo cual, el que todo lo sabe, dice: Cuida de no amar a Dios en las cavernas de los ladrones y de no nombrarlo en las vanidades, de tal manera que invoques a Dios solo en palabras, y no en obras. A quien habla en palabra, le responderé; pero a quien habla en palabra, le soy ajeno. Pues borro la contumacia, y la contradicción de aquellos que me desprecian, la destruyo por mí misma. ¡Ay, ay del mal de los inicuos que me desprecian! Escucha esto, oh hombre, si quieres vivir; de lo contrario, mi espada te herirá. Ahora bien, oh pastor de tu pueblo, yo, pobre, te he enviado los escritos de estas verdaderas visiones, como pediste, sin contener nada del ingenio humano ni de mi propia voluntad, sino lo que la luz inextinguible quiso manifestar con su composición, y con las mismas palabras, como le agradó, ya que ni siquiera lo que ahora te escribo, es por mi ingenio, ni por ningún juicio humano, sino que ha sido compuesto por revelación celestial.

EPÍSTOLA XII.

EBERARDO, ARZOBISPO DE SALZBURGO, A HILDEGARDA. Se encomienda a las oraciones de la santa y solicita sus cartas.

El ministro y arzobispo de la Iglesia de Juvavia, por la gracia de Dios, aunque indigno, a HILDEGARDA, hermana y maestra de San Roberto en Pingis, lo que valga la oración de un pecador, y después del triunfo de esta carne, entrar en los abrazos del esposo celestial con las vírgenes prudentes (Mat. XXV). Yo, pecador, situado en el valle de lágrimas, golpeado por muchos torbellinos y tempestades del mundo, sufriendo temores internos y luchas externas (II Cor. VII), solicito fervientemente tu amor, para que te dignes derramar oraciones por mí, de modo que la divina misericordia abra sobre mí las entrañas de su piedad y me libere clementemente de todas las tribulaciones, ya que el emperador intenta ahora imponernos violencia debido al cisma que hay en la Iglesia. Tu caridad debe recordar, virgen digna de Dios, que cuando estuve en Maguncia en el carruaje de ese mismo emperador, me encomendé atentamente a tus santas oraciones, para que, por tu intercesión, el estado de mi vida tuviera progreso en el Señor y una feliz consumación. Por lo cual también prometiste a mi pequeñez que, al recibir mis cartas, según lo que el Señor se dignara revelarte, no te negarías a responderme. Mi pequeñez reclama de tu santidad el cumplimiento de esta promesa. Adiós, virgen de Dios, y acuérdate de mí. Sin embargo, lo que sea que respondas, ponlo bajo sello.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Elogia ampliamente a Eberardo. Enseña bellamente que los trabajos externos, asumidos por caridad y obediencia, de ninguna manera perjudican al hombre que ama a Dios.

Oh tú, persona que estás en lugar del Hijo de Dios viviente, veo ahora tu estado, como dos paredes unidas por una piedra angular, de las cuales una aparece como una nube blanca, y la otra algo sombría; sin embargo, de tal manera que ni esa blancura se mezcla con la sombra, ni la misma sombra con la blancura. Esas paredes son tus labores, unidas a tu espíritu, donde por un lado tu intención y tus suspiros anhelan en blancura el camino estrecho hacia Dios, y por el otro, el ámbito de tu trabajo se extiende algo sombrío hacia el pueblo que te está sujeto; de tal manera, que tienes la blancura de tu intención como algo familiar, y la sombra de los trabajos seculares como algo ajeno, y no permites que se mezclen, y por eso frecuentemente tienes fatiga en tu espíritu. Pues no tienes tu intención hacia Dios y tu trabajo hacia el pueblo como uno solo; sino que con buena intención anhelas lo celestial, y cuando procuras al pueblo en Dios, pueden unirse en una sola recompensa; así como Cristo se aferró a lo celestial, y sin embargo se inclinó hacia el pueblo, como está escrito: Yo dije: Sois dioses, y

todos vosotros hijos del Altísimo (Salmo LXXXI; Juan X). Dioses, es decir, en lo celestial, e hijos del Altísimo en la procuración del pueblo. Tú, pues, oh Padre, inunda tus labores con la fuente de sabiduría, que dos hijas han extraído, las cuales están rodeadas de vestiduras reales, a saber, la caridad y la obediencia, ya que la Sabiduría con caridad ordenó todo, sacando muchos riachuelos, como dice: He recorrido sola el círculo del cielo (Eclesiástico XXIV); y porque Dios dio al hombre el mandamiento a través de la obediencia, el vestido de la caridad es el que contempla el rostro de Dios en el orden angélico, pero el vestido de la obediencia es la envoltura de la humanidad del Señor. Estas doncellas tocan a tu puerta, y la caridad te dice: Deseo permanecer contigo, y quiero que me pongas en el lecho de tu cama, y que me tengas en diligente amistad. Pues cuando tocas y limpias las heridas con misericordia, estoy en tu lecho; y cuando sostienes a los simples y bien vivientes con benevolencia en Dios, estoy en tu diligente amistad. Pero también la obediencia te dice: Permanezco contigo por el vínculo de la ley y los mandamientos de Dios. Por tanto, mantenme con fuerza y valentía, no como a un siervo, sino como a una amiga clarísima. Pues en el inicio del bautismo me recibiste, y en algún progreso tuyo me mantuviste, a saber, en la disciplina de la sujeción, y en la prelación donde obedeciste a los mandamientos de Dios. La caridad es mi materia, y de ella nací. Oh Padre, la sabiduría te dice la verdad: Sé como el padre de familia, que escucha a regañadientes la necedad de sus hijos; y sin embargo no abandona su prudencia, así como yo también uno lo celestial y lo terrenal en utilidad del pueblo. Toca y cura las heridas y a los simples y bien vivientes, y ten gozo en ambas partes, con la ayuda de Dios. Ahora, oh Padre, yo, pobre forma, veo que tu voluntad desea la puerta de las virtudes que vendrá a ti, de tal manera que en estas virtudes completarás el molino del fin de tu cuerpo. Que Él, que todo lo escruta, mantenga tu alma y cuerpo en su salvación.

EPÍSTOLA XIII.

HILLINI, ARZOBISPO DE TREVIRIS, A HILDEGARDA. Ruega que «se digne enviarle por escrito algunas gotas de la bodega del rey.»

HILLINUS, por la gracia de Dios humilde ministro y siervo de los Treviros, y asimismo su arzobispo, aunque indigno, a HILDEGARDA, clarísima hermana, seguir al Cordero y Esposo dondequiera que vaya (Apoc. XIV).

Puesto que la sabiduría de Dios elige lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. I), le ha complacido elegir en tu virginidad una morada agradable, derramando en ti con mayor abundancia la gracia de su luz en el espíritu de consejo y de ciencia más amplia, cuya efusión de luz, según creo, ha querido también que, por medio de ti, madre venerable y digna de ser abrazada con la más sincera caridad, se exciten y se iluminen las mentes de otros hacia estudios mejores y más cercanos a la salvación (Hebr. VI). Por tanto, queda, oh virgen amadísima de Cristo, verdadera vid (Juan XV), bajo cuya sombra descansas, cuyo fruto es dulce y abrazable a tu garganta (Cant. II); digo, queda extender más ampliamente las ramas de la verdadera vid en este mar tempestuoso, derivar con mayor inclinación el dulcísimo sabor del cáliz celestial, del cual te embriagas (Cant. V), hacia la ganancia de las almas por doquier, lo que has recibido gratis, darlo gratis (Mat. X), no sea que se te acuse de haber querido esconder la lámpara, encendida para la utilidad del prójimo, bajo el celemín (Mat. V; Luc. VIII, XI). Por tanto, ruego, madre santa, junto con los demás que huyen al puerto de tu consuelo, confiado en la abundante esperanza de mi deseo, ruego, digo, y conjuro tus entrañas maternas, por la santa caridad, que de esa bodega del rey vinaria (Cant. II), (de cuya abundancia de deleite te embriagas maravillosamente incluso en esta vida), te dignes derramar algunas gotas hacia mí, pecador, por medio del portador de estas presentes, en

escrito; tanto por aquel que te ha concedido poder hacerlo, como para que la experiencia de la verdad confirme lo que el rumor introduce dubitativamente en los oídos de algunos, sobre la gracia infundida en ti desde el cielo. Aquel, pues, que comenzó en ti la buena obra, la lleve a término en la vida de los vivientes (Filip. I).

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Escribe proféticamente y exhortativamente.

La sabiduría resuena, diciendo: Ahora es un tiempo desolado para la forma femenina, Ay, Ay, Adán, nuevo testamento de toda justicia, y fue la raíz de toda semilla de los hombres. Después, en su linaje, se levantó el espíritu viril, que salió entre las multitudes, como un árbol que se extiende en tres ramas. La primera multitud era tal, que los hijos de Adán eligieron todo lo que su capacidad les permitió. La segunda, que los hombres se levantaron en la temeridad del homicidio. La tercera, que hicieron lo que quisieron en ídolos y errores similares. Ahora este árbol está seco, y el mundo está trastornado en muchos peligros. Pues este tiempo se refiere a aquel tiempo, cuando la primera mujer hizo un gesto de engaño al primer hombre (Gén. III). Sin embargo, el hombre tiene más fuerzas de las que la mujer puede completar. La mujer, sin embargo, es fuente de sabiduría y fuente de plena alegría, partes que el hombre lleva a la perfección. Ay, Ay, este tiempo no es ni frío ni caliente, sino desolado. Después de esto vendrá un tiempo que, en grandes peligros, en temor, en justicia y ferocidad de los hombres, mostrará las fuerzas viriles. Luego soplará el error de los errores errantes, como los cuatro vientos, que en grandes peligros derraman su fama. Ahora, pastor, escucha, porque la gracia de Dios no te ha puesto en vano, por lo que mantén su justicia. Cuando haces buenas obras, te cansas rápidamente; pero cuando eres llamado a la sinfonía, de modo que te detienes en la oración, inmediatamente te marchitas. Ay, Ay, tú que estás en lugar de Cristo, escucha de nuevo: Un cierto rey tuvo una ciudad en grandes honores, que encomendó a tres de sus hombres, para que la cuidaran en custodia. Al primero le confió la torre, al segundo la llanura de la ciudad, al tercero el muro con sus baluartes. Tú estás puesto en la torre; tu pueblo en la llanura de la ciudad; y tu clero sobre el muro con sus baluartes. Si el muro de la ciudad es atacado, y su llanura saqueada; tú, sin embargo, guarda su torre, y sé tal que la ciudad entera no sea destruida, y no será dispersada. La apariencia de la paloma te enseña, y la palabra de Dios no carece de conocimiento en ti. Ahora, por tanto, vigila (Apoc. III), y con vara de hierro constriñe (Sal. II), enseña, y unge las heridas de los que te han sido encomendados, y vivirás para siempre.

EPÍSTOLA XIV.

EBERHARDI, OBISPO DE BAMBERG, A HILDEGARDA. Propone una cuestión sumamente sutil: «En el Padre reside la eternidad, en el Hijo la igualdad, en el Espíritu Santo la conexión de la eternidad y la igualdad.»

EBERHARDO, por la gracia de Dios obispo de la Iglesia de Bamberg, aunque indigno, a HILDEGARDA, venerable hermana y maestra de San Roberto, el obsequio de una devota devoción y el mérito de la eterna bienaventuranza.

Con la gracia celestial favoreciendo, el elogio de tu santidad resuena dulcemente en los oídos de los pueblos por todas partes, de tal manera que verdaderamente podemos decir: Porque somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor II). Y también porque el Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguno que entienda, o tal vez busque al que habita en ti (Sal. XIII), habiendo percibido la fragancia de esta buena opinión sobre ti, acudimos de todo corazón al Señor que en ti es venerado y consultado. Pues lo que has

concedido a muchos, no me lo negarás a mí. Ya que al pasar por la corte del emperador a través de ti, porque estás imbuida del Espíritu Santo, confiamos en tu caridad para exponerlo. En el Padre permanece la eternidad, en el Hijo la igualdad, en el Espíritu Santo la conexión de la eternidad y la igualdad: lo cual ahora, según lo que Dios te ha revelado, deseamos ver expuesto. Que el Señor esté contigo, y que seamos ayudados por tus oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Tras una breve exhortación, en la que anima a Eberhard a pastorear diligentemente a su rebaño, procede a la cuestión.

Quien es (Éxodo III), y a quien nada se le oculta, dice: Oh pastor, no te seques en el dulce flujo del aroma del bálsamo, que es el verdor, que debe ofrecerse a las mentes necias, que no tienen los pechos de la misericordia materna de los cuales puedan succionar. Aquellos que no los tienen, desfallecen. Por lo tanto, ofrece a los tuyos la lámpara del rey, para que no se dispersen por la aspereza, y levántate viviendo en la luz. Ahora, oh Padre, yo, pobre de mí, he mirado hacia la verdadera luz, y según lo que allí en la verdadera visión vi y oí, lo que pediste que te expusiera, así expuesto, no con mis palabras, sino con las del verdadero resplandor, al que nunca le falta nada, de esta manera te lo transmito: En el Padre reside la eternidad, esto es, a la eternidad del Padre no se le puede cortar ni añadir; porque la eternidad permanece en la semejanza de una rueda, que ni comienza ni tiene fin. Así en el Padre está la eternidad antes de toda criatura, porque siempre y siempre la eternidad ha sido. ¿Y qué es la eternidad? Dios es. Sin embargo, la eternidad no es eternidad, sino en vida perfecta. Por eso Dios ahora en la eternidad. Pero la vida no procede de la mortalidad. Sino que la vida está en la vida. Pues el árbol no florece sino de la verdor, ni la piedra está sin humedad, ni criatura alguna sin su fuerza. La misma eternidad viviente, no está sin florecimiento. Así como el Verbo del Padre produjo toda criatura en su oficio, y así el Padre en su fortísima fuerza no está ocioso. Por lo cual Dios es llamado Padre, ya que todo nace de Él. Y por eso también en el Padre reside la eternidad, porque Él fue Padre antes del principio, y eterno antes de la iniciación de las obras resplandecientes, que todas aparecieron en la presciencia de la eternidad. Pero lo que reside en el Padre, no es así como la causa en el hombre, que a veces es dudosa, a veces pasada, a veces futura, a veces nueva, a veces vieja; sino siempre estable, lo que está en el Padre. El Padre es claridad, y esa claridad tiene esplendor, y ese esplendor fuego, y son uno. Quien no tiene esto en la fe, no ve a Dios, porque quiere separar de Él lo que es, ya que Dios no debe ser dividido. Las obras que Dios creó tampoco tienen la propiedad completa de sus nombres, cuando el hombre las divide. La claridad es la paternidad, de la cual todo nace, y que todo rodea, porque son de su fuerza. Pues la misma fuerza hizo al hombre, y en él insufló el aliento de vida (Gén. II). Pero también el hombre en esa misma fuerza tiene un efecto eficaz en sí mismo. ¿Cómo? La carne de la carne, y el bien de lo que es bueno, se emite en buena fama, y eso se aumenta con buen ejemplo en otro hombre. Estas cosas están en el hombre tanto carnal como espiritualmente, porque una cosa procede de otra. El hombre ama mucho sus obras útiles, porque están en acto de su conocimiento. Así también Dios quiere que su fuerza se muestre a través de todos sus géneros, porque son su obra. Y el esplendor da ojos, y ese esplendor es el hijo, que dio ojos, cuando dijo: Hágase (Gén. I). Entonces todo apareció corporalmente en el ojo viviente. Y el fuego penetra estos dos vocablos, que es Dios, porque no sería posible que la claridad careciera de esplendor. Y si faltara este fuego, la claridad no brillaría, ni el esplendor resplandecería. En el fuego, la llama y la luz están ocultas; de lo contrario, no sería fuego. En el Hijo está la igualdad. ¿Cómo? Todas las criaturas antes del tiempo estaban en el Padre, ordenándolas Él en sí mismo, las cuales después el Hijo perfeccionó en la obra. ¿Cómo? A saber, como el hombre que en sí mismo tiene el conocimiento de una gran obra, que después expresa en su palabra, de modo que procede en buena reputación. El Padre ordena, pero el Hijo obra. Pues el Padre en sí mismo,

todo lo ordenó, y el Hijo lo completó en la obra. Y la luz es de la luz antes del tiempo en la eternidad, que era en el principio, y esto es el Hijo, que resplandece del Padre, y por quien todas las criaturas fueron hechas. Y también el Hijo se vistió de una túnica de hombre, que había formado del barro, la cual antes no había aparecido corporalmente. Así Dios vio todas sus obras ante Él, como luz, y cuando dijo Hágase, cada una según su género se vistió de una túnica. Entonces Dios se inclinó hacia su obra, y así en esta parte la igualdad también permanece en el hombre en el Hijo de Dios, porque Él se revistió de humanidad, así como las obras de Dios se revistieron de sus cuerpos. Pues Dios previó todas sus obras, que realizó: por lo cual en humildad se inclinó hacia el hombre en humanidad; porque la divinidad es tan perfecta, que no perdonaría nada en el hombre que lucha contra el bien, si no se hubiera revestido de humanidad, ya que todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho (Juan I). Todas las cosas visibles y palpables y gustables, fueron hechas por Él, y todas estas las previó en alguna necesidad del hombre, algunas para el abrazo de la caridad, otras para el temor, otras para la disciplina, otras para la cautela de cualquier causa. Y sin Él nada fue hecho: este nada es la soberbia. Esa es la opinión que se mira a sí misma, y que no confía en nadie. Pues ella quiere lo que Dios no quiere; y siempre calcula esto, lo que ella establece; y es tenebrosa, porque despreció la luz de la verdad, y comenzó lo que no pudo completar: por lo cual es nada, porque no fue hecha ni creada por Dios. Ella comenzó en el primer ángel, cuando él miró su resplandor, y formó una opinión, y no vio de dónde tenía ese resplandor; sino que en sí mismo dijo: Quiero ser señor, y no quiero otro. Así su gloria se desvaneció de él, y la perdió, y se convirtió en príncipe del infierno (Isa. XIV). Entonces Dios dio su gloria a otro hijo suyo, que fue hecho en tan robusta fuerza, que todas las criaturas le están presentes: y que también fue constituido en tan fuerte fuerza, que no perdería esa gloria por nada. En esa maldición en la que el diablo no quiso a Dios, la necedad en el hombre, deseó ser semejante a Dios en honor, a saber, como Dios es. Pero sin embargo, no perdió ese amor, que sabía que Dios era. Por lo cual la materia del diablo es completamente tenebrosa, porque no quiso ser la claridad de Dios. Adán quiso ser la claridad de Dios, pero deseó estar en su compañía, por lo cual es perfecto en su materia, ya que es algo luminoso, pero sin embargo está lleno de muchas miserias. En el Espíritu Santo, la conexión de la eternidad y la igualdad. El Espíritu Santo es fuego, y fuego inextinguible, que a veces aparece por su ardor, y a veces se extingue. Pues el Espíritu Santo perfunde y conecta la eternidad y la igualdad, de modo que son uno, como el hombre ata un manojo; porque, si el manojo no se atara, no sería manojo, sino que se dispersaría, y como el herrero une dos fuerzas de bronce con fuego en uno. Por lo cual es como una espada versátil, que se agita por todas partes. El Espíritu Santo muestra la eternidad, enciende la igualdad: de modo que son uno. El Espíritu Santo es fuego y vida en esta eternidad e igualdad, porque Dios vive. Pues el sol es blanco, y su luz arde, y el fuego en él arde; que ilumina todo el mundo, y aparece todo en uno. Pero cualquier causa, en la que no hay fuerza, está muerta, como la madera cortada del árbol está seca, porque no tiene verdor. Pues el Espíritu Santo es el fundamento y la vivificación. Pues la eternidad no sería eternidad sin el Espíritu Santo. La igualdad tampoco sería igualdad sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo está en ambos y uno en la Divinidad es un solo Dios. La racionalidad también tiene tres fuerzas, a saber, sonido, palabra, soplo. En el Padre está el Hijo, como la palabra en el sonido, el Espíritu Santo en ambos, como el soplo en el sonido y la palabra. Y estas tres personas, como se ha dicho antes, son un solo Dios. En el Padre la eternidad, porque nadie antes que Él, y la eternidad no comenzó, como las obras de Dios tienen principio. En el Hijo, sin embargo, la igualdad, ya que el Hijo nunca se apartó del Padre, ni el Padre careció del Hijo. Pero en el Espíritu Santo la conexión, porque el Hijo siempre permaneció en el Padre, y el Padre con el Hijo; porque el Espíritu Santo en ellos es vida ígnea, y son uno. Y está escrito: El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra (Sab. I). Esto es, todas las criaturas que se ven y no se ven, no carecen de vida espiritual, y que el hombre no conoce. Pues de la verdor son

las flores, de las flores los frutos de los árboles. Las nubes también tienen su curso. La luna y las estrellas también arden con fuego. Los árboles por la verdor producen flores, el agua tiene ligereza y viento purificando y produciendo arroyos. La tercera también tiene humedad con sudor. Pues todas las criaturas tienen lo que se ve, y lo que no se ve. Lo que se ve, es débil; y lo que no se ve, es fuerte y vital. Esto busca el entendimiento del hombre, para conocer lo que no ve. Estas son las fuerzas de las obras del Espíritu Santo. Y esto que contiene todo. ¿Qué es esto? El hombre contiene todo (ibid.). ¿Cómo? Dominando, usando, mandando. Esto Dios le dio según sí mismo. Tiene el conocimiento de la voz. Esto es la racionalidad que suena con la voz. La voz es cuerpo, la racionalidad es alma, el calor del aire es fuego, y son uno. Por eso cuando la racionalidad dictando, creando por la voz se oye, todas sus obras se perfeccionan, y por esto le es dado crear; porque como manda, así será. Por eso todas las obras de Dios no son vanas. Pues si alguien tuviera un vaso lleno de dinero, tendría gran alegría de ello. Pero si en el vaso no hubiera nada, lo tendría por muy poco. En las obras malas hay vanidad, y huyen del fuego del Espíritu Santo. Entonces les llega el deleite de pecar, por la sugestión del diablo. Pero cuando el hombre considera sus malas obras como nada y las reconoce, y sin embargo se aparta de ellas, es semejante al hijo pródigo, que después de su hambre, recordó el pan de su padre, y dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti (Luc. XV): contra el cielo, porque en la racionalidad soy celestial, y ante ti, porque te conozco como Dios. Entonces rechaza al diablo, y de nuevo elige a su Señor. De ahí que todos los vicios del diablo se confunden, y todas las armonías celestiales se maravillan; porque lo que antes contaban como barro inútil, después lo ven como columna de nube en principal utilidad; porque lo que vieron vil, después eligen lo más hermoso, ya que todos los vicios del diablo los consideran como nada: (pues en esas obras malas no hay utilidad), pero hacen utilidad en las buenas obras. Estas son las obras del Espíritu Santo. Ahora, oh pastor y Padre de los pueblos, que Dios te conceda llegar a la luz, donde recibas el conocimiento de la verdadera bienaventuranza.

EPÍSTOLA XV.

EPISCOPUS SPIRA A HILDEGARDA.

GONTERO, por la gracia de Dios, ministro y obispo de la Iglesia de Espira, a
HILDEGARDA, maestra del monte de San Roberto en Pingis, salud eterna en Cristo.

Damos gracias a la divina piedad porque eres un buen aroma tanto para los lejanos como para los cercanos, y un consuelo del Espíritu Santo para todos los que te buscan. Por lo tanto, se dice que tu amor tiene la certeza de que vemos con ánimo dispuesto el honor y la utilidad de tu Iglesia, y de todas las maneras posibles, en las que podamos llevar a cabo tu voluntad para el progreso de esa misma Iglesia, lo haremos con gusto. Sin embargo, rogamos íntimamente a tu santidad que, por nuestro amor, intercedas ante Dios por nosotros, y con tus oraciones lo hagas propicio para nosotros, y sepas, sin ninguna ambigüedad, que si Dios nos concede la vida, no carecerás de una honesta remuneración. Pues es justo que nos brindes el apoyo de tus oraciones, así como nosotros nos preocupamos por tu necesidad. También deseamos tus respuestas escritas para nosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a Guntero a la enmienda de vida en muchos aspectos.

Luz de la suprema inspiración, oh hombre, te dice: No apartes de ti la advertencia del Espíritu Santo, que asciende en ti, por la mala costumbre de tus obras, porque Dios busca en ti lo que una vez atendió al traer de vuelta a la oveja perdida, cuando limpió los crímenes de los

hombres. Y el antiguo burlador quedó confundido cuando el guerrero más fuerte lo venció. Dios te observa a través de las ventanas, porque es piadoso y misericordioso. Que ningún hombre se burle de esto por ninguna opinión de su voluntad. Escucha: No apartes de ti esta causa de advertencia, para que Dios no te golpee con sus azotes. Porque en su celo quiere derribar esta causa enemistosa, que sus compañeros lo ridiculizan en su manifestación a través de sus socios. Por eso, tensa el arco de su advertencia, demostrando que nadie puede resistirle. Por lo tanto, tú, hombre, que estás envuelto en mucha oscuridad, levántate rápidamente de la ruina, y edifica en los cielos para que los negros y sucios se avergüencen en tu júbilo, cuando te levantes de tu oscuridad, porque tu alma apenas vive a causa de tus obras. Sin embargo, miras como a través de una figura hacia otra vida, que la intención brilla en ti como el amanecer de la luz. Tu mente tamiza y se sacude en grandes tormentos, donde la naturaleza opulenta te aflige en deseos tortuosos. Escapa de esta humedad. Escucha, hombre: Un cierto hombre tenía una tierra, que mostró gran fuerza en sí misma, cuando el arado la volteó, de modo que produjo con mucho brote cada fruto que se sembraba en ella. Entonces le agradó a este hombre hacer en esa tierra un jardín de aromas, y en él crecieron aromas de un dulcísimo olor para la medicina de heridas y cicatrices. Y esa tierra se hizo mejor de lo que había sido antes. Ahora tú, oh hombre, elige qué en estas dos partes te es más útil. Porque el fundamento de la Jerusalén celestial fue puesto primero con estas piedras, que estaban heridas en grandes caídas, y manchadas en cicatrices de vicios, que luego oprimen sus crímenes en penitencia. El Creador del mundo puso este fundamento primero con piedras rugosas e impolutas, y estas piedras sostienen toda la ciudad de Dios. Por eso, huye de la lascivia de este mundo en el naufragio de la inmundicia, y sé semejante al sardio y semejante al topacio, y veloz como el ciervo para beber de la lengua la fuente purísima, y vivirás para siempre.

EPÍSTOLA XVI.

EPISCOPI DE WORMS A HILDEGARDA. Adorna a la santa con elogios y solicita una respuesta.

CONRADO, por la gracia de Dios, obispo de la Iglesia de Worms (aunque indigno), a HILDEGARDA, amada hermana del Monte de San Roberto, con una pequeña, ¡ay!, muestra de oraciones, dulce devoción en todo servicio.

Damos gracias a Dios, quien te ha colocado como una lámpara brillantísima en un candelabro de oro, y ha hecho que la claridad de su luz resplandezca a lo largo y ancho de su casa a través de ti. Por lo tanto, hermana e hija amadísima, de los rayos que creemos sin duda que te iluminan del Sol de justicia, rogamos fervientemente que se disipen las nubes de nuestra mente, que nos oprimen, por el torbellino incongruente de tribulaciones y la inundación de pensamientos diversos. En verdad, tendríamos que comunicar muchas cosas a tu santidad, si la extensión de las palabras no nos impidiera explicarlas, pero te hablamos personalmente con viva voz a través del portador presente, y solicitamos de todo corazón la respuesta a tu amonestación.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo alaba y exhorta.

Tu persona está sentada sobre la cátedra de Cristo, y tienes una vara de hierro en tu mano para gobernar a tus ovejas. Mira al sol de justicia y a las numerosas estrellas, que son géneros de virtudes, para que no te falte el alimento de la vida; porque es buen pastor aquel que siempre florece en buenas obras, y que alimenta a sus ovejas en la recta verdor. Que esto te lo

conceda aquel que resonó en el primer día (Gén. I), y en cuya palabra toda criatura surgió, y que en el último día sonará la trompeta, de modo que resucitará a todos los hijos de los hombres (I Cor. XV). Pues algunos hombres que viven justamente son el tabernáculo de Dios, porque Dios habita en ellos. El hombre es el edificio de Dios, en el cual Él mismo tiene su morada (Juan XIV), ya que envió en él un alma de fuego, que con racionalidad vuela en expansión, así como el muro abarca la amplitud de la casa. Pero también aquel que ha sido justificado en sus obras por los preceptos de Dios, en los cuales no ha descuidado la ley de Dios, edifica la Jerusalén celestial. Pero quien obra según la carne y no según el espíritu, caerá de la santa edificación. Quien, en cambio, ha cortado de sí la propiedad de su voluntad, adorna el edificio celestial con perlas y piedras preciosas y el mejor oro. Por tanto, hazte tal que te conviertas en una piedra preciosa, y seas adornado en la suma Jerusalén.

EPÍSTOLA XVII.

EPISCOPI CONSTANTIENSIS AD HILDEGARDEM. Solicita santas oraciones y cartas.

El obispo de la Iglesia de Constanza, por la gracia de Dios, aunque inútil e indigno, a HILDEGARDA, esposa de Cristo del monasterio de San Roberto en Pingis, aumento de íntima caridad y un curso felicísimo de ambas vidas.

La fama de tu sabiduría, difundida ampliamente y de lejos, me ha sido relatada por algunos verídicos, lo cual ha despertado en mí el deseo de buscar tu consuelo y alivio desde tierras remotas, y de encomendarme a tus oraciones. Pues es difícil que quien no sabe gobernar su propia vida se convierta en juez de la vida ajena. Por lo tanto, solicito con sincera devoción tu amor, para que me socorras ante el Señor con tus oraciones y me fortalezcas con tu respuesta; ya que tanto mi propia voluntad como las preocupaciones terrenales me apartan casi de todas las maneras del servicio de Dios.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Reprende la vana gloria en él mismo.

La Justísima Luz dice: Oh hombre, reprende tu mente que perfora el consejo de los antiguos prelados, a quienes no tocó la mente vana de las vanidades. ¿Cuál es tu estimación, tú que no te avergüenzas de caminar en las tinieblas por el gusto de tu obra? Pues la revelación de aquel a quien nada le es oculto, muestra a través del ojo viviente, que el arco del cielo de Dios amenaza la temeridad de los hombres. ¿Por qué no ves dónde está el mamón de la iniquidad (Luc. XVI), en el que te excusas? Muchos obreros vienen en sus causas y buscan el camino estrecho y angosto, pero tú mueves tus labios por los inflados discursos de las costumbres de tu corazón, y los llevas a la indignación. Por lo tanto, dirígete de las tinieblas a los caminos rectos, e ilumina el sentido de tu corazón, para que el Padre de todos no te diga: ¿Por qué subes por necesidad a la columna que no hiciste? Pues el día se oscurece para aquel que no obra en los caminos del recto itinerario: lo cual debes prevenir; levántate entonces rápidamente, y camina por los caminos rectos, antes de que el sol se te ponga, y antes de que tus días se acaben.

EPÍSTOLA XVIII.

EPISCOPUS VIRDUNENSIS AD HILDEGARDAM. Sanctam hortatur ad humilitatem, ac preces ejus flagitat ac litteras.

ADELBERTUS, por la gracia de Dios, ministro y obispo de la Iglesia de Verdún, aunque indigno, a HILDEGARDA, su madre clarísima del Monte de San Roberto, para que se deleite en las visiones de Dios presentes y eternas.

Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar santo (Ezequiel III), que te consagró a su servicio desde tus primeros años. Sin embargo, yo, como si un ciego quisiera mostrar el camino a quien ve, sugiero a tu caridad que reconozcas esta gracia con humildad, atendiendo a la antigua profecía de Balaam (Números XXIII), quien, aunque dirigió sus últimos actos en sentido contrario, es memorable en su visión cuando dijo: "El que cae, y así se le abren los ojos" (Números XXIV); significando ciertamente la humildad en la visión. También el Doctor de las naciones dijo: "Para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce" (II Corintios XII), etc. Estas palabras sean dichas más por la confianza de mi afecto hacia ti que por presunción de doctrina. Además, sepan que no puedo ir a ustedes en el presente, aunque estoy cerca de ustedes; sin embargo, en mis adversidades, espero que sean mi fiel patrona en sus oraciones, y pido ser ayudado por los sufragios de las hermanas de su colegio de siervas de Dios. Hace mucho que no he merecido recibir su escrito; ruego que al menos ahora lo merezca.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo exhorta al cuidado pastoral.

Luz viviente, que muestra milagros, dice: Tú que eres Padre en tu persona, y pastor en la propuesta de las almas, extiende tu brazo, para que el enemigo no siembre cizaña en tu campo (Mat. XIII). Cuida, por tanto, de aquel jardín que el don divino plantó; y asegúrate de que sus aromas no estén secos, sino corta de ellos la podredumbre y échala fuera, ya que sofoca su utilidad. Y así haz que reverdezcan. Pues el sol esconde sus rayos, y el mundo también retira su alegría. Y digo: No oscurezcas tu jardín en el tedio del silencio, sino corrige con verdadera luz y discreción lo que debe ser corregido. Ilumina también tu templo con benevolencia, y enciende fuego en tu incensario, poniendo mirra, de modo que su humo ascienda al palacio del Dios viviente, y vivirás por la eternidad.

EPÍSTOLA XIX.

EPISCOPI LEODIENSIS A HILDEGARDA. Dice que se encuentra «en la mayor fluctuación de mente y cuerpo», porque, como confiesa, había ofendido a Dios con innumerables males. Pide las oraciones y los escritos de la santa Hildegarda.

RUDOLPHO por la gracia de Dios obispo de los Leodienses, a HILDEGARDA sierva de Cristo de San Roberto en Pingis, servir incesantemente al Rey de reyes, y alcanzar el premio de la bienaventuranza eterna.

En la máxima fluctuación de mente y cuerpo, he decidido escribirte, porque necesito en gran medida la clemencia de Dios, a quien no niego haber ofendido e irritado con innumerables males. Por lo tanto, amadísima hermana, sabiendo con certeza que Dios está contigo, te exhorto y ruego por la misericordia de su santidad, que extiendas tu mano a mí, que fluctúo y busco refugio en ti. Que sea tu preocupación, mediante devotas oraciones, velar para remover mi negligencia: y que me escribas de vuelta cualquier cosa que te sea mostrada por la luz inagotable y viviente para despertar mi somnolencia. Que el Dios clementísimo me conceda recibir a través de tus escritos la más segura consolación, y que por el mérito de tu intercesión obtenga al menos la última morada de descanso eterno.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo exhorta a una vida buena y al cuidado de las almas.

¡Oh! La Luz viviente dice: Los caminos de las Escrituras están dirigidos hacia la alta montaña, donde crecen las flores de los más preciosos aromas, y donde el viento suavísimo sopla, dándoles un fuerte perfume, y donde las rosas y los lirios muestran sus espléndidos rostros. Esa misma montaña no había aparecido antes debido a las sombras del aire viviente ciego, porque incluso el Hijo del Altísimo aún no había iluminado el mundo. Entonces el Sol vino desde el amanecer, iluminando este mundo, y todos los pueblos vieron sus aromas. Y el día fue muy adornado, y un dulce rumor surgió. Oh pastores, ahora es tiempo de llorar y lamentarse porque en nuestro tiempo la montaña está cubierta por estas negrísimas nubes, de modo que el buen olor no se percibe de ella. Pero tú sé un pastor bueno y noble en tus costumbres. Y así como el águila ve al sol, recuerda y observa dónde puedes llamar de regreso a los perezosos y peregrinos a la patria, y aportar alguna luz a este mundo, para que tu alma viva, y para que escuches aquella voz amantísima del supremo juez: Bien, siervo bueno y fiel (Mateo XXV), y para que tu alma en esta parte brille, como el soldado resplandece en la batalla, cuando sus compañeros se alegran con él, porque ha sido victorioso. Por lo tanto, tú, oh precursor del pueblo, lucha en la buena victoria, y así corrige a los errantes, y limpia las hermosas perlas de la podredumbre, preparándolas para el supremo Rey: y así tu mente en buen estudio anhele revocar estas perlas a esa montaña, como Dios las instituyó como un don. Que Dios te proteja, y libere tu alma de la pena eterna.

EPÍSTOLA XX.

EPISCOPOS DE TRAJECTO A HILDEGARDA. Declara su afecto hacia la Santa.

GODEFRIDUS, por la gracia divina, obispo de los Trajectenses, a su única, especial y singular HILDEGARDA, maestra de las hermanas de San Roberto, salud de aquel que manda la salvación en Jacob (Salmo XLIII).

Hermana queridísima, desde que comencé a amarte en la caridad de Cristo, nunca tu recuerdo, más dulce que la miel y el panal (Salmo XVIII), ha podido desaparecer de mi mente. Me impulsa a tu amor la virtud de Dios, que habita en ti, que obra a través de ti, que te hace más cercana que a otros a ese esposo, que eternamente salva a todos los que en él esperan (Salmo XVI). Y puesto que la caridad ha sido derramada en tu corazón (Rom. V), te ruego en la caridad, en la cual abundas para con todos, que con toda diligencia, con todo esfuerzo te esfuerces en orar a Dios por mí, para que en este mundo merezca ser aliviado de las cargas de mis pecados. Que el Señor te lleve allí, donde hay feliz eternidad, y eterna felicidad, gozosa tranquilidad, alegría sin fin. Como quien tiene sed de la fuente, así deseo tus escritos.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Le exhorta a perseverar en el bien.

Oh tú, persona asumida y llamada por Dios, para que obres según Él, imitándolo, ya que Dios edifica, gobierna y unge todo. Porque el Dios omnipotente creó el mundo por su palabra, al cual también gobierna, y santifica todo en el agua, lavando los pecados de los hombres. Dios creó todas las criaturas, las gobernó, y al hombre lo llenó con ellas, así como el artesano embellece sus vasijas a través del fuego. Pero luego, el día altísimo se inclinó hacia la noche oscura por la desobediencia en la caída de Adán, y por esto los hombres vivieron en pecados y en el olvido, como si Dios no existiera. Entonces Dios inundó toda la tierra con las aguas del diluvio por los pecados criminales de los hombres (Gén. VII), y así surgieron los santos,

la ley y los profetas. Finalmente, el Hijo de Dios vino, a quien no le convenía estar en un tiempo vacío, en el cual no encontraría justicia alguna, así como el hombre no fue creado antes de que toda criatura lo mostrara. Pero también el Hijo de Dios vino para redimir al mundo entero por la obediencia, por el crisma del bautismo, y por la penitencia. Ahora tú, oh pastor, provee, no estés en un tiempo infantil que no conoce al Señor; sino que estés en el tiempo de los justos y santos, y en la manifestación de los profetas, alcanzando la justicia en tus obras, así como Dios previó todo antes de obrarlo, y gobierna a tu pueblo según Él. Tú también ofrece ayuda al pueblo en lugar de Cristo, no seas como una trompeta que suena y no actúa. Sé un buen olor de virtudes, para que vivas eternamente. Y di: Exaltaré, Dios mío, mi rey, y bendeciré tu nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos (Sal. CXLIV). Pues cuando entiendes que estás en la cátedra episcopal, alaba a Dios en todos tus caminos, exáltalo en buenas obras, y repite sus preceptos sin tedio, bésalo con fe, y abrázalo en buenas obras; en buena conversación muestra a tu Dios, y magnifícalo como justo rey en sus juicios, para que gobiernes rectamente a tu pueblo, y lo unjas con misericordia, y no arrastres tras de ti crimen nocivo, es decir, que aceptes un don por justicia; e invoca así su nombre, para que en todo esto tengas temor hacia Él, porque es rey, y hagas esto todos los días de tu vida, mientras vivas en este mundo, para que después vivas eternamente en el siglo infinito.

EPÍSTOLA XXI.

EPISCOPOS PRAGENSES AD HILDEGARDAM. Rogat ut suis orationibus subveniat et bona consilia praebeat.

H., por la gracia de Dios ministro inútil y obispo de los de Praga, aunque indigno, a HILDEGARDA, esposa de Cristo y maestra de S. Roberto en Pingis, un pequeño obsequio de sus oraciones con toda devoción.

Magnificando glorificamos a nuestro Señor Dios, iluminados por su espíritu, quien, consolando y aliviando las tribulaciones de muchos, asistes y multiplicas el fruto de las buenas obras en las mentes de muchos, con la cooperación del mismo Espíritu, como también hemos oído que se refiere de ti en muchos lugares de la tierra. Por lo tanto, sepa tu santidad que tenemos un gran deseo de verte y disfrutar de tu conversación en Cristo, pero la gran dificultad de los lugares impide que esto suceda, y dado que hemos percibido que tu caridad ha asistido a las necesidades de muchos, animados por esta confianza, imploramos tu amor, para que nos ayudes con tus oraciones en nuestras tribulaciones mundanas y nos ofrezcas buenos consejos. Desde que escuchamos tu nombre y la gracia que Dios te ha concedido, siempre hemos tenido tu memoria en nuestros corazones, y deseamos que esa misma gracia, que es del verdadero resplandor, permanezca siempre contigo.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo exhorta a una mayor constancia en la virtud, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

La voz de la vida y la salvación dice: ¿Qué es esto, que el hombre come y no quiere saber qué es la uva, que de la tierra sudó de otra manera después de la destrucción del pueblo, cuando Dios limpió la tierra y la cribó de otra manera, que el primer hombre la despreciara? Esto es porque el hombre es inconstante por la variabilidad de sus costumbres, y por los tiempos de luz y oscuridad. Pues el hombre a veces se eleva un poco en la prosperidad, a veces cae en peligros. En ambos casos, el hombre no contempla los abrazos de la hija del rey, es decir, la justicia y la verdad; sino que corta la corona de su cabeza, cuando el pastor huye, no defendiendo la Iglesia de Cristo; porque no sostiene sus armas con fortaleza, sino que en sus

costumbres es como un niño travieso, que juega sin ninguna preocupación. El hombre que hace esto, desea comer y vivir según su propia voluntad, como la naturaleza del hombre requiere alimento, y no ve con sus ojos agudos dónde está la discreción, que sudó de la sabiduría, que se entiende en esta uva. Pues cuando Adán en el inicio del mundo despreció la obediencia, los tiempos de los tiempos perecieron hasta la efusión de las aguas. Donde Dios limpió la tierra de la horrible iniquidad, y le dio otra fuerza. Donde Noé produjo el germen nobilísimo de la obediencia en las viñas (Gén. IX), que Adán evitó, por la simplicidad de sus costumbres, como un niño travieso, pero en Noé la tierra produjo la fuerza de la uva, donde también después de él la sabiduría surgió en la salvación. Ahora, oh tú hombre, que deambulas en tus costumbres por las calles de tus vicisitudes, y no miras ardientemente, contemplando tu medicina y la de otro, levántate, mirando al sol, en justa moderación, y no huyas de la luz, rechazándola por la austeridad de la iniquidad, para que no te avergüences, cuando el Rey supremo inquiera tus obras en tu saco, y vivas para siempre.

EPÍSTOLA XXII.

EPISCOPOS DE JERUSALÉN A HILDEGARDA. Se encomienda a las oraciones de ella y de sus hermanas. Se extiende en alabanzas a la Santa.

Yo, por la gracia de Dios y la ordenación de los hierosolimitanos, siervo y obispo, a HILDEGARDA, amada hija y maestra del Monte de San Roberto en Pingis, es decir, en el obispado de Maguncia, la más humilde oración y saludo en Cristo.

A muchos que a través de largas distancias de tierras llegan a nuestras partes, y que doblan sus rodillas ante el sepulcro del Señor, hemos percibido muchas veces que la divina virtud obra en ti y por ti, por lo cual humildemente ofrecemos, en la medida de nuestras posibilidades, incesantes gracias. Por tanto, a ti, hija amadísima, ya hace tiempo que deseábamos dirigirnos, pero como hasta ahora ha faltado un mensajero, nuestro deseo ha quedado completamente frustrado. Ahora bien, puesto que después de largos períodos de tiempo se ha presentado la oportunidad, hemos considerado adecuado dirigirte estas palabras escritas a ti y a todas tus hermanas, que, según oigo, están sujetas a ti en Cristo. Por ello, si algunas dulces palabras nos asistieran en medio de las grandes angustias que continuamente nos oprimen, ya que por un lado somos atacados por la espada de los paganos y por el otro por las insidias de los espíritus malignos, consideraríamos digno ensalzarte como esposa de Cristo, siempre atenta a los misterios de Cristo. Pero no es necesario ser ensalzada por alabanzas humanas, a quien la gracia divina ha concedido ser mezclada con alabanzas angélicas; y llamamos felices a aquellas que día a día merecen participar y saciarse con tus dulcísimos coloquios. En verdad, no sería inapropiado llamar felices a aquellas que, apoyadas en el espejo de la pureza divina, desean recibir diariamente del Señor la recompensa de sus méritos. Felices, digo, y sumamente felices, aquellas para quienes, por la recompensa celestial, todas las cosas terrenales han perdido valor, y que desprecian, pisan y menosprecian todo lo que en esta vida parece dulce, deleitable y valioso para los demás mortales. He aquí las verdaderas hijas de Jerusalén, en las cuales no se ha encontrado mancha (Cant. IV), en las cuales el mundo no tiene nada que amar: que también siguen al Cordero dondequiera que vaya (Apoc. XIV). Ahora bien, oh hija, refiriéndonos a ti, humildemente solicitamos el consuelo que te ha sido mostrado desde el cielo, y nos encomendamos a tus oraciones y a las de todas tus hermanas, para que intercedáis piadosamente ante aquel cuyo tálamo deseáis entrar después del término de esta vida, mientras nosotros fluctuamos en las tormentas de las preocupaciones mundanas. Que el Señor haga, oh amada, que veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida (Sal. CXXVII).

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Consola al Patriarca.

La Luz Viviente dice en sus milagros: La primera raíz apareció en el día, y floreció en todas las ramas, y estableció dos caminos. Uno de los caminos estaba lleno de edificios, en los cuales habitaban águilas y otras aves. El otro estaba lleno de grandes opciones, en el cual se reunieron gigantes que luchaban contra esas águilas y otras aves, pero no podían prevalecer sobre ellas. Entonces el sol avanzó, y en su extremo tenía escudos dorados, y luchó contra esos gigantes. Pues la caída del primer ángel había caído de la vida, y después la caída de Adán carecía de la luz del paraíso, y el mismo Adán caminó en la sugestión del diablo con todos sus hijos (Gén. III). Pero el sol brilló en topacio y zafiro, que es en la misericordia y la caridad que produjo el Verbo de Dios encarnado. Sin embargo, el sol brilló igualmente, como había avanzado al principio, y así permaneció, de modo que ninguna sombra de cambio cayó sobre él, como había sucedido en el primer ángel, en Adán y en la sugestión del diablo. Y por eso se dijo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX). Pues en el topacio se debe entender la misericordia, y en el zafiro la caridad, virtudes que este sacerdote se puso como testimonio sacerdotal por el hombre. Ahora tú, oh Padre, que estás en el lugar de este sacerdote, que tu alma fluya como el agua que brotó de la roca con la vara de Moisés, de modo que tus palabras den a los corazones incrédulos la bebida de la salvación, y el día que brilla en tu alma crezca en la multitud de virtudes. Ves, sin embargo, que en tu alma estás preocupado en el camino que lleva a Dios. Pero cuando tu mente entre en el torbellino debido a la vicisitud de tus trabajos y de otros, la paloma te cubrirá, y te hará una torre sencilla ante la vista de Dios. La lucha que sufres tanto interna como externamente en ambos hombres, Dios la aliviará en tus tiempos de tal manera que puedas soportarla, por lo que pon tu confianza en Él, y no desesperes de su misericordia. Y haciendo esto en la gracia de Dios, vivirás para la vida.

EPÍSTOLA XXIII.

EPISCOPI DE BEVEZ A HILDEGARDEM. Sus ruegos y cartas solicita.

ENRIQUE, por la gracia de Dios llamado obispo solo de nombre de Bevez, a HILDEGARDA, amada maestra de las hermanas en el Monte de San Roberto de Pingis, si algo vale la oración de los pecadores en espíritu contrito y humildad.

Bendito sea Dios, que te ha bendecido con toda bendición espiritual (Efesios I), de tal manera que, en el aroma del ungüento con el que Dios te ungió con la unción de su misericordia, se atraiga también a través de ti la devoción de muchos en las partes lejanas del mundo. Pues la manifiesta dignación de Dios hacia ti es para mí, pecador y agobiado por los torbellinos del mundo, un gran consuelo, aunque esté muy alejado de ti en cuerpo, pero no en mente. Confiamos sin duda en que, por tus méritos y oraciones, la misericordia de Cristo se extienda a todos los que buscan fielmente el auxilio de tus oraciones. Nosotros, por tanto, desconfiando de nuestra propia conciencia y no teniendo confianza alguna en nuestros actos para alcanzar la salvación, te suplicamos por la caridad del Espíritu Santo en regiones remotas, que impl ores con tus oraciones al Señor el perdón de nuestros pecados. Además, no te sea molesto escribimos cualquier consuelo o amonestación, por pequeña que sea, necesaria para nuestra salvación. Que Él mismo, que todo lo puede y a quien ningún pensamiento le es oculto, se digne satisfacer, según su beneplácito, el deseo de nuestro corazón con tus oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Utiliza una hermosa parábola para exhortarlo a la verdadera sabiduría y caridad.

La Luz Viviente me mostró estas cosas y dijo: Di a aquel hombre: Vi una forma hermosa de virtud que era pura sabiduría. Su rostro era muy claro, sus ojos como zafiros, y sus vestiduras como un manto de seda. También llevaba sobre sus hombros un manto episcopal similar al sardio. Y esta llamó a la más hermosa amiga del rey, a saber, la caridad, diciendo: Ven conmigo. Y al venir, ambas golpearon a la puerta de tu corazón, diciendo: Queremos habitar contigo. Cuida, pues, de no resistirnos; sino sé fuerte para resistir los vicios y las causas mundanas y las vicisitudes de aquellos vientos, que en torbellinos ascienden como humo malo, y como aguas que vuelan en la tempestad. Estas son las inquietudes de las mentes de los hombres en la ira y en otras cosas similares. No guardes silencio en el tedio, sino que tu voz sea como una trompeta resonante en las ceremonias de la Iglesia, y que tus ojos sean puros en la sabiduría, de modo que no seas perezoso en limpiarte del polvo indigno de tu carga. Pues estás lleno de gotas de las noches (Cant. V). Y la persuasión de la soberbia te ha dicho así: No te laves. Pero nosotros no queremos esto; queremos que limpies de ti todo lo oscuro, y que no tengas miedo de los muchos terrores de tus enemigos, que ni recta ni bien hablan de ti. Oh soldado, danos morada en tu corazón, y te llevaremos al palacio del rey con nosotros.

EPÍSTOLA XXIV.

EPISCOPOS DE TREVIRIS A HILDEGARDA. Expresa su afecto hacia la santa Hildegarda con gratitud, y testifica que ha sido promovido al episcopado contra su voluntad. Por lo tanto, consulta a la santa escribiendo: «Pero como no sabemos por qué llamado hemos sido promovidos, esto nos causa gran ansiedad.»

ARNOLDO, por la gracia de Dios humilde elegido de la Iglesia de Tréveris, a su querida en Cristo prima HILDEGARDA de S. Roberto, salud y amor de aquel que es salud y amor.

La amistad es de parentesco celestial, porque la vejez no le perjudica, sino que le beneficia; y es verdadera, no sabe permanecer estática, sino que crece y progresa cada día. Sin embargo, desde la juventud nos hemos abrazado con los brazos del verdadero amor, nos preguntamos por qué preferís al adulador más que al verdadero amigo, cuando el profeta dice: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Salmo 103). Consideramos a nuestro hermano, el prior de San Andrés, como vuestro adulador; pero nosotros deseamos ser entendidos como verdaderos amigos. Porque sabemos que nuestro progreso es la materia de vuestra espada, por eso, por la gracia de Dios, hemos considerado oportuno informar a vuestra dilección que hemos regresado prósperamente. Pero como nada es dichoso para alguien que lo considera un castigo, decimos ante Dios y ante vosotros que la dignidad a la que hemos sido llamados, contra nuestra voluntad, como Dios es testigo, nunca nos ha amado, nunca nos ha acariciado: y esto porque nuestra ignorancia, nuestra fragilidad lamenta su insuficiencia, deplora su indignidad. Pero como no sabemos por quién hemos sido promovidos a tal ministerio, esto nos causa gran ansiedad. Si supiéramos que es de Dios, creeríamos que quien comenzó en nosotros la buena obra, también la perfeccionaría (Filipenses 1), ya que proponemos ser promovidos al sacerdocio más por necesidad que por virtud. Y sabemos que Dios en su santo lugar (Salmo 67) ha obrado salvación entre vosotros (Salmo 73), visitando misericordiosamente a su pueblo y liberándolo (Lucas 7). Por lo tanto, os rogamos encarecidamente que nos escribáis sobre el modo de liberación del asediado, y que al mirar más frecuentemente hacia la verdadera luz, nos impartáis algo de la gracia salvadora a través

de vuestras cartas, y que levantéis vuestras manos hacia la roca de refugio intercediendo por nosotros, al ejemplo de Moisés (Éxodo 17), mientras luchamos contra Amalec en el valle de la miseria mundana. Cuando estas palabras se escribieron en presencia del abad de San Eucharío, nuestro fiel y amado, él endulzó nuestras palabras con su ayuda. Por lo tanto, deseamos que nos enviéis vuestra respuesta a través de él.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Después de los saludables consejos, le advierte seriamente que se guarde de la soberbia, de la codicia de riquezas, de la injusticia, de la vanidad, y que abrace las virtudes congruentes a su estado.

Tú eres un árbol constituido por Dios, tal como dice Pablo: Toda potestad viene de Dios (Rom. XIII), porque según el supremo Maestro, por la invocación de su nombre, toda potestad es nombrada, de donde en ella, el árbol tiene el verdor del honor de su nombre. Lo que está sin Dios, y lo que obra a la izquierda, no esté contigo, para que no caigas en la enfermedad de la soberbia, con el primer ángel (Isa. XIV), es decir, Satanás, quien quiso furtivamente arrebatar el honor contra Dios, el cual muchos arrebatan según su voluntad, sin preocuparse de cómo se les confiere. Esto ante Dios no es nada, porque sin Él nada fue hecho (Juan I), y así Dios mata todo lo que no lo toca. Por esto, pues, sé diligente, para que por los preceptos de Dios, que como las hojas del árbol se han multiplicado, des testimonio al pueblo, tanto como puedas por su gracia. Muchas son las tribulaciones de tu carga, como la pobreza, que te constriñen, porque las riquezas y mucho dinero no aman lo celestial: por eso abstrae la propia voluntad del hombre de Dios, para que suspire por la patria celestial. Por lo tanto, conviene que el pobre ame al pobre, y el rico reconozca al rico, porque la sabiduría da un anillo al pobre, y niega un pendiente al rico. Por tu oficio sacerdotal esto te es dado. No escondí tu justicia en mi corazón, amé tu verdad y tu salvación (Sal. XI). ¿Qué se dice? La justicia de Dios no se esconde, sino que ensancha sus caminos, ni se avergüenza de correr por ellos. Tampoco esconde las heridas, prefiriendo el mal al bien, como diciendo que en la justicia están la vida y el infierno, y que en ambas partes se debe correr. En esta falacia la justicia no se debilita, ni con múltiples palabras besa la injusticia, sino que la pisotea por completo. La verdad tampoco alaba las obras que se hacen sin Dios; sino que se prepara para la lucha, para contradecirlas, como un buen soldado. Que la justicia de Dios sea tu escudo, y vístete con su verdad como con una coraza, de modo que ante Dios aparezcas bien armado y no fugitivo por la sociedad de la vanidad, y aprende a mamar los pechos de la justicia. Aprende también a curar las heridas de los pecados con penitencia en misericordia, tal como el supremo médico dejó un ejemplo saludable para salvar al pueblo. Tú, que estás puesto en el verdor del hombre bienaventurado por la instrucción de su nombre, que no atiende al impío diablo, quien por eso es llamado impío, porque no amó ningún bien, cuida de no gloriarte en los tesoros del dinero (Ecli. XXXI), que al final es malicioso, porque después del trigésimo año, o como después de un año, se agota. Pero regocíjate en el monte Sion, donde la ayuda del Altísimo es eterna en la eternidad, y todo espíritu alaba al Señor (Sal. CL). Tú, sin embargo, sé un monte de marfil, desde el cual las ventanas lanzan dardos en el justo juicio de la justicia de Dios, contra tus adversarios. Corre también a la altura de la ley y la justicia de Dios, como el íbice, para que no caigas desarmado por la inestabilidad, y que tus hijos surjan del lado de la Iglesia, y te pidan el alimento de la justicia: y por eso aprende buena doctrina, para que a través de ti se sacien. Yo, como ordenaste, miré a la verdadera luz, y apenas pude ver el comienzo de las buenas obras. Tú, ciertamente, realiza buenas obras con más diligencia, para que después por la gracia de Dios escriba más; y sé un amigo fiel de tu alma, para que vivas en la eternidad. En cuanto a aquella que fue poseída, de la cual preguntáis, vimos muchas maravillas, que ahora no podemos expresar por escrito, pero supimos que el sople diabólico se debilitó día a día hasta su retirada, y la misma mujer fue liberada de la

fatiga del diablo, y también fue ocupada por una enfermedad que antes no conocía en sí misma. Pero ahora ha recuperado las fuerzas tanto del cuerpo como del alma con plena salud.

EPÍSTOLA XXV.

EPISCOPI COLONIENSIS A HILDEGARDA. Alaba a la santa; pide que «desde el misterio de Dios» investigue, y le transmita «palabras de advertencia, según Dios lo conceda».

PHILIPPO, por la gracia de Dios arzobispo de Colonia, a HILDEGARDIS, hermana amada, maravillosamente inspirada por el divino aliento, ver gloriosamente en los cielos a Aquel a cuyos abrazos desea unirse perpetuamente.

Aunque la diversidad de lugares nos priva del mutuo encuentro y de la deseable gracia de la conversación, aquellos que la caridad de Cristo ha unido, siempre mantendrán la cercanía de los espíritus. Por eso, es para mí sumamente deseado que en este año, mientras el camino del viaje y la gracia de verte, largamente anhelada, se presenta. Pero la enfermedad y la debilidad de tu cuerpo han turbado y conmovido mi corazón, así como el de muchos en nuestra tierra que te abrazan en Cristo, siempre deseando la salud de tu vida y la eternidad de la verdadera salvación. Por lo tanto, nos ha complacido y considerado digno, indagar y asegurarnos de tu estado, y sobre todo indicarte y notificarte que diariamente estamos tan perturbados por los torbellinos y tempestades del mundo, que incluso a veces intentamos elevar los ojos de la mente hacia lo celestial. Pero como muchos conocen tu habilidad, colmada del don del divino carisma, de lo cual se alegra la asamblea fiel de la Iglesia, y nosotros, según la medida de nuestra discreción, nos congratulamos; sabiendo que el hombre vive bajo el manto de la carne, y según la voz del Apóstol, habita en el cielo (Filip. III). Enriquecida, pues, con tal don, como descubridora de la buena perla (Mat. XIII), busca en el secreto de Dios lo que pedimos, y envíanos palabras de advertencia, según Dios te lo conceda; ya que en la sabiduría y el tesoro escondido, según el veraz, no hay utilidad (Ecli. XX). Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo que ha oído y visto en la visión lo notifica. Añade una exhortación esclarecedora.

En el místico soplo de la verdadera visión, vi y oí estas palabras: La ardiente caridad, que es Dios (I Juan IV), te dice: La estrella que brilla bajo el sol, que puede tener un nombre en parte suyo, se llama luminosa, ya que es irradiada más que otras estrellas por el sol. Pero, ¿cómo sería adecuado que esa misma estrella ocultara su luz de tal manera que brillara menos que las estrellas menores? Si hiciera esto, no tendría su glorioso nombre, sino que sería llamada con un nombre ciego, porque, aunque se dijera luminosa, su luz no se vería. También el soldado que viene a la batalla sin armadura, ciertamente será pisoteado por los enemigos, porque no ha rodeado su cuerpo con una coraza; ni ha puesto un casco en su cabeza, ni se ha cubierto con un escudo, por lo que sería capturado en gran confusión. Pero tú, que eres llamado estrella luminosa por el oficio episcopal, y que irradias del nombre del sumo sacerdote, no escondas tu luz, que son las palabras de justicia, a tus súbditos, porque a menudo dices en tu corazón: Si yo atemorizara a los que me están sujetos con palabras, me considerarían molesto, porque no puedo superarlos, ojalá pudiera retener su amistad callando. Por lo tanto, no te conviene decir y hacer así. ¿Pero qué? No los atemorices con palabras terribles por el nombre episcopal y la nobleza de tu cuerpo, ni los golpees con palabras peligrosas, como si fuera un garrote; sino mezcla las palabras de justicia con su misericordia, y úngelos con el temor de Dios, proponiéndoles cuán peligrosa es la injusticia para sus almas y su felicidad. Ciertamente, ciertamente, ciertamente, de este modo te escucharán. No te

mezcles con ellos a través de costumbres sórdidas e inestables, ni observes qué agrada o desagrade a cada uno; porque si haces esto, aparecerás menor que los demás ante Dios y los hombres. Pues tales cosas no son adecuadas para tu persona. Observa también que los animales puros que rumian se debilitarían si se mezclara con su alimento la comida de los cerdos, por la cual ellos engordan. Pero tú, si te unieras a costumbres sórdidas y a la sociedad de los pecadores, te contaminarías, por lo cual los impíos se alegrarían, y los hombres perfectos se turbarían, diciendo: ¡Ah, ah; ay, ay, qué clase de obispo tenemos! nos ilumina por los caminos rectos de la justicia. Corrige y aparta a tu pueblo de la infidelidad enemiga, para que no estés desnudo de la coraza de la fe, y muéstrales el camino de la justicia a partir de las Escrituras sagradas, y coloca el casco de la esperanza en tu cabeza, y el escudo de la verdadera defensa en tu cuello (Efesios VI), para que en todas las tribulaciones y peligros seas defensor de la Iglesia, tanto como puedas. Mantén también la luz de la verdad, para que aparezcas como un buen soldado en mi milicia, que soy la verdadera caridad, y en el mundo naufragante, y en las duras batallas de la iniquidad, seas valiente y fuerte, para que brilles como una estrella luminosa en la eterna felicidad. Ahora, oh tú Padre, que estás en el nombre pastoral, no desprecies la pobreza del hombre que escribe esto, porque no lo dicté ni lo expuse según mí, ni según un hombre elevado; sino que lo escribí de esta manera, como lo vi y oí en la verdadera visión, vigilante en mente y cuerpo; porque ordenaste que te escribiera algo.

EPÍSTOLA XXVI.

CONRADO EMPERADOR A HILDEGARDA. Ofrece sus favores y encomienda a su hijo a las oraciones de la Santa.

CONRADO, por la gracia divina, rey de los Romanos, a HILDEGARDA, virgen consagrada a Dios y maestra de las hermanas de San Roberto en Pingis, salud y su gracia.

Porque, impedidos por la dignidad real y sacudidos por diversos torbellinos y tempestades, no podemos visitarte como quisiéramos, no dejamos de acercarnos a ti mediante nuestras cartas. Pues, como hemos oído, en verdad abunda en ti la confesión de la más alta alabanza por la santidad de una vida inocente y por la magnificencia del Espíritu que maravillosamente desciende sobre ti. Por lo tanto, aunque llevamos una vida secular, nos apresuramos hacia ti, a ti recurrimos, y humildemente buscamos el apoyo de tus oraciones y exhortaciones, ya que vivimos de manera muy diferente a como deberíamos. Sin embargo, ten por seguro que en toda causa y necesidad vuestra, nos apresuraremos a ayudar y estar presentes para ti y tus hermanas, donde podamos. Por eso, también encomiendo atentamente a tu oración a mi hijo, a quien deseo que sobreviva, así como a mí mismo.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Predice claramente los cismas y otros males de la Iglesia que surgieron bajo Federico I, sucesor de Conrado. Añade muchas cosas en el mismo espíritu profético sobre varios tiempos y vicisitudes de la Iglesia.

Quien da vida a todos, dice: Bienaventurados son aquellos que dignamente están bajo el candelabro del supremo Rey, y a quienes Dios, en su gran providencia, ha cuidado, de modo que no los aparta de su seno. En Él, oh tú Rey, permanece, y desecha la suciedad de tu mente; porque Dios conserva a todo aquel que lo busca devota y puramente. Pero también mantén tu reino de tal manera, y provee justicia a cada uno de los tuyos, para que no te vuelvas ajeno al reino supremo. Escucha, en cierta parte te apartas de Dios; y los tiempos en los que estás son ligeros, como en una persona femenina, e incluso se inclinan hacia la injusticia contraria, que

intenta destruir la justicia en la viña del Señor. Después vendrán tiempos peores, en los cuales los verdaderos israelitas serán flagelados, y en los cuales el trono católico se moverá en el error: y por eso, sus últimos días serán como un cadáver en la muerte, serán de blasfemia. De ahí que este dolor en la viña del Señor humea. Y después de esto surgirán tiempos más fuertes que los anteriores, en los cuales la justicia de Dios se levantará un poco, y en los cuales la injusticia del pueblo espiritual será notada para ser expulsada. Sin embargo, aún no se escuchará que sean provocados y exacerbados hasta la contrición aguda. Pero luego vendrán otros tiempos, en los cuales las riquezas de la Iglesia se dispersarán, de tal manera que incluso el pueblo espiritual será desgarrado como por lobos, y será expulsado de sus lugares y de su patria. Por lo cual, los primeros de ellos pasarán a la soledad, llevando de ahí en adelante una vida pobre en mucha contrición de corazón, y así sirviendo humildemente a Dios. Estos primeros tiempos son sórdidos para la justicia de Dios, los siguientes son tediosos. Pero los que vendrán después se levantarán un poco hacia la justicia; pero los que surgirán después, dividirán todo como un oso, y acumularán riquezas para sí mismos por el mal; pero los que los seguirán mostrarán un signo de fortaleza viril, de modo que todos los perfumistas correrán hacia la primera aurora de la justicia con temor, vergüenza y sabiduría; y los príncipes tendrán concordia unánimemente, elevándola como un hombre guerrero como una bandera contra los tiempos errantes de los mayores errores, que Dios destruirá y exterminará según Él sabe, y como le place. Y nuevamente, aquel que todo lo sabe, te dice a ti, oh rey: Tú, hombre, escuchando esto, refrena tu voluntad, y corrígete, para que llegues purificado a esos tiempos, en los cuales ya no te avergonzarás de tus hechos.

EPÍSTOLA XXVII.

DEL EMPERADOR FREDERICO A HILDEGARDA. Anuncia que ciertas predicciones hechas por la Santa en una conversación en Ingelheim se han cumplido. Solicita sus oraciones. Promete que juzgará con respeto a la sola equidad en la controversia que debía resolverse en su corte entre algunos y Santa Hildegarda.

FREDERICO, por la gracia de Dios emperador de los romanos y siempre Augusto, a la señora HILDEGARDA de * Pingis, su gracia y todo bien.

Hacemos saber a tu santidad que aquello que nos predijiste, mientras permanecíamos en Ingelheim, y te rogamos que vinieras a nuestra presencia, ya lo tenemos en nuestras manos. Sin embargo, no cesaremos de esforzarnos en todo empeño por el honor del reino. Por lo tanto, te exhortamos con la mayor intimidad, que junto con las hermanas a ti encomendadas, eleves oraciones al Dios omnipotente por nosotros, para que, al trabajar en los asuntos terrenales, Él se incline de tal manera que podamos obtener Su gracia. Debes tener por cierto que, sobre cualquier asunto tuyo que nos dirijas, no consideraremos ni la amistad ni el odio de ninguna persona, sino que, con respeto a la justicia, proponemos juzgar con equidad.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Reprueba las diversas maquinaciones de Federico. Predice que su reino será bastante largo, pero turbulento.

Del juez supremo se dirigen estas palabras a ti. Es muy admirable que esta persona tenga la necesidad, a saber, que tú eres rey. Escucha: Un cierto rey estaba en una alta montaña, y miraba a todos los valles, viendo lo que cada uno hacía en ellos. Y sosteniendo una vara en la mano, dividía correctamente cada cosa, a saber, lo que estaba seco, para que fuera verde, y lo que dormía, para que despertara. Pero también esta vara quitó el castigo del estupor a aquellos que estaban en gran estudio. Y cuando este mismo hombre no abría su ojo, vino una

nube negra que tocó esos valles. Pero también los cuervos y otras aves dispersaban todo lo que estaba alrededor. Ahora, oh rey, provee con diligencia, porque todas las regiones están oscurecidas con la turba engañosa de aquellos que en la negrura de los pecados borran la justicia. Los rapaces y los errantes destruyen el camino del Señor. Oh tú, rey, con el cetro de la misericordia gobierna a los perezosos, a los peregrinos y a las costumbres más feroces. Pues tienes un nombre glorioso, que eres rey en Israel. ¡Muy glorioso es tu nombre! Mira, entonces, cuando el Rey supremo te considera, no sea que seas acusado de no haber juzgado correctamente tu oficio, y no te avergüences entonces. ¡Que no suceda! Es manifiesto que es justo que el preceptor imite a sus predecesores en el bien, porque son muy oscuros los modos de aquellos prelados que corren en la lascivia y en la podredumbre. Huye de esto, oh rey. Pero sé un soldado armado, resistiendo fuertemente al diablo, no sea que Dios te disipe, y que el reino terrenal se avergüence por esto. Que Dios te libre de la perdición eterna, y que tus tiempos no sean áridos, y que Dios te proteja, para que vivas eternamente. Rechaza la avaricia, elige la abstinencia, que el Rey supremo ama mucho. Pues es muy necesario que seas prudente en tus causas. Porque te veo en visión mística, viviendo en muchos torbellinos y contrariedades ante los ojos vivos: pero sin embargo tienes un tiempo para reinar en materias terrenales. Cuida, entonces, que el Rey supremo no te derribe por la ceguera de tus ojos, que no ven correctamente cómo tienes la vara de gobernar correctamente en tu mano. Mira también que seas tal, no sea que la gracia de Dios en ti falte.

EPÍSTOLA XXVIII.

PHILIPPI COMITIS FLANDRIAE A HILDEGARDA. Solicita las oraciones de Santa Hildegarda y su consejo sobre si debe permanecer en Tierra Santa o, después de haber emprendido la expedición, regresar a los suyos.

PHILIPPO, conde de Flandes y de Vermandois, a la doncella HILDEGARDA, sierva de Cristo, salud y mucho afecto.

Vuestra santidad sepa que estoy preparado para hacer cualquier cosa que sepa que os complace, porque vuestra santa conversación y vida honestísima han resonado frecuentemente en mis oídos, más dulce que toda fama. Pues aunque soy pecador e indigno, sin embargo, amo de todo corazón a los siervos y amigos de Cristo, y con toda veneración los honro gustosamente, recordando aquella Escritura: Mucho puede la oración perseverante del justo (Sant. 5). Por lo cual envío a la gracia de vuestra piedad al portador de la presente, mi servidor fidelísimo, quien hablará con vos por mí, miserable pecador, aunque yo hubiera preferido mucho más ir a veros y hablaros personalmente, como deseaba. Pero son tantos y tan grandes mis asuntos, que surgen cada día, que no he podido dedicarme a ello. Además, ya se acerca el tiempo en que debo emprender el viaje a Jerusalén, para lo cual necesito gran esfuerzo, sobre lo cual os dignéis comunicarme vuestro consejo por medio de vuestras cartas. Creo que a vos ha llegado frecuentemente la fama de mi nombre y de mis actos, y necesito mucho de la misericordia de Dios. Por lo cual también os suplico con la mayor insistencia de oraciones, que queráis interceder ante el Señor por mí, miserable e indignísimo pecador. También os ruego humildemente que, en la medida en que os lo conceda la divina misericordia, inquiráis de Dios qué me conviene, y me comunicéis vuestro consejo por medio del portador de la presente, qué y cómo debo hacer, para que el nombre del Cristianismo se exalte en mis tiempos, y la feroz crueldad de los sarracenos sea abatida; y si me será útil permanecer en aquella tierra o regresar, según lo que quizás hayáis oído sobre mi estado, y lo que por revelación divina habéis conocido o conoceréis. Salud en Cristo,

hermana amada, y sabed que deseo mucho escuchar vuestro consejo, y que tengo gran confianza en vuestras oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Envía una instrucción en la que exhorta principalmente a la justicia.

Oh hijo de Dios, ya que Él mismo te formó en el primer hombre, escucha las palabras que con mente y cuerpo vigilantes vi y oí en mi alma, cuando, debido a tu diligente búsqueda, miré hacia la verdadera luz. Dios dio un mandamiento a Adán en el paraíso, y después de la transgresión de ese mandamiento, lo expulsó del paraíso con justo juicio (Gén. III), ya que había consentido en el consejo de la serpiente. Con justo juicio también, sumergió a los hombres que lo habían olvidado por completo, de modo que ni lo deseaban ni lo buscaban, en el diluvio (Gén. VI), donde salvó del diluvio a aquellos que lo amaban y buscaban, a través del arca (Gén. VII). Pero el cordero más manso, es decir, el Hijo de Dios, en su sangre, que derramó colgando en la cruz, salva todos los crímenes y pecados que el hombre reconoce mediante verdadera penitencia. Ahora, atiende, oh Hijo de Dios, para que con el ojo puro de la justicia mires a Dios, como el águila al sol, de modo que sin la propiedad de tu voluntad, tus juicios sean justos, no sea que el supremo juez, quien dio el mandamiento al hombre, y que también en misericordia lo llama a sí mediante la penitencia, te diga: ¿Por qué mataste a tu prójimo sin mi justicia? También a los hombres que son culpables por juicio, constriñelos según las Escrituras de los santos (que eran columnas de la Iglesia), con la ley y con el temor de la muerte, atendiendo en todo a la maldición de aquel hombre que perpetró homicidio en su ira. Tú también, por todas tus negligencias y pecados y por todos tus juicios injustos, con el signo de la cruz, refúgiate en el Dios vivo, que es el camino y la verdad (Juan XIV), y que también dice: No quiero la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva (Ezequiel XVIII). Y si llega el tiempo en que los infieles se esfuerzan por destruir la fuente de la fe, entonces resísteles (en la medida que puedas con la ayuda de la gracia de Dios). Pues veo en mi alma que la preocupación que tienes por las angustias de tu alma es similar al amanecer que surge por la mañana. Por lo tanto, que el Espíritu Santo te haga un sol ardiente en pura y verdadera penitencia, para que lo busques y le sirvas solo a Él, de modo que vivas en la suma bienaventuranza por la eternidad.

EPÍSTOLA XXIX.

DE BERNARDO, ABAD DE CLARAVAL, A HILDEGARDA. Elogia sus méritos y santidad.

Queridas hijas en Cristo, a HILDEGARDA, el hermano BERNARDO, llamado abad de Claraval, si algo puede la oración del pecador.

Lo que algunos parecen pensar de nuestra pequeñez, de manera muy diferente a lo que nuestra conciencia nos dicta, no debe atribuirse a nuestros méritos, sino a la insensatez de los hombres. Me he apresurado a escribir a la dulzura de tu piadosa caridad, aunque la multitud de ocupaciones me obliga a hacerlo mucho más brevemente de lo que desearía. Nos congratulamos de la gracia de Dios que está en ti, y te exhortamos a que la consideres como gracia y te esfuerces en corresponderle con todo el afecto de humildad y devoción; sabiendo que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV). En lo que a nosotros respecta, exhortamos y suplicamos (I Ped. V). Sin embargo, donde hay instrucción interior y la unción que enseña sobre todas las cosas, ¿qué podemos nosotros enseñar o advertir? Se dice que escudriñas los secretos celestiales y que, iluminado por el Espíritu

Santo, distingues lo que está por encima de los hombres. Por lo tanto, rogamos más y suplicamos humildemente que nos tengas en tu memoria ante Dios, así como a aquellos que están unidos a nosotros en la sociedad espiritual. Pues cuando el Espíritu se une a Dios, confiamos en que puedes beneficiarnos y socorrernos mucho. La oración ferviente del justo tiene mucho poder (Sant. V). También oramos continuamente por ti, para que seas fortalecido en el bien, instruido en lo interior, dirigido hacia lo que permanece, de modo que aquellos que han puesto su esperanza en Dios no desfallezcan desesperando por ti; sino que, fortalecidos en el progreso de la bendición que se reconoce que has recibido de Dios, avancen cada vez más hacia lo mejor.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Lo adorna con grandes alabanzas.

En el espíritu de los misterios te hablo, oh venerable Padre, que maravillosamente en los grandes honores de la virtud de Dios, eres muy temido, de la insensatez ilícita de este mundo, con el estandarte de la santa cruz y con elevado fervor en el ardiente amor del Hijo de Dios, capturando hombres para luchar en las batallas de la milicia cristiana, contra la crueldad de los tiranos, porque estoy muy constreñida en la visión que se me aparece en el Espíritu del misterio, la cual no veo con los ojos exteriores de la carne. Yo, miserable y más que miserable en nombre femenino, desde mi infancia he visto grandes maravillas, que mi lengua no puede expresar, salvo lo que el Espíritu de Dios me enseña, cómo debo decirlas. Certísimamente y suavemente Padre, escúchame, en tu bondad a tu indigna sierva, que nunca desde mi infancia he vivido con seguridad, y de tu piedad y sabiduría entiende en tu alma, según hayas sido instruido en el Espíritu Santo, porque lo que se te ha dicho de mí, es de esta manera. Pues sé en el texto la inteligencia interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que se me muestran en esta visión, que toca mi pecho, y mi alma como una llama ardiente, enseñándome estas profundas exposiciones, pero sin embargo no me enseña las letras en lengua teutónica, que no conozco. Pero solo sé leer en simplicidad, no en la disección del texto, porque soy una persona indocta, sin ninguna instrucción con materia exterior; pero dentro de mi alma soy instruida, de donde te hablo, sin dudar de ti, sino que me consolaré de tu sabiduría y piedad por ello, porque hay muchos cismas entre los hombres como oigo decir a la gente. Pues a cierto monje, a quien examiné en la conversación de una vida más probada, primero le dije esto, y le mostré todos mis secretos, y me consoló, de tal manera que estas cosas son grandes y temibles. Quiero, padre, que por amor de Dios me recuerdes en tus oraciones. Hace dos años te vi en esta visión, como un hombre mirando al sol, y no temer, sino muy audaz; y lloré porque yo tanto me avergüenzo, y soy tímida. Buen Padre y suavísimo, me pongo en tu alma, ora por mí, porque tengo grandes trabajos en esta visión, para que lo que veo y oigo, lo diga. Y a veces en grandes enfermedades por esta visión, caigo en el lecho, porque callo, de tal manera que no puedo levantarme. Por lo tanto, con tristeza ante ti lloro, porque soy movable, con movimiento en el lugar del árbol en mi naturaleza, nacida de la raíz surgente en Adán, quien fue hecho exiliado en el mundo peregrino por la sugestión del diablo. Ahora, sin embargo, levantándome, corro hacia ti. Te digo: Tú eres movable, pero siempre levantando el árbol, y eres vencedor en tu alma, no solo levantándote a ti mismo, sino también a otros hombres hacia la salvación. Tú, sin embargo, eres un águila mirando al sol. Te ruego por la serenidad del Padre, y por su admirable Verbo, y por el suave humor de la compunción, a saber, el Espíritu de verdad, y por el santo sonido, por el cual suena toda criatura, y por el mismo Verbo, del cual nació el mundo, y por la altura del Padre, que envió el Verbo con dulce verdor al vientre de la Virgen, de donde aquel canto, como la miel se construye alrededor del panal, lo succionó, para que no te adormezcas ociosamente en mis palabras. Pero ponlas en tu corazón, de modo que no ceses, sino que

pases por la forma de tu alma, mirando a Dios por mí, porque Él te quiere. Adiós, adiós en tu alma, y sé fuerte en la lucha en Dios. Amén.

EPÍSTOLA XXX.

ADAMI ABBATIS DE EBRA A HILDEGARDEM. Se encomienda a las oraciones de la Santa y solicita su respuesta a su duda, que parece haber sido sobre si debía retener o renunciar al cargo de abad, como se deduce de la respuesta de Santa Hildegarda.

A la señora y madre suya amadísima HILDEGARDA, maestra de las hermanas de San Roberto en Pingis, el hermano ADÁN, abad, aunque indigno, de Ebra, un poco de lo que es.

Desde el momento en que recibí conocimiento de vuestro nombre, me alegré con gran gozo (Mat. II). Dios aumentó mi alegría cuando, con un gesto benigno y maravilloso, dispuso que se viera vuestro rostro y se escuchara vuestra voz en nuestra tierra, y me concedió lo que apenas podía esperar, una conversación mutua. De aquello sobre lo que os manifesté mi inquietud, confío en que no lo habréis olvidado, y puesto que diferentes personas tienen diferentes opiniones, unos esto, otros aquello, si es bueno y hay salvación ante el Señor, bendito sea Dios: si hay peligro, rogad a Dios que me conceda el bien y la salvación del alma, y que excluya todo peligro. Ahora envió cartas y a nuestro mensajero al señor emperador por vuestra causa, y espero que por la gracia de Dios seamos escuchados, y dondequiera que necesitéis de nuestro servicio, estaremos preparados para servirlos. También os suplicamos que os dignéis orar por nosotros, porque verdaderamente estamos en un torbellino por la preocupación por nuestros hermanos, para que la gracia del Espíritu Santo, que obra muchas maravillas en vosotros a través del Espíritu profético, también nos contemple y nos fortalezca. Rogamos también que os dignéis consolarnos y prepararnos con vuestros escritos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Sobre el deber de no deponerlo, exhorta a diversas virtudes, y nombra específicamente la caridad y la humildad.

En una verdadera visión del Espíritu, mientras vigilaba en el cuerpo, escuché estas palabras: "El que es" (Éxodo III), dice: El sol brilla y emite rayos. Un cierto hombre, amigo del sol, tenía un jardín en el que deseaba plantar con gran dedicación muchas especias y muchas flores, y el sol envió el calor de sus rayos sobre las especias y las flores, y el rocío y la lluvia les dieron la humedad del verdor. Entonces, del norte salió una imagen tortuosa con cabellos negros y rostro horrible, y del oriente avanzó un joven bellissimo, con cabellos blancos y rostro pleno y amigable; y llegaron al jardín. Y la imagen tortuosa dijo al joven: ¿De dónde vienes? Él respondió: Vengo del oriente al jardín de este hombre sabio, porque tenía un gran deseo de venir a él. La imagen tortuosa dijo: Escúchame: Un viento peligroso, granizo, fuego y pestilencia vendrán sobre ese jardín y lo secarán. Pero el joven respondió: No será así, no será así, porque no lo quiero, sino que sacaré una fuente purísima y regaré ese jardín. Y la imagen tortuosa respondió: ¡Vah, vah, eso es tan posible como si una langosta perforara una piedra dura! Y así, en su engaño, la imagen indujo el invierno sobre ese jardín y quiso secar sus especias y flores. Pero el joven mencionado, cultivando su oficio en sus cítaras, no lo veía. Y cuando luego lo vio, invocó al sol con gran sonido para que viniera en el signo de Tauro y trajera de nuevo el verdor del verano sobre ese jardín. Y así, tomando un cuerno de marfil y un cuerno de ciervo, derribó a la imagen tortuosa al suelo con ellos. Y entonces dijo al hombre, cuyo era el jardín mencionado: De ahora en adelante, no confíes tan negligentemente en ti mismo, sino que rodea tu jardín con tanta protección que las aves más negras no lo sequen en las tempestades. Ahora, oh tú, Padre, que por la suprema vocación

estás en lugar de Cristo, entiende que estas palabras se dicen a ti. Escucha, pues: La gracia de Dios brilla como el sol y a veces emite sus dones, de una manera en sabiduría, de otra en verdor, y de otra en humedad. La sabiduría cae en la naturaleza fértil, el verdor penetra grandes labores, y la humedad va a la amarga dureza. Pero tú, hombre amigo de la gracia de Dios, tienes el jardín del pueblo en el que, en lugar de Cristo, debes plantar con diligencia muchos buenos deseos y buenas obras. Y la gracia de Dios, en la virtud de sus dones, emite la eficacia de la buena voluntad sobre esos deseos y obras, y los hace reverdecer con el rocío y la lluvia de la fuente de agua viva. Pero del diablo salen los vicios en la inquietud de la vana gloria y en el ruido de resistir con justo magisterio por mi causa: de Dios, sin embargo, proceden las virtudes en el desprecio de lo secular, con plena benevolencia de sujeción en caridad, viniendo al pueblo. Y los vicios preguntan a las virtudes a qué han venido. Pero ellas responden que han venido de Dios al pueblo del amigo de Dios, porque tienen un gran deseo de edificar en él la ofrenda de alabanza. Y los vicios dicen, para que escuchen estas palabras: Una gran ruina, ira e investigación con mucha inquietud caerán sobre este pueblo, de modo que se fatigará en el ministerio de Dios. Y las virtudes responden: No sucederá así, porque no cesaremos en el bien; sino que una fuente viva emanará y defenderá a este pueblo con su misericordia. Pero los vicios dicen riendo que eso es posible, como si la fragilidad fijada en la carne pudiera durar sin arruga. Entonces, los vicios, en sus engaños, inducen una fría niebla de ignorancia sobre este pueblo, de modo que sus buenos deseos y buenas obras ya están en defecto, cuando confía en sí mismo. Pero las virtudes, ofreciendo su servicio a Dios en alabanzas, permiten que esto suceda por el justo juicio de Dios, para que los hombres entiendan lo que son. Y cuando regresan a sí mismos en la humildad de las virtudes, esas mismas virtudes sostienen con gran diligencia la gracia de Dios, para que impongan a sus mentes la pasión de Cristo, para que de este modo lleven a ese pueblo a la primera alabanza de Dios. Y así, atendiendo a la divinidad y humanidad del Hijo de Dios, derriban a esos vicios a la contrición. Pero también dicen al que está bajo el cual está este pueblo: Advertido por esto, no confíes en tus propias fuerzas; sino que prevé que huyas a la gracia de Dios, para que fortalezcas y aconsejes a los tuyos en todos los modos, para que las insidias diabólicas no los derroten por negligencia con diversos vicios. También vi como una bellísima doncella resplandeciendo en tal fulgor de rostro espléndido que no podía mirarla perfectamente. Y tenía un manto más blanco que la nieve y más brillante que las estrellas. También estaba calzada con zapatos como de oro purísimo. Tenía el sol y la luna en su mano derecha, y los abrazaba suavemente. En su pecho había una tabla de marfil, en la que aparecía la figura de un hombre de color zafiro, y toda criatura llamaba a esta doncella señora. Y ella misma decía a la figura que aparecía en su pecho: "Contigo el principio en el día de tu poder en los esplendores de los santos, del vientre antes de la aurora te engendré" (Salmo CIX). Y escuché una voz que me decía: Esta doncella que ves es la caridad, que tiene su morada en la eternidad. Cuando Dios quiso crear el mundo, se inclinó en el amor más dulce y previó todas las cosas necesarias, como un padre prepara una herencia para su hijo, y así dispuso todas sus obras en gran ardor. Entonces, la criatura en estas formas y en sus formas reconoció a su Creador, porque la caridad fue en el principio la materia de esa misma criatura, donde Dios dijo: "Hágase", y se hizo (Génesis I), porque toda criatura fue formada casi en un abrir y cerrar de ojos por ella. Que resplandece en tal fulgor de rostro espléndido que no puedes mirarla perfectamente, porque ella muestra el temor del Señor en una ciencia tan pura que el hombre mortal no podrá llevarla a su fin. Y tiene un manto más blanco que la nieve y más brillante que las estrellas, porque sin simulación comprende todo en la blanca inocencia, con obras santas esplendísimas. También está calzada con zapatos como de oro purísimo, porque tiene caminos que están en la mejor parte de la elección de Dios. Tiene el sol y la luna en su mano derecha, y los abraza suavemente, porque la diestra de Dios abarca todas las criaturas, y porque también se ha extendido entre las naciones, en los reinos y en todos los

bienes. Por lo cual también está escrito: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha" (Salmo CIX). En su pecho hay una tabla de marfil, porque en la ciencia de Dios la integridad, a saber, en la Virgen María, siempre floreció, de modo que en ella aparece la figura de un hombre de color zafiro, porque el Hijo de Dios resplandeció en la caridad desde el Anciano de Días. Y toda criatura llama a esta doncella señora, porque de ella procedió, y ella fue la primitiva creando todo, como muestra la figura en su pecho, porque Dios asumió la humanidad por el hombre. Pues toda criatura fue cumplida en la orden de Dios, como él mismo dijo: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Génesis I). El calor del verdadero sol descendió como rocío en el vientre de la virgen, y de su carne hizo al hombre, así como también formó a Adán de la arcilla de la tierra carne y sangre. Y la virgen lo engendró en integridad. Pero no convenía que la caridad careciera de alas. Pues cuando la criatura en el principio giró, de modo que en la presión quiso volar y cayó, las alas de la caridad la elevaron. Esto fue la santa humildad. Pues cuando el horrible sentido de Adán lo derribó, la divinidad lo miró agudamente, para que no pereciera del todo en la caída, sino que lo redimiera en la santa humanidad. Ni las alas de gran poder fueron, que la humildad en la humanidad del Salvador elevó al hombre que fue perdido, porque la caridad creó al hombre, pero la humildad lo redimió. La esperanza es como el ojo de la caridad, pero el amor celestial es como su corazón, y la abstinencia es su estructura. La fe es como el ojo de la humildad, la obediencia es como su corazón, y el desprecio del mal es como su estructura. La caridad fue en la eternidad, y en el principio de toda santidad produjo todas las criaturas sin mezcla de mal, y creó a Adán y Eva de la pura criatura de la tierra. Y así como estos dos engendraron a todos los hijos de los hombres, así también estas dos virtudes producen todas las demás virtudes. Estas virtudes tocan a tu puerta, oh hombre, a quien hablo, y dicen: Oh tabernáculo de este hombre, que permanece con nosotros en la mañana, ya está en fatiga. Y la caridad te dice: Oh amigo de la fe, no queremos que te apartes de tu ligadura oficial. Pues cuando Dios quiso diseminar todas las criaturas en el círculo del cielo, tuvimos todas sus obras en abrazo, y trabajamos con él. Pero el hombre cayó, y lloramos con él, ni lo abandonamos, aunque nos golpeara en la mejilla. Y la humildad te dice especialmente: ¡Ay, ay, cuántos grandes dolores he soportado por el hombre! Pero tú dices: Quiero huir. Pero tienes una carga para llevar en la viña, y te quedas; no quieres caminar, sino que te envuelves en el tedio, y miras a otro camino. Ciertamente nuestro compañero no hará así. Pero cuando el pueblo te ama, trabaja con él. Pero cuando el rugido del viento fluye con la inquietud de la guerra de la vicisitud de las costumbres, mira hacia mí, y en todo el poder de mis alas te ayudaré. Sansón, el más fuerte, perdió su fuerza por la necesidad de una mujer (Jueces XVI). Cuídate, pues, de que no te suceda así, si das respuesta al tedio por consentimiento. También la gloria de Salomón fue vaciada por la necesidad de las mujeres (II Reyes XI). Mira también con solicitud que no por la vicisitud de estos conocimientos tuyos, el verdor que tienes de Dios crezca; sino observa los ornamentos de oro y piedra preciosa que la caridad y la humildad tienen en ti. También tú, por las pulseras que la sabiduría te dio, y por las cuales el pueblo acude a ti, da gloria a Dios, y trabaja con el pueblo; y así permanecerás con el sol. Y tú, Padre, escucha: Así como la estrella de la mañana precede al amanecer en su luz, así ofrece ayuda a todos desde el beso de amor que Dios te dio; y te dará la vida que contempló en el primer día.

EPÍSTOLA XXXI.

DEL ABAD DE EBERBACH A HILDEGARDA. Solicita las oraciones de la Santa y le ofrece sus servicios.

Amada por Dios y por los hombres, venerable señora y maestra HILDEGARDA en Binga, el hermano E., abad, aunque indigno, de Eberbach, un poco de lo que es.

Magnificamos y glorificamos por vosotros a Cristo nuestro Salvador, que mira a los que tiemblan, exalta a los humildes, y que ha hecho grandes cosas por vosotros, porque es poderoso (Luc. I). Ha elegido, como hemos oído y visto, el santuario de vuestro corazón como su morada, y os ha manifestado la ciencia divina, los secretos y ocultos de su sabiduría (Sal. L), introduciéndoos en su cámara a las flores de rosas y lirios de los valles, a los campos floridos de los montes eternos. Su izquierda está bajo vuestra cabeza, y su derecha os abraza (Cant. II), de modo que podéis decir verdaderamente: Mi amado es mío, y yo soy suya. En todo esto, vuestro nombre es como aceite derramado, y por eso las doncellas os han amado, y nosotros corremos tras el aroma de vuestros ungüentos (Cant. I). Rogamos también al Señor, que se digne conservar los dones de la naturaleza y los regalos de su gracia, para su gloria, para vuestra corona, para nuestro gozo, y como ejemplo para muchos. Oramos también y con humilde súplica pedimos, que os dignéis acordaros de nosotros, y que en la venida de vuestro Esposo recomendéis nuestra pequeñez a Él, para que así como nos alegramos y gozamos de la fama de vuestra santidad, merezcamos recibir por vuestra intercesión el gozo y la exultación. Si os dignáis recibir algo de nuestro servicio, lo abrazamos con alegría, y haremos, como ya hacemos, y estamos preparados para servir a toda vuestra santa voluntad.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Devuelve excelentes consejos y al final predice lo mejor para el abad.

Quien es (Éxodo III), dice: La luz serena ve el establo y la comida establecida de cada congregación, que tiene su oficio en el ministerio, distribuyendo el alimento de la refacción con moderación adecuada, para que no falte la alegría del alma a los fieles que se adhieren a él. El administrador pastoral debe mostrar las flechas en la aljaba con costumbres firmes y otorgar los aromas de las medicinas con benevolencia capaz. Sin embargo, los flagelos del tirano negro llevan la muerte; el soldado honesto lucha sin cansancio de la burla, y el sentido amable capta la suficiencia en el bien común, y los modales festivos en rectitud, ceñidos están en todas las virtudes, de modo que tienen hambre de cumplir la justicia. Pero los más crueles y peregrinos de la noble madre de misericordia, degüellan a las ovejas simples que están en los atrios de la casa del rey. ¡Ay, ay, quienes así en la matanza enloquecen, son peregrinos de la casa del rey, a menos que se arrepientan, porque dispersan las ovejas del Señor! Tú, sin embargo, oh pastor, ten un rostro alegre en la miseria de los pobres, que son pusilánimes, no capaces de tomar el arado de la disciplina. Los buenos y benevolentes, sean para ti en la sinfonía del Espíritu Santo. Cuida también de no adormecerte en la luz. Pero que tu entendimiento vigile, y no sea doble en el sonido, para que no digas interiormente algo diferente de lo que expresas exteriormente. Quienes hacen esto, oscurecen su rostro en las tinieblas. Pero si después tiemblan de miedo porque en su corazón no comprenden lo que muestran en su rostro, son liberados de la infidelidad, encerrados en el arrepentimiento. Para ti, oh hombre, la refacción será en el ceñidor de tus lomos, donde tienes el verdadero deseo en tus manos, cuando no descuidas el tesoro de la verdadera riqueza. La tierra duerme para ti, porque el naufragio del mundo no te hiere. Al final de tu tiempo, Dios te resucitará. Él te establecerá en gran honor. Oh buen siervo, lo alabarás, y él te salvará por la eternidad.

EPÍSTOLA XXXII.

ABAD DE SAN ANASTASIO A HILDEGARDA. Si debe conservar o renunciar al cargo de abad para dedicarse a la contemplación.

Amada en el Señor, y devotísima hermana HILDEGARDA, por la gracia de Dios maestra en el cenobio de San Roberto, el hermano E, llamado abad de San Anastasio, salud y oración.

Gloria a Dios, que eres el buen olor de Cristo (II Cor. II), tanto entre los tuyos como entre los nuestros. El buen nombre de Cristo es bendecido y alabado por ti, y quien se santifica en ti. Pues glorificas y llevas en tu cuerpo a Cristo (I Cor. VI), dignamente con la digna vocación con la que fuiste llamada (I Cor. VII), haciéndote a ti misma y cooperando con la gracia que te fue dada, mostrándote a todos en la casa del Señor como un vaso de honor. Y puesto que eres un instrumento familiar de Cristo y receptáculo de Su Espíritu, te pedimos con humilde súplica que ores por mí y por aquellos que nos han sido confiados, para que lo que ha comenzado en nosotros, lo lleve a cabo y lo complete según Su buena voluntad (Filip. I), para que también nosotros completemos el curso del buen combate en Cristo (II Tim. IV), y nos gloriemos juntos en Su alabanza (Sal. CV). Además, te ruego que el Espíritu que revela los secretos y ocultos de Su sabiduría, te indique qué me conviene en llevar la carga de la obediencia a Cristo, es decir, perseverar o descansar, para dedicarme a Su contemplación. Cualquier cosa que te sea revelada sobre esto, no me la ocultes; porque mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado (Sal. CVII), para hacer tu voluntad (Hebr. X). El libro que escribisteis, para que se escriba para nosotros, necesitamos tanto vuestro consejo como vuestra ayuda, y vuestra buena voluntad. Deseamos mucho tenerlo y contemplar las maravillas de Dios en él. Además, ruego encarecidamente que seamos visitados con la respuesta de vuestras cartas, y consolados en el trabajo y la paciencia por Cristo con las abundantes consolaciones a través de vosotros. Saludos, salud a vuestras hermanas, y orad por nosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Para que se adhiera al oficio.

El que es (Éxodo III), te dice, oh hombre: Tu mente se eleva con deseo a través de la opinión de las buenas obras, y te alzas en lo alto, deseando más de lo que realizas. Pero a veces tu propia mente te engaña, examinando tus razones, diciendo así: Estas son las mejores cosas, que sin embargo no realizas en el presente. Por lo tanto, incluso la causa que tienes en tu propósito, si la examinas por ti mismo. Completa entonces el sustento de tu rebaño, y dale preceptos, es decir, ofreciendo la vara del maestro, y después presentando el ungüento del médico, porque es más útil para ti que en este trabajo vigiles, sirviendo a otros en sujeción a través de tu enseñanza, que ejercitarte a ti mismo en tu propia voluntad. Pues si te sometieras, el tedio te rodearía, de tal manera que tu mente se secaría. Por eso, vigila sobre tu rebaño, ofreciéndole buenos ejemplos, que tu alma desea, para que tu mente no sea llevada a la burla. Porque aquel que está en lo alto, y clama en el valle, a veces no sabe en cuál de los dos va. Por eso, mantente en humildad, de modo que, con la ayuda de Dios, realices las buenas obras que has comenzado, y permanece en las huellas de Cristo, no te engañes a ti mismo, y vivirás eternamente.

EPÍSTOLA XXXIII.

ABAD DE KEISHEYM A HILDEGARDA. Plantea una duda similar a la Santa.

CONRADO de Keisheym abad, aunque indigno, a la santísima señora HILDEGARDA, en el claustro de San Roberto en Binga, prelada, devotas oraciones con humilde obediencia.

Desde que por primera vez pude escuchar sobre las insignes virtudes tuyas, madre santísima, y el don especial que Dios te ha concedido, aunque desconocido para ti en presencia corporal,

sin embargo, te he amado con todo el afecto de mi mente. Me regocijo, por tanto, en tu gloria, porque has merecido encontrar al amado que mi alma buscaba, y no tienes necesidad de vagar tras el rebaño de compañeros, ya que aquel que se alimenta entre los lirios ha descansado en tu tabernáculo, llenando tu jardín con la abundancia de diversas delicias (Cant. I). Sin embargo, me maravillo, señora carísima, porque siendo tú un cierto riachuelo que emana de la misma fuente de bondad, difundiendo tu benevolencia a todos los que desean conocer y escuchar las maravillas de Dios a través de ti, ¿por qué cierras las entrañas de la piedad a mí, que sufro en gran ansiedad de corazón, y tan lentamente envías el pequeño don que deseo más por caridad que por presunción? Te ruego, por tanto, con toda devoción, que intercedas por mí ante el mismo Esposo, que reposa en la cámara de tu corazón, quien inclina con gusto el oído de su clemencia a tus peticiones, y le pidas que te manifieste si me es más útil dejar el peso del cuidado pastoral o llevarlo por más tiempo, porque en ello estoy muy agobiado y me abandono al olvido. Pero sabré que has sido escuchada si recibo tu respuesta al respecto. Adiós, querida de Dios.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. No disimula los crímenes de sus súbditos, pero tampoco parece excusar a Conrado, sino que lo exhorta a la penitencia. Sin embargo, añade una restricción con palabras oscuras, insinuando que debe renunciar al oficio donde no pueda lograr nada bueno entre los suyos.

La luz aguda ve, y dice: Oh hombre, estás pálido por la duda de tu mente, como si no pudieras mantenerte en pie. ¿Y por qué es esto? Veo tus obras. Pues ellas me tocan. Pero tú conoces el reconocimiento de los rebeldes. ¿Por qué entonces te sonrojas ante mi altar al despreciar mi santuario, para adornarlo como un templo que tiene ojos vivientes? Oh carga, donde el buen pastor levantó a sus ovejas sobre sus hombros. Pues donde las ovejas no caminan por caminos rectos, el pastor amable debe levantarlas con la preocupación de su alma, corregirlas y ungir las, y enseñarles en buenas obras. Y así como la mano trabaja en el brazo, así también el brazo se mueve en el hombro; así el pastor ofrece a sus ovejas ejemplos en la mano de buenas obras, y medicina en el brazo de ayuda, y solución de diversos vicios por la ligadura de la cruz como en el hombro del poder. Pues a los verdaderamente penitentes sus vicios deben ser perdonados. El diablo vomita la fuerza de su corazón, y el gusto de su garganta, y la llama ardiente de su boca viperina. Oh hombre, escucha el lamento del dolor en la efusión del crimen, que está en la contaminación de la carne en la hermosa forma del hombre. Lloro, oh virginidad, la integridad de tu primer nacimiento. Pues la mano del supremo artífice te formó, y te puso en el jardín de la delicia. Pero la mente ardiente del hombre fue engañada con la vana elección de su voluntad, por el orgullo del consejo criminal del engañador. Por lo cual él mismo fue expulsado por el gusto de la desobediencia. Y así su vientre se pervirtió, cuando antes su costado había sido perforado por el don santísimo. Pero ahora su muslo está contaminado con veneno sudoroso. Así el hombre tocó el gusto de la garganta de la serpiente, cuando ardió en sus venas venenosas. Por lo cual después fornicó en el deseo viperino, que es la llama ardiente de la boca del diablo. Ahora en obediencia ha trabajado el alimento. Y porque Dios hizo a la mujer de la costilla (Gén. II), por eso el diablo luego sugirió el homicidio, de modo que todas sus obras las condujera por otro camino en la revelación de los pecados que brotan por la fuerza de su corazón. Oh hombre, ¡cuán grandes crímenes cometes a semejanza del antiguo traidor! ¿Cómo? Pues el peor acusador fue arrojado hacia atrás, y cortado de toda bienaventuranza. Y porque fue arrojado hacia atrás, por eso pensó en la maldad de su corazón, para llevar al hombre hacia atrás en el pecado contrario. Así el hombre dejó la forma de la costilla, por lo cual también la formación del hombre perece allí en tal semilla derramada. Llore, pues, la tierra, y tiemblen los cielos por estos crímenes. Pues cuando el hombre peca por el gusto de su obra, no dejando la formación

de la costilla, siente un poco lo que es la hechura de Dios. Pero estos crímenes que caen hacia atrás, no están en ninguna creación; porque el hombre, que los hace, no ve que es hombre. Oh hombre, ¿por qué rechazas lo que eres hechura? Ah, ah, oh hombre, con gran esmero Dios te formó, pero tú en muchos crímenes te envuelves; pero Dios de nuevo por su Hijo te llevará a Él. Por lo cual levántate por la penitencia, y corre pronto hacia mí. Ahora tú, oh soldado, sé robusto y armado por caminos llanos, y allí haz verdor, donde hay verdor; y cuida el cinturón de los lomos, de aquellos que están contigo, y cohibe a ti mismo en buenas obras, para que tu corazón se ilumine en el sol, y no te canses en el camino recto, luchando contra ti mismo. Por lo tanto, no abandones el cuidado pastoral, porque el perfumista que tiene un jardín irrigado y bien oloroso, vea, para que su jardín traiga la utilidad de los frutos, para que no falte. Pues cuando tu ojo ve, y cuando tu conocimiento vigila, ¿por qué duermes como cansado en la cincha de la recta providencia de tu ojo? Por lo tanto, recorre solícitamente en buena providencia, para que no escondas infeliz tu talento (Mat. XXV), ya que no te conviene, que rechaces aquella atadura con la que estás ligado, mientras tengas dos ojos o uno, o alguna parte de vivir bajo tu custodia. Pero si no vives con ningún ojo de vivir en ti, sino siempre con claudicación, entonces huye, y abstente de tu administración.

EPÍSTOLA XXXIV.

ABAD DE HIRSAUGIA A HILDEGARDA. La alaba con grandes elogios.

A la santísima señora y madre suya HILDEGARDA, M., abad indigno de Hirsaugia, oración con obediencia.

He oído, en efecto, que en Cirene, cierta fuente de agua fluye con vino, y que tú, buena madre, entre los alemanes, has sido vista en una fuente de aguas que entran y salen, y en el humo de especias suaves como la mirra y el incienso. Pues tú, mi señora, absorbes y derramas, y en formas específicas y prácticas en teoría de la fuerza y el movimiento existes. Por eso he tenido y tengo desde hace tiempo el impulso de amarte, honrarte, admirarte, servirte a ti y a los tuyos, y en todo, ya sea en palabra o en obra, ser parte de tus oraciones y de las de los tuyos, en la medida en que me es permitido y en los servicios. Te ruego, mi madre y señora, que me recuerdes en tus santísimas oraciones, ama humildemente a quien te ama; reconoce en Cristo a quien te reverencia, y respóndeme por escrito en Dios, te lo pido.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Predice varias cosas.

Oh dulcísimo Padre, y en el amor de Cristo hermano: Veo una olla rodeada de tan gran caridad, que apenas puedo ver si es una olla. Pero también veo allí un poco de sabor amargo, contrario sin embargo con gran contienda, y después un torbellino, que sin embargo está destinado a la recompensa de Dios. Vigila, pues, con esmero, porque la causa del pueblo en las costumbres en este tiempo exige tales cosas. Oh suavísimo Padre, yo, pobre figura, no veo en la verdadera luz, para que te conmuevas completamente de tu oficio. Recuerda, sin embargo, que eres hombre en la tierra, y no temas mucho, porque Dios no requiere de ti cosas diversas. Pues tú estás en la presencia de Dios, como humo de mirra e incienso, de donde el monte Sion busca que seas alimento en la casa de Jacob. Pero si alguien corta la columna que sostiene toda la casa, derriba la casa. Por lo tanto, mira a través de las siete ventanas, considerando de dónde viene el halcón, y cuídate de que no te engañe. Apacienta, pues, a tus ovejas con la mansedumbre de la corrección, porque el día de la salvación no huye, y aún no serás ceniza. Sé también espejo de vida ante los ojos de la vida.

EPÍSTOLA XXXV.

PROVISOR DE SAN EMERANO A HILDEGARDA. Sobre un cierto hombre que desespera de su salvación.

A la muy religiosa sierva de Cristo HILDEGARDA, A., indigno proveedor del monasterio de San Emmeram de Ratisbona, perseverancia en todos los bienes, otorgados por el Padre de las luces.

Damos gracias a nuestro Dios, que ha adornado maravillosamente a su Iglesia al darte a ella. Pues por ti todos los justos se glorían magníficamente, y aquellos que hasta ahora estaban desesperados se alegran beatíficamente, porque esperan poder reconciliarse con Cristo a través de ti. Por lo tanto, el portador de la presente carta, como afirma, desesperado por su salvación, recientemente me ha contado sus miserias, suplicando que lo dirigiera a la presencia de tu beatitud con cartas de recomendación. Por eso, oh sierva de Cristo, te encomiendo a él a tu piedad y compasión, rogándote humildemente que, por amor a Dios todopoderoso, trabajes con todas tus fuerzas por su salvación junto con todos los que te obedecen. Además, oh amada de Dios, te suplico a tu bondad que te dignes encomendarme a mí y a todos los que me han sido confiados en tus continuas oraciones a Cristo, quien es el retribuidor y la recompensa de los trabajos de sus santos. Amén. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta con palabras graves al abad para que cuide de su rebaño.

Quien es (Éxodo III), dice: Oh hombre, debes mirar a tu alrededor en todo momento, para ahuyentar a los insidiadores de tus ovejas. Observa también que inspecciones las cicatrices de sus heridas, porque muchas nubes rodean al pueblo espiritual. Y estas nubes están llenas de vicios. Cuando el diablo las ve, rápidamente envía su persuasión en forma de burla, y con diversos métodos lo mueve por todas partes con dardos voladores. Estas nubes son molestias e incredulidades en varias cosas que tienen penas, y no banquetes; porque donde están estas, allí hay tristeza, y rara victoria, y venas secas en las mismas personas cuando buscan sus pecados en la inquietud de su mente, siempre mirando hacia la infelicidad, como si no pudieran salvarse, contradiciendo también la gloria de Dios, pero no de tal manera que Dios no exista. Pero cierta nube comprende su conocimiento, sugiriéndoles esto con palabras engañosas. Sin embargo, ellos, resistiendo, saben que no es así; pero solo lo perciben en su conocimiento, como el oído del hombre capta palabras muy vergonzosas, que sin embargo reconoce como malas. Estas penas a menudo hacen mártires, donde el hombre no completa sus vicios en obras. Ahora, oh tú hombre, que estás puesto en tus ovejas para la vigilancia, observa con el ojo de tu conocimiento dónde están estas nubes en tu redil, y unge con misericordia y consuelo a los hombres que trabajan en estas penas. Pero corrige los crímenes festivos con la vara de la disciplina, para que no vayan al abismo. Pues en tu conciencia brilla la luz de la espada, pero sin embargo en tus costumbres hay tormentas. Pero tú mira hacia la verdadera luz, y vivirás.

EPÍSTOLA XXXVI.

ABAD DE NUENBURGEN A HILDEGARDA. El temor de la guerra le ha impedido acercarse a ella. Solicita fervientemente sus oraciones.

A la beatísima Hildegarda, monja, E., solo de nombre, abad de los hermanos de Nuenburgo, todo lo que el afecto de ambos hombres puede desear.

Porque la fama de vuestra santidad ha llenado dulcemente los oídos de todos, ha provocado ardientemente mi ánimo para ver vuestro rostro. Por lo cual, en el verano pasado, habiendo tomado los gastos para el viaje, me apresuré a ir hacia vosotros. Pero fui atemorizado por las tempestades de las guerras. Sin embargo, envié un mensajero con cartas a vosotros, por el cual no recibí ninguna otra respuesta. Y para que esto no haya sucedido por negligencia del mensajero, repetiré nuevamente el contenido en ellas. Primero, agradezco profundamente por la fraternidad que hemos recibido de vosotros, luego pido ser ayudado por vuestras oraciones ante Dios en las dificultades y peligros presentes. Pues, estando en el gobierno, soy empujado por los torbellinos seculares, me refugio en el puerto de vuestra santidad y oración, para que en todo y sobre todo no... peque. Y aunque solicito esto con esmero, especialmente, al completar el curso de la vida, ruego por vuestras oraciones para que merezca ser salvado por el Señor en cuerpo y espíritu. Entre estas presiones, una más eminente que las demás se avecina, por la cual os pido que roguéis al Señor con mayor insistencia. Envía a través del portador de la presente alguna prenda de salvación por la cual pueda prosperar y tener memoria de vosotros. No me faltará el deseo de ir hacia vosotros, hasta que (si la vida me acompaña) lo complete en obra. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le exhorta a la fortaleza en el cuidado pastoral; no se deben abandonar las armas del soldado en tiempo de guerra debido a las dificultades surgidas.

Tu mente es semejante a una que tiene la disposición de las luminarias, y las distribuye aquí y allá: pero a menudo se turba por el torbellino y la oscuridad de los fuegos y las aguas, hasta que el sol, a través de su esfera ígnea, lo penetra todo. Tienes cansancio por la duda, y no deseas trabajar debido a las diversas luchas de las costumbres humanas. Pues el nuevo soldado se regocija cuando lleva armas, porque se le llama soldado en la más fuerte de las fuerzas, cuando sus enemigos luchan contra él. Pero si dijera, no puedo vencer a mis enemigos, y arrojara las armas, se le llamaría necio, por la burla de los hombres, ya que sus armas no fulguran en la probidad de la batalla. Tú, que te nombras maestro desnudo, yaces como una serpiente en sus agujeros, ya que no te esfuerzas en superar la variedad de las tempestades humanas mediante la armadura. Pero no será así. Pues en la primera edad, el Señor estableció mayordomos y procuradores en toda posesión, para que le rindieran cuentas. Cuando el mayordomo recibe dones, reúne armas y flechas, es decir, en las armas a los rabiosos con escrituras, y en las flechas a los impíos, engañosos y furtivos, instruyéndolos con parábolas de las demás escrituras. Pero cuando entretanto se presenta una gran tempestad con la oscuridad del fuego y el agua, y la ira, y el olvido, y la transgresión de los mandamientos de Dios, que ceda hasta que esa tempestad se atenúe; aplique medicina con el sol de las Escrituras, como está escrito, porque misericordia quiero, y no sacrificio (Ose. VI; Mat. IX). La misericordia requiere la oración que Dios ama, y que el Espíritu Santo haga ígnea entre nosotros y vosotros, para que nos conduzca a la Jerusalén celestial. Amén.

EPÍSTOLA XXXVII.

ABAD DE SANTA MARÍA A HILDEGARDA. Después de haber pronunciado muchas alabanzas a la Santa, pregunta si debe retener o dejar el oficio.

A su señora HILDEGARDA, resplandeciente en el honor de la santa religión, H., llamado inútilmente abad de Santa María, cualquier servicio de oraciones y súplicas, y el afecto de la debida servidumbre en el Señor.

Preferiríamos hablar en vuestra presencia que escribir en vuestra ausencia, si tuviéramos tiempo libre o si la lejanía del camino no se opusiera a nuestra voluntad. En efecto, hemos tenido en alguna ocasión el breve placer de escuchar a vuestra santidad, y por eso deseáramos oíros con frecuencia; porque entonces nos agrada todo lo que hemos escuchado. En esta ocasión, hemos tomado la confianza de escribiros porque el portador de la presente, amado por ambos en Cristo, como ha hecho en varios monasterios, también ha recomendado vuestra beatitud a nuestras humildes oraciones mientras estuvo con nosotros, y afirmó que nos lo solicitaba como mensajero. Por lo tanto, aunque no somos nada y no hacemos ni haremos nada, conmemoramos vuestra memoria y suplicamos con corazón y cuerpo humillados que merezcamos vuestras intercesiones para nosotros y todos los nuestros. Por aquel a quien vivís devotamente, de quien habéis recibido la prenda del Espíritu, os pedimos este singular y secreto don, que os esforcéis en obtener del Señor la familiaridad de pedir, para que entre otros carismas de revelación, se digne insinuaros la condición de nuestra humildad, a saber, si en este oficio de honor y carga, de prelación y peligro, ha previsto que merezca la salvación del alma, o si ha considerado útil para mí ser liberado de esto; y si habéis recibido alguna revelación sobre este asunto, no os pese en vuestra caridad consolarnos de nuestra tristeza con un escrito que contenga esto a través del mismo portador de la presente. Pues también anhelamos vuestra salvación, como hemos dicho, y deseamos que el Señor os proporcione el aumento de la necesaria humildad en la magnitud de las revelaciones: para que la lámpara que habéis recibido encendida del cielo, la guardéis con tal luz ante los hombres, que con el aceite inagotable, Cristo a quien esperáis, cuando venga (Mat. XXV), podáis salir a su encuentro en gloria.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Aquel está demasiado ansioso; debe más bien pensar en corregirse a sí mismo y a sus subordinados que en renunciar a su cargo.

En el espejo de la verdadera visión te vi muy turbado, como una nube mezclada, cuando el aire peligroso se mueve en el viento enredado de una gran lluvia, así son tus pensamientos a través de tu mente inquieta en este asunto que has abrazado en medio de tu corazón. Y oí una voz que decía de ti: Un hombre que trabaja con el arado y los bueyes en tierra seca, diciéndose a sí mismo: No puedo soportar este gran trabajo, porque es duro para mí. Y así va a lugares sin agua, donde sin embargo hay flores suaves, que crecen sin el trabajo de los hombres, las cuales también son sofocadas por hierbas inútiles, y dice: Dejaré el arado, y quitaré estas hierbas inútiles, ¿qué utilidad hay en esto? Ahora tú, hombre, mira si es más digno aquel que trabaja con la utilidad del arado en la tierra, o con la erradicación de hierbas inútiles en las flores. Pero yo vi que esta causa que buscas es inútil para ti. Por lo tanto, refrena a ti mismo con tu deber, tomando el arado. Que Dios te socorra en todas tus necesidades, y no permita que trabajes inútilmente.

CARTA XXXVIII

ABAD DE SAN DISIBODO A HILDEGARDA. Pide que si Dios revela algo sobre San Disibodo a la Santa, se lo comunique. Se encomienda fervientemente a sus oraciones.

CUNO, abad del monte de San Disibodo, aunque indigno, a HILDEGARDIS, su señora y amadísima madre del Monte de San Roberto, la gracia de Dios, tan pequeña como es.

Debido a que he estado impedido por diversas ocupaciones, durante algún tiempo he dejado de visitaros, saludaros y hablaros, ahora que se presenta la oportunidad, me encomiendo más atentamente a vuestras oraciones, ya que, ¡ay de mí!, reconozco que me he acostumbrado más al aumento del pecado que a algún progreso en la justicia. Pero como vuestra santidad ve muchos secretos en el espíritu de aquel que ni engaña ni es engañado, os pido que, si Dios os ha revelado algo sobre nuestro patrón el beato Disibodo, me lo comunicéis, para que no deje de ofrecerle con mis hermanos las más devotas alabanzas. Pero como no puedo sacudir de mí la negligencia que hay en mí con ninguna mano de mi capacidad, solicito con devoto corazón el apoyo tanto vuestro como de las demás hijas de Dios que conviven con vos: y no solo encomiendo a vuestras oraciones a la persona de mi pequeñez, sino también a los hermanos que me han sido confiados y a nuestro lugar, como también suelo hacer frecuentemente en persona cuando estoy con vos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Después de algunas consideraciones generales sobre San Disibodo, reprende libremente a Cunón por su excesiva severidad hacia los subordinados y le predice una muerte inminente.

Oh, cuán grande es la necedad en aquel hombre que no se corrige a sí mismo, sino que busca lo que hay en el seno ajeno, y no oculta los crímenes que encuentra en él, según el modo de las aguas que corren con ímpetu. Quien hace esto, escuche esta respuesta de Dios: Oh hombre, ¿por qué duermes en el ruido del gusto, que ante Dios suenan como sinfonía? ¿Y por qué no renuncias a la petulancia de la lascivia, mediante el escrutinio de la casa de tu corazón? Pero me golpeas en mis mejillas cuando repudias a mis miembros en sus heridas, donde no me miras, llevando al errante de regreso al rebaño (Luc. XV). Y por eso, de la casa de tu corazón me responderás, y de la ciudad que hice, y que lavé en la sangre del cordero. ¿Y por qué no temes romper al hombre que no creaste? Pues no lo unges de tal manera que ni lo gobiernas ni lo cultivas. Pero en exceso lo corriges. Ahora el tiempo de tu decadencia está cerca. Pero Dios, que te creó, no quiere perderte. Entiende, pues, esto. Y lo que, oh Padre, pediste que te escribiera, si algo sobre el beato Disibodo, bajo cuyo patrocinio estás, veía y entendía. Esto sobre él en visión del Espíritu escuché, vi y entendí de esta manera: Oh maravilla admirable que la forma oculta sobresale en la honesta estatura, donde la altura viviente produce lo místico. Por lo tanto, oh Disibodo, te levantarás al final, con la flor de todos los ramos del mundo acudiendo en tu ayuda como te levantaste primero. Y, oh verdor del dedo de Dios, en el cual Dios estableció la plantación, que resplandece en lo alto, como columna erigida, eres glorioso en la preparación de Dios. Y, oh altura del monte, que nunca serás disipada en la discreción de Dios. Sin embargo, estás a lo lejos como un exiliado; pero no está en el poder del armado quien te arrebate. Pero también, oh prelado de la verdadera ciudad, que ascendiendo en el templo de la piedra angular al cielo, en la tierra fuiste postrado por Dios, tú, peregrino de la semilla del mundo, deseaste ser exiliado por amor a Cristo. Oh monte de mente cerrada, tú continuamente abriste el hermoso rostro en el espejo de la paloma. Te ocultaste en el secreto, embriagado por el aroma de las flores, brillando a través de las celosías de los santos hacia Dios. Ojo en las llaves del cielo, que por la vida transparente vendiste el mundo, teniendo siempre esta lucha, amado confesor, en el Señor. En tu mente, la fuente viva sacó ríos purísimos con luz clarísima por el camino de la salvación. Tú, gran torre ante el altar del Dios supremo, y el culto de esta torre lo cubriste con el humo de los aromas. Oh Disibodo, en tu luz edificaste con ejemplos de sonido puro los miembros de la maravillosa alabanza en dos partes por el hijo del hombre. Estás en lo alto, no avergonzándote ante el Dios vivo, y proteges con rocío verde a los que alaban a Dios con esta voz: Oh dulce vida, oh bendita perseverancia, que en este beato Disibodo siempre edificaste

una luz gloriosa en la Jerusalén celestial. Ahora sea la alabanza a Dios en la forma de la hermosa tonsura obrando virilmente, y que los ciudadanos celestiales se alegren de aquellos que los imitan de esta manera. Pero tú, oh Padre, que pediste esta forma pobre de mí, hazte tal en la presencia de Dios, para que cuando el tiempo en este siglo se te acabe, tu tiempo en la eternidad se prolongue felizmente, de modo que aparezcas en la salvación de los justos.

CARTA XXXIX.

HELENGERI, ABAD DE SAN DISIBODO, A HILDEGARDA. Se acusa a sí mismo y se lamenta de la mala observancia de la disciplina regular en su monasterio.

HILDEGARDIS a su amada madre, digna de ser abrazada por encima de toda preciosidad, H., su hijo y cuidador del rebaño de San Disibodo, ¡ay! no en obra, sino solo de nombre, todo lo que es mejor en bienes temporales.

Mientras todo el mundo clama con verdadero anuncio que vosotros, santos del Espíritu, estáis llenos de júbilo, yo, que debería haber sido el primero en hacerlo y en invitar a otros a vuestra bienaventuranza, hasta ahora he permanecido en una inerte apatía. Pero ahora, finalmente, corregido por el temor y la vergüenza, he considerado necesario saludaros con palabras. Pues, a quienes debería beneficiar, más bien busco presidir, buscando lo que es mío, no lo de los demás. Sin embargo, he llevado hasta ahora, aunque con tibieza, el peso del día y el calor en la viña del Señor, y con la ayuda de Dios, he decidido perseverar hasta que algún día reciba el denario (Mat. XX). Pero ahora, madre mía, en las bodas del Señor, el vino espiritual ha faltado por completo, porque el fervor de la religión monástica casi ha desaparecido, ya que la madre de Jesús no está allí, ni Jesús mismo, ni sus discípulos son llamados; y por eso todo lo adverso se cierne contra nosotros. Así que no es necesario prolongar con largas palabras, especialmente cuando soy inexperto en el habla y el conocimiento. Sé, madre mía, sé que desde la planta del pie hasta la cabeza, no hay bondad en mí. Por lo tanto, dirigid los escritos de vuestra consolación a mi humildad, para que vuestro nombre tenga en Sion el libro de la vida eterna. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Le exhorta a la enmienda de vida.

En una visión espiritual que es de Dios, escuché estas palabras: Es muy necesario para el hombre, que desea encontrar su alma en sus propios deseos, que abandone las malas obras y tenga la bienaventurada sabiduría de cómo vivir, de tal manera que su alma sea la señora y su carne la sierva, según lo que dice el Salmista: Bienaventurado el hombre a quien tú, Señor, instruyes y le enseñas tu ley (Salmo XCIII). ¿Y quién es este hombre? Evidentemente, aquel que tiene su cuerpo como sierva y su alma como la más querida señora. Pues aquel que es feroz en la impiedad como un oso y rechaza esa ferocidad, suspira por el Sol de justicia, que es piadoso y clemente. Este agrada a Dios, de tal manera que lo establece sobre sus preceptos, dándole una vara de hierro en su mano para instruir a sus ovejas en el monte de la mirra (Salmo II). Ahora escucha y aprende, para que en el gusto de tu alma te avergüences de estas cosas, porque a veces tienes las costumbres del oso (que murmura en secreto en sí mismo), y en ocasiones también las costumbres del asno, porque no eres previsor en tus asuntos, sino tedioso, e incluso en otras cosas inútil: por eso no completas la malicia del oso en la impiedad. A veces también tienes las costumbres de algunas aves, que no son ni de lo alto ni de lo bajo, de modo que las cosas superiores las vencen, y las inferiores no pueden dañarlas. A estos modos responde el noble Padre: ¡Ay, ay! No quise esta vicisitud de tus costumbres, para que tu mente murmure de mi justicia. Así que no buscas una respuesta recta de ella. Pero

escondes en ti una cierta murmuración según la murmuración del oso. Sin embargo, cuando tienes buen entendimiento en ti, poco te importa, y de nuevo caes en el tedio, y no completas tu oración. Pero el camino que tu cuerpo saborea, lo haces con gusto, y no lo cortas del todo de ti. Pero tus deseos a veces ascienden hacia mí en alguna parte, que no es del todo santa en la obra, sino que yace solo como en la opinión de la fe. Sin embargo, a veces elegí a tales personas de la vicisitud de sus costumbres, para escuchar el sonido de su entendimiento, qué pensaban en sí mismos, donde sin embargo fueron encontrados inútiles y cayeron. Ahora, sin embargo, que tu mente no se burle de la obra que Dios hizo, porque no sabes cuándo te golpeará con su espada. Pero yo, pobre, veo en ti un fuego negrísimo encendido contra nosotros; pero olvídale en buena sabiduría, para que la gracia de Dios y su bendición no se aparten de ti en el tiempo de tu oficio. Ama, pues, la justicia de Dios, para que seas amado por Dios; y cree fielmente en sus maravillas, para que recibas las recompensas eternas.

CARTA XL.

ABAD DE KEMPTEN A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

HILDEGARDA, esposa de Cristo, pero sierva aceptada por Dios y los hombres, H., solo de nombre abadesa de la Iglesia de Campidona, servicio devoto con oración constante.

Bendito sea Dios, cuyo Espíritu sopla donde quiere (Juan III), y ha acostumbrado a llenar y enriquecer los recintos de vuestro corazón con la dulzura de la armonía celestial, de tal manera que os ha hecho admirable y venerable tanto para hombres como para mujeres. Ya, en verdad, la fama de vuestra santidad, difundida por doquier, se percibe fácilmente porque el que es poderoso ha hecho grandes cosas por vosotros (Lucas I): y no se duda de que ha mirado a su humilde sierva, mientras se preocupa por infundirnos cosas inauditas. Ya el Rey celestial os ha tomado de la mano como esposa, e incluso como hija, y conduciéndoos según su voluntad, os ha introducido en la cámara nupcial, donde, apoyada en vuestro amado (Cantar III), habéis merecido escuchar sus secretos y anunciarlos diligentemente a los mortales. Estas cosas convienen a vuestra santidad, que, como hemos sabido por relato, habéis escuchado desde la cuna de vuestra infancia: Escucha, hija, y mira (Salmo XLIV), etc. Y nosotros; Cuántas cosas hemos oído y conocido (Salmo LXXVII). Y esto: Como hemos oído y visto (Salmo XLVII). Por tanto, para que en estas cosas Él mismo, que comenzó, perfeccione en vosotros la eficacia de su virtud, lo deseamos con todos nuestros votos: ciertamente también os rogamus que os preocupéis por suplicar por nuestros pecados, y humildemente os pedimos que nos comuniquéis algo sobre nuestro estado y el de nuestra Iglesia, revelado divinamente a vosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Envía una exhortación admirable.

Oh hombre, apártate del mal y haz el bien (Salmo XVI); porque el hombre tiene en sí mismo que siempre yerra en su mente, y propone allí un número milenario que de ninguna manera completa, así como tampoco Adán vio lo que hacía, deseando ser semejante a Dios. Sin embargo, no tuvo aquel mal de envidiar a Dios el honor y el poder. Oh Hijo de Dios, corta todo poder por la fe. Pues Adán pensaba que se alegraría junto a Dios en poder y honor, lo cual fue una gran vanidad: y sin embargo sabía que Dios existía. Así también está presente en todo hombre, para que sepa que tiene a Dios, a quien cree su Creador y libertador: y por esto también tú acude a Dios, porque sabes por la fe que Él es Dios, como está escrito: Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre (Salmo LXXXV).

Esto es: El hombre que ha sido creado junto con las criaturas sabe que tiene a Dios: y por esto debe estar en buena fe, buscarlo y adorarlo diligentemente, y glorificar su nombre. Pues que esté presente en cada hombre, para que se aparte de aquel mal que duda de la existencia de Dios, quien lo creó; sino que ame a aquel que lo creó y lo liberó; y en él ame a su prójimo, quien le hace el bien; y no imite al diablo, quien odió a su Creador, que le había concedido muchos bienes. El diablo, al no amar a Dios, no lo conoció, y por eso no busca la liberación de él, pero sabe que está por encima de él. Sin embargo, en esta parte de odio, Adán no rechazó a Dios, sino que en mucha vanidad buscó su semejanza. Y el diablo no encontró en Adán el odio con el que odia a Dios; pero lo engañó con su consejo: por lo cual también recorre con sus mil artimañas, buscando a aquel que duda en la fe. Pues con mil artimañas prohíbe al hombre el bien; porque cuando el hombre anhela hacer el bien, lanza sus flechas hacia él; y cuando desea abrazar a Dios con todo su corazón en caridad, lo sobrevuela con molestia nociva, para que esto no sea recto ante Dios; y cuando busca las verdor de las virtudes, él en su sugestión le dice que no sabe lo que hace; y le enseña a establecerse esta ley según su propia propiedad, que él bien conoce. Contra esto hay una batalla, como está escrito: Mil escudos cuelgan de ella, toda armadura de los fuertes (Cant. IV), esto es: El primer escudo es la confesión de los pecados, que la antigua ley no tenía, por lo cual también era ciega; y la penitencia después de la confesión de los pecados, como manda el buen pastor, es el manto de la desnudez de la antigua ley: y por eso la torre de David, su cuello está exaltado (ibid.) en la humanidad del Salvador, de la cual cuelga toda armadura de los fuertes, que son los que viven bien en la unión según el precepto de la ley, y los continentes y vírgenes, que cuelgan de esta torre: todo lo cual la antigua ley prefiguró, y Cristo en su Encarnación mostró por sí mismo, y después de su ascensión por sus discípulos, y por los demás que los siguen hasta el último día, completará lo que son mil escudos que cuelgan de ella, con los cuales se hace la guerra contra la antigua serpiente (que en el primer hombre sedujo a los demás [Gen. III]), para que cuando el hombre esté en medio de sus enemigos, se defienda con ellos, y luche por todas partes, para que no sea asesinado por sus enemigos, como el esposo habla a la esposa en los Cantares: Mi cabeza está llena de rocío, y mis rizos de gotas de la noche (Cant. V). ¿Qué se dice? A Cristo Jesús, que es la cabeza de todos, los hombres están unidos como cabellos, que están llenos de delitos por la dulzura de la carne, y de pecados criminales, a quienes la Iglesia los regenera de nuevo, y los purifica del inmundo hedor del polvo de los pecados, por la penitencia y la confesión, así como también los cabellos se sacuden y se sueltan del rocío y de las gotas: así como también la lana se sacude y se limpia del polvo; así tú, querido hijo de Dios, hazlo, porque vivirás eternamente, y porque serás una piedra en la Jerusalén celestial; por eso también debes luchar con ahínco.

EPÍSTOLA XLI.

ABAD DE SAN MARTÍN EN COLONIA A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

A la amada de Dios, señora HILDEGARDI, A., humilde servidor de San Martín en Colonia, después del curso de la vida presente, poseer el paraíso de la eterna felicidad.

Señora, señora, como verdaderamente se cree, amada y bendecida por Dios, todo lo que por usted la virtud divina obra, sé con certeza que es verdadero y santo. Tampoco me equivoco al pensar que cualquier cosa que pidáis a Dios, podéis obtenerla (Juan XIV); como afirman los hombres fieles, quienes han probado esto en verdad. Por lo tanto, yo también, seguro en la medida de lo que me atrevo, ruego a vuestra santidad que imploréis la clemencia de Dios por

mí, pecador, para que a mí, que tanto fluctúo y en miserias laboro, se digne concederme algún consuelo. Pues mi espíritu está angustiado en mí de manera inesperada, y mi corazón está turbado dentro de mí (Salmo CXLII), por aquellas cosas que, ¡ay!, debido a mis pecados, he sufrido durante muchos años y ahora más que nunca, y nadie podrá conocerlas excepto Dios, cuyos ojos todo lo ven desnudo y abierto (Hebreos IV). Y porque solo en el conocimiento de Dios están las cosas que siento hacia mí, y ciertamente no serían creídas por ningún mortal (si se relataran), ya que quien las oyera sin experiencia las consideraría fuera de la fe; por eso, por la gracia de nuestro cooperador y protector Espíritu Santo, os ruego que cualquier cosa que, revelándolo Él, os haya dado a conocer, o se haya dignado mostraros alguna esperanza sobre mí, sea comunicada por escrito, tal como es, a través de este reverendísimo señor abad, como él mismo ha prometido. Señora venerable en Cristo, ojalá hubiera podido venir a la presencia de vuestra santidad, lo cual sería para mí lo más deseado, y hablar con vos cara a cara: sin duda, lo que hasta ahora ha estado oculto al conocimiento de todos, creería que podría explicároslo en detalle. ¿Qué, entonces? Sé, enseñado por la Escritura y sostenido por la fe cristiana, que a nadie en la carne se le debe desesperar de la misericordia de Dios. Guiado por esta esperanza, y especialmente sabiendo que Dios está manifestamente con vos, me he atrevido a sugeriros en estos escritos las causas de mis miserias, no dudando que de alguna manera podré ser consolado por vos, lo cual ruego encarecidamente, si es posible. Que vuestro esposo Cristo os mantenga perseverantemente en sus abrazos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Ofrece una hermosa instrucción y una gran consolación con exhortación perpetua.

Del Luminar Viviente escuché estas palabras: Eres como un artesano que moldea muchos vasos, y no los hace resplandecer a través del fuego. Aprende de esto que tus obras no carezcan del brillo de la caridad. Pero rodéalas con discreción, para que cada una de tus obras sea razonable. Y que estas también se realicen en abstinencia y oración, y en la buena costumbre de los santos, que emanaban como riachuelos de la fuente viva, y que dieron alimento a los hombres, el cual pudieron tragar con alegría. Pues si se dan espinas en lugar de pan, no se pueden comer; así también, si los maestros dicen palabras chirriantes a los discípulos, no los edifican, sino que los conducen al error. El maestro debe cribar las palabras de su doctrina con dulzura maternal, de modo que los discípulos abran su boca con alegría y las traguen. El molino muele el grano y lo divide en muchas variedades. Así también los plantadores de la Iglesia tomaron los preceptos legales de la ley antigua y nueva. La ley antigua mostró proféticamente que Cristo el Señor nacería. Pero el mismo Cristo envió su palabra predicándola por toda la tierra. La ley antigua es el molino que en Cristo produjo todo grano de verdad; y la harina pura, que se criba de toda paja, es la virginidad, que es la materia de toda vida espiritual en la Iglesia, y esta engendra la prole de la obediencia. Por lo tanto, los hijos obedientes son el beso de la boca de Cristo. El maestro también debe tener a los discípulos obedientes en el abrazo de la caridad, y no en la ofensa de la ira; porque son el beso de Dios, y deben ser alimentados con el pan de harina pura. A los hijos desobedientes, sin embargo, se les debe dar harina dura, es decir, corrección áspera. Pero a aquellos que abandonan por completo la obediencia, se les deben ofrecer salvados, que son comidos por aquellos animales que carecen de entendimiento. Tú, sin embargo, sé prudente, y mantén la memoria de la santidad de aquellos que comieron el maná (Juan VI), y bebe de los riachuelos de agua viva, y sé pacífico y temeroso en Dios, para que florezcas en su jardín con la frescura de otros buenos pigmentos; y huye de la necedad de aquellos que abandonan el sol que ven, y buscan otro que ni ven ni pueden encontrar. Pero huye de los nuevos pigmentarios, que quieren imponer la ley en su propia propiedad, y no prevalecen. Ahora, pues, comienza en aquel que es, para que en él termines, que era y que ha de venir. En dos caminos has sido

puesto por Dios, de modo que él te llama en buena ciencia, y te protege de la mala ciencia. En estos caminos hay obras resplandecientes y muchas pasiones de tribulaciones y aflicciones, cuando te elevas a ti mismo por las dos alas de la ciencia del bien y del mal. Por lo tanto, también deben añadirse tres fuerzas que Dios puso en el hombre, a saber, el entendimiento, la sensualidad y el movimiento del cuerpo: todas estas son conocidas por él según su posibilidad. En estas tres fuerzas, y en estos dos caminos mencionados, Dios te tiene. Pues por el espíritu, ves a Dios con entendimiento; y por el cuerpo, sientes el mal con sensualidad. Conoces el bien y el mal, y eres espiritual y corporal. La gracia de Dios te llama en la admonición, y el Espíritu Santo te enciende con su fuego, para que ames a Dios y asciendas a él con buenas obras. Pero la sugestión del diablo a veces te aparta de la admonición de Dios, y prohíbe que ames a Dios, y por su incendio te muestra que eres hombre, y por esto también declara que es imposible para ti hacer a veces lo invisible. Pues la sugestión del diablo sopla una cierta negra y mala vicisitud al hombre, cuando niega a Dios; porque cuando el diablo niega que Dios existe, sabe que es engañoso, porque al saber que él mismo existe, sabe que Dios existe. Sin embargo, él tiene alguna parte en el pecado de los hombres nacientes, por la cual lacera a muchos en la carne. Porque el que dice en su corazón que Dios no existe (Salmo LII), niega el cielo y la tierra, y todos los seres vivientes que están en Dios y con Dios, y niega que él mismo existe. Es una gran insensatez que el hombre, que se ve a sí mismo y se conoce, diga en duda, no soy; porque incluso el polvo más pequeño no es sin Dios. Pero cuando el hombre supera su cuerpo en esta duda, también mata al diablo en las iniquidades espirituales: por lo cual recibirá premio y corona ante Dios y sus ángeles, y ante todo el ejército celestial. El soplo del diablo también introduce muchas cosas ilícitas al hombre, que la buena ciencia se avergüenza de decir. Su consejo es que la vanagloria se acerque al hombre, como hizo allí, donde construyó una gran ruina, por la cual hizo que la rueda de la natividad del hombre girara torrencialmente (Santiago III). Su incendio es también que provoca al hombre, que sabe que fue hecho a imagen de Dios, a muchos ilícitos: por lo cual también le muestra muchas imposibilidades en las criaturas. Pero él no tiene ninguna posibilidad en ellas. Por lo tanto, introduce sus persuasiones al hombre, para que él mismo complete su malicia en la opinión, y así lleva el camino de la ley de Dios a la burla, de modo que cada hombre ponga la ley, como Dios, por la propiedad de su voluntad. Y esto le agrada mucho; porque no quiere que ni él ni otro estén sometidos a Dios. Pero tú, oh hijo de Dios, Dios que te creó, te quiere por la victoria de su milicia, para que aparezcas en el ojo de su ciencia; porque no te abandonará. Mira, pues, el sol por la fe, para que seas un siervo fiel, y en la noche atiende a la luna, cuando los vicios quieren oprimirte; de modo que el temor del Señor pase por todo en ti, y no seas herido; sino que vivirás eternamente.

CARTA XLII.

ABADESA SANTA GLODESINDA A HILDEGARDA. Expone sus ansiedades y dudas, «mientras se ve obligada a guiar las almas de muchos.»

Queridísima hermana en Cristo, señora HILDEGARD, A., abadesa, aunque indigna, de Santa Glodesindis en Metz, salud en el verdadero Salvador.

Porque confiamos mucho en vuestra gracia y benevolencia, no queremos ocultaros que estamos en gran peligro, ya que nos vemos obligados a guiar las almas de muchos, lo cual excede nuestras capacidades. Por eso, rogamos a vuestra santidad con atención, y suplicamos en el Señor Jesús, que os dignéis confirmar y exhortar nuestra ignorancia con vuestras cartas, sobre qué debemos hacer, ya sea permanecer en la obediencia que se nos ha impuesto, o ceder, para que otro suceda y actúe mejor, si el Señor Jesús se digna revelaros algo al

respecto. Saludos, y por Dios os pido que oréis a Dios por mí, y que me respondáis pronto con vuestro beneplácito.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Ofrece varios consejos para gobernar correctamente, e insinúa con suficiente claridad que no se debe abandonar el cargo.

El Monte Sion es alto, y su sombra se extiende en los valles, mostrando así su altitud. También hay otros montes en esta tierra peregrina, por los cuales se fortalece, y que son hermosos para que los pueblos los contemplen. En la altura de Sion y de los otros montes se designan los prelados y maestros que son el fundamento de la Iglesia, y las discípulas son llamadas hijas de Sion. Pero si este monte cayera, o si otros lo destruyeran, sería una gran injuria. Por lo tanto, cada uno que está en el magisterio debe prever correctamente cómo deponer a sí mismo, y cómo ser derribado por otros. Pues, así como los montes son para muchos una defensa de sus menores, así también quienes están en el magisterio, a través de la doctrina y la obediencia que se les exhibe en Dios, son la defensa de muchos contra las insidias de sus enemigos. Por lo tanto, cada maestro, mientras pueda pronunciar palabras de doctrina, no debe desechar la vara de corrección que ha recibido de la mano de Dios; porque a menudo el barro se desecha con barro, así como el maestro es purificado por los discípulos, y los discípulos por el maestro. Por el temor de los discípulos se afligirá, y será castigado por los torturadores de los discípulos inquietos, para imitar al sumo maestro, que lo precedió así. Y dirá: Les mostré tus preceptos (Éxodo XVIII), etc. Y también dirá: El que tenga oídos para oír, que oiga (Mateo XIII). En esto aprende, no huyas por la niebla de la vicisitud de tus discípulos; ni tampoco por el tedio del trabajo. Pues muchos huyen más por el tedio del trabajo, que por la necesidad de no poder vencer a sus discípulos. Sin embargo, el día claro, que la tempestad no nubla, tiene gozo pleno. Ese día lo tuvo Adán antes de la caída. Pero el primer engañador falaz nubló ese día, y por su sugestión, en el cual hay siete plagas que hieren el alma.

La primera plaga es la vanagloria, que recoge para sí lo que no ha cosechado ni sembrado; y lo que no le ha sido dado por Dios, se lo atribuye a sí misma. Esto lo enseñó el primer engañador, porque él mismo lo había hecho, y por eso la vanagloria no busca a Dios. La segunda es que el hombre siente que puede pecar; y de ahí atesora para sí la delectación de la carne, y abrazando el gusto de esa delectación, lo besa. La tercera construye la ruina con grandes dolores en costumbres sórdidas, de tal manera que el hombre vive como si estuviera muerto para Dios, y apenas espera que Dios lo conozca. Pero la cuarta falacia es aquella por la cual el hombre se excusa y defiende de los pecados mencionados; de tal manera que no se le muestran como peligrosos, y por eso se vuelve tan odioso para los hombres, que no confía en nadie. La quinta es la soberbia, que dice que el hombre, debido a la carne de su humanidad, no puede abstenerse de los pecados, y por eso sería inconveniente que se apartara de los deseos carnales. Esta ley la soberbia se la impone en su temeridad, por lo que no tiene ningún respeto hacia Dios. Y la sexta plaga es que el hombre busca su salvación en la criatura, y le pide a ella que le muestre cada cosa, y así tiene a su Creador en burla, y no le pide nada como si Él no pudiera ayudarle. La séptima plaga es la servidumbre de la idolatría que adora al diablo y desprecia a Dios. Y estos siete vicios tienen en sus asuntos una milicia sometida a ellos, más numerosa que las ramas de los árboles; porque todo esto estaba oculto en la transgresión de la comida que Adán comió; por eso Dios le dijo: En el día que comieres, morirás (Gén. III). Por lo tanto, Dios le estableció este precepto, para que no hiciera algo similar al diablo, es decir, que no estuviera sin precepto, como él quiso estar; por lo cual ningún hombre puede estar seguro en esta vida debido a la primera sugestión del diablo que Adán aceptó. Por lo tanto, oh tú, hija de Dios, cíñete con la armadura más fuerte de los siete

dones del Espíritu Santo, con los cuales someterás estos siete vicios, para que no te hieran lamentándote de ellos, y como un buen soldado, levántate superándolos en las batallas más fuertes, para que vivas eternamente. Que Dios te vea, oh hija, en el espejo de la salvación.

CARTA XLIII.

SACERDOTE A HILDEGARDA. Solicita ser instruido sobre el cuerpo y la sangre de Cristo.

HILDEGARDI, casta paloma que se oculta en las hendiduras de la roca (Cant. II), C., el más humilde de los siervos de Cristo, sacerdote, devoción de la oración íntima, y todo lo que concierne a la salvación eterna.

Porque por la gracia de Dios vuestra luz brilla saludablemente ante los hombres (Mat. V), glorifico a vuestro Padre que os ha puesto como lámpara ardiente para la iluminación de la Iglesia: y aunque frágil y pecador, me regocijo cordialmente con vuestra santidad, que con un privilegio singular se adhiere a los abrazos del celestial esposo. Tampoco quiero ignorar vuestra caridad, a quien deseo ver día y noche cara a cara, y haciendo continuamente memoria de vosotros en mi oración, os abrazo a veces con la mente, aunque ausente en cuerpo, como si estuvierais presente. Por lo tanto, humildemente suplico vuestra perfección, para que recomendéis a vuestro esposo, bajo cuya sombra descansáis, a mí, junto al camino del mendigo (Marcos X), para que la multitud que pasa no acalle mi clamor; sino que, llevado al Señor por vuestras oraciones, merezca ser iluminado y sanado de la ceguera del corazón. Sobre el cuerpo y la sangre de Cristo, en los cuales está toda la esperanza de los fieles, también enseñadme, y cuidad de manifestarme en el Señor cómo veis al sacerdote que se acerca a este sacramento, tanto incorrecto como correcto en espíritu. Que el Señor, que está en todo y sobre todo, os infunda aquello que conviene a la gloria de su santa Iglesia. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Sobre el cuerpo y la sangre de Cristo.

[AGOSTO.] En una verdadera visión con ojos vigilantes, escuché y vi estas palabras sobre el sacramento del cuerpo del Señor: Dios permaneció lo que era; y asumió lo que no era. Esto significa: La divinidad, como fue antes del tiempo, así permanece eternamente, como si no estuviera dividida en absoluto. Pero la encarnación del Hijo aún no se había manifestado en carne y sangre, que antes del tiempo estaba predestinada y oculta en el corazón del Padre. Sin embargo, en el momento en que fue predestinado, el Hijo se revistió de carne y se ciñó con la fuerza de su poder, como está escrito: El Señor se ha vestido de fortaleza y se ha ceñido (Salmo 92). Y el ángel anunció las vestiduras de la santa Encarnación a la simplicidad de la Virgen (Lucas 1), en la cual encontró el fundamento de la humildad, como Dios lo había dispuesto, porque ella se llamó a sí misma sierva del Señor, donde el mismo ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (ibid.). Pues el Espíritu Santo la visitó de manera más excelente que cualquier conocimiento humano, infundiéndose en ella de un modo que nunca se infundiría en ninguna mujer al dar a luz, y el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, porque en su calor la suavizó de tal manera que le borró todo fervor de pecado en su dulcísima sombra, como el hombre busca sombra por el calor del sol. Así, el mismo poder del Altísimo, que obró la carne en el vientre de la Virgen, convierte sobre el altar, a las palabras del sacerdote, la ofrenda de pan y vino en el sacramento de carne y sangre, sosteniéndolo con su poder. Por lo tanto, el nacimiento, la pasión, la sepultura, la resurrección y la ascensión del Hijo del Padre celestial aparecen en el mismo sacramento, como el círculo de una moneda muestra a su dueño: y esto se hace para que las heridas de los hombres, que envueltos en la transgresión de Adán siempre pecan en

pecados, sean sanadas, limpiadas y ungidas en las heridas y sangre de Cristo; y así se conviertan en sus miembros, y esto será hasta el último día. Y vi de nuevo: Que si incluso el sacerdote, debido a muchas corrupciones de las cicatrices de sus pecados, carece de la dignidad de la santidad; si, sin embargo, no está atado por la ligadura de un maestro superior, el poder del Altísimo obra sus milagros en la misma ofrenda: y todos los que reciben fielmente el mismo sacramento de su mano, son iluminados como por un rayo de sol. Pero si él es justo en fe y obra, su alma es iluminada sobre el resplandor radiante del sol. Pero todos los que, por el consejo de la antigua serpiente, hacen ilusiones y cismas en esta sacratísima ofrenda, son semejantes a los ángeles perdidos, que negaron que Dios fuera uno en su honor, cuando quisieron ser semejantes a Él; y así estos hombres quieren realizar la propiedad de su voluntad a través de estos sacramentos: por lo cual también perecen junto con ellos, a menos que corran hacia Dios por la confesión de sus pecados, y por su penitencia, y con una voz llena de lágrimas, diciendo: ¡Ah! ¡ah! porque hemos pecado (Lamentaciones 3). Entonces Dios Padre los recibe, quienes ignorando hirieron a su Hijo. Este sacramento y la resurrección de la vida son negados por los saduceos, que erran en todo, de esta manera errando obstinadamente: como si un hombre errara al decir que la carne sin espíritu, y el espíritu sin carne, fueran un hombre: lo cual de ninguna manera puede ser. Por eso, estos son peores que todos los errantes, porque cuando la mínima criatura, que fue hecha por Dios, no se perfecciona con una sola palabra, ¿cómo podría el hombre, que comprende toda criatura, ser definido con una sola palabra? El invierno se marchita, pero el verano florece; sin embargo, el invierno retiene su verdor hasta que produce sus brotes en plenitud. Así son el cuerpo y el alma, el cuerpo decae, pero el alma permanece en vida indeficiente, en cualquier parte que esté.

CARTA XLIV.

ABADESA EN ELOSTAT A HILDEGARDA. Que en el gobierno abacial se angustia mucho.

HILDEGARDIS a su señora, O., indigna gobernadora de las siervas de Cristo en Elostat, por haber íntimamente saboreado el don celestial, alcanzar aquel bien perfecto.

Bendito sea Jesucristo, cuyo buen olor sois para Dios en todo lugar (II Cor. II), pues ya no es el olor del bálsamo, sino la misma sustancia del sagrado ungüento la que ha fluido en vosotros, cuyo suavísimo aroma ha endulzado tanto vuestro nombre en los corazones y oídos de todos, que todos juntos alaban las insignias de vuestra humildad y afabilidad, y glorifican en vosotros a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V). Por lo tanto, madre bendita, concede perdón y soporta un poco mi insensatez; pero permite que mi gran insensatez se exprese un poco ante ti, para que pueda abrir el dolor de mi corazón, y cuando lo hayas escuchado, consuela, te ruego, a tu sierva. Pues en verdad es un peso insoportable, ya que se me ordena corregir las faltas de mis hermanas, cuando ni siquiera puedo evitar, aunque sea mínimamente, los peligros que me acechan por todas partes (II Cor. XI). Así que cuando salgas a ver al rey Salomón en su esplendor, recuerda estas cosas que te he pedido con todo el corazón. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta amistosamente a la abadesa a continuar su labor por sus hermanas. Sin embargo, es necesario actuar con prudencia en el servicio de Dios.

Oh hija de Dios, mientras tengas la posibilidad entre las hijas de Él, trabaja, y en la pequeñez suspirando hacia Dios, observa tu ley; porque tu trabajo clama y ora a Dios. Pues el hombre

que trabaja en la caverna de la justicia de Dios y en el camino estrecho (Mat. VII); sin embargo, asiente a la caída de Adán, y de esto busca los azotes de la penitencia: y nadie dude de que después de los azotes de la penitencia la puerta celestial lo recibirá. Porque cualquiera que lacera el campo de su cuerpo con discreción, la prevención repentina del fin no le dañará, porque la sinfonía del Espíritu Santo y la vida alegre lo recibirán. Pero se debe tener cuidado de que el hombre, por exceso de trabajos, no mate su cuerpo, sino que en racionalidad prohíba los pecados. Hija, recuerda que no tienes la posibilidad de crear al hombre, por lo que ora suavemente a Dios, para que te dé una vida mejor, y esto es más aceptable a Dios que rogarle en la excesiva tristeza. Que Dios te haga templo de vida.

CARTA XLV.

ELISABETH MAGISTRA DE SCHÖNAU A HILDEGARDIS. Solicita oraciones y palabras de consuelo.

A la señora HILDEGARDA, venerable maestra de las esposas de Cristo que están en Bingen, E., humilde monja y maestra de las hermanas que están en Schönaun, devotas oraciones con todo amor.

La gracia y el consuelo del Altísimo nos llenen de alegría; así como habéis compadecido benignamente mi perturbación, lo he comprendido por las palabras de mi consolador, a quien habéis diligentemente recordado sobre mi consuelo. Pues como dijisteis que os fue revelado acerca de mí, confieso verdaderamente que recientemente concebí en mi ánimo una cierta nube de perturbación, debido a los discursos inapropiados del pueblo que habla mucho de mí, cosas que no son verdaderas. Pero fácilmente soportaría las palabras del vulgo, si no fuera porque también aquellos que caminan en el hábito de la religión amargamente entristecen mi espíritu. Pues estos, no sé por qué estímulos agitados, se burlan de la gracia de Dios en mí, y no temen juzgar temerariamente sobre lo que ignoran. También he oído que algunos llevan cartas escritas de su propio espíritu bajo mi nombre: me difamaron diciendo que profeticé sobre el día del juicio (Mat. XXIV), lo cual ciertamente nunca presumí hacer, ya que el conocimiento de su llegada escapa a todos los mortales. Pero os revelaré la ocasión de esa fama, para que indiquéis si he hecho o dicho algo presuntuosamente en este asunto. Como habéis oído por otros, el Señor magnificó su misericordia (Luc. I) conmigo más allá de lo que merecí o pudiera merecer de alguna manera, hasta el punto de que se dignó revelarme frecuentemente ciertos sacramentos celestiales. También me indicó frecuentemente por su ángel qué cosas vendrían sobre el pueblo en estos días si no hicieran penitencia por sus iniquidades, y me ordenó que las anunciara abiertamente. Sin embargo, para evitar la arrogancia y no parecer autora de novedades, en cuanto pude, me esforcé por ocultar todo esto.

Por lo tanto, un domingo, como de costumbre, estaba en un éxtasis mental, y se me apareció el ángel del Señor, diciendo: ¿Por qué escondes el oro en el lodo? es decir, la palabra de Dios, que ha sido enviada a la tierra a través de tu boca, no para ser escondida, sino para ser manifestada para alabanza y gloria de nuestro Señor, y para la salvación de las almas de su pueblo. Y dicho esto, levantó sobre mí un látigo, que en gran ira me infligió amargamente cinco veces; de tal manera que durante tres días languidecí en todo mi cuerpo por ese golpe. Después de esto, puso su dedo en mi boca, diciendo: Permanecerás en silencio hasta la hora nona, cuando manifestarás lo que el Señor ha obrado contigo. Yo, sin embargo, permanecí muda hasta la hora nona. Entonces indiqué a la maestra que trajera a mí un pequeño libro que había escondido en mi lecho, que contenía en parte lo que el Señor había hecho conmigo.

Cuando lo ofrecí en manos del señor abad, que había venido a visitarme, mi lengua se soltó en estas palabras: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Salmo 113). Después de esto, cuando también le revelé algunas otras cosas que no quería que se escribieran, a saber, sobre la gran venganza del Señor, que pronto vendría sobre todo el mundo, como había aprendido del ángel, le rogué diligentemente que mantuviera esa palabra oculta. Sin embargo, se me ordenó que me dedicara a la oración, y que pidiera al Señor que me diera a entender si lo que había dicho debía ser cubierto por el silencio o no. Y cuando por algún tiempo me afligí insistiendo en la oración por este asunto, en la llegada del Señor en la festividad de Santa Bárbara, en la primera vigilia de la noche, caí en éxtasis, y se me apareció el ángel del Señor, diciendo: Clama fuertemente, y di: ¡Ay! a todas las naciones porque todo el mundo se ha convertido en tinieblas. Y dirás: Salid; aquel que os formó de la tierra os ha llamado, y dice: Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca (Mateo 3). Inducido por esta palabra, el señor abad comenzó a divulgar la palabra ante los magistrados de la Iglesia y hombres religiosos. Algunos de ellos recibieron la palabra con reverencia, pero otros no, sino que hablaron maliciosamente. Sucedió, por lo tanto, que muchos de aquellos entre quienes se difundió esta palabra, durante todo el tiempo de Cuaresma, se afligieron en gran temor por penitencia, y se dedicaron a las limosnas y oraciones. En ese tiempo, alguien, no sé por qué celo, envió cartas a la ciudad de Colonia en nombre del señor abad, sin que él (Dios lo sabe) lo supiera, en las cuales se leyeron ciertas amenazas terribles ante todo el pueblo. Por lo cual, aunque los insensatos se burlaron de nosotros, los prudentes, como hemos oído, consideraron la palabra con reverencia, y no despreciaron honrar a Dios con frutos de penitencia. Sucedió, sin embargo, el miércoles antes del día de Pascua, que después de grandes trabajos corporales caí en éxtasis, y se me apareció el ángel del Señor, y le dije: Señor, ¿qué será de la palabra que me has hablado? Y él respondió: No te entristezcas, ni te perturbes, si no suceden en el día que te he determinado las cosas que he predicho; porque el Señor ha sido aplacado por la satisfacción de muchos. Después de esto, el viernes alrededor de la hora tercera, con gran sufrimiento, caí en éxtasis mental, y nuevamente se me apareció, diciendo: El Señor ha visto la aflicción de su pueblo (Éxodo 3), y ha apartado de ellos la ira de su indignación (Salmo 84). A lo cual dije: ¿Qué, entonces, mi Señor? ¿No seré objeto de burla para todos aquellos entre quienes se ha divulgado esta palabra? Y él dijo: Todo lo que te ha sucedido por esta ocasión, sopórtalo pacientemente y con benevolencia. Observa diligentemente a aquel que, siendo el Creador de todo el mundo, soportó las burlas de los hombres. Ahora el Señor prueba por primera vez tu paciencia. He aquí, mi señora, os he explicado todo el orden de los acontecimientos, para que también vosotras podáis conocer mi inocencia y la de mi abad, y podáis manifestarlo a otros. Os ruego, además, que me hagáis partícipe de vuestras oraciones, y que, según el Espíritu del Señor os sugiera, me escribáis algunas palabras de consuelo. La gracia de Cristo esté con vosotras.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. No habla de su propio ingenio, sino de la «Luz Serena». Diserta sobre el hombre y la inspiración de Dios con la cual se digna iluminar a algunos hombres por encima de los demás.

Yo, pobre y frágil vasija de barro, no digo esto de mí misma, sino desde la luz serena: El hombre es una vasija que Dios ha construido para sí mismo y que ha llenado con su inspiración, para que sus obras se perfeccionen en él; porque Dios no obra como el hombre, sino que en la orden de su mandato todo está perfecto. Las hierbas, los árboles y las plantas aparecieron; también el sol, la luna y las estrellas surgieron en su ministerio, y las aguas produjeron peces y aves; incluso las bestias se levantaron, todas sirviendo al hombre, como Dios las dispuso (Gén. I). Sin embargo, solo el hombre no lo reconoció. Pues cuando Dios preparó gran conocimiento para el hombre, este se elevó en su mente y se apartó de Dios.

Dios de todo, lo había mirado de tal manera que todas sus obras se perfeccionaran en él. Pero el antiguo engañador lo engañó, y lo infectó con el crimen de la desobediencia con el deleite de un viento incongruente, mientras buscaba más de lo que debía. ¡Ah! ¡Ay de mí! Entonces todos los elementos se implicaron en la alternancia de luz y oscuridad, como también lo hizo el hombre en la transgresión de los mandamientos de Dios. Sin embargo, Dios regó a ciertos hombres, para que el hombre no fuera completamente ridiculizado. Abel era bueno, pero Caín era un homicida (Gén. IV). Y muchos vieron los misterios de Dios en la luz, pero otros cometieron muchos pecados, hasta que llegó el tiempo en que la palabra de Dios brilló, como se dijo: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV). Entonces el Sol de justicia surgió e iluminó a los hombres con buenas obras en fe y en acción, como la aurora que primero aparece, y las demás horas del día la siguen, hasta que llega la noche; así, oh hija Isabel, el mundo cambia. Pues el mundo ya está cansado en todo el verdor de las virtudes, a saber, en la aurora, en la primera, en la tercera, y más intensamente en la sexta hora del día. Y por eso en este tiempo es necesario que Dios riegue a algunos hombres, para que sus instrumentos no estén ociosos. Escucha, oh hija diligente, porque a estos hombres que la inspiración de Dios así llena, los fatiga un poco la sugestión ambiciosa de la antigua serpiente. Pues cuando la misma serpiente ve una gema elegante, inmediatamente ruge, diciendo: ¿Qué es esto? Y la fatiga con muchas miserias de una mente ardiente, deseando volar sobre las nubes, como si fueran dioses, como él mismo hace. Ahora escucha de nuevo: Quienes desean perfeccionar las obras de Dios, siempre deben recordar que son vasijas de barro (II Cor. IV.), porque son hombres, y siempre deben considerar qué son, y qué serán, y dejar las cosas celestiales a aquel que es celestial, porque ellos son exiliados, ignorantes de las cosas celestiales, pero solo cantando los misterios de Dios; como una trompeta, que solo emite sonidos, sin obrar; sino en la que otro sopla, para que emita sonido. Pero también deben vestirse con la coraza de la fe, siendo mansos, humildes, pobres y miserables, como también lo fue aquel cordero, cuyo sonido de trompeta son ellos, teniendo también las costumbres simples de un niño, porque Dios siempre castiga a aquellos que tocan la trompeta de él, previendo que su vasija de barro no perezca, sino que le complazca. Oh hija, que Dios te haga espejo de vida. Pero yo, que yago en la pusilanimidad del temor, a veces sonando un poco como un pequeño sonido de trompeta desde la luz viviente; por lo cual, que Dios me ayude a permanecer en su ministerio.

EPÍSTOLA XLVI.

PRAEPOSITO EN FRANCFORT A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

HILDEGARDA a su amada señora en Cristo, G., por el solo nombre prepositus en Franckenfort, después del trabajo de Marta, la consolación de María.

Desideraba con ansias contemplar vuestra presencia. Pero, debido a diversos asuntos que nos lo impidieron, ahora al menos Dios nos ha dado la oportunidad de abrazaros y saludaros a través de estas letras. Tampoco queremos que ignoréis nuestro nombre, nuestra persona, y junto con el saludo, abrazaros y honraros con toda diligencia, e interceder ante Dios por vosotros día y noche según nuestra capacidad. Rogamos, por tanto, a vuestra clemencia, que queráis hacer mención de mí, pecador, ante la clemencia de la divina majestad. Que estéis bien mientras en las alturas se dice hoy.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le exhorta a corregir sus costumbres.

En una verdadera visión vi y oí estas palabras: La primera luz del día resplandece, luego se revela la aurora, y a veces se ve envuelta en una gran sucesión de nubes, y así se levanta el águila, y produce grandes suspiros; porque los primeros tiempos del día eran hermosos sin la sucesión de torbellinos. Por lo tanto, oh hombre, que tienes el conocimiento del bien y del mal, considera cuáles son tus costumbres y cuáles tus obras ante Dios desde tu infancia, para que el cielo del Señor no te hiera, y para que tu alma, cuando salga de tu cuerpo, no diga: ¡Ay de mí! ¿A dónde camino? ¿Y a dónde iré? ¿O qué días me esperan? ¿Y qué obras me afectan? Aquellas, ciertamente, que me presentó el molino de mi cuerpo. Cuida también de no temblar cuando los ciudadanos celestiales te digan: Mira cómo es Dios. Ahora vivirás para siempre.

CARTA XLVII. A LOS PRELADOS DE MAGUNCIA Por las cosas divinas prohibidas por ellos.

En una visión, que fue infundida en mi alma por el Creador antes de que naciera, me vi obligada a escribir estas palabras debido a la atadura que nuestros maestros nos impusieron por un difunto, sepultado entre nosotros sin calumnia por su sacerdote. A pocos días de su entierro, cuando nuestros maestros nos ordenaron expulsarlo de nuestro cementerio, fui presa de un gran terror y, mirando hacia la verdadera luz como de costumbre, vi con los ojos de mi alma que si el cuerpo de ese difunto era removido según su mandato, esa expulsión traería un gran peligro a nuestro lugar, manifestándose como una gran oscuridad, similar a una nube negra que suele aparecer antes de las tormentas y truenos, rodeándonos. Por lo tanto, no nos atrevimos a remover el cuerpo de ese difunto, quien había confesado, sido ungido y comulgado, y fue sepultado sin oposición, ni accedimos al consejo o mandato de quienes lo sugerían o exigían, no por despreciar el consejo de hombres buenos o de nuestros prelados, sino para no parecer que con crueldad femenina ofendíamos los sacramentos de Cristo, con los que él había sido fortalecido en vida. Sin embargo, para no ser completamente desobedientes, hemos cesado hasta ahora, según su prohibición, de los cánticos de alabanzas divinas y nos hemos abstenido de la participación del cuerpo del Señor, al que solíamos acudir casi cada mes por costumbre. Mientras yo y todas mis hermanas sufríamos gran amargura y estábamos sumidas en profunda tristeza, finalmente, abrumada por un gran peso, escuché estas palabras en una visión: "Por palabras humanas, no os conviene abandonar los sacramentos del vestido de mi palabra, que es vuestra salvación, y que nació en la naturaleza virginal de María Virgen. Pero debéis buscar permiso de vuestros prelados, quienes os han atado. Desde que Adán fue expulsado de la región luminosa del paraíso al exilio de este mundo (Gén. III), la concepción de todos los hombres ha sido corrompida por el mérito de la primera transgresión, y por eso es necesario que, por el inescrutable consejo de Dios, un hombre nazca de la naturaleza humana sin la mancha de toda lesión, para que todos los predestinados a la vida sean purificados de toda suciedad, y para que él permanezca en ellos, y ellos en él, para su protección, siendo santificados al comulgar con su cuerpo. Pero quien, como Adán, es desobediente a los mandamientos de Dios y lo olvida por completo, debe ser separado de su cuerpo, así como se apartó de él por desobediencia, hasta que, purificado por la penitencia, se le permita nuevamente por los maestros comulgar con el cuerpo del Señor. Quien, sin embargo, no se reconoce en tal atadura ni por conciencia ni por voluntad, puede acercarse con seguridad a la recepción del sacramento vivificante, siendo purificado por la sangre del Cordero inmaculado, quien, obediente al Padre, se permitió ser inmolado en el altar de la cruz para restaurar la salvación a todos. En la misma visión, escuché que era culpable de no haber acudido con toda humildad y devoción a la presencia de mis maestros para buscar de ellos el permiso para comulgar, especialmente cuando no éramos culpables de la recepción de ese difunto, quien, fortalecido con toda rectitud cristiana por su sacerdote, fue

sepultado sin oposición de nadie con toda la procesión de Pingensi. Y así, estas cosas deben ser anunciadas a vosotros, señores y prelados, como me fue impuesto divinamente. También vi algo sobre esto, que al obedeceros hemos cesado hasta ahora de los cánticos del oficio divino, celebrándolo solo de manera relajada al leerlo, y escuché una voz procedente de la luz viviente sobre los diversos géneros de alabanzas, de las que David habla en los Salmos: "Alabadle con sonido de trompeta, alabadle con salterio y cítara" (Sal. CL), etc., hasta "Todo lo que respira alabe al Señor" (ibid.). En estas palabras, a través de lo exterior, somos instruidos sobre lo interior, sobre cómo, según la composición material o la calidad de los instrumentos, debemos convertir y formar los oficios de nuestro hombre interior principalmente para las alabanzas del Creador. Cuando atendemos diligentemente a esto, recordamos cómo el hombre buscó la voz del Espíritu viviente, que Adán perdió por desobediencia, quien antes de la transgresión, aún inocente, tenía no poca sociedad con las voces de alabanzas angélicas, que ellos poseen por su naturaleza espiritual, siendo siempre llamados por el espíritu que es Dios. Así, Adán perdió la semejanza de la voz angélica que tenía en el paraíso, y en el conocimiento que poseía antes del pecado, quedó dormido, como quien al despertar de un sueño se encuentra ignorante e incierto de lo que vio en sueños, cuando, engañado por la sugestión del diablo y oponiéndose a la voluntad de su Creador, fue envuelto en las tinieblas de la ignorancia interior por el mérito de su iniquidad. Pero Dios, quien reserva las almas de los elegidos en la luz de la verdad para la bienaventuranza original, encontró en su consejo que en algún momento renovarían los corazones de muchos con la infusión del espíritu profético, cuya iluminación interior les permitiría recuperar algunas de las deficiencias que Adán había tenido antes del castigo de su transgresión.

Para que también de aquella divina dulzura y alabanza, con la cual en Dios, antes de caer, el mismo Adán se regocijaba, y no se recordaran de él en este exilio, y a esto también ellos fueran incitados, los mismos Santos Profetas, instruidos por el mismo espíritu que recibieron, no solo compusieron salmos y cánticos que se cantaran para encender la devoción de los oyentes, sino también diversos instrumentos del arte musical, con los cuales se expresaran con múltiples sonidos, con el propósito de que tanto por las formas como por las cualidades de esos mismos instrumentos, como por el sentido de las palabras que en ellos se recitaran, los oyentes, como se ha dicho, advertidos y ejercitados por lo exterior, fueran instruidos en lo interior. A estos santos profetas, los estudiosos y sabios imitaron, y ellos mismos, con el arte humano, inventaron algunos géneros de órganos, para que pudieran cantar según el deleite del alma, y lo que cantaban, lo adaptaron a las uniones de los dedos, que se inclinan con flexiones, para que recordando a Adán formado por el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, en cuya voz estaba el sonido de toda armonía, y la suavidad de todo el arte musical antes de que pecara, y si hubiera permanecido en el estado en que fue formado, la debilidad del hombre mortal no podría soportar la virtud y sonoridad de aquella voz. Pero cuando su engañador, el diablo, escuchó que el hombre había comenzado a cantar por inspiración de Dios, y por esto era invitado a recordar la suavidad de los cánticos de la patria celestial, viendo que sus maquinaciones astutas se volvían inútiles, se aterrorizó tanto que no poco se atormentó, y desde entonces siempre se esfuerza por idear y buscar con los múltiples artificios de su malicia, para no solo perturbar o quitar del corazón del hombre, a través de malas sugestiones y pensamientos impuros o diversas ocupaciones, sino también del corazón de la Iglesia, dondequiera que pueda, a través de disensiones y escándalos, o injustas opresiones, la confesión y la belleza de la alabanza divina y de los himnos espirituales. Por lo tanto, con suma vigilancia, ustedes y todos los prelados deben esforzarse, y antes de que cierren la boca de alguna Iglesia, de los que cantan alabanzas a Dios, por sentencia, o la suspendan de tratar o recibir los sacramentos, deben examinar y discutir diligentemente las causas por las cuales esto debe hacerse.

Es necesario que estudien, para que sean llevados a esto mismo por el celo de la justicia de Dios, no por indignación o un movimiento injusto del ánimo, ni por deseo de venganza, y deben cuidarse siempre de no ser engañados en sus juicios por Satanás, quien sacó al hombre de la armonía celestial y de las delicias del paraíso. Consideren, por tanto, que así como el cuerpo de Jesucristo nació del Espíritu Santo de la integridad de la Virgen María, así también el cántico de alabanzas, según la armonía celestial, está arraigado en la Iglesia por el Espíritu Santo; el cuerpo es, en verdad, el vestido del alma, que tiene una voz viva, y por eso conviene que el cuerpo con el alma cante alabanzas a Dios con la voz. Por lo cual, el Espíritu profético ordena por significación que Dios sea alabado con címbalos de júbilo y otros instrumentos musicales (Sal. CL), que los sabios y estudiosos han inventado, ya que todas las artes que pertenecen a la utilidad y necesidad de los hombres fueron descubiertas por el aliento que Dios envió al cuerpo del hombre (Gén. II); y por eso es justo que en todo sea alabado Dios. Y puesto que al escuchar alguna canción, a veces el hombre suspira y gime, recordando la naturaleza del alma en la armonía celestial, el profeta, considerando y conociendo la naturaleza del espíritu (porque el alma es sinfónica), exhorta en el salmo a confesar al Señor con la cítara y a salmodiarle con el salterio de diez cuerdas (Sal. XXXII, XCI): la cítara, que suena abajo, para la disciplina del cuerpo; el salterio, que emite sonido desde lo alto, para la intención del espíritu; deseando referir las diez cuerdas a la contemplación de la ley. Por tanto, aquellos que imponen silencio a la Iglesia en los cánticos de alabanzas a Dios, sin el peso de una razón cierta, carecerán de la compañía de las alabanzas angélicas en el cielo, quienes injustamente despojaron a Dios en la tierra del decoro de su alabanza, a menos que lo enmienden mediante verdadera penitencia y humilde satisfacción (Sab. XI). Por lo tanto, aquellos que tienen las llaves del cielo, deben tener cuidado estricto de no abrir lo que debe cerrarse, ni cerrar lo que debe abrirse; porque el juicio más severo se hará sobre aquellos que presiden, a menos que, como dice el Apóstol, presidan con solicitud (Rom. XII). Y escuché una voz que decía: ¿Quién creó el cielo? Dios. ¿Quién abre el cielo a sus fieles? Dios. ¿Quién es semejante a Él? Nadie. Y por eso, oh fieles, ninguno de ustedes resista ni se oponga, para que no caiga sobre ustedes con su fortaleza, y no puedan tener a nadie que los defienda en su juicio. Este tiempo es femenino, porque la justicia de Dios es débil. Pero la fortaleza de la justicia de Dios exuda y se levanta como guerrera contra la injusticia, para que, vencida, caiga.

Oh verdadera sabiduría, que sin principio ni constitución existes como Dios eterno, ¡cuántos misterios has realizado en las criaturas sometidas a tu obra, es decir, al hombre, cuando enviaste las fuerzas de tu poder al crear! Pues tú creaste el hermoso firmamento con sus bellísimas ventanas, es decir, el firmamento con sus luminarias, en el cual colocaste al sol, que con su luz gobierna e ilumina todo sobre la tierra y bajo ella, al cual también se adhieren las demás luminarias, y por el cual brillan, así como todas las criaturas te obedecen, y en ti existen en su género como vida. Sin embargo, tú, el más alto, tocaste la criatura más baja, y asumiste la humanidad de ella, por la cual venciste por completo a tu enemigo, quien con su envidia sedujo al hombre que habías formado en el paraíso. Tú, verdadera caridad, Dios eterno, a todas tus criaturas sabiamente creadas, ordenadas y preparadas, finalmente formaste al hombre, como si fuera a ser llamado a un banquete preparado, en tan breve tiempo. Así se llama al inicio del día, cuando la aurora surge antes del sol: e inmediatamente inspiraste en él el aliento de vida (Gén. II); así como el sol después de la aurora inmediatamente emite sus rayos resplandeciendo, el aliento de vida es el alma, que es fuego, cuya llama es la racionalidad, por la cual se conocen las fuerzas del alma en la ciencia del bien y del mal, así como también el sol se conoce por su esplendor. El tiempo en el que el Señor puso a Adán en el paraíso, y le mostró la gloriosa alegría de ese mismo paraíso, concediéndole todo fruto de

él, excepto el árbol de la ciencia del bien y del mal, fue como desde la primera hasta la tercera hora. El tiempo en el que Adán llamó a todos los animales y aves del cielo por sus nombres, que vio y conoció en la visión de su ciencia, y en el que escuchó al Señor hablándole en la claridad de su divinidad, tenía un espacio como desde la tercera hasta la sexta hora: en la cual Dios le apareció entonces en la parte oriental, y no vio su rostro, sino una cierta claridad de su rostro. Con este conocimiento alegrado, Dios lo sumió en un sueño; y así, con el ánimo alegre en el deseo del sueño, se durmió como un hijo ante su padre. En ese sueño, Dios elevó su espíritu a esa altura, de la cual lo había enviado a su cuerpo con el conocimiento del bien y del mal, y le mostró lo que estaba por venir, es decir, de su progenie para llenar la Jerusalén celestial. Y en ese mismo sueño tomó una costilla de él, y la edificó en una mujer, la cual, al ser traída y vista, Adán se alegró mucho. Él y su esposa, considerando qué debían comer o hacer primero, ella, estando más cerca del árbol de la ciencia del bien y del mal, esperaba a su marido. La antigua serpiente, conociendo que ella miraba a otro, como los ángeles miran al Señor, la abordó para engañarla. El tiempo en el que estas cosas sucedieron fue como el espacio desde la sexta hasta la novena hora. La mujer que el Señor había edificado en el paraíso de la costilla del hombre vivificado (ibid.); entonces, teniendo y previendo en su presciencia la vida por la cual toda vida subsiste, que alguna vez descendería en una mujer, por la cual el hombre entraría en la gloria del paraíso celestial, seducida por la serpiente, ofreció el alimento de la muerte a su marido. Así, despojados de su claridad, la claridad de Dios, que antes había aparecido a Adán, les apareció como en una llama en la parte sur, y dijo: Adán, ¿dónde estás? (Gén. III). Con esto presagió lo que tenía en su beneplácito, que quería buscarlo y traerlo de vuelta a través de la túnica de su humanidad que asumiría de la forma femenina. Y este día de su salvación se había declinado. Este tiempo fue como el espacio de la novena hora del día hasta el anochecer. Después, expulsados del paraíso, vinieron al mundo, y encontraron la noche ya sobre la tierra. Entonces, también según la naturaleza humana, encontraron todo lo necesario para ellos y para otros animales, y lo asumieron para su uso.

Esto dice aquel que, respirando vida y mente suya, es un solo Dios, la mente del Dios omnipotente, su Hijo, a quien pertenece la obra, es decir, toda criatura; porque por la Palabra de Dios, que es su Hijo, todas las cosas fueron hechas (Juan I), las cuales, al ser vivificadas por la vida que respira, están en la altura del cielo y en lo más bajo, que es la tierra, la cual es un obstáculo para los superiores luminosos. Dios, en verdad, otorga a su obra la capacidad de alabar y obrar: y porque Él mismo es el portador de la señal, luchador contra sus enemigos, habitantes de las tinieblas, destina a las tinieblas a todos aquellos que se atribuyen a sí mismos lo que la gracia del Espíritu Santo ha obrado en ellos, y son llamados apóstatas; porque miran en sí mismos, y no en el que despierta la vida; y el ministerio paterno, que deben ofrecerle, lo rechazan hacia atrás con la ceguera de su conocimiento, y ellos, con todas las obras que han atesorado para sí en las tinieblas, que fueron hechas sin Él, serán atormentados con aquel que quiso ser semejante al Altísimo (Isaías XIV). Tales son las entrañas del diablo, porque obran según su consejo, y son despojados de la claridad de la luz divina, y por la instigación de ese mismo tirano, destruyen la Escritura y la doctrina que el Espíritu Santo dictó. Así como el cielo no puede ser rasgado antes de tiempo, tampoco las palabras del Espíritu Santo pueden ser cambiadas.

Del oficio sacerdotal, que en el primer sacerdote Melquisedec en la sombra de los milagros de Dios fue mostrado (Gén. XIV), y antes de él los hombres lo desconocían, ya que por su debilidad no podían comprenderlo, Dios me mostró lo siguiente: Vi una nube como el amanecer resplandeciente, y en ella un carnero colgado en espinas, tal como el carnero que fue ofrecido en lugar del hijo de Abraham (Gén. XXII), colgaba, cuyos cuernos, como de

zafiro, emitían el resplandor del topacio, y todo su cuerpo aparecía del color de una nube blanca. Este carnero representa a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, quien, sin mezcla de ninguna mancha, nació purísimo de la naturaleza virginal. Sus cuernos de zafiro designan la dulcísima y coeterna claridad de Él, por la cual, en verdadera humildad, asumió la humanidad para liberar al hombre perdido: quien del Espíritu Santo de María Virgen, Dios y hombre nació, lo que el resplandor del topacio, que brillaba desde los cuernos de zafiro, expresa. La nube, que resplandecía como el amanecer, declara la multitud angélica, que ministra el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que se realiza en la virtud del Altísimo, que cubrió a María, concibiendo al mismo Hijo de Dios del Espíritu Santo, de todo calor de la voluntad humana, lo que el carnero colgado en espinas, como se ha dicho, significa. Las espinas, sin embargo, designan los clavos con los que su cuerpo fue fijado a la cruz, y la lanza con la que su costado fue perforado (Juan XIX), y la aspereza de toda su pasión, que pacientemente como el cordero más manso soportó por nuestros pecados. La oveja, en efecto, es paciente, humilde, mansa y pura entre los animales. Por eso también Dios, dando túnicas de piel a los primeros hombres, despojados de la claridad con la que estaban vestidos por la desobediencia, les otorgó pieles de ovejas como vestimenta, oponiendo los significados de la oveja a la astucia de la antigua serpiente, y los cubrió con tal vestimenta, para que no salieran desnudos del paraíso (Gén. III). Él mismo, el eterno Dios, que en su sabiduría eternamente tuvo la túnica, es decir, la humanidad de su Hijo, a cuya imagen hizo al hombre, como Moisés testifica que fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gén. I), llamó al hombre engañado, y lo vistió con tal vestimenta, mostrando en esto que el Verbo, su único Hijo coeterno, para buscar y liberar, debía ser revestido de humanidad de la naturaleza virginal, en la significación de la oveja, paciente, humilde, mansa, y sin mancha alguna de contagio, puro. Juan el Bautista y los demás profetas, entendiendo lo mismo en el Espíritu Santo, lo llaman frecuentemente con el nombre de cordero y oveja (Juan I). Él es el cordero inmaculado, y hermoso en su forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV), que no fue concebido de semilla viril, sino del Espíritu Santo por la virtud del altísimo Dios, de la carne de María Virgen, Dios y hombre nació. En la misma virtud del altísimo Dios, la ofrenda de pan con vino y agua, en la carne y sangre del Salvador, que asumió de María Virgen, a las palabras del sacerdote se transubstancia, como la madera se transforma en carbón ardiente por el ardor del fuego. Por este sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que es el pan vivo (Juan VI), como Él mismo testifica, las almas de los salvados son alimentadas. Por lo tanto, oh sacerdotes, que habéis sido ordenados a la mesa del Señor, preparaos para sacrificar el becerro cebado (Luc. XV), que carece de toda flaqueza de pecados, y vestíos con la coraza de la verdadera fe, y el escudo de la esperanza de la vida eterna (Efes. VI), y rodead vuestro cuello con la estola de la observancia de los mandamientos de Dios, para que podáis servirle adecuadamente. Vosotros sois los ángeles del Señor de los ejércitos (Malac. II); porque, así como a las palabras del ángel Gabriel Dios se encarnó de María Virgen (Luc. I), para que por su nacimiento, pasión y ascensión el hombre perdido pudiera ser liberado y salvado: así a vuestras palabras el mismo cuerpo y sangre del mismo Hijo de Dios, con la representación de su nacimiento, pasión, resurrección y ascensión, para nuestra salvación y la de todos los fieles, tanto vivos como muertos, se hace. Corred, pues, con deseo en el gozo de una mente alegre al ministerio del Cordero inmaculado, del cual mucha salvación os viene a vosotros y a otros fieles, ya que por la celebración de él se perdonan los pecados, y las almas son liberadas, y muchos peligros del alma y del cuerpo se evitan. La santidad de este sacramento nos es invisible, como tampoco podemos ver a Dios, ni a ninguna criatura incorpórea; pero por él nuestra alma y cuerpo son santificados por la remisión de los pecados, e invisiblemente se refrescan. Si, sin embargo, alrededor del cuerpo del Señor ocurren cosas indignas, como que se pudra, o que sea roído o consumido por algún animal, esto es solo en el sacramento visible, o en la mera apariencia exterior, la virtud y gracia del mismo sacramento, inmaculada

e incorrupta, se conserva divinamente. Cuando el sacerdote rumia las palabras de Dios, el cuerpo del Verbo encarnado de Dios se confecciona de nuevo, por el cual todas las criaturas procedieron, que antes no aparecieron, y que también de María Virgen como en un momento del parpadeo del ojo se encarnó, cuando ella con humildad dijo: He aquí la sierva del Señor (Luc. I). Y la carne del mismo Verbo de Dios florece en las palabras del sacerdote, y la carne permanece inmutable: el Señor Jesucristo aún no había padecido cuando dijo estas palabras, y predijo a sus discípulos que iba a padecer, y que su sangre sería derramada para la remisión de los pecados, es decir, una ablución que no pudo hacerse por ninguna carne antes de Él; sino en su carne, que sin mancha de pecado existe del fuego del Padre divino. En las palabras del sacerdote, que se dicen individualmente sobre cada sacrificio, y singularmente por la virtud del Altísimo, como en un momento del parpadeo del ojo, el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo se hace. Y realizado razonablemente el oficio del altar, mucha remisión de pecados para vivos y difuntos se produce. Si, sin embargo, por negligencia faltan el vino y el agua, o solo hay agua, en las palabras mencionadas el cuerpo del Señor se hace, teniendo en sí sangre. En el cáliz, sin embargo, la sangre que en su pasión fue derramada no se hace, porque faltaron el vino y el agua, o solo había agua, por lo que las mismas palabras y signos deben repetirse, porque el sacrificio de vino y agua fue descuidado, y de inmediato del agua y el vino la sangre no seca, sino íntegra y fluida se hace, permaneciendo el cuerpo como se hizo en las palabras antes dichas; pero adornado con la sangre que antes faltaba, y con el gozo del redentor, por el cual el hombre fue liberado. Estas cosas, hijo de Dios, en la verdadera luz me fueron mostradas, te las escribí, para que seas sacerdote de Dios con ánimo alegre, y el Espíritu Santo haga que, con verdadera humildad, paciencia y mansedumbre, imites al Cordero de Dios, y te laves de los pecados cotidianos, que no pueden evitarse, con verdadera penitencia, y de la carga de los criminales, que como en un banquete se cometen; que Dios omnipotente te guarde, para que en pureza le sirvas mientras vivas, de modo que después del fin de esta vida, en la suma bienaventuranza con Él goces eternamente. Oh siervo de Dios, que en buena voluntad para la utilidad tuya y de otros muchas cosas recoges, y sin embargo en esto eres reprehensible, que no cultivas diligentemente la buena tierra en el campo de tu Señor, escucha: El negocio que me encomendaste, en eso te veo claro, que por ti se evita que los bienes de esa Iglesia sean disipados por un prelado inútil. Pero en esta claridad de ningún modo puedo ver que por ti se restituya la religión de la vida espiritual en ellos. Pues así como un pozo lodoso, sucio e inveterado por la putrefacción de gusanos inmundos, no puede limpiarse fácilmente; así también la mala costumbre de los pecados, difícilmente en ellos será prohibida. Porque quienquiera que ahuyenta y persigue al lobo, para que no arrebathe las ovejas, y así las conduce después a un pasto recto, hace bien. Ahora, sin embargo, por el consejo de los buenos y santos hombres, elige lo que te sea mejor, según el estado de la Iglesia que ahora es, a saber, que se elija el menor mal.

Mientras cenaban, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: Esto es mi cuerpo (Mateo XXVI). Bendice el pan con aquella bendición que proviene del corazón del Padre, del cual Él mismo salió. Al decir que lo partió, muestra que su cuerpo sería perforado por los clavos, atormentado en la cruz y luego transformado. Así como el grano, triturado en el molino con agua y fuego, se convierte en pan, así también su cuerpo, triturado por muchas aflicciones y la pasión de la cruz, y fortalecido por la resurrección a la inmortalidad, se ha hecho pan de vida para los fieles. Y puesto que no fue concebido de un padre carnal en la tierra, sino del Espíritu Santo en la Virgen, su cuerpo no pudo ni debió ser reducido a cenizas o dispersado, ya que por él el alma y el cuerpo de cada hombre son restaurados para la salvación, así como el pan fortalece el corazón del hombre (Salmo CIII). María era la tierra en la que la santa divinidad sembró el grano, es decir, su Hijo, de cuyo cuerpo todo fiel debe vivir, así como los hombres viven del pan que se hace de

los granos, es decir, en su cena. Sin embargo, les dio su cuerpo impasible por su divina potencia para la salvación, ya que las alegrías de la salvación eterna carecen de la pasión de todos los dolores, y esto le fue posible; porque en una naturaleza ajena es hombre; y por eso bendijo el mismo pan en su divinidad. Asimismo, al partir el pan, les da a conocer su deseo de que su mismo cuerpo, pasible, sea entregado a la muerte para la redención del género humano, y que nadie podría infligirle la muerte si Él no lo quisiera. Y tomando el cáliz, dio gracias (Mateo XXVI), el cual, por la efusión de su sangre, redimiría al hombre de la mancha de los pecados. Y les dio la sangre del nuevo testamento, es decir, perfeccionando la salvación, que ciertamente no pudo encontrarse en el antiguo testamento. Lo que dijo, que no bebería del fruto de esta vid hasta que lo bebiera nuevo en el reino de su Padre, debe entenderse como si dijera: Hasta que reciba en el reino de su Padre, con gozo, a estas y otras almas santas por la efusión de su sangre. El Señor Jesús, antes de su pasión, dio a sus discípulos su cuerpo pasible en la cena, para que fuera alimento de vida para ellos, con el cual se santificaran tanto las almas como los cuerpos. Por la efusión de su sangre, que fue derramada en la cruz, el alma racional se renueva y se alegra del estado caído del alma, así como el vino alegra el corazón del hombre (Salmo CIII). Cristo, que en la cena fue impasible por su divina potencia, también movido por su divina misericordia hacia el hombre, quiso después hacerse pasible; porque, a menos que pudiera morir como pasible, el hombre no habría sido liberado; y así, sin el fruto de la redención, habría permanecido solo Dios y hombre, como Él mismo dice: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII). El hombre, por tanto, no debía ser liberado por potencia, sino por justicia, ya que fue condenado a muerte por justo juicio. Y por eso el Hijo de Dios fue entregado a la muerte, para que por la satisfacción del inocente se devolviera la justicia al pecador.

Cualquiera que, debido a la debilidad de su cuerpo, sufra de vómitos y desee con toda devoción el cuerpo de Cristo, no debe recibir este sacramento de manos del presbítero, por el honor del mismo cuerpo de Cristo, que se oculta en la apariencia del pan. En su lugar, el cuerpo del Señor debe ser colocado sobre la cabeza de dicha persona, e invocar a Dios, quien puso el alma en el cuerpo, para que se digne santificar su alma con el cuerpo y la sangre. También debe colocarse sobre su corazón, diciendo: Dios omnipotente, cuyo Hijo María recibió en la fe, concede, te rogamos, que en la verdadera fe el alma y el cuerpo de este hombre sean santificados por la santificación de su cuerpo y sangre. Pues el divino sacramento se oculta en la apariencia del pan, así como el alma del hombre existe de manera invisible. Por lo tanto, el alma invisible atrae inmediatamente la santidad invisible hacia sí; porque el espíritu del hombre siente de inmediato a aquel que lo envió, y nunca se apartará de él, quien lo recibe en la fe. Sin embargo, de aquel que es indigno, como de Judas, esa santidad es retirada. Por lo tanto, para quien sufre de vómitos, por precaución y reverencia, debe evitarse el cuerpo del Señor. No obstante, la fe en el mismo sacramento debe mantenerse firmísima, ya que ha sido solemnemente santificado en la apariencia del pan.

Juan, quien es el espejo de la santidad y la virginidad, porque por ello rechazaba el desposorio terrenal, y a quien el Hijo de Dios, que descendió de su Padre a la materia virginal de su humanidad, la cual adornó con todo ornamento de virtudes, amando especialmente sobre todos los santos, puso como sello de sus milagros ocultos, dice en visión mística: Vi la ciudad santa (Apoc. XXI), etc.

Esto debe entenderse así: La Jerusalén celestial, que debía ser adornada por el supremo artífice, es decir, el Dios omnipotente, apareció ante Él como la materia de todas las cosas antes de la creación del mundo: y así como al hombre que formó del barro, lo vivificó con el

aliento de vida (Gén. II); así también la santa ciudad de Jerusalén, que esperaba a su esposo, es decir, al Hijo de Dios, a quien debía desposarse, fue hecha nueva con todo adorno por la efusión de su sangre. Pues ella, cuando los elementos estaban envueltos en tinieblas, descendió con el victorioso estandarte a la cruz, en la cual pendía el Hijo de Dios, y recibió esta dote de aquel que fue concebido y nacido en virginidad: para que también ella, en generación espiritual, procreara hijos como virgen, porque por la sangre roja del Hijo de Dios, los cielos fueron iluminados, y la puerta del paraíso, que fue cerrada al hombre en la expulsión de Adán, se abría. Dios quiso que Jerusalén, edificada con las obras santas de los hombres y que aparece adornada como esposa para su esposo, fuera hecha para la alabanza de su humanidad; así como también creó a los ángeles para la alabanza y honor de su divinidad. Y escuchó una voz que decía: Yo, que por mi palabra, cuando dije, hágase, resoné sobre todas las criaturas, digo que estas cosas que se te muestran sobre la Jerusalén celestial, las conozcas y manifiestes para la tutela y salvación de los hombres, que fueron hechos a nuestra semejanza, voz en el alma y tabernáculo en el cuerpo, como también yo soy la voz en la trompeta, que suena por la voz. Dios mostraba a su amado Juan la santa ciudad construida con piedras vivas, que son los hombres, y también con sus obras (Apoc. XXI), en la cual Jesucristo, siendo la piedra angular, une ambos muros en el templo de la Jerusalén celestial. Él también, por el vestido de su humanidad, habita con los hombres, y ellos son su pueblo, al que rescató con la dote de su sangre, y Él es su Dios, porque con gran poder, liberándolo, despojó a la antigua serpiente, y así Dios de poder, Dios de misericordia y piedad, y el bien pleno sobre todas las criaturas, a quien nunca tocaron las tinieblas, sino que es el juez más fuerte sobre ellas. Dios, por su humanidad y también por los ornamentos de la Jerusalén celestial, enjuga toda lágrima de ignorancia e infidelidad de su pueblo, en la cual estaba ciego a la verdadera fe, y en pura penitencia, perdonando los pecados confesados, lo salva del poder y la morada de la muerte infernal. En el dulcísimo y amarguísimo rumor de la humanidad del Hijo de Dios, que, cesando el hambre de su espera, salió en gran saciedad de gozos por toda la tierra, el luto de Adán y de su posteridad, que no pudieron tener entrada al reino celestial, y el clamor de los profetas, que en grandes suspiros llamaban a Dios para la redención del pueblo, ya no serán. Tampoco habrá más dolor y aspereza de la ley, en la cual nadie pudo redimir la culpa de ningún pecado por el perdón de la misericordia, como el noble hijo del hombre, que es justo y misericordioso, lava misericordiosamente todos los pecados del hombre en verdadera penitencia. Así, por la plena bondad de su humanidad, todos los dolores mencionados, que estaban al principio, se han ido. Estas cosas que Juan vio y oyó en la santa revelación son verdaderas; porque el Hijo de Dios terminó sus obras, como su Padre quiso, en gran claridad: por lo cual también en gran poder, en su trono, pisoteando a todos sus enemigos, se sienta. Él también hace todas las cosas nuevas; porque así como de la primera materia todas las criaturas fueron iluminadas por la palabra de Dios (es decir, Hágase); y así como el primer hombre fue formado del barro, transformado en carne y sangre por el aliento de vida, así también el hombre pecador, por la misericordia del Hijo de Dios, que se sienta en su trono, renovado con la penitencia de sus pecados, se hace nuevo. Bienaventurado el hombre, a quien Dios hizo tabernáculo de la Sabiduría con la sensualidad de los cinco sentidos, hasta el fin de su vida con santos deseos de buenas obras, y con hambre de justicia, y de dulcísimas virtudes, de las cuales nunca puede saciarse, siempre asciende de novedad en novedad por la gracia de Dios; y así llegará felizmente a la gloria de la vida inmutable, que permanece sin tedio y sin fin. Así Dios hace todas las cosas nuevas hasta el último día, pero lo que después del último día quiera hacer con su poder y posibilidad, está solo en su conocimiento, cuando los hombres bienaventurados, que vivían en la mencionada novedad, tendrán en cítaras y sinfonías, y en el sonido de todas las alabanzas, el gozo de todos los gozos sin fin en la presencia de Dios. Oh siervo e hijo de Dios, porque Él te formó en el primer hombre, esfuérzate para que por la abstinencia de los deseos carnales, en santos

deseos y buenas obras, te hagas un tabernáculo en la Jerusalén celestial, y lo adornes con las más bellas ventanas por el hambre de justicia y caridad de Dios; porque, así como la casa se ilumina por las ventanas, así también por la caridad todas las virtudes se iluminan y se conocen. Mira también que las tribulaciones que sufres pacientemente, porque por ellas todas las virtudes en ti se hacen más elegantes; y mira que también en tu corazón guardes cuidadosamente la hermosa forma de la que te hablé, para que ella brille en la Jerusalén celestial.

En una verdadera visión, que en mi alma veo con ojos vigilantes siempre, siendo ahora de setenta y tres años, me veo obligada por la luz viviente a escribir estas palabras: Dios viviente es la fuente, que emitió las aguas, cuando por la palabra Fiat, dijo: Háganse las luminarias (Gén. I), etc. Estas luminarias sostienen el firmamento, a saber, el sol, la luna y las estrellas, y son el espejo de esas mismas luminarias, ya que envían sus rayos hacia ellas. Él mismo es también el fuego resplandeciente y la eternidad antes del tiempo; en el cual su imagen, es decir, la forma del hombre, siempre y siempre sin tiempo ha resplandecido.

El hombre, a quien formó a su imagen y semejanza, es su obra y vestidura de su Divinidad, quien, según su Creador, al obrar, utiliza la criatura para su utilidad, de cualquier manera que desee. Pues el hombre fue creado de la tierra limosa y acuosa (ibid.), que se infunde por la humedad de las aguas que cubre y se agrava por su peso. Las aguas, con el calor del sol, que tiene una cierta imagen dentro del círculo de su rueda, y que es húmedo a través del aire acuoso, riegan toda la tierra; y así, al mezclarse mutuamente, producen todos los brotes; y las aguas, que son el espejo de ese mismo sol, lo contienen para que no queme la tierra con su excesivo ardor, y él mismo constriñe las aguas para que no sumerjan la tierra con lluvias desmedidas. Dios también infundió al hombre, a quien había formado, la racionalidad ígnea del alma, que es el aliento de vida, por el cual se conforta y solidifica en carne y sangre, como el alimento por el fuego. El alma también opera a través del cuerpo, y el cuerpo a través del alma; y el alma es el verdor del cuerpo, y así el hombre existe pleno, en quien están el fuego, el agua y el aire acuoso, por los cuales él atrae y emite el húmedo aliento. Pues así como el sol, desde el lugar establecido del círculo de su rueda, con el viento móvil, a través del calor de sus rayos, perfecciona todas sus fuerzas y virtudes; así también el alma racional en el cuerpo, con el húmedo aliento, dicta lo que quiera; y obra en la criatura, que conoce por la racionalidad. El alma y el cuerpo, con sus fuerzas y nombres, son uno, como la carne y la sangre, y a través de tres, a saber, el cuerpo, el alma y la racionalidad, el hombre se perfecciona y obra. Pues el alma se infunde en todo el cuerpo, y al obrar con la racionalidad en él, le proporciona gusto y alimento: y así el hombre es toda criatura, que él conoce y comprende por la racionalidad, y que por mandato de Dios le está sometida en todo. Dios es un fuego oculto, que ningún mortal puede contemplar. Pero los ángeles, que son ígneos, contemplan siempre su faz ígnea, y el esplendor del Padre, su Hijo, de cuyo vestidura, que tiene tiempo, profetizaron los profetas; y que siempre sin tiempo estuvo con el Padre antes de los siglos, como testifica Juan el Evangelista, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios (Juan I). Pero el Verbo que en el principio estaba con Dios, encarnado de la Virgen María, salió como fuente viva, que refresca con agua de vida a todos los que creen en él, como él mismo dice: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII). Él también, por el fuego inextinguible de la Deidad, extingue todo fuego de impureza, porque antes de los siglos fue engendrado en el Padre, cuya voluntad eternamente tuvo como vestidura de su mismo Hijo. El mismo Hijo de Dios quiso ser bautizado en las aguas, donde la voz paterna testifica que es su Hijo amado (Mat. III, XVII), quien antes de los siglos estaba con él en la eternidad; y quien, por la hermosa forma de su humanidad, pisoteará a todos sus enemigos, que quieren luchar contra él. En las aguas recordaba cómo las

creó por su palabra, sobre las cuales se movía el espíritu del Señor (que es fuente viva) (Gén. I), que las movió e hizo fluir, de modo que purifican toda inmundicia, y no pueden contener ninguna putrefacción. Dios ocultó su humanidad al diablo, a quien con gran multitud de espíritus diabólicos arrojó del cielo (Isa. XIV), y completó su número, sin que el diablo lo supiera, con hombres bienaventurados. Y así Dios, por la caída de Adán, reparará la ruina del diablo (que está totalmente perdido). El Hijo del hombre también comió y bebió, como permitió al hombre hacer, por lo cual la carne y la sangre crecen y se nutren, para que no se marchiten y fallen en su obra oficial. Pero esta comida la contaminó la serpiente, cuando los primeros hombres, consintiendo a ella, fueron expulsados del paraíso (Gén. III); de donde, por la sugestión del diablo, concebían a sus hijos en pecados, y los engendraban con dolor. Pero el Hijo de Dios borró esta concepción mortal del hombre, cuando fue concebido y nacido sin pecado de la naturaleza viril del Espíritu Santo de la Virgen María (Luc. I, II). El Hijo de Dios también dio su cuerpo y sangre a sus discípulos en pan y vino (Mat. XXVI), porque estos dos le convienen y se comparan especialmente; pues así como el grano escondido en la tierra, no por otra coagulación, sino por el calor del sol y la humedad del agua, por la gracia de Dios surge ocultamente en su verdor (Juan XII), y así como el racimo de vino, no por poda, sino por la mística gracia de Dios, verdea y crece; así también el mismo Hijo de Dios, sin ninguna coagulación y verdor de pecado de la naturaleza carnal, salió como verdadero hombre de la oculta divinidad. El fuego que está escondido en un pozo seco y alto, donde después se encontraba agua espesa, con la cual se asperjaban los sacrificios, que fueron consumidos por el gran fuego que se encendió (II Mac. I), designan a Dios como fuego inextinguible y fuente viva. Pues el mismo Dios, a quien significan ese fuego y agua, está tan oculto en su alta profundidad, que excede todo entendimiento del ingenio humano: por lo cual también consumió todo deseo carnal en la Virgen María, de modo que su hijo asumió su humanidad de ella sin ningún incendio de pecado: pues el Espíritu Santo, que es fuente viva, la perfundió con su suavísimo humor, como el rocío descende sobre el grano; de modo que por la virtud del Altísimo fue sombreada de todo ardor, que por la sugestión del diablo se produce en los hombres nacientes, y de todo dolor de la naturaleza humana y de la generación, como el ángel le dijo: Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I).

El primer nacimiento de la impura coagulación, que surge sin el Espíritu Santo, se purifica y limpia en las aguas del bautismo por el Espíritu Santo, como el oro en el fuego; porque el Espíritu Santo se movía sobre las aguas (Gén. I), y las hizo moverse y fluir. Estas mismas son también un elemento espiritual por encima de los demás, y en ellas nacen y se alimentan animales en su naturaleza extraños a otros animales. El hombre, ungido con carisma y aceite por la gracia de Dios, y encendido por el fuego del Espíritu Santo, se santifica en el bautismo, y renace para confusión de la antigua serpiente, que tocó su primer nacimiento (Juan III); y así, por la gracia de Dios, es poderosamente rescatado de este modo, y en la fuente del bautismo, por la fuente viva, es decir, el Espíritu Santo, se regenera para la salvación eterna. La misma virtud del Altísimo, que descendió sobre María, produciendo de ella la carne y la sangre del Hijo de Dios, descende sobre la ofrenda de pan y vino, con las heridas abiertas de Jesucristo, de modo que la misma ofrenda de pan y vino se transforma ocultamente en la presencia de Dios y de los santos ángeles, en carne y sangre; así como el grano y el vino crecen por una verdor oculta que el hombre no puede ver. Pero como el hombre después de la ablución del bautismo cae frecuentemente en pecados, las heridas del mismo Hijo de Dios permanecen abiertas mientras el hombre racional peque, para que él mismo sea purificado y recibido en las mismas heridas mediante la penitencia y la confesión. Pero los hombres, que son llamados herejes y saduceos, niegan la santísima humanidad del Hijo de Dios, y la santidad de su cuerpo y sangre, que está en la ofrenda de pan y vino, por lo que el diablo, que es el principio de aquel que no tiene principio ni fin, y que en el principio de su honor

contradijo la unidad de la eterna divinidad, a través de estos hombres, esparce polvo de muerte por toda la tierra. Él es mentiroso (Juan VIII), porque infunde ceguera de infidelidad en los ojos de estos hombres, cegándolos de tal manera que no pueden ni esperar ni creer en el verdadero Dios; y así, al modo de una víbora, muerde toda santidad y honor de Dios a través de estos hombres que lo siguen por su sugestión, y que en todo desprecian al Dios vivo por infidelidad. No tienen al verdadero Dios, que es invisible, ni tampoco el alma y el espíritu del hombre en la fe correcta; porque toda su intención se dirige a las cosas carnales: por eso, pisotean todo lo que es de Dios, como aquel que los seduce; porque despreciando las palabras de la verdad, se glorían en la mentira y en su falsa doctrina. El ángel perdido, por su racionalidad, sabe que el hombre racional tiene la posibilidad de hacer lo que quiere: y esto lo reconoció en el primer hombre, que había recibido un mandamiento de Dios; y así, en la misma manera en que engañó a la mujer, intenta destruir en estos hombres lo que se mandó, es decir, que crecieran y se multiplicaran, sugiriéndoles que vivan no según el mandamiento de la ley, sino según lo que ellos mismos eligen por la sugestión del diablo. También les sugiere que mortifiquen su cuerpo con ayuno, y luego cumplan todo deseo incestuoso; y así, persuadidos por él, se apartan de toda santidad de los mandamientos legales del Dios omnipotente; porque están muertos en todos los mandamientos que Dios dio a través de Moisés y de sus otros profetas; y que luego reveló a través de su Hijo; por eso, toda la tierra está contaminada por ellos. Por lo tanto, vosotros, oh reyes, duques y príncipes, y otros hombres cristianos que teméis al Señor, escuchad estas palabras, y expulsad a este pueblo de la Iglesia, despojándolos de sus bienes, y no matándolos, porque son la imagen de Dios. Que el Espíritu ígneo de Dios, que es la fuente viva, os infunda por su gracia, para que hagáis esto antes del día de la venganza de Dios, para que no os falte ningún honor y bienaventuranza del cuerpo y del alma.

Dios dio al hombre un mandamiento, en el cual toda la ley estaba contenida; pero el hombre lo transgredió, y por ello fue juzgado mediante la caída de la expulsión, existiendo de dos maneras como mortal, a saber, muriendo corporalmente y careciendo de la visión de la verdadera luz. Por lo tanto, tampoco pudo permanecer en aquella morada, y perdió la visión mencionada. Él conocía verdaderamente a Dios, y reconoció que debía guardar su mandamiento; pero como escuchó al siervo, y consintió a la mujer que le estaba sometida, el justo juicio del Juez justo vino sobre él. Y este juicio Dios lo dio al hombre sobre aquellos que no quieren reconocer al maestro en obediencia, y que transgreden todos los mandamientos de la ley; por lo cual también sus cuerpos fueron entregados a la muerte, ya que murieron en la luz de la ley. Sin embargo, los maestros, que están en lugar de Cristo, deben prever si tienen alguna enmienda en sí mismos antes de entregarlos a la muerte. Y el corazón de esos mismos maestros debe ser purísimo en esto, para que no atiendan en el juicio ninguna injuria o blasfemia que les haya sido infligida por ellos, y así entreguen a la muerte la sangre de los condenados con juicio. Pero si su corazón no fuera puro, deben huir de la presencia de este juicio, para que sus palabras no maten a sus prójimos, atendiendo diligentemente al Evangelio del Señor, donde se dice: No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados (Mat. VII). Pero tampoco juzgarán según lo que ellos establecen, ni según el deseo de su voluntad, sino según el juicio del Dios omnipotente, de modo que cualquiera que intolerablemente haya sido adversario de todos los preceptos de la ley, y que no haya querido abstenerse de los pecados criminales, sea juzgado según el juicio de Dios, y no según la voluntad del hombre. Pero si él, por temor a la muerte, promete enmendar su culpa, el juicio de Dios se diferirá una y otra vez: y cuando así probado no se haya enmendado, según la palabra del Hijo de Dios, será reo de la pena del juicio. De esta manera, cada hombre debe prever en todo juicio, para que no se haga según la voluntad del hombre. También se debe atender a lo que Santiago dice sobre el rico y el pobre,

sobre el rico bien adornado y vestido (Sant. II). Pues el rico, debido a su gran dinero, quiere ser honrado, es recibido y honrado, a saber, por la ayuda en la adversidad y por el temor del poder, con el cual a menudo daña a los hombres. Pero el pobre debe ser recibido por amor a Cristo, y porque es hermano del hombre. Y no deben ser considerados iguales, porque esto sería sin discreción; ya que quien hiciera sentar al rico y al pobre en un mismo asiento, el rico se desdeñaría de hacerlo, y el pobre se aterroraría de ello. Pues el pobre debe ser recibido y considerado por amor a Dios, porque es hermano del hombre, y aunque Dios permita que el rico tenga riquezas y se las quite al pobre, sin embargo, ama la forma del pobre, que es su imagen. Pues el rico, por la soberbia de sus riquezas, manda a los hombres a quienes puede dañar, y los trata como si no fueran hombres en su forma: y de este modo se blasfema el buen nombre del hombre, a saber, que él es imagen y semejanza de Dios.

Dios, por tanto, mandó: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Levítico XIX; Mateo V), observando en él tu propia forma, compadeciéndote de él en todo, y sintiendo pesar por todo lo que haya hecho mal, porque tu forma es blasfemada en sus males a través de él. Y cuando el hombre hace esto, realiza una buena obra según el Hijo de Dios, quien se revistió de carne para poder compadecerse del hombre. Pero quien desprecia al pobre, no solo peca contra él, sino también contra el Dios omnipotente, quien asumió la forma del hombre, por la cual dio la ley, y por la cual será reprendido, ya que son transgresiones de la ley. Cualquiera que guarde toda la ley, pero ofenda en un solo punto, se hace culpable de todos (Santiago II); porque quien haya guardado los demás mandamientos de la ley, pero carezca de uno por no amarlo debido al odio, sino teniéndolo como una pintura del pintor, no cumple perfectamente los otros preceptos. Así también sucede cuando el hombre se debilita en un miembro, ya sea por nacimiento o por algún infortunio, los demás miembros se compadecen de él, y no tienen en el debilitado un consuelo o ayuda perfecta. Asimismo, el alimento que no está bien cocido y es insípido, no proporciona al hombre ni fuerza ni sabor; apenas vive el hombre por él. Así también, quien no tiene caridad ardiente, no cocina correctamente todos los mandamientos de la ley; sino que los tiene como su miembro débil: y quien no recoge ni aprende sus obras de la sabiduría, sino que las conecta y opera por sí mismo, se compara con el hombre que hace una imagen según la forma del hombre de madera, que no puede vivir; así como él mismo y sus obras están muertas, y es como un mudo, que carece de la voz de la racionalidad; por lo tanto, es culpable en todos los mandamientos de Dios, y responderá por ellos en el juicio al Señor, porque los ha realizado según su propia voluntad. La transgresión, por tanto, de los mandamientos de la ley, está en los paganos, en los infieles, y en sus seguidores, porque carecen de fe. Pero aquellos que son fieles por el bautismo y la fe, y en la medida de lo posible, obran en los mandamientos de Dios, y gimen con todo el corazón, y anhelan a Dios, pidiendo su ayuda, y haciendo penitencia por lo que transgreden; porque algunos buscan a Dios desde la infancia, otros desde la juventud, otros en la vejez, y le piden todo a Él, aunque hayan pecado, no son rechazados en el juicio. Pues en todos estos, oh Jerusalén, la multitud de santos, justos y elegidos, penitentes y publicanos vendrá a ti (Isaías LX).

La divina claridad, la claridad que resplandece en tu obra, tú eres esa raíz que ha emitido numerosos ramos, y eres el sol con innumerables esferas, a saber, tus santos y elegidos, cuyo número nadie puede comprender. Pues en el principio formaste una sola raíz, a la que hiciste vigilar con el aliento de vida (Gén. II), y dijiste a Jeremías: ¿Qué ves, Jeremías? Y él te respondió: Veo una vara vigilante (Jer. I).

Cierta raíz con sus ramas surgió, y fue oscurecida por un fruto nocivo que la noche vomitó sobre ella; por lo cual, multiplicando sus ramas en las tinieblas, quiso pisotear la justicia del cielo. Pero tú, clara divinidad, resplandeciste en las aguas, y las reuniste como en un odre

(Salmo XXXII), en las cuales todos los hombres, excepto Noé y sus ramas, fueron sumergidos (Génesis VII). A este, es decir, a Noé, lo preparaste para obrar tus milagros: y por eso realizó su obra como en la ciencia de un niño con alegría; porque aún no sabía ni comprendía lo que le habías dicho. También le presentaste un humo aéreo, que sacude las venas y médulas del hombre, para que, no impedido por los sentidos humanos, el edificio que le enseñaste se construyera como en la alegría de un niño. Así también haces en los hombres, en quienes vas a obrar tus milagros, cuando por tu inspiración hablan cosas ajenas a los sentidos humanos. Pero después de que Noé había construido su edificio en la altura a la que lo habías elevado, despertaste de él el primer edificio de Abel, que había pasado en su derramamiento, y lo inspiraste de tal manera que construyera un altar sobre el cual te ofreció sacrificio al Dios altísimo.

Clara divinidad, que tuviste innumerables esferas de vida, formaste al primer hombre del barro de la tierra, y lo colocaste en el lugar del paraíso (Gen. IV), para que tuviera sociedad en la alabanza angélica. Sin embargo, la serpiente movió su ojo con engaño, y lo engañó con palabras falaces, acusándote ante él, quien también primero se opuso a ti. Esto lo hizo el diablo, para que el hombre fuera expulsado del paraíso, y no regresara al lugar del que él mismo fue expulsado, al reconocer la nueva obra creada, aparte de sí mismo. Clara y ardiente divinidad, en las esferas ígneas que tuviste en ti, a través de la santa imagen de tu humanidad aplastaste la cabeza de la serpiente, para que nunca se levantara antes de que completaras tu obra. Pues él nunca tocaba el fuego que eres tú. Pero en cierta luz de claridad, en la que se hizo mentiroso, y por eso tu humanidad le fue oculta, y por eso también los ángeles, que tocan tu fuego, se apartaron de él. Después, sin embargo, hiciste tu obra, es decir, al hombre, con fuego y claridad, de tal manera que nunca se hiciera completamente semejante a aquel perdido, a quienes reunirás en tal número a tu imagen, que ni los ángeles ni las almas puedan contarlos. Pues algunos hombres son ígneos, y se convierten al fuego, y algunos están en la luz de la claridad, y caen de la luz; y nuevamente después resucitan al fuego, y se convierten en columnas del cielo. Tú, clara divinidad, eres fuego y claridad, con los cuales también hiciste el vaso de barro, del cual te vestiste; y así existiendo en tres fuerzas, también constituiste tu obra en tres fuerzas. En la claridad estableciste a Adán, y en el fuego conservaste a Noé, para que de él procediera un nuevo mundo con el fuego de la santidad, por el cual la voracidad de la serpiente fue cerrada, y su poder así quemado y superado, que aquellos que son regenerados por el fuego y el agua, permaneciendo en la verdadera fe, de ninguna manera se pierdan. Pues en tu fuego secaste el agua, para que no fluyera en el arca de Noé, en la cual prefiguraste el fin de la muerte de la perdición de los hombres, así como también los hombres fueron terminados en la muerte en el agua. Oh santidad del agua, en la cual tu Hijo aplastó la muerte, a quien la Virgen concibió de tu fuego, quien en ella secó toda la lividez del pecado acuoso, para que no fuera herido por él, así como tampoco Noé fue herido. En estos signos preveíste lo que perfeccionaste en María, quien aplastó la cabeza de la serpiente (Gen. III), por quien la primera mujer fue engañada. Noé, que eres un signo salvador, porque Dios te enseñó ocultamente cómo podrías ser salvado por el agua (Gen. IX), e inspiró a tu corazón para que, al sacrificarle, construyeras un altar, tú existes como la aurora; que eres una chispa del sol. Dios en ti prefiguró la nueva y antigua santidad de los profetas, y de los sabios, y la observancia de la integridad, que no fue plantada en el costado del hombre, sino en la forma de la mujer, que no estuvo bajo el poder del hombre; así como tampoco el poder del agua pudo dañarte. Dios también hizo que de ti procediera un nuevo mundo, y te dio la tierra regada por las aguas, en la cual plantaste viñas, aunque ignorando la fuerza del vino, por la cual se desnudan los sentidos del hombre. Pues así como el hijo, que cubrió tu desnudez, honrándote como padre, retuvo gloriosamente su libertad, mientras que otro fue reducido a siervo de aquel; así la buena ciencia se establece en la servidumbre de la

mala ciencia. Tú tampoco fuiste tan tortuoso en pecados, como lo fueron tus hijos, así como también los hijos de Adán fueron más criminales que él. Pues en las bendiciones de la libertad, son santos y elegidos, y también aquellos que por penitencia regresaron de la servidumbre de los pecados a la libertad. A todos ellos también se les da la trompeta para tocar, cuyo sonido resuena ante el trono de Dios (Apoc. V). Los ángeles también con sus voces sinfonizan alabanzas a Dios, de las obras de los hombres buenos aún vivos en el cuerpo, que siempre se multiplican, y ascienden ante Dios sobre el altar de oro, que está en su presencia, y de ellos siempre entonan un nuevo cántico a Dios. Pues el altar de oro, se deben entender las obras de los santos, que ellos, permaneciendo en el cuerpo, realizaron, y que en la presencia de Dios, resplandecen como un altar de oro, y con las cuales imitaron al Cordero, es decir, al Hijo de Dios.

También los santos enumeran sus obras, e incluso las obras de aquellos bienaventurados que obran felizmente, con el sonido de la trompeta, cuyo sonido es como la voz de muchas aguas (Apoc. I), que con su dulcísimo sonido se mezcla con el firmamento circundante, y con esta voz de alabanza buscan ayuda de Dios, que con obras santas, que ascienden sobre el altar ante Dios, tocan sus obras y méritos. Así, pues, oran a Dios por ellos, para que no sean impedidos por la decepción de Leviatán en sus buenas obras, que obrarán con los elementos según sus ejemplos, lo que la trompeta que suena significa, porque Dios es alabado y glorificado por ellos, como por los ángeles, a quienes ha llenado de su claridad. La voz de los santos, con la que alaban a Dios por sus obras y las de otros hombres buenos, es como una trompeta que suena: por eso ellos también cantan un cántico nuevo ante el trono y el Cordero (Apoc. XIV), y la tierra, es decir, los pueblos terrenales, resuenan con sus voces, alabando a Dios en sus méritos y diciendo: Gloria a ti, Señor. Oh santa Divinidad, tú eres glorificada en el cielo por los ángeles ocultos, que son chispas de tu claridad, y eres alabada en la tierra por el hombre (a quien formaste del barro como tu vestidura). Juan el evangelista brilló con la claridad de Dios y ardió en la llama del Espíritu Santo; y por eso en su cuerpo fue celestial, como el hombre existió antes de la caída, de donde el peso y la gravedad de su cuerpo permanecieron en la tierra, siendo él elevado a las cosas celestiales, casi en un abrir y cerrar de ojos, como después del último día toda la gravedad corporal será consumida, volando las almas santas a las cosas celestiales. Juan Bautista, lleno de la fortaleza de la Divinidad en su carne (Mat. III), murió completamente a la espuma de la serpiente; y por eso corrigió a los pecadores con palabras amargas. Dios lo envió antes de su humanidad, antes de que llegara la plenitud del tiempo en que Dios se hizo hombre (Gal. IV). Ahora invoco y adoro a ti, para que quieras conservarme a mí, pequeña, que he visto y oído estas palabras, que solo tú conoces, en los cánticos de las almas bienaventuradas, y a todos los que, por la pura fe de tu nombre, trabajan diligentemente conmigo, recógelos en el seno de la gracia de tal manera que nunca nos alejemos de ti. Porque solo tú conoces mi ignorancia, que no estoy adornada con la doctrina de las Escrituras, que narran tus milagros, como también en las estrellas se disciernen los tiempos. Por eso te ruego que me liberes de toda negrura de los espíritus malignos, y me conserves de toda duda de mi ignorancia en cuerpo y alma. Nuevamente te ruego, Padre amable, que ames a los que trabajan conmigo con el fuego de tu caridad, y los escribas en el libro de la vida, que es tu conocimiento, para que nunca se separen de ti. Oh Noé, que eres el principio de la santidad y de las ramas que de ti procedieron, te rogamos que no te olvides de nosotros en los cánticos de tus alabanzas por nuestras negligencias, sino que, por el amor de aquel que te eligió en sus milagros, te dignes ser siempre recordado de nosotros en tus alabanzas y oraciones ante Dios. Amén. Santa Divinidad, que existes íntegra sin ninguna división, tú generas en toda criatura con tu palabra un nombre puro. Las formas, que fueron formadas por tu palabra en su género, no han desaparecido de la vida. Algunas criaturas viven de la verdor, otras vestidas de carne por su naturaleza sensible, algunas de su soplo ventoso, otras del aire

de las aguas que fluyen. Tú escribiste la obediencia íntegra e indivisa de la vestidura de tu palabra, prefigurando en Abraham, y la guardaste pura e íntegra por la liberación de aquellos que hacen penitencia (de la desobediencia que surgió en Adán). Tú ordenaste a Abraham que se hiriera en su carne, que de la decepción, de la santidad de la castidad se había transformado en deseos incestuosos, que tú lavaste con agua y bautismo, en los misterios ocultos, en los que él mismo fue engañado sin saberlo. Abraham, al herir su carne por mi mandato, confundió al diablo, que no conoció aquel misterio, y fue confundido en esa parte del hombre en la que también engañó al hombre. También le ordenaste que sacrificara a su amado hijo para ti (Gen. XXII), en el que prefiguraste a tu Hijo que sería sacrificado por el pueblo. Pero el ángel detuvo la espada vibrante sobre él atado, y le mostraste un carnero no procreado de otras ovejas, sino como una manifestación de tu milagro. El hombre, a quien tú formaste, fue engañado por el diablo. Por lo tanto, toda la naturaleza humana fue tan contaminada, que todo hombre es concebido totalmente en los pecados del deseo carnal. La naturaleza del hombre también se hizo tan distorsionada y tortuosa, que nadie podía liberar a su compañero de la cautividad del diablo; por eso en ti mismo ordenaste la túnica de tu Hijo extendida de la tierra simple, que no había germinado de nada, cuyo calor de sangre encendió el calor del Espíritu Santo, que como un huevo nacido de la carne, que al ser incubado por la gallina, emite un polluelo; así la Virgen, incubada por el calor del Espíritu Santo, engendró un hijo: y como el polluelo nunca saldría del huevo sin el calor de la gallina, así la Virgen nunca procrearía al Hijo sin el calor del Espíritu Santo.

Este misterio fue prefigurado en el carnero que colgaba en las espinas, como el Señor dijo a Adán: "Cuando trabajes la tierra, te producirá espinas y cardos" (Gén. III). En los trabajos de su obra se le mostró una venganza maliciosa, porque despreció el mandato de Dios, que comenzó y no completó, y no quebrantó su propia gloria: y por eso la vestidura luminosa, que estaba sin ninguna mancha, le fue quitada y rasgada, así como las espinas y los cardos desgarran al hombre. El Hijo, que nació sin sangre viril, en la claridad de Dios por el calor del Espíritu Santo, fue el único suspendido en el madero por el crimen de Adán; porque no tuvo semejante, liberó las almas, despojando al infierno: ¿y quién es este que hizo esto? Dios, ciertamente, que sin principio, defecto ni cambio, es aquel día cuya claridad nunca ha sido iluminada por ninguna luz. Pero Él es la luz de toda su obra y creación, de quien David dice: "¿Quién es este Rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla" (Sal. XXIII). Esto es, Dios es una luz inextinguible, que nunca envejecerá, ni se desvanecerá, ni se tornará tediosa, y Él es el Rey de gloria, cuya gloria persiste sin ninguna oscuridad nociva, y no decae, como decaen los tiempos del hombre, que comienzan y se marchitan, y siempre cambian. Pero ella permanecerá estable e inmutable en su verdor, como "el árbol plantado junto a corrientes de agua" (Sal. I). Porque la gloria, que es Dios mismo, ni ángel ni hombre puede limitar ni contar en número. Porque Él es la plenitud íntegra: y por eso los ángeles nunca se saciarán de contemplarlo; porque siempre ven en Él cosas desconocidas y nuevas con gloriosa alegría. Él es verdaderamente fuerte y poderoso; porque condujo poderosamente a todas las criaturas en su fortaleza, y a cada una en su género la constituyó móvil; y así, sin ceguera, todas fueron creadas y sin defecto. El Señor poderoso en la batalla, que luchó contra el dragón, y lo venció en el cielo, y lo postró en el infierno para el castigo de su malicia, y rompió las puertas del infierno, y llevó consigo las almas de aquellos que lo reconocieron, y nadie más podría hacer esto, si no fuera poderoso. Oh pura, verdadera y ardiente Divinidad, en tu potente fuerza plantaste la primera tierra inmortal e inmutable, en la cual los primeros hombres se contaminaban, pecando contra tu mandato y voluntad, a quienes expulsaste de esa región luminosa con tu fuerte poder. Sin embargo, la ruina de estos fue reconstruida, después de la efusión de las aguas de las nubes, por una nueva progenie que surgió de Noé, después de que mostrabas a la serpiente qué podías hacer en tu fuerte poder

contra la furia del dragón, que en su estimación debía devorar a todo el género humano, lo cual el diablo no conoció; porque nunca comenzó a servirte. En todo lo que hacías con el diluvio, cuando sumergiste a los hombres, mostrabas la ruina de la multitud errante. Tú, santa Divinidad, plantaste en Noé una nueva descendencia, así como también la tierra, de otro modo trastornada, produjo un nuevo jugo de vino. Abraham fue la primera raíz, que floreció en las ramas de su linaje, como la vara de Aarón, cortada de la raíz, brotó (Núm. XVII), en la cual prefiguraste la Encarnación de tu Hijo, que en el vientre casto de la Virgen, por tu fuerza, santa Divinidad, floreció sin ninguna concepción carnal. Oh pura Divinidad, tú atendiste al malicioso oído de la primera mujer engañada por la serpiente, e hiciste florecer la noble vara María, por tu fuerza, que recibió el anuncio del arcángel con el oído de la verdadera humildad, y en verdadera fe te obedeció (Luc. I). A esta la elevaste sobre las estrellas al cielo como tu única madre de naturaleza ajena, adonde no llegó Eva: lo que Eva nos perdió, nos fue devuelto y reservado a través de la madre de la salvación con todos los ornamentos del paraíso. Ahora, oh laudable Divinidad, sea la alabanza para ti, porque reparaste todas las malicias del hombre, y en tu sabiduría escribiste cómo superar a tu enemigo. Para pronunciar esta Escritura elegiste a hombres, de los cuales estos fueron los principales, en quienes mostraste todas las malicias de la caída de Adán, para ser reparadas en mejor forma por tu Hijo, así como después del diluvio la tierra y los hombres fueron reparados en mejor forma con cierta novedad, y en Abraham la desobediencia fue borrada por la obediencia. Abraham fue la raíz de la santidad incipiente, quien por obediencia guardó el mandato de Dios, y ofreció al Dios omnipotente un sacrificio de buena voluntad, por lo cual con mérito es llamado padre de muchas naciones (Gén. XVII); porque con estas, a saber, la obediencia, la observancia de los mandamientos de Dios, te tocó y te señaló, santa Divinidad. De donde también la noble María procedió de su stirpe, quien engendró el noble retoño, el Hijo de Dios, que iluminó todo el mundo, por el cual también aplastó la cabeza de la serpiente. Oh dulce sabiduría, cuya ordenación en todas tus criaturas es justa y verdadera, salva a aquel hombre que vio y oyó esta Escritura, y hazla la principal de la redención de tu Hijo, para que nunca se separe del número de aquellos que se regocijan en tu reino. Líbrame de toda falacia de los espíritus malignos, que me odian junto con todo el género humano, para que no me contamine consintiendo con ellos: concédeme esto por la santa María, estrella del mar, y por tu Hijo. Amén.

Divina Deidad, que, con las otras potencias de tu poder, vuelas sobre las alas de los vientos (Salmo XVII), cuya elevación y vuelo existen por tu fuerza, por tu fortaleza la racionalidad en los ángeles y los hombres, que son tu obra, vuela; y tú eres la sabiduría, que da a estos la ciencia de su racionalidad, para que reconozcan cuáles son sus obras; y ellos, como un hombre sabio, edifican su casa sobre la roca, es decir, Cristo. La racionalidad del hombre, con sabiduría, cava profundamente la tierra, para que edifique su casa sobre la roca (Mateo VII). Por lo tanto, quien vuela con sabiduría hacia el amor celestial del Dios eterno, desprecia el camino vano viviendo en pecados. Sin embargo, el hombre tedioso y necio, que se cansa de cavar profundamente la tierra y de fundar su casa sobre la roca, cultiva los deseos de su carne y será ridiculizado. Tú, pura Divinidad, salvaste a Moisés tomado de las aguas, a quien la hija del faraón crió como a su propio hijo, para que no muriera ahogado (Éxodo II). El agua está presente al Espíritu Santo, porque por ella toda fornicación y forma se vacía, a la cual la humedad está presente, porque todo se temple, como también el fuego temple todo con su maestría. La sabiduría está unida a la racionalidad, y el cuerpo de esa misma racionalidad es su vestidura. Oh santa Divinidad, con estas tres fuerzas perfeccionaste toda tu obra, en esa unidad en la que no hay división, ni ninguna de ellas sobresale injustamente. Pero tú eres todo en todos (I Cor. XV). En la posibilidad de tu poder multiplicaste tu creación, que en una forma tiene muchos sentidos. Tú también preveíste en la visión de los antiguos santos, y en

los santos del nuevo testamento tu encarnación, a la cual ellos asisten, como hiciste por la nube en Noé, y por el carnero en Abraham, y en Moisés, a quien tomaste de las aguas, en quien escribiste tu fundamento legal, e hiciste los misterios ocultos y milagros que son desconocidos para los hombres, en tus maravillas. Porque tú derramaste las aguas por la llave de las nubes, y mostraste el bautismo de Abraham por la circuncisión, cuya vinculación santificaste por Moisés, a quien la hija del faraón salvó tomado de las aguas. La hija del faraón. Significa la Iglesia, que de entre los gentiles que adoraban ídolos se convirtió a Dios por la ablución del bautismo, y la unción del Espíritu Santo (a quien principalmente pertenece el agua) se convirtió a Dios. Previste los futuros milagros en Moisés, quien condujo al pueblo israelita por la columna de fuego en la noche, y dividió el Mar Rojo (Éxodo XIV), por cuya significación el diablo con todos sus seguidores fue sumergido. La vara con la que hizo confluir las aguas divididas, suplirá la corrección legal, que constituyó el número pleno primero, por su Hijo. La Iglesia, en efecto, sufre muchas persecuciones por el incendio de los vicios, como también Israel en el desierto sufrió muchas perturbaciones, murmurando contra Dios. A Moisés, quien vio la zarza ardiendo sin consumirse (Éxodo III), anunciaste que el pueblo israelita sería salvado, quien el fuego señaló a la Virgen por el Espíritu Santo sin ninguna mezcla de varón, engendrando a tu Hijo, por quien santificaste al pueblo israelita en las aguas, que plantaste en Abraham. Tú también mostraste a Moisés, tu amigo más diligente, tu espalda, deseando ver tu rostro (Éxodo XXIV), por lo cual se muestra que tu eternidad no puede ser vista en esta tierra por el hombre viviente, sino en cuanto se conoce en la fe. Porque él recibió más que otros hombres los secretos de tus milagros, por lo cual también fue aterrorizado y sacudido, y los hombres ignoran qué hiciste con su cuerpo. Oh santa Divinidad, alabanza a ti en todas las obras, que operaste en estas tres columnas, y de todos los milagros que obrarás hasta el último hombre, porque por el Espíritu Santo en estos tres varones todos los demás profetas tienen alas, y vuelan con ellos. Ahora observa a los grandes y pequeños, que escribieron de tu Espíritu, y a mí, pequeña, que con el aliento de tu Espíritu, trabajé con esta escritura. Josué hizo las alas voladoras de Moisés, porque fue alado por él. Abraham también, después de Noé, inspirado por el Espíritu Santo, promulgó la nueva ley (Génesis XVII), es decir, la circuncisión, y toda la filosofía de los profetas surgió y se generó solo de él. Dios también, cuando creó el cielo y la tierra, adornó el cielo con signos celestiales, y la tierra con hierbas y bestias, y finalmente creó al hombre (Génesis I), señalado por toda criatura, e inteligible por toda ciencia.

Todos los milagros que ocurrieron antes de Jesús, a saber, por el signo de la circuncisión, y toda la profecía de los profetas, en él se completaron y se mantuvieron, porque en una naturaleza ajena un nuevo hombre vino al mundo. Dios lo envió a una tierra no arada, y a una tierra no volteada por el arado, en la cual él, la flor más noble, creció y ofreció el aroma más dulce al mundo entero, así como las flores nobles crecen en tierra no arada. En su florecimiento, un nuevo mundo surgió en similitud, como Dios le dijo a Adán: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. I). Pero como esa semilla pereció por el engaño de la antigua serpiente, de modo que en su primer brote no prosperó, después el Hijo de Dios sofocó la muerte del primer hombre, y plantó grandes racimos en una nueva viña, que dieron el mejor vino, del cual todos se embriagaron con gran alegría. Esta viña representa la fe, que emanó de la palabra, es decir, del Hijo de Dios, cuya procesión el mundo entero no podría narrar. El mejor vino de los racimos significa su dulcísima doctrina, con la cual enseñaba a los hombres en parábolas; porque los misterios divinos, obnubilados para la humanidad por el consejo de la serpiente, no deben ser vistos, sino como el rostro del hombre resplandece en un espejo, en el cual, sin embargo, no está. ¿Cómo podría la vida ser vista por un hombre mortal? Él habló a los hombres con palabras oscuras, es decir, parábolas, porque los concebidos en pecado no podían captar de otra manera las palabras de vida. El Hijo de Dios,

que es la vida divina, vino al mundo, que es el tabernáculo del hombre, engañado por el fruto nocivo, para que lo revocara a la vida con las palabras de su doctrina, a quien veía en la forma humana, que cubría su divinidad. La fuente de la virtud, cuya divinidad nadie puede contemplar, es Dios omnipotente, quien en su presciencia había predestinado encarnar a su Hijo de un hombre, a quien había creado a su imagen y semejanza, para que por su santa humanidad, el hombre perdido fuera liberado de la muerte eterna, quien de ninguna otra manera pudo ser liberado. El Hijo de Dios, única vida sin principio ni fin, resucitó al hombre mortal a la vida, lo resucitó de la muerte eterna, a quien creó en dos naturalezas de la materia de la tierra, de donde siente los pecados; y del alma, por la cual entiende a Dios omnipotente e invisible, que es el monte altísimo, al cual ninguna criatura puede ascender: por lo tanto, le correspondía a él, de quien toda criatura desciende y se mueve, que por su Hijo, es decir, Dios y hombre, lo liberara, para que el coro angélico vacío fuera completado por él. Dios estableció el cielo y la tierra, como Moisés, inspirado por el Espíritu Santo, escribió, a quien designó en un vaso de barro, es decir, el hombre, a quien el diablo no conoció plenamente, como está establecido en los milagros de Dios, así como la divinidad está oculta y escondida en la humanidad; porque, si lo hubiera conocido perfectamente, nunca habría intentado engañarlo. El diablo, incluso antes de su caída, nunca lo vio, porque estaba ciego de caridad, que existe en todas las cosas como el alma y el ojo, sintió que Jesucristo estaba sin pecado, y en él las obras por las cuales el hombre resucita a la vida: por eso, recordando al primer hombre engañado por él, también tentado, queriendo engañarlo, y para que su memoria fuera borrada, trabaja de todas las maneras aunque en vano. Pero cuando se vio superado, completamente aterrorizado se avergonzaba, y confía en su malicia, para que por el Anticristo, deba confundir a Dios en su obra, porque confía en completar en el hombre terrenal, lo que no pudo en la luz inextinguible, lo que Job, quien fue empapado en su dolor, entendió en su profecía, cuando: El diablo tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca (Job XL). Él odia especialmente el fuego y el agua, porque todas las criaturas están firmadas y animadas por ellos. El fuego en el que arde según su impiedad, carece de toda luz, también carece de toda verdor, y por eso no tiene parte con la luz y la humedad. La flor más noble de la vara de Aarón, por el fuego floreció, y en el agua sofocó la muerte, de la cual surgió la floridez de la santidad y las virtudes celestiales, porque él descendió como un noble brote del monte alto, de donde también plantó un nuevo linaje. Las palabras proféticas, que sonaron en la sombra de la fama, entonces aparecieron formadas, cuando el Hijo de Dios descendió del monte alto, es decir, del corazón de su Padre, para revestirse de humanidad, quien llamó a toda criatura, y la estableció en la caverna de su naturaleza, porque le correspondía revestir a los hombres con la nueva santidad de las virtudes celestiales, revestido de nueva humanidad. Aquellos, según Juan, no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I); porque, así como María virgen contra la naturaleza engendró a Dios y hombre, así estos contra la naturaleza de la concupiscencia carnal, imitándolo, nacieron en una nueva santidad, que de él succionaron. El Hijo de Dios, como un buen y sabio jardinero, recoge buenas hierbas perfectas y útiles para cada uno, buenos y perfectos hombres, que fueron como buena hierba en buena tierra, porque lo escucharon, y escuchando sus palabras, obedecían gustosamente sus preceptos en fe y caridad. También eligió a doce apóstoles (Mat. X), según el número de los doce profetas, que fueron sombra de Cristo, como la sombra muestra el cuerpo.

CARTA XLVIII.

PHILIPPI DECANO Y CLÉRIGOS DE COLONIA A HILDEGARDA. Solicitan sus oraciones. Ruegan que lo que antes les había dicho de viva voz, lo encomiende por escrito y se lo transmita.

PHILIPPUS decano, aunque indignísimo, de la iglesia mayor, y todo el clero de Colonia, a HILDEGARDA de San Roberto en * Pinguia, venerable seguidora de aquel Padre, a quien eligió María (Luc. X), y ahora por la pureza del corazón, y en el futuro para contemplar a Dios cara a cara.

Porque amamos vuestra maternal piedad, os hacemos saber que, después de que os apartasteis de nosotros, cuando por mandato divino vinisteis a nosotros, donde nos revelasteis las palabras de vida, según Dios os inspiró, fuimos llevados a una gran admiración por lo que Dios obra en un vaso tan frágil, en un sexo humano tan frágil, tantas maravillas de sus secretos. Pero el Espíritu sopla donde quiere (Juan III). Pues por muchos indicios de las cosas se hace manifiesto que en vuestros corazones ha elegido una sede que le es grata: con razón también nosotros, en nuestras admiraciones, nos acercamos a vos como a un templo vivo de Dios, para ofrecer oraciones, y de vuestro corazón, así como verdaderamente del oráculo de Dios, demandamos respuestas de verdad. Porque rogamos íntimamente a vuestra beatitud que recomendéis con mayor atención a Dios nuestros deseos, ya que se refieren al cuidado de las almas: y si algo, adhiriéndose a Dios, vuestro espíritu en verdadera visión, como suele, ha percibido sobre nosotros, os cuidéis de comunicárnoslo por escrito. Rogamos también que aquello que nos dijisteis antes de viva voz, lo recomendéis también por escrito y nos lo transmitáis; porque, mientras estamos entregados a las concupiscencias carnales, fácilmente por negligencia entregamos al olvido las cosas espirituales que ni vemos ni oímos. Que vuestra dilección prospere, y que esté con vos aquel a quien amáis con todo el corazón.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Con palabras muy severas y en nombre de Dios, reprende la negligencia de los clérigos en el cuidado de las almas y otros vicios; ofrece numerosos consejos y también mezcla muchas predicciones.

El que era, el que es, y el que ha de venir (Apoc. I), dice a los pastores de la Iglesia: El que era, estaba por crear la criatura, de tal manera que tenía en sí mismo el testimonio de los testimonios, haciendo todas sus obras como quería. Pues el que hizo toda criatura, mostraba el testimonio de los testimonios en todas sus obras, de modo que cada una de las formas apareció. El que ha de venir, purificará todo, y lo renovará en otra sucesión, y borrará todas las arrugas de los tiempos y de los tiempos, y hará que todo sea nuevo a la vez, y después de la purificación mostrará lo desconocido. De él sopló el viento, diciendo así: Puse el firmamento con todos sus adornos, sin carecer de fuerza alguna. Tiene ojos como para ver, oídos para oír, narices para oler, boca para gustar. Pues el sol es como la luz de sus ojos; el viento, el oído de sus oídos; el aire, su aroma; el rocío, su gusto, sudando verdor, como el aliento de su boca. La luna también da los tiempos de los tiempos, y así muestra la ciencia a los hombres. Las estrellas, aunque no sean racionales, lo son en cierto modo, porque tienen un círculo; así también la racionalidad comprende muchas cosas. También he afirmado los cuatro ángulos del orbe con fuego, nube y agua, y así he unido todos los confines de la tierra, como venas. Derramé piedras de fuego y agua como huesos, y constituí la tierra de humedad y verdor como médula. Extendí los abismos como quienes sostienen el cuerpo, en una fijación alrededor de los cuales las aguas sudan hacia su firmamento. Así todo está constituido, para que no falte. Si las nubes no tuvieran fuego y agua, serían como ceniza. Pero si los demás luminarios no tuvieran luz del fuego del sol, no fulminarían a través de las aguas, sino que serían ciegos. Estos son también los instrumentos de la edificación del hombre, que comprende tocando, besando y abrazando, cuando le sirven, tocando, a saber, porque ejerce con ellos un noble poder. Pero el hombre tampoco tendría ninguna licencia de posibilidad, si estas cosas no estuvieran con él. Así estas cosas con el hombre, y el hombre

con ellas. Oh hijitos, que apacentáis mis rebaños, ¿por qué no os avergonzáis de la instrucción inminente de la voz del Señor, cuando las demás criaturas no abandonan los preceptos que tienen de su maestro, sino que los cumplen? Os he constituido como el sol y los demás luminarios, para que iluminéis a los hombres brillando con el fuego de la doctrina en buena reputación, y preparando corazones ardientes. Esto hice en la primera edad del mundo, pues elegí a Abel, amé a Noé, me manifesté a Abraham (Gen. IV, VI, XII), instruí a Moisés para la institución de la ley, y también constituí a los profetas como mis amigos más amados (Exod. III, IV, V). Por lo cual también Abel prefiguraba el sacerdocio, Noé el magisterio principal, Abraham la renovación de la descendencia, Moisés el mensaje real, y los profetas muchos magisterios. Pero también Abel, como la luna, derramó su esplendor, porque mostró el tiempo de la obediencia en su ofrenda, y Noé como el sol, porque completó la edificación de la obediencia; y Abraham, como los planetas fuertes, cuando trajo la circuncisión; y Moisés, como las demás estrellas, cuando reunió la ley por obediencia; y los profetas, como los cuatro ángulos que sostienen los confines de la tierra, permanecieron en fortaleza, cuando reprendieron al orbe de la tierra por la inminente iniquidad, por lo cual también mostraron a Dios. Pero vuestras lenguas están mudas en la voz clamorosa de la trompeta del Señor, no amando la santa racionalidad, que como las estrellas tiene el círculo de la circunvolución. La trompeta del Señor es la justicia de Dios, que deberíais rumiar con gran estudio, y también iterarla al pueblo en la ley oficial y obediencia con santa discreción en los tiempos convenientes, y no imponerla a ellos en exceso. Pero no hacéis esto por la obstinación de vuestra propia voluntad. Por lo cual, en el firmamento de la justicia de Dios, faltan luminarias en vuestras lenguas, como cuando las estrellas no brillan. Vosotros sois como la noche que exhala tinieblas, y como un pueblo que no trabaja, ni camina en la luz por el cansancio; sino que como una serpiente desnuda se esconde en la caverna, así vosotros entráis en la fealdad en la vileza de los pecados. ¡Ay, ay, deberíais ser, como se ha dicho: El monte Sion en el que habitaste (Sal. LXXIII). Pues deberíais haber sido la morada de personas benditas y selladas en los cielos, exhalando mirra e incienso, en la que también Dios habitaría. Pero no lo sois, sino que sois veloces hacia la lascivia de la edad infantil, de aquellos que no saben hablar de su salvación. Pero también hacéis todo lo que vuestra carne pide: por lo cual se dice de vosotros: Levanta tus manos contra sus soberbias hasta el fin, ¿cuánto ha maldecido el enemigo en el santo? (ibid.) Pues el poder de Dios humillará vuestros cuellos levantados por la iniquidad, y reducirá a nada lo que está inflado como por el soplo del viento, cuando no conocéis a Dios, ni teméis al hombre, ni despreciáis la iniquidad, para que deseéis que termine en vosotros. No veis a Dios, ni deseáis verlo. Pero miráis vuestras obras, y las juzgáis en vosotros mismos, a saber, haciendo y dejando según vuestro placer lo que queréis.

Oh, cuánta maldad y enemistad es esta, que el hombre no quiere estar en buena conversación ni por Dios ni por el hombre; sino que desea el honor sin trabajo y las recompensas eternas sin abstinencia, y que solo desea resonar vanamente en santidad, según lo que dice el diablo: Soy bueno y santo. Pero no es así. ¿Qué decís ahora? No tenéis ojos, ya que vuestras obras no brillan ante los hombres en el fuego del Espíritu Santo, y no les ofrecéis buenos ejemplos. Por lo tanto, el firmamento de la justicia de Dios en vosotros carece de la luz del sol, y el aire del edificio de las virtudes carece del olor de la suavidad. Por eso se ha dicho: Tienen ojos, y no verán; tienen narices, y no olerán (Salmo 113). Pues así como los vientos soplan y cubren todo el orbe; así vosotros, deberíais ser vientos veloces con vuestra doctrina para todo el pueblo, como se ha dicho: Por toda la tierra salió su sonido (Salmo 18). Pero vosotros ya estáis cansados en cada fama secular que vuela, de modo que a veces sois soldados, a veces siervos, a veces cantores burlones, pero con vuestros oficios fabulosos a veces ahuyentáis moscas en verano. A través de la doctrina de las Escrituras, que están compuestas por el

fuego del Espíritu Santo, deberíais ser los pilares de fortaleza de la Iglesia, sosteniéndola, como los pilares que sostienen los límites de la tierra; pero estáis postrados, y no sostenéis la Iglesia; sino que huís a la caverna de vuestro placer, y debido al tedio de las riquezas y la avaricia y otras vanidades no instruís a vuestros súbditos, ni les permitís buscar doctrina de vosotros, diciendo: No podemos elaborar todo. Pues deberíais empaparlos y constreñirlos con los preceptos de la ley, para que ninguno de ellos, por fragilidad, haga lo que elige para sí mismo, como la tierra está empapada y constreñida por la humedad y el verdor para que no sea ceniza. Pero por vosotros se dispersan, y en cada causa, hacen lo que quieren. Vosotros deberíais ser una columna de fuego, guiándolos, y clamando a ellos, y ejerciendo buenas obras ante ellos, y diciendo: Apreended la disciplina, no sea que se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo (Salmo 2). Pues la ley del Señor está llena de disciplina por amor y temor, y por eso cada naturaleza, tanto espiritual como carnal, debe ejercitarse en el camino recto, para que el Creador no amenace a aquellos que creó, que no caminan por sus caminos. Pero os engañáis a vosotros mismos, diciendo: No podemos superar ni a estos ni a aquellos. Que si por la racionalidad que Dios os dio, corrigierais verdaderamente a vuestros súbditos, no se atreverían a resistir a la verdad; sino que, en la medida de lo posible, dirían que vuestras palabras son verdaderas. Pero como no lo hacéis, se dice de vosotros: Se turbaron, y se movieron como ebrios, y toda su sabiduría fue devorada (Salmo 106). Esto es así. Pues estáis turbados, cuando no tenéis ningún respeto por el bien en vosotros, de modo que caminéis bien. También estáis movidos en gran duda, cuando vuestras obras no os dan una respuesta recta, como si no supierais qué hacer, como un ebrio, cuando hacéis lo que la opción de vuestra mente y vuestra propia voluntad desea. Por lo tanto, toda la sabiduría que buscasteis en las Escrituras y en la doctrina en todas partes, ha sido devorada en el pozo de vuestra propia voluntad, cuando lo que sabíais tocando y saboreando, lo hacíais en vuestros deseos plenos y en la gordura de vuestra carne, como un niño que en su infancia no sabe qué hacer.

Por tanto, se os dice: No tenéis la estabilidad recta de la moralidad en el pueblo, así como los pies sostienen el resto del cuerpo, para que los rodeéis con las Escrituras, como el abismo está rodeado por aguas sudorosas por todas partes. Pero decís: Ahora no tenemos tiempo para hablar, ni tampoco es el momento de ser escuchados, como lo era en tiempos anteriores. Pero yo digo: Abel, a pesar del odio de su hermano, no abandonó su ofrenda, sino que la presentó a su Señor, aunque por ello fue asesinado (Gén. IV). Noé, angustiado en el terrible juicio del ahogamiento de las criaturas, sudó mucho, pues temía grandemente la muerte, cuando cumplió las órdenes de Dios (Gén. VI). Algunos otros hombres dijeron: ¿Qué hace este tonto? Pues los vientos lo destruirán, pero él cumplió lo que el Señor le había ordenado. Abraham, ni por el dolor de su corazón, ni por el amor a su hijo, dejó de atar a su hijo para el holocausto (Gén. XXII). Moisés, el legislador, también sufrió mucho dolor por parte de sus hermanos y vecinos; sin embargo, no abandonó la ley, sino que cumplió los mandamientos de Dios. Los profetas también fueron asesinados por hombres infieles, como lobos rapaces, mientras obedecían a Dios. Pero vosotros no queréis sufrir injurias de los pueblos en un tiempo pequeño y adecuado; y por eso recogéis innumerables e infinitos tormentos en vuestro seno. Deberíais ser día, pero sois noche. Pues seréis o noche o día. Elegid en qué parte queréis estar. Pero vosotros no sois el sol, la luna y las estrellas en el firmamento de la justicia y la ley de Dios, sino tinieblas, en las que yacéis como muertos. Por lo tanto, digo de nuevo: Dios presenta las obras que hizo por sí mismo a aquellos que se apartan de Él, porque no llevan correctamente los manojos de buenos frutos. Así como un padre muestra las obras de su bondad a sus hijos cuando se apartan de él, donde no caminan bien en honestidad. Adán recibió el mandamiento de Dios con benevolencia, pero falló por el consejo del diablo: por lo cual perdió la claridad que tenía como una vestidura luminosa y el patrimonio del paraíso, y se vistió de una vestidura lamentable, y fue a la tierra tenebrosa. Entonces el diablo se

regocijaba, porque había burlado al hombre, y esto hizo hasta Abel, quien amó a Dios con buena voluntad y mostró esa voluntad con buena obra. Allí el diablo invadió a Caín, de modo que mató a su hermano (Gén. IV). Dios vio estas cosas en su mente como escritas en un libro, misterios que el diablo no conocía, porque solo aparecieron en la santa divinidad. Porque la virginidad en Abel fue adornada con el oficio sacerdotal y la sangre del martirio, lo cual después se completó totalmente en el Hijo de Dios. Luego Dios prefiguró el fundamento celestial a través de Noé en la edificación del arca, donde produjo un mundo nuevo. Entonces la tierra dio un nuevo jugo, es decir, vino, en el cual hay muerte y vida, donde también el diablo persuadió al hijo de Noé para que deshonrara a su padre por su desnudez (Gén. IX); por lo cual también ese mismo hijo fue despojado de la bendición de la libertad y se convirtió en siervo (Gén. XVII). Después, la Divinidad mostraba los muros de ese mismo fundamento en Abraham a través de la circuncisión y la verdadera manifestación, y también en una mujer estéril. La circuncisión era la confusión de la serpiente y la herida de la muerte. La primera mujer también fue estéril de vida; pero la Iglesia era una vid fecunda por la fe. Sin embargo, el diablo hizo burla y maldición en algunos del linaje de Abraham, a través del homicidio y otras malas obras, por lo cual cayeron de la bendición de Dios. Pero el dedo de Dios escribió la ley de Moisés, donde elevó las torres del mencionado fundamento. Por lo tanto, el mismo diablo mostró allí el peor y más alto mal que antes había planeado, cuando dijo ser Dios en Baal. Por lo cual Dios golpeó a los hijos de Israel con muchas plagas (III Reyes XVIII). Entonces vino el unicornio y durmió en el seno de la Virgen, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Juan I), y completó todo el fundamento celestial. Él mismo, en la naturaleza virginal, se hizo plenamente el sacrificio de Abel por la sangre del martirio. La antigua serpiente le acechaba, porque no sabía quién era, y porque no conocía aquellos misterios que estaban en la mente de Dios, y exhortaba al pueblo judío a no escucharle en sus maravillas, sino a que lo capturaran vendido por su discípulo. Por lo cual ellos fueron vendidos a diversas regiones y perdieron su tierra. Pero el Hijo de Dios colocó a la Iglesia como el arca de Noé sobre otros altos montes, cuando enseñó la fe a través de sus discípulos, príncipes, duques y reyes, donde también la llenó de todos los géneros, es decir, justos, publicanos, pecadores. Él también comenzó la obediencia en Abraham, cuando encarnado, obedeció a su Padre hasta la muerte (Filip. II), y en la circuncisión dio el bautismo en el nombre de la santa Trinidad, cuando ordenó a sus discípulos bautizar a los creyentes (Mat. XXVIII). En ese mismo bautismo, la serpiente fue sofocada en confusión y la muerte fue vencida y herida, por lo cual la Iglesia engendró una nueva generación por un camino ajeno, porque Eva fue estéril de vida, pero María otorgó una gracia mayor de la que Eva había causado daño.

Pero la antigua serpiente persuadió a los judíos y a los hombres infieles para que persiguieran y mataran a los santos de Dios. Sin embargo, el Hijo de Dios obtuvo el estandarte de la victoria en todas sus obras, y dio a sus discípulos, como a Moisés, la ley para que enseñaran a todos los pueblos, establecieran maestros y adornaran la Iglesia en todos sus órdenes, y esto lo lograron por la inspiración del espíritu de Dios, que escribió la verdadera doctrina en sus corazones. Y porque el Verbo de Dios se había encarnado, agradó a Dios que todos los órdenes de ángeles, que son conocidos por sus nombres entre los hombres, fueran designados espiritualmente en el pueblo espiritual, como en los presbíteros y obispos, y en otros órdenes espirituales semejantes. Entonces la Iglesia apareció como el amanecer en los hombres espirituales, y así brillaba en virtudes, porque en sus tribulaciones tenía defensa como escudo y protección como coraza. Y así el pueblo espiritual estaba en gran honor ante Dios y los hombres, hasta que un cierto tirano, que comenzó a ser baalítico con la servidumbre de los ídolos. Al ver esto el pueblo espiritual, primero suspiró y tembló. Pero luego, el mismo pueblo espiritual emprendió la singularidad y la propiedad singular en sus actos, y se desvió del pacto que había prometido a Dios por el Espíritu Santo, y como los judíos habían hecho,

dejaron un precepto tras otro, y cada orden se puso la ley según la voluntad de su propia propiedad, y se apartaron de la buena conversación y de la buena doctrina. Entonces también se despojaron de la vestidura de la obediencia como Adán, y así comenzaron a vivir según la voluntad de la carne. Y eso lo hicieron en la tierra tenebrosa, como también Adán fue llamado tenebroso por Dios después de la desobediencia, y no brillaban como antes lo había hecho la Iglesia, sino que se convirtieron en una especie de nubosidad de torbellino, así como también Adán, por la desobediencia, se oscureció, y no brillaba ni para sí mismo ni para otros, sino que caminaban en tinieblas. Y de la luz viviente escuché nuevamente una voz que decía: Oh hija de Sion, la corona de honor de la cabeza de tus hijos se inclinará, y el manto de la expansión de sus riquezas se disminuirá, porque no reconocieron el tiempo que les di para ver y enseñar a sus súbditos. Pues también se les dieron pechos para alimentar a mis pequeños, que no ofrecen en el tiempo recto y adecuado, por lo que muchos de los hijos peregrinos desfallecieron de hambre, ya que no se alimentan de la doctrina correcta. También tienen voz, y no claman, se les han dado obras, y no las realizan. Quieren tener gloria sin mérito, y mérito sin obra. Quien quiera tener gloria con Dios, que corte su propia propiedad, y quien desee tener mérito ante Dios, que exhiba la obra para ello. Pero como no hacéis esto, seréis contados entre los siervos de los siervos, y ellos serán vuestros jueces, y vuestra libertad se apartará de vosotros, como la bendición de Canaán. Estos flagelos precederán, pero otros y peores vendrán después. Pues el diablo dice de vosotros: Encuentro en estos los manjares de los banquetes y los festines de toda mi voluntad. Pero también mis ojos y oídos y mi vientre y mis venas están llenos de las espumas de estos, y mis pechos están llenos de sus vicios. Pues ellos no quieren trabajar en su Dios, sino que lo consideran como nada. Por lo tanto, comenzaré a militar con ellos, y a jugar con ellos en broma, porque no los encuentro trabajando en el campo de su Señor, como su Señor les ordena.

Pero vosotros, discípulos y súbditos míos, habéis sido mucho más disciplinados que ellos ante el pueblo. Y porque así habéis sido, levantaos sobre ellos, y quitadles todas sus riquezas y todo su honor, y despojándolos por completo, asfixiadlos. Esto dice el diablo en sí mismo, lo cual también se cumplirá en muchos por el juicio de Dios. Pero yo, quien soy, digo a los que me escuchan: En aquel tiempo cuando esto suceda, por un pueblo errante peor que el pueblo errante que ahora existe, sobre vosotros caerán transgresores que os perseguirán por todas partes, y que no ocultarán vuestras obras. Sino que las desnudarán, y dirán de vosotros: Estos son escorpiones en sus costumbres, y en sus obras serpenteantes. Y también, como con el celo del Señor, de vosotros se maldecirá: El camino de los impíos perecerá (Salmo I). Pues se burlarán y se mofarán de vuestros caminos en vuestra iniquidad hacia la destrucción. Pero este pueblo que hará esto, seducido y enviado por el diablo, vendrá con rostro pálido, y se compondrá como en toda santidad, y se unirá a los príncipes seculares más grandes. A quienes también dirán de vosotros: ¿Por qué los mantenéis con vosotros, y por qué permitís que estén con vosotros, quienes contaminan toda la tierra con sus iniquidades manchadas? Pues estos son ebrios y lujuriosos, y si no los expulsáis de entre vosotros, toda la Iglesia será destruida. El pueblo que dirá esto de vosotros, se vestirá con capas humildes de color ajeno: y caminará con el cabello cortado de manera recta, y se mostrará a los hombres con todos sus modales plácidos y tranquilos. Tampoco ama la avaricia, no tiene dinero, y en sus secretos imita tal abstinencia, que apenas alguno de ellos puede ser reprendido. Pues el diablo está con estos hombres, mostrándose a ellos con un resplandor oculto, como fue en la constitución del mundo antes de la caída, y se hace algo similar a los profetas, y dice: El pueblo habla en broma, es decir, que como animales rabiosos e inmundos y como moscas me mostraré a él. Pero ahora quiero volar en las alas de los vientos con un trueno resplandeciente, y así infundirlos de todas las maneras, para que cumplan toda mi voluntad. Y así en estos hombres asimilaré mis señales al Dios omnipotente. Pues el diablo opera esto a través de espíritus

aéreos, que debido a las malas obras de los hombres, en el soplo del viento y del aire, discurren innumerables alrededor de algunos, como moscas y mosquitos, que en el ardor del calor infestan a los hombres con su multitud. Él mismo infunde a estos hombres de tal manera, que no les quita la castidad, y les permite ser castos, cuando desean tener castidad. Y nuevamente dice en sí mismo: Dios ama la castidad y la continencia, lo cual también imitaré en estos. Y así el mismo antiguo enemigo infla a estos hombres a través de espíritus aéreos, de modo que se abstienen de pecados incestuosos. Por lo cual tampoco aman a las mujeres, sino que las evitan. Y así se mostrarán a los hombres como en toda santidad, y con palabras engañosas dirán: Los demás hombres que antes de nosotros querían tener castidad, se asaban como un pez en el fuego. Ninguna contaminación de la carne y la concupiscencia se atreve a tocarnos, porque somos santos, y estamos infundidos por el Espíritu Santo. ¡Ay! hombres errantes que ahora son, no saben lo que hacen, como aquellos que nos precedieron en tiempos anteriores. Pues otros hombres que en ese tiempo erran en la fe católica, temerán a estos hombres, y les servirán con oficio servil, y en cuanto puedan, los imitarán. Entonces el pueblo se alegrará de la conversación de estos, porque les parecerán justos.

Y cuando estos confirmen su curso de error de esta manera, los doctores y sabios, que entonces persistan fielmente en la fe católica, serán perseguidos y expulsados por todas partes. Sin embargo, no todos, ya que algunos de ellos son fortísimos soldados en la justicia de Dios. Pero tampoco podrán mover a ciertas congregaciones de santos, cuya conversación es santa. Por lo tanto, aconsejan a los príncipes y a los ricos que a esos mismos maestros de la Iglesia y a los demás hombres espirituales, es decir, sus súbditos, los coaccionen con bastones y maderas, para que se hagan justos. Y en algunos esto se cumplirá, de modo que otros, aterrados, temblarán. Sin embargo, según se dijo a Elías, muchos justos serán preservados, que no se confundirán en estos errores, ni serán destruidos desde sus fundamentos (III Reyes XIX). Pero estos seductores, al inicio de la seducción de su error, dirán a las mujeres: No os es lícito estar con nosotros. Pero como no tenéis doctores rectos, obedecednos; y haced todo lo que os decimos y mandamos, y seréis salvas. Y de este modo atraen a las mujeres hacia sí y las conducen a su error. Por lo cual, también ellos, en la soberbia de su mente hinchada, dirán: A todos hemos superado. Sin embargo, después se mezclarán con esas mismas mujeres en secreta lujuria, y así se desnudará su iniquidad y su secta. Pero yo, que soy, digo: Así la iniquidad, que purgará la iniquidad, será conducida sobre vosotros, como está escrito: Puso las tinieblas por escondite suyo, su pabellón en torno a él, aguas tenebrosas en las nubes del aire (Salmo XVII). Pues Dios constituirá vuestras obras torcidas, que están sin luz, para la venganza, en la cual se esconderá de vosotros sin ayuda, porque no clamará sobre vosotros la equidad, sino que os dirá que sois inicuos. Porque del cielo es la ley y la doctrina, en las cuales debió habitar entre vosotros, si fuerais ornamento de virtudes y jardín fragante de delicias. Pero sois mal ejemplo en las mentes de los hombres, ya que de vosotros no fluye el arroyo de buena fama, de modo que no tenéis ni alimento para comer, ni vestimenta para cubrir en la recta consideración del alma, sino obras injustas sin el bien del conocimiento. Por lo cual, vuestro honor perecerá, y la corona caerá de vuestra cabeza. Así la justicia provoca a la justicia, y busca y escudriña todos los escándalos (Mateo XIII), como está escrito: Pero ¡ay del hombre por quien viene el escándalo! (Mateo XVIII). Pues es necesario que por tribulaciones y contriciones se purguen las obras torcidas de los hombres. Sin embargo, muchas miserias se acumulan también para aquellos que en su impiedad infligen miserias a otros. Pero estos hombres infieles, seducidos por el diablo, serán vuestra escoba para castigaros, porque no adoráis a Dios puramente, y os atormentarán hasta que se purguen vuestras justicias e iniquidades. Sin embargo, estos engañadores no son aquellos que vendrán antes del último día, cuando el diablo haya volado alto, como él mismo comenzó a luchar contra el Señor al principio (Isaías XIV), sino que son el germen precursor de ellos, pero

después de que sean encontrados en las perversidades de Baal y en otras obras torcidas, los príncipes y otros mayores se lanzarán sobre ellos, y como lobos rabiosos los matarán dondequiera que los encuentren. Entonces la aurora de la justicia y vuestro último tiempo serán mejores que los anteriores, y de todo lo pasado seréis temerosos, y brillaréis como oro purísimo, y así permaneceréis por largos tiempos. Pues la primera aurora de la justicia surgirá entonces en el pueblo espiritual, como al principio comenzó con un pequeño número, ni ellos querrán tener muchas facultades, ni muchas riquezas, que matan las almas, sino que dirán: ¡Ay de nosotros, porque hemos pecado! (Lamentaciones V). Ellos, de hecho, se confortarán en la justicia por el temor pasado y el dolor pasado, así como los ángeles fueron confortados en el amor de Dios en la caída del diablo. Y así después vivirán en humildad, ni desearán rebelarse contra Dios con obras torcidas. Pero purgados de muchos errores, de ahí en adelante persistirán en la fortísima fuerza de la rectitud, y muchos hombres se maravillarán de que una tempestad tan fuerte haya precedido a esta mansedumbre. Sin embargo, los hombres que fueron antes de estos tiempos, sostuvieron muchas y fuertes luchas contra sus voluntades en los peligros de su cuerpo, de los cuales no pudieron liberarse. Pero en vuestros tiempos tenéis muchas guerras inquietas debido a vuestras propias voluntades y costumbres desordenadas, en las cuales sufriréis muchas tribulaciones.

Quienquiera, por lo tanto, que desee escapar de estos peligros, debe tener cuidado de no oscurecerse tanto en sus propios ojos que quede atrapado en las redes de estas tribulaciones. Pero cada uno, en la medida de sus posibilidades, debe evitarlas mediante buenas obras y la intención de buena voluntad, y Dios le proveerá su ayuda. Pues el diablo cometió un error en la obra de Dios, incluso comenzó en el primer hombre, de donde escupió las espumas de sus vicios sobre el pueblo espiritual. Pero Dios mantendrá en rectitud al pueblo que eligió para sí, así como también preserva a ciertos hombres contra el último error, para que lo disipen. Así, el diablo será confundido en la cola de este error, y como una serpiente se esconderá en su cueva, o también será llevado a la confusión en el último error. Porque Dios previó sus obras en Adán, a quien hizo de barro carne y huesos, cuando le inspiró el aliento de vida (Gén. I, II). Pero cuando el Espíritu del hombre se aleja de él, la carne y los huesos se convierten en ceniza, pero sin embargo, en el último día serán renovados. Que Dios haya hecho al hombre de barro prefiguró la ley antigua que habría de ser dada al hombre. Pero que el mismo hombre se levantara del barro en carne y huesos mostró la ley espiritual que el Hijo de Dios trajo por sí mismo. Quien también será renovado después de la ceniza, y será eterno, en quien se demostrará que con la recompensa de la santidad y con la recompensa de la verdadera ley verá el rostro del Creador, porque allí verdaderamente fue renovado, como está escrito: Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Sal. CIII). Lo que se dice: Tú, Dios, que todo lo creaste, enviarás en la última trompeta tu Espíritu, y los hombres se levantarán en inmortalidad; de tal manera que de algún modo no crecerán, ni se marchitarán, ni se convertirán en ninguna putrefacción. Y así renovarás la faz de la tierra, es decir, que el cuerpo y el alma estarán en una sola ciencia y en una sola perfección. Esto lo hará Dios, en quien no hay principio ni fin. Pues Dios no mira a nadie, porque Él es todo. Y Él creó al hombre, en quien puso su obra y sus milagros, y a quien confió cada edificio de virtudes, para que se dirija hacia aquello que el mismo Dios ama mucho, porque es caridad (I Juan IV). Pues Dios actúa como un padre de familia, que confía sus bienes a un amigo familiar, para que por la buena obra reciba de él la recompensa de esos bienes. Ahora, oh hijos de Dios, escuchen y entiendan lo que el Espíritu de Dios les dice, para que no perezcan de la mejor parte. Y el Espíritu de Dios les dice: Miren a su ciudad y región, y expulsen de entre ustedes a los hombres nefastos, que son peores que los judíos, y semejantes a los saduceos. Pues mientras permanezcan con ustedes, no podrán estar seguros. Porque la Iglesia llora y se lamenta por la iniquidad de estos, ya que sus hijos se contaminan con la iniquidad de ellos.

Por lo tanto, expúlsenlos de entre ustedes, para que su congregación y ciudad no perezcan, porque en Colonia hace tiempo se preparó el banquete de las bodas reales, de donde sus calles aún resplandecen. Yo, sin embargo, tímida y pobre, durante dos años he estado muy fatigada, para que ante maestros y doctores y otros sabios en algunos lugares mayores donde es su residencia, pronunciara estas palabras en voz viva. Pero como la Iglesia estaba dividida, por el momento retiré esta voz.

CARTA XLIX.

PREFECTO DE SAN PEDRO Y TODO EL CLERO DE TRÉVERIS A HILDEGARDA.
Ruegan que lo que les había predicho recientemente en los días de Pentecostés, lo encomiende por escrito y lo transmita.

R. pecador y prelado de la iglesia mayor de S. Pedro, y todo el clero de Tréveris, a HILDEGARDA, sierva de Dios y conocedora de muchos de sus misterios, viviendo devotamente en el cenobio de B. Roberto, con acción de oraciones y manos extendidas por ella.

Con el permiso divino se revelan los pensamientos de muchos corazones (Luc. II) nuestros hacia vosotros, por la voluntad divina, con todo el esfuerzo del cuerpo, toda la devoción de la mente os amamos. Pues sabemos que el Espíritu Santo habita en vosotros (Rom. VIII), y que muchas cosas desconocidas para otros hombres, por Él os son manifestadas. Porque desde que os alejasteis de nosotros, cuando en los días de Pentecostés recientemente vinisteis a nosotros por disposición celestial, donde nos predijisteis que la amenaza de Dios se cernía sobre nosotros, hemos visto y experimentado muchas pérdidas de las Iglesias y muchos peligros de los hombres alrededor y entre nosotros, porque según el buen consejo que nos disteis, hemos descuidado aplacar la ira de Dios, y si no hubiera sido por la misericordia de Dios que retiró su venganza, tal vez con esos mismos peligros inminentes habríamos sucumbido en la desesperación. Y porque Dios está en vosotros, y sus palabras resuenan de vuestra boca, os suplicamos con la más íntima y maternal devoción que aquello que entonces nos revelasteis de viva voz, nos lo enviéis por escrito a través del presente portador, para que la posteridad venidera vea tanto la venganza de Dios como su misericordia dirigida sobre nosotros, y reconozca que sois consciente de sus secretos, verdadera y amada. Que la protección del Señor permanezca siempre sobre vosotros, y que lo que ha comenzado en vosotros, lo lleve a buen término en vosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Después de reprender la negligencia de los pastores y prelados en muchos aspectos, procede a las predicciones de los bienes y males futuros.

Yo, una pobre figura, que en mí no tengo ni salud, ni fuerza, ni fortaleza, ni doctrina, sino que estoy sometida a los maestros, escuché estas palabras sobre la luz mística de la verdadera visión, dirigidas a los prelados y al clero de Tréveris: Los doctores y maestros no quieren tocar la trompeta de la justicia, por eso el oriente de las buenas obras se ha extinguido en ellos, el cual ilumina todo el mundo y es como un espejo de luz. Este oriente debería brillar en ellos con doctrina, que gobierne diversos preceptos, así como la esfera del sol es diversa. También el austro de las virtudes, con su calor, es frío como el invierno en ellos, porque no tienen buenas obras encendidas por el Espíritu Santo ardiente, y porque están secos sin verdor. El occidente de la misericordia se ha vuelto negro como un saco de cilicio (Apoc. VI), porque no cultivan la pasión de Cristo viviendo bien, quien descendió a la humanidad por humildad y cubrió su divinidad, como el sol a veces se oculta. Pero el septentrión con el

aquilón operan en ellos, donde cada uno de ellos convertirá la amplitud de su propiedad en penas de almas, así como el cilicio constriñe el cuerpo del hombre. Ellos no se levantan con el oriente por las buenas obras, ni arden con el ardor del sol, ni declinan de los males con el occidente, sino que se esconden en la propiedad de su corazón con el aquilón septentrional. Por esto, verdaderamente el diablo emite tres vientos negros del aquilón con un silbido lúdico: el primero, con soberbia y odio contra el oriente, que ha sido extinguido; el segundo, con olvido de Dios contra el austro; el tercero, con infidelidad contra el occidente. Pues cuando los doctores y maestros imitaron a Dios caminando rectamente, el oriente constriñó al aquilón de tal manera que no pudo suspirar, y el austro lo quemaba en ellos con buenas obras, y el occidente arrojó sus fuerzas a las tinieblas, cuando estos dejaban el mundo y a sí mismos, siguiendo al Cordero. Pero ahora la fuerza viril se ha inclinado hacia la debilidad femenina, que no debe luchar con la fortaleza viril, porque el varón es la cabeza (Ephes. V). Este tiempo femenino comenzó con un cierto tirano, cuando todo mal surgió. Pero yo aprendí en la verdadera visión que muchas veces cualquier padre de familia, que es un Señor poderoso, propone su bondad, potencia y posibilidad a sus hijos y siervos, que le desagradan por la transgresión de sus preceptos: y que después, extendiendo su mano con la vara de corrección, los inclina y dispersa según su calidad, diciendo: ¿De dónde venís, y qué sois sin mí? Y escuché del cielo del Señor que Dios no deja sin venganza la transgresión de sus preceptos. Pues Adán, habiendo transgredido los preceptos de Dios, perdió la visión de las cosas celestiales y la vestidura clara, y fue enviado al lugar de miseria. También por el cielo del Señor, Caín fue expulsado por el derramamiento de la sangre de su hermano, a quien mató (Gen. IV). Muchos pueblos también surgieron de los hijos de Adán, que tenían olvido de Dios, de tal manera que no querían saber que eran hombres, por lo que vivían pecando torpemente según las costumbres de los animales, excepto los hijos de Dios, que se separaban de esos hombres y de sus amores, de los cuales nació Noé. Entonces el cielo del Señor se elevó, y el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas (Gen. I), y rasgó las nubes, y sacó las aguas en el diluvio, y así la tierra fue limpiada de pecados criminales, y de la sangre de Abel que había bebido. Pues Dios hizo estas cosas. Y así el cuello de la codicia de la antigua serpiente fue aplastado. Entonces la tierra, que antes había sido violada con la sangre de Abel, produjo un nuevo jugo de vino, y la sabiduría comenzó a operar de nuevo. Pero el diablo perpetró un crimen con burla en el hijo de Noé: por lo cual el cielo del Señor entregó al pecador a la servidumbre, y le quitó la bendición, y entregó a los pecadores a la maldición de la servidumbre. Y así la nueva sabiduría operó en el cielo y en la tierra. Luego la Santísima Trinidad mostró una gran obra en Abraham, prefigurando y mostrando la obediencia, donde él dejó su patria, y donde se circuncidó, y en la obediencia prefiguró a aquellos de quienes se dijo: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Isa. LX) y en la circuncisión la herida de la confusión de la antigua serpiente fue recibida. Pero la mujer, siguiendo la necedad de la primera mujer con una risa, en su fecundidad, el Hijo de Dios fue prefigurado. Pues en la obediencia de Abraham, Dios cambió la transgresión de Adán, y en su circuncisión introdujo la muerte, y en la fecundidad de la mujer estéril previó que otra mujer daría a luz a otro hijo, porque el Hijo de Dios cumplió toda esta prefiguración en su nacimiento. Moisés, el legislador, vino en ayuda de la circuncisión, y dio la ley, lo cual también fue hecho por Dios. Pero su pueblo, por muchas transgresiones de los preceptos de Dios, pereció en ídolos y en otros pecados. Sin embargo, el cielo del Señor operará tales purificaciones hasta el fin del mundo. Pero Dios envía su venganza, muchas veces la anuncia a través de un hombre o de alguna otra criatura, para que los hombres no tengan excusa de sus males: por lo cual a menudo muchos entre ellos se levantan y hacen penitencia, como también sucedió con Jonás. Y así Dios es alabado por sus amigos, y predicado por sus enemigos. Pues Dios tocó la forma de su dedo con la mencionada manifestación en hombres y mujeres, como está escrito: Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Joel. II). Después de que Dios prefiguró lo que

quería hacer, recordó lo que había dicho, que aplastaría la cabeza de la serpiente. Y a una cierta mujer, a saber, a la Virgen, la llenó de obediencia, castidad y todo honor, y la llenó de todo bien, de tal manera que la soberbia, que estaba en Eva, se secó en ella. Pero esta virgen concibió al Hijo de Dios del Espíritu Santo, salió de ella maravillosamente, y vino al mundo con milagros. Entonces Dios cesó de aquella obra que había realizado carnalmente. Y a este Hijo suyo le dio el poder de convertir todas las cosas carnales en espirituales, porque él es la carne de la santidad, que procedió por una naturaleza ajena, y que el consejo de la serpiente nunca violó. Por lo cual el mismo Hijo de Dios regó la antigua ley, cuando en el bautismo, por la fe y la obediencia, y por la abstinencia de los deseos carnales, mostró el camino de la santidad: y cuando dio la penitencia a los hombres, y cuando confirmó todas estas cosas en su cuerpo mortal con su muerte, y cuando dio milagros y señales a sus discípulos, como el Padre le había dado a él, cuando Dios apareció como hombre, cuando con el trueno de la divinidad envió un nuevo fuego a sus discípulos que nunca antes había aparecido, y los discípulos fueron infundidos con nuevas lenguas de fuego y nueva ciencia (Act. II), que enseñó a los hombres a vivir según la armonía celestial. Entonces el oriente resplandeció con su virtud, y el austro ardió en su calor, ni el occidente era nocivo, ni el septentrión con el aquilón se desbocaba, porque fueron templados por la pasión de Cristo, hasta un cierto tirano, desde cuyo tiempo todo mal e injusticia y transgresión surgieron.

Pero también estos fueron aniquilados por el hambre y la pestilencia, y doblegados por las guerras y las batallas, y purificados con las penas de la penitencia. Ahora, sin embargo, la ley ha sido descuidada en el pueblo espiritual, que desprecia hacer el bien y enseñar. También los maestros y prelados, dejando la justicia, duermen. Por lo cual escuché esta voz del cielo diciendo: Oh hija de Sion, la corona de tu cabeza se inclinará, y el manto de la expansión de tus riquezas se te disminuirá, y se reducirá a un pequeño número, y serás expulsada de región en región. Pues muchas ciudades y claustros serán destruidos por hombres poderosos. Y los príncipes dirán: Apartemos de ellos la iniquidad, que ha subvertido todo el mundo en ellos. Y vi y oí que estos peligros y destrucciones ocurrirán a las regiones y claustros por la transgresión de la obediencia a otros preceptos de las constituciones legales, y vi que en tales transgresiones, algunos se adherirán a Dios y suspirarán por Él, como sucedió en el tiempo de Elías (III Reyes XVIII). Estos perseverarán con gran honor, y serán considerados como holocausto de Dios, porque se apartaron de los males, como Noé y Lot. Y esta misma purificación comenzará en este tiempo femenino en pequeño, y luego se hará mayor, y después vendrá el tiempo masculino, en el cual habrá guerras y batallas por el justo juicio de Dios. Pero este tiempo femenino no durará tanto como ha persistido hasta ahora. Entonces se levantarán la justicia y los juicios de Dios, y la disciplina y el temor de Dios estarán en el pueblo, y los hombres justos y buenos se convertirán en el pueblo espiritual, que sin embargo permanecerán en pequeño número por la humildad, y volverán a la primera aurora como ermitaños: y esto también lo hacen por el temor de los tiempos pasados, que han visto que les fueron adversos. Y los hombres no tendrán la necedad de las costumbres lascivas como los niños, sino que soportarán la tristeza de los tiempos desconocidos que están por venir. Y entonces se levantarán hombres fuertes y profetizarán, y recogerán todas las cosas antiguas y nuevas de las Escrituras, y todos los discursos derramados por el Espíritu Santo, y adornarán su entendimiento como un collar con piedras preciosas. Por estos y por otros sabios, muchos seculares se volverán buenos y vivirán santamente. Sin embargo, este estudio de la santidad no se marchitará rápidamente, sino que durará mucho tiempo, porque todo esto sucederá debido al tiempo errante, donde muchos mártires estarán en la fe. Pues el hombre guerrero hará esto, quien ve el principio y el fin de sus obras en estas cosas, para resistir al pueblo errante en esto. Él mismo estableció primero a los profetas como cabeza, a los sabios como ojos, a los doctores como boca, así como todo fue hecho por la palabra de Dios. Y porque

luego los demás miembros, es decir, los fieles, realizarán buenas obras, Dios pondrá la cabeza en su seno, es decir, abrirá la profecía a su entendimiento. Entonces los príncipes convertirán las cítaras y los tambores en aflicciones y tristeza, como hicieron los hijos de Israel cuando fueron capturados (Salmo CXXXVI). Después de todo esto, los espirituales se fortalecerán sin tedio ni defecto, y los hombres mirarán la pupila del Libro viviente. Y entonces habrá fuerza y fortaleza y salud en el pueblo, porque el hombre guerrero llenará el aire de salud, y también producirá el verdor de las virtudes, para que los fieles no desfallezcan en cuerpo y alma en el tiempo errante. Esto, sin embargo, perdurará hasta el tiempo errante, en el cual el pueblo fiel se apresurará a la muerte como a un banquete. Pero también este tiempo mantendrá el error de esta manera, hasta que Dios lo examine en gracia y misericordia y en su celo. En todo esto, el jardinero arrojará lo inútil de su jardín, y recogerá lo útil para sí, como está escrito: Dios de las venganzas, el Señor, Dios de las venganzas ha actuado libremente (Salmo XCIII). Lo cual es así: Dios en su celo aplasta la cabeza de la iniquidad, y el Señor la derriba en la caída, porque toda iniquidad proviene del diablo, que está sepultado en el infierno. Él mismo es el Dios de las venganzas, porque no miró ni consideró a nadie de quien pudiera asumir algo para sí. Sino que en sí mismo distribuyó, estableció y hizo cada cosa, y esto lo hizo libremente de esta manera, porque Él solo es justo, bueno y temido en todos sus juicios. Dios es en la venganza de los perdidos, porque no quisieron el bien, y por eso los condena con el diablo, también inclina libremente a muchos a través del dolor, a quienes luego eleva, para que por las buenas obras sean como columnas del cielo, como hizo santos a muchos de los publicanos y pecadores. Entonces el diablo, levantándose, quiere volar en su hijo perdido sobre las alas de los vientos. Pero Dios dispone en sí mismo lo que quiere, ya que nadie puede superarlo, y disipa toda la fuerza del diablo, como un herrero que reduce todo lo inútil en su taller y extiende su mano en su celo, como lo hizo allí, donde arrojó al mismo Satanás al abismo en el primer amor. Por lo cual él, como una serpiente, entra en su agujero, así se esconde en el abismo; y ya no se levantará, porque ahora está completamente engañado. Después, la divinidad, desconocida para toda criatura, operará, porque es desconocido para todo hombre cuándo se realizará la purificación del mundo por el fuego. Y vi a Tréveris adornada primero entre los fieles con un nuevo fuego, que apareció a los discípulos en lenguas de fuego (Hechos II), de tal manera que todas sus calles estaban entonces difundidas en la fe dorada con milagros. Pero ahora, por la vagancia de las costumbres sórdidas, rodeada de tedio, como si no conociera a Dios, y contaminada con muchos otros males, y también en esto envejecida con el tedio y la deficiencia de la alegría y la belleza de las instituciones principales y honestas, y inclinada al olvido de muchos pecados. Por lo cual vendrán venganzas ígneas de los enemigos sobre ellos, a menos que sean borradas por la penitencia, como sucedió en Jonás (Jonás II, III).

EPÍSTOLA L.

DECANO DE LOS SANTOS APÓSTOLES EN COLONIA, PRIMER MAESTRO DE ESCUELAS, A HILDEGARDA. Sobre la mujer poseída liberada por Hildegarda.

T. Por la gracia de Dios, decano de la iglesia de los Santos Apóstoles, que está en Colonia, primer maestro de las escuelas, con todos los hermanos de la misma iglesia, a la señora HILDEGARDA, y a todos los que militan por Cristo en el monte de San Roberto, devota oración en el Señor, y verdadera salvación en el Salvador.

Desde el día en que nos enteramos de que habéis recibido a nuestra hermana, más bien nuestra hija especial, la señora Sigewizen, en la comunidad de vuestra beatitud, no solo nosotros, sino toda la ciudad de Colonia, por la voluntad de Dios, se ha encendido en amor

por la piedad. Por eso, ya se proclama abiertamente por todos los confines de nuestra tierra: He aquí el aroma de las damas de San Roberto, como el aroma de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido (Gén. XXVII). Benditas seáis, pues, por el Señor, vosotras que en vuestro pequeño y humilde montículo habéis celebrado obras de piedad que todas las alturas de los montes y todas las anchuras de nuestros valles no solo no pudieron celebrar, sino que descuidaron. Hemos oído recientemente, por la fama que lo divulga, que ese antiguo enemigo ha sido expulsado por vuestras oraciones: si es así, os suplicamos que nos escribáis indicando el modo y el orden de la expulsión, para que podamos alegrarnos con vosotras y alabar a Dios con devoción perpetua junto a vosotras. A la misma señora Sigewizen, a quien conocemos más familiarmente, la saludamos de manera especial, renovando las devotas oraciones prometidas en Cristo y esperando las mismas de ella. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Responde humildemente atribuyendo la expulsión del demonio a las buenas obras de muchos al mismo tiempo. Dios dirige las diversas buenas obras de diferentes personas hacia un único fin.

Dios realizó su obra, pero no la estableció de una sola manera. Pues Adán pereció; ya que no completó el curso de su ciclo. Sin embargo, fue llamado después del mediodía. Dios envió su aliento a los profetas, para que anunciaran la verdad, y así la sabiduría hablaba en la boca de aquellos que Él mismo estableció, para que realizaran milagros, y los apóstoles también, por el Espíritu Santo, llevaran a cabo la obra de Dios en la fe. El martirio de ellos y de otros mostró a Dios; el Espíritu Santo también inspiró al pueblo espiritual, que concluyen el siglo en sí mismos y veneran el orden angélico, si la obra de Dios es semejante al día. Pues todos dijeron lo mismo, pero sin embargo clamaron individualmente. Al amanecer del día, la aurora precede al sol, y en la mañana resplandece el rayo del sol, que en la tercera hora arde plenamente en su calor, y alrededor de la novena hora su calor declina, pero al atardecer termina el calor que tuvo durante el día y antes de la noche se oculta, y así se completa el día, y descansa de sus obras. Si estas cosas se completaran de una sola manera, al hombre le desagradarían. Por eso también el nombre de Dios es Sabaoth, porque cada curso de este mundo tiene su función plena. De esta manera Dios actúa en todas sus obras. Así también sucedió con esta mujer, de la que preguntáis: por la cual altos y más altos, pequeños y menores, con trabajos y oraciones dijeron lo mismo, y clamaron individualmente, según el Espíritu Santo les enseñó este oficio. Pues algunos trabajaron por ella con suspiros de misericordia, y algunos con oraciones y vigiliias, algunos también soportaron ayunos y castigos en su cuerpo, muchos también dieron limosnas por ella, y una gran multitud, con la ayuda de cada bien que pudo hacer, se dirigió hacia ella, y algunos lo completaron con gran dedicación sin cansancio, y así todos miraban a Dios por ella, de la misma manera que el día completa su ciclo. Ahora, con alabanza, digamos juntos: Gloria a ti, Señor. La bendición de Dios en su gracia esté sobre vosotros, y sobre todos los que se conmovieron por ella con misericordia, porque el mismo Señor dice: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI; Mateo IX; XII).

EPISTOLA LI.

MEFFRIDI PRIOR DE EBERBACH A HILDEGARDA. Las santas súplicas exigen y la carta que «sobre los convertidos de la vida secular a la conversación espiritual, a quienes llamamos conversos, ella había escrito» habían escuchado.

A la amada de Dios, elegida de Dios, la venerable señora HILDEGARDA, el prior M. y toda la congregación de hermanos en Eberbach, que disfruten de las delicias eternas en el tálamo del supremo Rey.

La muy digna de Dios y fragante y suavísima reputación de vuestra santidad, que hemos escuchado a menudo, nos ha llenado de una alegría inefable del espíritu, porque Dios omnipotente, con su gracia y misericordia, os ha concedido dones tan maravillosos de su generosidad. Pues está claro como la luz que el Señor os ama entre los hombres que lo aman, ya que sois tan digna, tan grata, tan amable, tan venerable para todos aquellos en quienes Él habita, que nadie duda de que Él está en vos y permanece con vos. A quien se le han concedido beneficios tan grandes de virtudes, no dudamos que también poseéis los dones de la santa piedad, y que no os faltan las entrañas de la piadosa caridad y compasión. Por lo tanto, suplicamos la generosidad de vuestra piedad, para que, dado que el Señor nació de la carne de la B. María siempre virgen para redimir y salvar a los pecadores, por amor de nuestro Señor omnipotente, nuestro Creador y piadosísimo Redentor, tengáis misericordia de nosotros y os dignéis hacernos partícipes de vuestras oraciones. Además, también rogamos encarecidamente que no dudéis en transmitirnos amablemente las cartas que hemos oído que escribisteis, inspiradas por el Espíritu Santo, sobre los seculares e ignorantes convertidos a la vida espiritual, a quienes llamamos conversos, para que podamos ver las maravillosas obras de Dios y su voluntad en ellos, y en la medida de lo posible, seguirlas y cumplirlas con todo el afecto de las buenas obras. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. A LOS MONJES DE CRISIS HILDEGARDA. Alaba la Orden del Císter, pero critica a aquellos «a quienes ellos llaman conversos, de los cuales muchos no se convierten a Dios en sus costumbres.» Añade otros documentos.

Yo, una pobre mujer acostada en el lecho de enfermedad por más de dos años, vi estas cosas y escuché una voz del cielo que me decía así: Al pueblo espiritual, que Dios en su presciencia con milagros de profecía, según le agradó, previó, escribe lo que ves y oyes, comenzando de esta manera: Dios ha señalado ciertas obras virtuosas, que ha realizado en sus santos y elegidos, a través de los cuatro animales del secreto de Dios. Él manifiesta al hombre sus misterios ocultos por medio de estos animales y otros milagros, tal como lo mostró al profeta Ezequiel y a su amado Juan a través de estos animales (Ezequiel I), que deseaba separar y congregar al pueblo espiritual del pueblo común. Juan dice: En medio del trono y alrededor del trono, cuatro animales llenos de ojos por delante y por detrás (Apocalipsis IV). ¿Qué se dice? En la fortaleza del poder de Dios, que es Dios y hombre, y en toda parte donde se extiende su poder, los fieles imbuidos por los cuatro evangelistas, rumiando los preceptos de Dios y teniendo la plenitud de la circunspección de las virtudes, deben ser, de modo que vean de dónde han procedido y también qué serán en el futuro. Porque Dios es fuego (Deuteronomio IV), y sus ángeles frecuentemente anuncian sus milagros a los hombres y las maravillas de su trono, son espíritus ardientes (Hebreos I), que brillan ante su rostro y arden en su amor de tal manera que no desean otra cosa que lo que Él desea. De ellos se ha dicho: Haces a tus ángeles espíritus, y a tus ministros fuego ardiente (Salmo CIII). ¿Qué se dice? Omnipotente, tú eres quien hace que tus mensajeros, es decir, aquellos que son enviados por ti para la salvación de los hombres, sean espíritus con emisión, cesando en la vida indeficiente en tu presencia, y nuevamente tus mensajeros sean espíritus cuando se convierten en mensajeros para cumplir tus preceptos. Los ángeles son mensajeros, porque cada inspiración de aquel aliento que Dios envió al hombre (Génesis II), la devuelven a Dios. De esta manera, son oficiales para los hombres, porque recogen y discernen por sus obras, y por las obras de los hombres, que operan por el Espíritu, también son llamados espíritus y

ángeles, porque son dirigidos muchas veces por el supremo rector para cumplir sus juicios. Pero haces que tus ministros, que en todas partes sirven a tu voluntad, sean fuego ardiente, cuando arden en tu amor, en el cual también, con alabanza incansable, te sirven nuevamente. Los ministros de Dios, que siempre contemplan su rostro, resplandecen como una llama, y en ese resplandor ven sus milagros, y al admirarlos y alabarlos, los reconocen, por lo que también son fuego ardiente (Deuteronomio IV), y arden por Dios, que es fuego, y no pueden ser encendidos ni extinguidos por otro; sino que arden inextinguiblemente en su amor, porque Él, revestido del manto de la humanidad, siempre los induce a admirar sus milagros. Pues Dios se ha ceñido con el manto de su fortaleza (Salmo XCI), por el cual ha constituido al hombre como espejo de su honor y de sus milagros, para que el hombre luche contra el diablo y lo venza, y así persista siempre en la alabanza divina. De la misma manera, Dios hace que aquellos que son sus mensajeros, pronunciando palabras de salvación a los hijos de la Iglesia, sean espíritus, cuando les ordena resistir a su carne y servir al espíritu, a quienes, hechos espirituales con todo el corazón, nuevamente les instituye para proclamar sus preceptos al pueblo con tanta más confianza: también hace que aquellos que le sirven día y noche con trabajos, ardan en su amor, y así sean fuego ardiente, y así, hechos fuego, nuevamente se esfuerzan en su servicio sin tedio. Porque Dios en su presciencia había preordenado que sus milagros y secretos, que están en los ángeles, también los operaría notablemente en los hombres, por lo que hizo que los ángeles hablaran a los hombres, como sucedió con Abraham y Jacob, así como el asno de Balaam habló (Números XXII). Los espíritus angélicos, que le sirven, alabando y honrando su rostro, los cubre con sus secretos como con un vestido, y por eso también se les llama fuego ardiente. Y por estos ministros ígneos, que están cubiertos como con un vestido por los secretos de Dios, se designan los ermitaños, que negándose a sí mismos, viven como si no fueran hombres, y huyen del consorcio de los hombres. Pues Dios, por su obra que es el hombre, realiza grandes maravillas, que ha predestinado en los espíritus angélicos, y que fulguran ante Él con alabanza y honor admirable. Pero también, como se ha dicho antes, alrededor del trono, se muestran cuatro animales llenos de ojos por delante y por detrás (Apocalipsis IV): que son todas las obras santas que Dios realiza en estos hombres, que miran hacia Él y hacia su trono, por la fe al oriente, por la esperanza al sur, por la recordación de la caída que ocurrió en el primer padre, al occidente, como si estuvieran detrás, y por la providencia dirigiendo los ojos hacia adelante, al norte, para que el guerrero del norte no los haga caer con la enfermedad caída de la soberbia, y con la llama ardiente del incesto. Con estos ojos, que tienen por todas partes, deben anhelar a Dios, para que no se extingan de la fe, y no se separen de la luz, y no se acerquen tanto al norte, que sean sofocados por la muerte eterna. Esto es, como alrededor del trono; porque el oriente, el sur y el occidente muestran a Dios; pero el norte, totalmente superado por Él, está sujeto como escabel de sus pies. Y luego está escrito: Y el primer animal era semejante a un león, y el segundo animal semejante a un becerro, y el tercer animal tenía como rostro de hombre, y el cuarto animal semejante a un águila volando (Apocalipsis IV). ¿Qué se dice?

Este animal primero representa a los hombres encapuchados, quienes, con la fortaleza de un león, se abstraen completamente del mundo: por lo cual se asemejan a aquellos seres ígneos, cubiertos como con un manto por los secretos de Dios, que siempre contemplan el rostro de Dios. Pues su vestimenta no proviene del mundo, sino que es maravillosamente de Dios, tal como Dios lo dispuso en aquellos que primero la mostraron y enseñaron. La capucha de estos hombres fue prefigurada por los espíritus angélicos, que miran al rostro de Dios y no a otro; y su amplitud se extiende a semejanza de una nube, ya que los ángeles muchas veces han sido vistos en las nubes: y porque también la vestidura de la inocencia de Adán era como una nube luminosa. Así, estos hombres cubren su cabeza con la capucha, para no desviarse ni a la izquierda ni a la derecha, y caminar rectamente ante ellos con el ímpetu del espíritu, siempre

mirando a Dios, para no apartarse de las buenas obras. Todo esto debe hacerse en obediencia, como el Hijo del Hombre lo mostró por sí mismo, para que los preceptos de los maestros se observen con el temor de Dios, de modo que, así como el hombre teme perecer por el sonido del trueno, también tema los pecados. Pues, así como el león supera a las demás bestias en fortaleza, así estos hombres superan a los demás en la fortísima fuerza de la divinidad, porque, aunque son hombres, no viven como hombres. Cuando un hombre, renunciando al mundo, se ofrece a Dios, acusa al mundo, de modo que este le resulta inútil en todo, y así eleva su mente, como dice Daniel: "Miraba en la visión nocturna, y he aquí, con las nubes del cielo, venía uno como un hijo de hombre, y llegó hasta el Anciano de Días" (Dan. VII). ¿Qué se dice? Cuando elevaba mi mente hacia las cosas celestiales, miraba en la consideración de muchas adversidades, que todos los milagros supremos y divinos que Dios obró en los espíritus angélicos, los prefiguraba en los hombres a través de su Hijo: y así el mismo Hijo llegó hasta el Anciano de Días, porque el Hijo de Dios es Dios y hombre, y así Dios y hombre es un solo Dios. Pues Dios es hombre, y este hombre es Dios. Pero también las buenas obras de los hombres y las alabanzas de los ángeles se unen y son una en Dios. A estos hombres encapuchados se asocia también una multitud de vírgenes, que dejan al hombre con amor y riquezas y todo el mundo. Pues así como la virgen debe estar apartada de los placeres del mundo, para no amamantar de los pechos del placer; así también la multitud encapuchada debe estar apartada del mundo, para no ejercer ningún oficio secular con él. Y la virgen ha sido dejada por el hombre, de modo que no esté bajo su cuidado y poder, así como es libre de él; así también el monje, dejado por el mundo, no debe estar sometido a él, sino permanecer libre de él. La virginidad también significa el sol, que ilumina todo el mundo, porque Dios unió la virginidad a sí mismo, que, dejando al hombre, engendró a aquel a quien el rayo de la divinidad impregnó, quien también gobierna todo. Pues el rey que gobierna todo es Dios; y esa virginidad fue unida cuando Dios y hombre nació de la Virgen. Así "la reina estuvo a su derecha, vestida de oro, rodeada de variedad" (Sal. XLIV), porque la virginidad, resistiendo al diablo, estuvo junto a la virtud de la divinidad en una obra resplandeciente, comprendida en todas partes por la multitud de diversas virtudes. La divinidad, en efecto, desposó la virginidad consigo misma, cuando el primer ángel cayó a la parte izquierda, y entonces también eligió para sí al pueblo de la salvación en Adán, a quien llamó su derecha, de cuyo pueblo unió la virginidad a sí misma, que produjo la máxima obra; porque, así como Dios creó todo por su Verbo, así también la virginidad, por el calor de la santa divinidad, engendró al Hijo de Dios. Así, la virginidad no está sin fecundidad, porque la Virgen engendró a Dios y hombre, por quien todo fue hecho. Pero también de esta manera todas las virtudes del Antiguo y Nuevo Testamento, que Dios obró en sus santos, están doradas como un vestido adornado con oro, y la virgen las recogerá libremente para sí, porque la atadura del hombre no la constriñe. La rueda que Ezequiel vio (Ezequiel I) también prefiguró la virginidad, porque esa misma virginidad fue prefigurada en la ley antes de la Encarnación del Hijo de Dios. Pero después de su Encarnación, obra maravillosamente muchos milagros, porque Dios purgó todos los pecados a través de ella, y ordenó correctamente cada institución. La virginidad, en efecto, soporta lo antiguo y sostiene lo nuevo, y es la raíz y el fundamento de todos los bienes, porque siempre y siempre estuvo con aquel que es sin principio y sin fin. Pues la naturaleza del hombre, que fue perdida por los pecados, revivió en la salvación a través de ella, cuando por una naturaleza ajena los pecados fueron apartados de los hombres.

El segundo animal, semejante a un becerro, representa a aquellos que, vestidos con hábito clerical, se dedican al sacrificio divino, es decir, a quienes trabajan en la viña del Señor de los Ejércitos, y arando el campo de los mandamientos de Dios, lo cultivan en todas partes. También representa a aquellos que son llamados ángeles del Señor de los Ejércitos, quienes

deben ceñirse con el cinturón de la castidad para no caer en la vanidad de los placeres carnales, sino para arar el campo con diligencia. Tendrán también la circuncisión de la sobriedad, ya que a través de ellos se lavan los pecados de los hombres, y esto se hará con misericordia, porque sienten en sí mismos los pecados. Estos nobles tipos de hombres, representados por el león y el becerro, atraen a otro tipo de personas hacia ellos, a quienes llaman conversos, muchos de los cuales no se convierten a Dios en sus costumbres, porque prefieren la contradicción a la rectitud, y realizan sus obras con temeridad, diciendo de sus superiores: ¿Quiénes son, y qué son estos? ¿Y qué fuimos, o qué somos nosotros? Y al actuar así, son semejantes a falsos profetas, y porque no juzgan correctamente, no comprenden cómo Dios ha constituido a su pueblo. Vosotros, pues, que teméis a Dios, escuchad al Espíritu del Señor que os dice: Apartad de vosotros estos males mencionados, y purificaos antes de los días de esas tribulaciones, cuando los enemigos de Dios y nuestros os perseguirán, y os convertirán al lugar correcto de humildad y pobreza, para que no permanezcáis en la amplitud en la que habéis estado hasta ahora, así como Dios cambió la antigua ley de su costumbre a la vida espiritual, y purificó cada institución anterior para un mayor beneficio. En el principio, Dios concedió a Adán cultivar la tierra, a Abel sacrificar, a Noé construir, y esto hasta el sumo sacerdocio, que surgió en la Encarnación de Cristo, lo que Abraham prefiguró con la circuncisión y Moisés con la legislación. Pero el mismo Hijo de Dios perfeccionó todo esto en su humanidad, por lo que debe ser comprendido por los hombres. Después de la caída de Adán, Dios estableció su orden tanto en los hombres como en los ángeles. No sería apropiado que un sacerdote realizara las funciones de un agricultor, ni que un discípulo realizara las funciones de un maestro, ya que el agricultor debe imitar al sacerdote, y el discípulo al maestro, con temor y humilde paciencia. Porque el Dios Todopoderoso se conoce en sus obras, como comenzó a obrar en Adán, a quien dio la tierra para cultivar y a los hombres para cuidar, porque Él mismo creó todo, y prefiguró el sacrificio de su Hijo para la redención del pueblo a través del sacrificio de Abel, y como a través de Noé, quien construyó el arca (Gén. VI), prefiguró que en el pueblo espiritual se establecerían maestros. Ahora vosotros, maestros, corregid y enmendad a estos hombres mencionados, es decir, a los conversos, en vuestro orden, porque la mayoría de ellos no trabaja ni de día ni de noche, ya que no sirven a Dios ni al mundo de manera perfecta, y despertadlos de esta ignorancia, como un buen jardinero purga su jardín de hierbas inútiles; y en vosotros mismos, previendo según vuestro orden y entendiendo justamente para no juzgar injustamente. Sería inconveniente que el león, el becerro, el hombre y el águila se opusieran entre sí en sus significados; sino que cada uno de ellos está destinado a sanar, ungir y santificar el bautismo con humilde obediencia en la figura del hombre, para la curación de los hombres. Porque todo sacerdote que ha sido ungido y nombrado sacerdote por Dios puede curar las heridas de los pecados con justicia juzgadora, ya que tiene este oficio de Dios; y por lo tanto, no debe descuidar cumplirlo. Y yo, una pobre e ignorante mujer, vi una bestia cuya cara y patas delanteras eran semejantes a las de un oso, y cuyo cuerpo restante mostraba similitud con un buey, excepto que sus patas traseras eran semejantes a las de un asno, y carecía de cola. Tenía tres cuernos en la cabeza, dos de los cuales, semejantes a los de un buey, estaban junto a las orejas; el tercero, en medio de la frente, se asemejaba al cuerno de un cabrito; y la cara de la bestia estaba orientada hacia el este, mientras que su parte posterior estaba vuelta hacia el oeste. Esto debe entenderse así: Esta bestia, cuya cara y patas delanteras son semejantes a las de un oso, muestra a ciertos hombres que ocultan costumbres bestiales, quienes pronuncian palabras de mansedumbre, pero en los ejemplos de sus pasos, donde deberían avanzar rectamente, demuestran temeridad y dureza de perversidad. Su cuerpo restante muestra similitud con un buey, excepto que sus patas traseras son semejantes a las de un asno, y carece de cola; porque estos mismos hombres simulan llevar el yugo de Dios como un buey, pero en sus ejemplos posteriores manifiestan las costumbres de un asno, que cae bajo el peso,

y no demuestran tener cola, porque en ellos falta lo que el Señor manda, ofrecer la ofrenda con la cola (Lev. IV), es decir, cómo no llevan a término la bondad que comenzaron en humildad y pobreza hasta el fin de la bienaventuranza. Y el hecho de que tenga tres cuernos en la cabeza, dos de los cuales, semejantes a los cuernos de un buey, están junto a las orejas, designa tres vidas de hombres en el principal comercio, de modo que dos simulan la imagen de los que trabajan en el campo del Señor y prestan oído a la palabra del Señor; el tercero, en medio de la frente, se asemeja al cuerno de un cabrito, porque esto manifiesta a estos hombres espirituales en la fortaleza de su confianza, que en la aspereza del cabrito intentan ascender a esa altura en la que de ninguna manera pueden permanecer. En esta altura desprecian a los demás pueblos, como los fariseos a los publicanos, y los desprecian como inútiles (Luc. XVIII), y también se unen a ciertas causas oficiales de las regiones, para que a través de ellas sean considerados mejores y más excelentes que los otros dos cuernos; y para que también parezcan ascender a la altura de la santidad. Porque también se unen a la preocupación secular, y comprenden una multiplicidad de riquezas, como si volcaran toda la tierra con sus trabajos, y por esto capturan más amplitud de riquezas de lo que deberían, haciendo también en similitud de este joven a quien el Hijo de Dios dijo que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres, y él se fue triste, porque quería tener tanto las riquezas del mundo como la vida eterna (Mat. XIX), lo cual era difícil de lograr. Porque estos hombres quieren tener el cielo y la tierra al mismo tiempo, lo cual es imposible; ya que en la comprensión y posesión de las riquezas, no pueden permanecer sin la soberbia de la altivez y sin la propiedad del placer, así como sería imposible que un hombre permaneciera en la cima de una montaña y no cayera sacudido por la tempestad de un fuerte viento. Tampoco tienen este amor y temor que tiene el necesitado, que extiende su mano para ayudar y dar limosna, sino que se envuelven en la necesidad del asno, que se deja cargar con grandes pesos hasta que sucumbe bajo el mismo peso, porque quieren tener el yugo de la vida espiritual y la preocupación secular; pero no pueden permanecer en ellos, y por eso caen como el asno. Por lo tanto, la cara de la bestia está orientada hacia el este, mientras que su parte posterior está vuelta hacia el oeste; porque, aunque parecen atender a la vida espiritual, también se adhieren a la secular, imitando en esto a los ángeles caídos, que confiando en sí mismos, cayeron de la gloria celestial (Isa. XIV).

Y el tercer animal, que tiene rostro como de hombre, representa a los hombres seculares, quienes realizan sus obras con la preocupación del cuerpo y del alma, y sin embargo, con buena intención ascienden hacia Dios, como si volaran con alas, porque todos los buenos deseos, como un rayo de sol, se emiten desde el corazón del justo, por lo que también parecen como plumas. Pero también corren a observar los preceptos de la ley y del sacerdote, y se mueven a repartir limosnas con misericordia, y miran hacia la tierra, para ver cómo crecen en ella, y en la procreación de los hijos se consideran iguales al polvo de la tierra, y se llaman pecadores, y así en la vida secular, tienen más pena que placer del gozo carnal, y de esta manera llegan a sus maestros, es decir, a los sacerdotes, cambiando su rostro, con el que gustaban los pecados, y confesando sus pecados en penitencia por la gracia del Espíritu Santo, y así se renuevan, como está escrito: Renovarás la faz de la tierra (Salmo 103). Lo que se dice: Oh Dios, en el nuevo Espíritu renovarás la voluntad del hombre, que se esforzaba por pecar; así lo convertirás del mal esfuerzo al buen deseo. Pues por los penitentes renovarás la faz de la tierra, cuando el hombre siente y sabe que está tan envuelto en pecados, que no puede contenerse de pecar; y sin embargo, se convierte a la renovación arrepintiéndose: porque si el hombre no pecara, no se renovaría. Algunos también se renuevan de otro modo, a saber, cuando huyen de los pecados por la pena de la penitencia, de tal manera que buscan no pecar; y algunos de otro modo, cuando evitan los pecados que sienten en sí mismos y que podrían cometer, por amor a las virtudes: por lo que también así reciben la renovación por el

Espíritu Santo. Pues así como la tierra en tiempo de verdor no deja de dar fruto, y como en tiempo seco palidece y se seca, y luego vuelve de nuevo a su verdor; así también Dios ha puesto al hombre, para que en sus obras se renueve en sí mismo. La Escritura, en efecto, debe ser dividida rectamente en todas las obras del hombre, como también de una agua se dividen muchas aguas, del mismo modo que Dios dividió el agua en todo el orbe de la tierra. Estos hombres seculares también se miran y consideran siempre a sí mismos, qué son y cómo viven, y cómo se apartan de los pecados: y así viviendo en el temor de Dios, están en lo terrenal, y no abandonan lo celestial. Pues ofrecen sacrificios a Dios en sí mismos, cuando lo adoran; de tal manera que ellos brillan como la luna, cuando suspiran hacia Él desde lo más íntimo del corazón. Pero cuando en los pecados fallan como la luna, inmediatamente resucitan por la penitencia, así como también la luna resurge después de su defecto por el sol. Ellos también duermen entre los cleros medios, las alas de la paloma plateadas (Salmo 67); porque donde duermen, para no pecar, están en medio de maestros que vuelan en la simplicidad de la pura ciencia; y esto hacen, cuando se apartan de los pecados comenzados, y cuando descansan de ellos, como el ave que inclina la cabeza entre sus alas para descansar, a saber, amando lo celestial, y confesando sus pecados en las causas terrenales por la penitencia. Por lo que también bienaventurados los muertos que mueren en el Señor (Apocalipsis 14), son aquellos que viven secularmente según la ley. ¡Oh, cuán grande es el milagro en ellos, que viviendo así, y dejando los pecados por la amargura de la penitencia, existen como hombres! Pero también serán semejantes al animal que tiene rostro de hombre, porque se oponen a los pecados terrenales por la penitencia, y se hacen ajenos a ellos, así como también la naturaleza de los animales es ajena a la naturaleza del hombre. Por lo tanto, aparecen plateados en la ciencia de las buenas obras, porque tienen las costumbres simples del niño, que no conoce el pecado, cuando ellos mismos no quieren abrazar ni alimentar el pecado. Y cuando se esfuerzan por brillar en esta simplicidad, entonces las partes traseras de su espalda aparecerán en el resplandor del oro, porque sus partes traseras, en las que antes eran fuertes en los pecados, cuando solían pecar, ahora proyectadas hacia atrás, demuestran sabiduría en el temor del Señor, porque resplandecen doradas en las buenas acciones.

El cuarto animal, semejante a un águila volando, representa a ciertos hombres que se abstienen de pecados, quienes, provenientes de los mencionados seculares, se elevan hacia la continencia, como sucedió con María Magdalena, quien, desechando todos sus pecados, los consideró como lodo, y así eligió la mejor parte (Luc. X), y se sentó en la aurora de la santidad. Pero en el Antiguo Testamento, muchos abandonaban los pecados por el tedio de este mundo, y muchos también por amor a la justicia se abstenían de pecar; ahora, sin embargo, en el nuevo sol, es decir, en Cristo Jesús, son llamados continentes, porque se transforman en la simplicidad de un niño que no conoce el pecado, cuando ellos mismos rechazan los pecados y no los conocen en su voluntad. En dos aspectos ascienden a lo celestial, ya que con buena intención y con santo deseo, aman las cosas de arriba más que los demás que antes no conocían el mundo; y porque, como el águila, que busca alturas más que otras aves, así vuelan hacia lo alto, de modo que se convierten en el resplandor de la vida eterna, de la cual no pueden saciarse; y porque, por el ardor del verdadero Sol, pisan lo que antes, envueltos en pecados, hacían. También consideran, en la fortísima fuerza de la santidad, cuántos dolores y qué pesadas cargas hay en los pecados, que ellos mismos antes tocaron palpando, y ahora los matan en sí mismos como un cadáver mortífero, y constriñen y persiguen su cuerpo como una oveja sacrificada; y así miran al sol ardiente, desechando todo lo secular que antes conocían, considerándolo como polvo, y despreciando el temor del infierno en el ardiente amor de Dios, y confiando en que deben perseverar en la fe y en la esperanza.

De esta manera, como dice Isaías, los Serafines con dos alas cubrían su rostro (Isaías VI), las cuales significan la fe y la esperanza; porque en la fe los hombres fieles ven a Dios, y por la esperanza desean las recompensas eternas, y con dos cubrían sus pies, que ofenden la sensualidad y el intelecto, ya que los mismos hombres cubren la desnudez de sus pecados, para no cumplir los deseos carnales de su propia voluntad. Pero también con dos alas volaban, que demuestran la caridad de Dios y del prójimo; porque, cuando aman a Dios sobre todas las cosas, asisten a su prójimo en sus necesidades, y así vuelan en la fortaleza de Dios sobre todo, cuando trascienden todas las cosas terrenales, y observan diligentemente cada cosa en los pecados, para que a través de la abstinencia de los pecados se aflijan, y así también en pleno deseo con preciosas piedras de buenas obras adornan la Jerusalén celestial. En el camino alegre de los mandamientos de Dios no se adormecen, sino que siempre en la novedad del deseo del alma suenan como una trompeta que canta, que son ardientes suspiros, que en la oscuridad nocturna en los pecados nacidos tienen hacia Dios, cuando lo reconocen en temor y amor, diciendo que Él es santo, quien todo lo ha creado, y que es santo quien nunca ha sido mortal, y que es santo quien ha roto el infierno, y de allí ha sacado a sus elegidos. Bienaventurados son los hombres que, obrando bien y alabando a Dios, nunca cesarán, y cuando dejen de obrar, después del fin de su vida, no desistirán de la alabanza de su Creador. Pero yo, pobre y débil desde mi infancia, en visión mística y verdadera fui obligada a esta escritura, y la escribí en grave enfermedad yaciendo en el lecho, por mandato y ayuda de Dios, para presentarla a los prelados y maestros, que están señalados para el servicio de Dios, para que en ella como en un espejo consideren quiénes y cómo son, y para que la demuestren y abran a aquellos que por obediencia les están sujetos. Y oí una voz del cielo que decía: Que nadie desprecie estas palabras, no sea que si las desprecia, la venganza de Dios caiga sobre él.

EPÍSTOLA LII.

WERNERI DE KIRCHEIM, CON LOS DEMÁS HERMANOS DE SU SOCIEDAD A HILDEGARDA. Solicitan fervientemente las oraciones de Santa Hildegarda; desean tener por escrito sus palabras.

A HILDEGARDA, virgen inmaculada de mente y cuerpo, y dedicada a Dios desde la cuna, WERNER de Kircheim con los demás hermanos de su comunidad, ofreciendo en sus parroquias un servicio a Dios aunque indigno, siguiendo el ejemplo de Débora, para derrotar a las tropas hostiles, con Dios como guía (Jueces V).

Porque la fragancia de vuestras virtudes ha dispersado no pocas distancias de tierras, ya que no solo hacéis obras buenas, sino que también profetizáis el futuro y contempláis las cosas celestiales, la gracia del Espíritu Santo ha iluminado vuestro corazón puro. Hemos considerado digno, aunque indignos, encomendarnos a vuestra santidad por el vínculo de la fraternidad. Y ciertamente, porque creemos que somos los últimos miembros de Cristo con vosotros, decimos con confianza que cualquier cosa que os pidamos en su nombre, cuando podéis concederla, no la neguéis a los que la solicitan. Rogamos, por tanto, vuestra benignidad, madre y esposa del Cordero, que os acordéis de nosotros más fervientemente en vuestras oraciones, seguros de que, si nuestras oraciones tienen algún poder ante Dios, siempre haremos memoria de vosotros al orar (Filipenses I). Aún nos atrevemos a pedirnos una petición más, a saber, que las palabras que, enseñadas por el Espíritu Santo, nos revelasteis a nosotros y a muchos otros presentes en Kyrcheim sobre la negligencia de los sacerdotes en el sacrificio divino, no dejéis de escribirlas y transmitir las con maternal piedad, para que no se escapen de nuestra memoria, sino que las tengamos más atentamente ante

nuestros ojos; ya que, cuando nos dedicamos más de lo necesario a causas terrenales y seculares, muchas veces emitimos palabras transitorias al viento con negligencia. Que el amor maternal permanezca en vosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDA La imagen de la Iglesia introduce las quejas gravísimas contra los pecados de los sacerdotes. Predice varias cosas que se cumplieron por completo en el siglo XVI.

En el lecho de enfermedad yaciendo por largo tiempo, en el año de la Encarnación del Señor mil ciento setenta, vi, estando despierto de cuerpo y alma, una imagen bellísima, con forma femenina, que era la más escogida en suavidad y la más querida en delicias, de tal belleza que la mente humana no podía comprenderla, y cuya estatura se extendía desde la tierra hasta el cielo. Su rostro resplandecía con gran claridad, y su ojo miraba hacia el cielo. Vestía también una túnica blanquísima de seda blanca, y estaba rodeada por un manto adornado con piedras preciosas, a saber, esmeralda, zafiro, bayas y perlas, calzando zapatos de ónice alrededor de sus pies. Pero su rostro estaba cubierto de polvo, y su vestidura estaba rasgada en el lado derecho, y su manto había perdido su elegante belleza, y sus zapatos estaban ennegrecidos. Y ella clamaba con gran voz y lamento hacia el cielo, diciendo: Escucha, cielo, que mi rostro está manchado; y, tierra, llora, que mi vestidura está rasgada; y, abismo, tiembla, que mis zapatos están ennegrecidos. Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos (Mat. VIII), pero yo no tengo ayudante ni consolador, ni bastón en el que apoyarme y del que sostenerme. Y nuevamente decía: Yo me oculté en el corazón del Padre, hasta que el Hijo del Hombre, que fue concebido y nacido en virginidad, derramó su sangre, quien también con esa misma sangre me desposó y dotó, para que en la pura y simple regeneración del espíritu y del agua, regenerara a los contraídos y contaminados por la espuma de la serpiente. Sin embargo, mis nutridores, a saber, los sacerdotes, que deberían hacer mi rostro ruborizar como el alba, y mi vestidura brillar como el relámpago, y mi manto resplandecer como piedras preciosas, y mis zapatos brillar con blancura, han cubierto mi rostro de polvo, y han rasgado mi vestidura, y han oscurecido mi manto, y han ennegrecido mis zapatos, y quienes deberían adornarme en todo lugar, me han dejado desprovista en todas estas cosas. Pues ensucian mi rostro al tratar el cuerpo y la sangre de mi esposo con gran impureza de lascivia de sus costumbres, y gran suciedad de fornicaciones y adulterios, y la peor rapacidad de avaricia, vendiendo y comprando cosas inconvenientes, y las reciben y las rodean de tanta suciedad, como si un niño fuera puesto en el lodo ante los cerdos. Pues así como el hombre, cuando Dios lo hizo del barro de la tierra, y sopló en su rostro el aliento de vida (Gen. II), inmediatamente se convirtió en carne y sangre, así también el mismo poder de Dios, la oblación de pan y vino y agua sobre el altar, a las palabras del sacerdote invocando la divinidad, la transforma en verdadera carne y verdadera sangre de Cristo, a saber, mi esposo, lo cual, sin embargo, debido a esta ceguera, en la que el hombre fue cegado en la caída de Adán, el hombre no puede ver con los ojos carnales. Pues la herida de los clavos de mi esposo está fresca y abierta, mientras las heridas de los pecados de los hombres permanezcan abiertas. Estas mismas heridas de Cristo los sacerdotes, que deberían hacerme blanca y servirme en blancura, en su excesiva avaricia corriendo de iglesia en iglesia, las contaminan. También rasgan mi vestidura porque son transgresores de la ley y del Evangelio y de su sacerdocio, y oscurecen mi manto porque descuidan por completo los preceptos que están instituidos en ellos, ni los cumplen en abstinencia como en esmeralda, ni en la generosidad de las limosnas como en zafiro, ni en otras buenas y justas obras (con las que Dios es honrado como con otros tipos de gemas) con buena voluntad y obra perfecta. Pero también mis zapatos se ennegrecen en la parte superior, porque ellos no tienen caminos rectos, ni duros y ásperos de justicia, ni dan buenos ejemplos a sus súbditos, aunque debajo en mis zapatos, como en mi

secreto, tengo el brillo de la verdad en algunos. Los falsos sacerdotes han sido engañados en sí mismos, porque quieren tener el honor del oficio sacerdotal sin obra, lo cual no puede ser, porque a nadie se le dará recompensa sin el trabajo previo de la obra. Pero donde la gracia de Dios toca al hombre, allí lo hace trabajar para que reciba la recompensa. Así, cuando llueve varios dolores, que son contrarios a los hombres, en la venganza de Dios, y cubre toda la tierra con niebla, de modo que su verdor se marchita, y sus ornamentos se vuelven oscuros, también el abismo tiembla, porque en venganza y dolor se moverá con furia con el cielo y la tierra. Pues los príncipes y el pueblo temerario se lanzarán sobre vosotros, oh sacerdotes (que hasta ahora me habéis descuidado), y os arrojarán y os expulsarán, y os quitarán vuestras riquezas, porque no habéis atendido al tiempo de vuestro oficio sacerdotal. Y de vosotros dirán: Expulsemos de la Iglesia a estos adúlteros y ladrones y llenos de todo mal. Y en este hecho querrán exhibir un servicio a Dios, porque dicen que la Iglesia está contaminada por vosotros. Por lo cual la Escritura dice: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno (Sal. II). Pues por permiso de Dios, muchas naciones comenzarán a rugir sobre vosotros en sus juicios, y muchos pueblos meditarán cosas vanas sobre vosotros, cuando consideren vuestro oficio sacerdotal y vuestra consagración como nada. A esto asistirán en vuestra ruina los reyes de la tierra, y codiciarán las cosas terrenales, y los príncipes que os dominarán se reunirán en este único consejo, para que os expulsen de sus territorios, porque habéis expulsado al Cordero inocente con vuestras malas obras. Y oí una voz del cielo que decía: Esta imagen muestra a la Iglesia. Por lo tanto, tú, oh hombre, que ves y oyes estas palabras lamentables, preséntalas a los sacerdotes que han sido constituidos y ordenados para gobernar y enseñar al pueblo de Dios, a quienes se les dijo con los apóstoles: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Mar. XVI). Pues cuando Dios creó al hombre, selló en él toda criatura, así como en un pequeño lugar de un pergamino se describe el tiempo y el número de todo el año; y por eso Dios llamó al hombre toda criatura. Y nuevamente yo, una pobre forma femenina, vi una espada desenvainada colgando en el aire, cuya hoja estaba vuelta una hacia el cielo, otra hacia la tierra. Y esta espada se extendía sobre el pueblo espiritual, que el profeta había previsto antes, cuando decía admirado: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isa. XVI.) Pues estos, que fueron elevados de la tierra, y separados del pueblo común, debieron vivir santamente y ser en la simplicidad columbina de costumbres y obras, ahora son depravados en sus costumbres y obras. Y vi que esta espada cortaba ciertos lugares de hombres espirituales, como Jerusalén fue cortada después de la pasión del Señor. Pero sin embargo vi que Dios preservará para sí muchos sacerdotes temerosos, puros y simples en esta adversidad, como respondió a Elías, cuando decía que había dejado para sí en Israel siete mil hombres, cuyas rodillas no se habían inclinado ante Baal (III Reg. XIX). Ahora, que el fuego inextinguible del Espíritu Santo se infunda en vosotros, para que os convirtáis en mejor parte.

CARTA LIII.

LOS HERMANOS DE HAGEN A HILDEGARDA. Le suplican que no omita apaciguar y erradicar la discordia surgida entre ellos.

HILDEGARDA, casta paloma que se oculta en las hendiduras de la roca (Cant. II), hermanos, ¡ay! perturbados en Hagenhe, la devoción de sus oraciones, y lo que concierne a la salvación eterna.

Puesto que, por la gracia de Dios, vuestra luz brilla saludablemente ante los hombres (Mat. V), glorificamos a vuestro Padre que os ha puesto como lámpara ardiente para la iluminación

de la Iglesia, y aunque pecadores, nos regocijamos cordialmente con vuestra santidad, con la cual os adherís a los abrazos del celestial esposo con un privilegio singular. Tampoco queremos que vuestra caridad ignore que día y noche deseamos veros en persona, y haciendo continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones (Rom. I), os abrazamos a veces en mente, aunque ausentes en cuerpo, como si estuvierais presentes. Por tanto, humildemente suplicamos vuestra perfección, para que a vuestro esposo, bajo cuya sombra descansáis con seguridad (Cant. II), nos recomendéis a nosotros, mendicantes en el camino (Luc. XVIII), para que la multitud que pasa no acalle nuestros clamores; sino que, ayudados por vuestras oraciones al Señor, merezcamos ser iluminados de la ceguera de nuestros corazones. Decimos esto, además, para que no omitáis, como habéis comenzado (con el Espíritu Santo enseñándoos), apaciguar y extirpar la disensión que sabéis ha surgido en nuestro lugar; y para que también por esto nos enviéis cartas de advertencia, porque si no se extingue pronto, fácilmente incurriremos en un gran peligro tanto para las almas como para los cuerpos. Que la gracia del Espíritu Santo, que os enseña interiormente y os muestra muchos secretos, se digne manifestarnos también esto, según le plazca.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Envía una instrucción, advertencia y exhortación destacada sobre muchos vicios y virtudes, y alienta al estudio de las virtudes.

Yo, una pobre criatura, durante mucho tiempo afligida por muchas enfermedades, fui impulsada por la verdadera sabiduría a pronunciar estas palabras tuyas al pueblo de este lugar. Y escuché que la misma sabiduría presentaba su obra a este pueblo, a saber, cómo había establecido el cielo y la tierra en la medida correcta, para que los hermanos de este pueblo conocieran cómo su institución había sido establecida al principio y cómo ahora estaba desolada. Y dijo: "He recorrido el círculo del cielo" (Ecl. XXIV), estableciendo su altura y profundidad de tal manera que no excedieran su medida correcta; y ordené la anchura de todo el orbe para que no excediera desordenadamente su medida. También hice el sol para que brillara durante el día y cubriera las tinieblas; y la luna, para que resplandeciera en la noche con las estrellas. En aquella palabra, cuando Dios dijo: "Hágase", todas estas cosas fueron hechas, y así persisten hasta ahora: por lo cual, en estas cosas, como en un espejo, vosotros, pueblos, considerad, para que permanezcáis en lo que habéis comenzado. Dios inspiró al hombre el aliento de vida (Gén. I); y así vivificado, se convirtió en carne y sangre. Luego le dio la compañía de los ángeles con alabanza y ministerio, y le sometió el resto de la creación. Pues Dios le había concedido la luz de la eternidad. Pero él, en todo este honor, escuchó al gusano, y así, transgrediendo los mandamientos de Dios, fue cegado y extinguido. Por lo cual el diablo, regocijándose en sí mismo, dijo: "Al Dios que no pude superar en el cielo, lo he superado en su obra, es decir, en el hombre, que es otro Dios". El diablo, de hecho, llamó al hombre Dios, así como también quiso ser Dios él mismo. Pero Dios, en el antiguo consejo que tenía en sí mismo antes del tiempo, consideraba cómo observaría su ordenación de tal manera que nadie pudiera resistirle en ella, y escondió ese mismo consejo de la ciencia de todas las criaturas en sí mismo, de modo que el diablo ni lo supo ni lo sabe, y será ignorante de ese mismo consejo hasta el último día, cuando entonces, en su máxima confusión, sentirá y conocerá algunas cosas de ese mismo consejo, por las cuales será completamente confundido. Pues el diablo pensaba que el hombre estaba inseparablemente perdido, como él quería. Los hombres, en gran crueldad y olvido de Dios, olvidándose de que eran hombres, vivieron inhumanamente, hasta que ese mismo antiguo consejo eligió para sí un pueblo santificado. Y Dios prefiguró la sobriedad y la virginidad en Abel, quien, por la justicia, se convirtió en mártir (Gén. IV), haciendo lo que su padre había descuidado hacer. Sin embargo, el pueblo santificado reconocía que eran hombres y vivían humanamente, de los cuales también surgió Noé, a quien Dios preservó en el arca (Gén. VI). Pero Dios,

queriendo sumergir la iniquidad, abrió la boca del abismo y sumergió a muchas criaturas en el agua: y entonces juró por sí mismo que nunca más destruiría toda carne con agua (Gén. IX), recordando que el hombre debía ser regenerado y salvado por el agua. Después del diluvio, el antiguo consejo mostraba muchos milagros para la confusión del diablo, quien se regocijaba en su interior por la muerte de Abel, diciendo: "He aquí la obra de Dios que expulsé del paraíso, yace dividida en la tierra". Pero Noé, santificado, obró en el Espíritu Santo, y edificó un altar a Dios, en el cual el antiguo consejo prefiguró aquel altar que Juan vio en el Apocalipsis (Apoc. VIII), sobre el cual ascendían las oraciones de los santos. Pues cuando el hombre ora en penitencia por sus pecados y busca la salvación de Dios, es llamado santo. El antiguo consejo también obró muchos signos en Abraham, quien dejó su patria y su parentela con su propia voluntad, y entró en la dura ley, por la cual la muerte fue confundida y la malicia de la serpiente fue herida con una herida incurable, cuando cumplió los mandamientos de Dios, lo que Adán no hizo, al transgredir el mandamiento de Dios y seguir su propia voluntad. Ese mismo consejo estableció la purificación de la ley en Moisés, y prefiguró a través de la sangre de machos cabríos y becerros que el cordero inocente debía ser inmolado por el hombre. Pues el Hijo de Dios, saliendo del corazón del Padre, nació de una virgen, y cumplió todo esto por sí mismo. La virginidad resucitó en el Hijo de Dios, quien, con el estandarte erguido, penetró los cielos, porque ese mismo Hijo de la Virgen fue todo íntegro, todo santo, y por él surgió un gran orden de vírgenes, que la antigua ley no conocía. Pero él mismo también fue sacerdote, cuando se inmoló a sí mismo en el altar de la cruz por los hombres; a quien también se unieron los sacerdotes en su sacerdocio, porque deben imitar a los ángeles, que son mensajeros de Dios. Los ángeles, de hecho, muestran las obras de los hombres a Dios como escritura, según el deber de su oficio, lo que también hacen los sacerdotes cuando reciben los pecados de los hombres a través de la penitencia, y los muestran a Dios a través de la misericordia concedida. Así también lo hizo el mayordomo (Luc. XVI), quien fue acusado ante su señor de haber disipado sus bienes, cuando ordenó a cada deudor de su señor que escribiera menos de lo que debía. Este mayordomo también es la Sinagoga, que no pudo tener liberación a través de la sangre de machos cabríos y becerros; pero prefiguró la inmolación del cordero inocente, por el cual temió ser privada de su oficio, y decía en su interior que no podía soportar la dureza de la ley que ordenaba: "Si alguien hace esto o aquello, morirá"; y también se avergonzaba de ser expulsada, de modo que no sería restaurada en ninguna petición de misericordia. De la cual, mientras muchos se convertían a la indulgencia en el Hijo de Dios, ella misma era alabada por la indulgencia de la pena merecida, porque cuando el siervo da retribución a su señor a través de la penitencia y la confesión, es mucho alabado por él, porque lo amó mucho, como María Magdalena amó a Cristo. Esta escritura está presente para los sacerdotes, por lo cual también les conviene imitar a Cristo, amar la castidad y huir del incesto. Pues el Hijo de Dios, para hacer justos a los injustos, sufrió en la cruz; y también los atrae hacia sí, como se dijo del mayordomo. Pero Abel fue mártir por la justicia.

Después de la pasión del Hijo de Dios, surgió una multitud de mártires que sufrieron por la fe y la confesión de Él, a quienes también acompañan otros mártires, a saber, aquellos que luchando contra los pecados y vicios se vencen a sí mismos, y estos son las alas de los mártires mencionados. Pero aquellos que los persiguen injustamente, la venganza de Dios caerá sobre ellos. Asimismo, aquellos que persiguen la virginidad causando tribulaciones, de modo que la llenan de dolores, no escapan de la venganza de Dios; y por eso muchas veces sucede que los nobles, por juicio de Dios, se vuelven innobles, y los ricos se convierten en pobres, y que son sometidos a muchos otros peligros y calamidades. Aquellos que oprimen y blasfeman injustamente el oficio sacerdotal, son en su culpa semejantes a Caín, quien mató a su hermano: por lo cual deben ser constreñidos y castigados. Pues el oficio sacerdotal en su

magisterio es del Señor Dios. Así que la Sabiduría en la multitud de este lugar edificó una torre (Prov. IX), que adornó con perlas, topacio y zafiro, y en ella colocó vigilantes, y junto a ella construyó un lagar: que encomendó a ciertos hombres, para que exprimieran vino en él: y también hizo una casa al lado, en la cual ordenó que estuvieran otros, que procuraran todo lo que pertenecía a los campos. Pero se levantó una tempestad fuerte y pestilente de locura, de modo que los hombres que custodiaban el mencionado lagar lanzaban dardos contra la misma torre, y que otros que permanecían en la casa mencionada arrojaban piedras contra la misma torre; por lo cual también aquellos que estaban en la torre lanzaban piedras contra ellos. Esta torre designa la altura del magisterio, que se adorna con perlas, es decir, aquellos que desde la infancia han vivido en inocencia y santidad, y que se ilumina con topacio, es decir, aquellos que, eligiendo la mejor parte, renuncian al mundo, y que se adorna con zafiro, es decir, aquellos que por amor a Dios renuncian a la pompa del mundo y a sí mismos. En ella están los vigilantes, es decir, aquellos que presiden en el magisterio sobre sus súbditos. El lagar muestra el oficio de aquellos que, consagrados, asisten al ministerio de la pasión de Cristo en el altar, y cultivan y conservan la viña del Señor de los Ejércitos. Pero la casa demuestra la custodia y restricción de aquellos que, siendo ignorantes y viviendo en el mundo, dejan el mundo y a sí mismos por Dios, y trabajan en las cosas necesarias corporales; y sin embargo, conservan la vida espiritual: la tempestad señala la temeridad, en la cual los que permanecen en el lagar lanzan dardos de soberbia a sus prelados, y por la cual también los que están en la casa dirigen la dureza de la desobediencia contra ellos: por lo cual los mismos prelados, provocados a la injuria, se muestran implacables hacia sus súbditos con palabras de ira. Pero a todos estos, la sabiduría establece un plazo de enmienda, como en el Evangelio el cultivador de la viña decía a su señor sobre la higuera: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella, y le ponga estiércol (Luc. XIII). Pues cavar alrededor de ella, es que el hombre someta la voluntad de su propia propiedad; de lo contrario, nunca podrá obedecer: pero poner estiércol, es someterse en humildad y sujeción al prelado. Porque cuando el hombre se inclina a la obediencia, considera todos los deseos carnales y a sí mismo como si fueran lodo.

Ahora, pues, yo, pobre y débil criatura, os digo a vosotros, los hermanos de este lugar mencionado: Que el fuego de la vida inextinguible arda en vosotros, y os ilumine con su luz de tal manera que podáis permanecer en él, como al principio comenzasteis. Porque cuando surja en vosotros el tiempo fructífero de corrección y enmienda, las piedras de vuestra torre recuperarán su resplandor, como era antes.

EPÍSTOLA LIV.

GUIBERTO, MONJE DE GEMBOUX, A HILDEGARDA. Solicita la solución de treinta y ocho cuestiones.

(Se encuentra abajo, con la respuesta de santa Hildegarda, entre las obras menores de la santa virgen.)

EPÍSTOLA LV.

SORORES DEL PARTHENÓN DE HUNNIENSIS A SANTA HILDEGARDA. Solicitan que se les explique la Regla de San Benito.

(Véase a continuación la Exposición de Santa Hildegarda sobre la Regla de San Benito.)

CARTA LVI DE HILDEGARDA AL ABAD FELIPE DE PARCENSE. Envía a una mujer penitente que no se había confesado correctamente, y a quien había indicado que debía exponer su pecado, como se evidenciará en la respuesta de Felipe.

A PHILIPPO abad, HILDEGARDIS.

Oh Padre, que en toda negligencia temes a Dios, y que lo amas, de tal manera que suspiras por Él incluso en las cosas inútiles, corre al manantial de agua viva, no solo lavándote a ti mismo, sino también a otros enfermos que ves heridos; infúndeles el vino de la penitencia y no ceses de ungirlos con el óleo de la misericordia. Pues en esto imitas a aquel que es la fuente viva y la rueda íntegra, quien acoge a los pecadores que buscan refugio en la ayuda de su misericordia, y juzga con juicio amargo a los impíos que se le oponen. Ninguna montaña puede tocar el círculo de esta rueda, ya que su sombra está por encima de todo lo elevado: ni siquiera puede ser oscurecida por lo más bajo, pues supera todo. Dios, en efecto, no vive por nadie más que por sí mismo: por lo tanto, no tiene principio ni fin. Por eso, quienquiera que busque refugio en la ayuda de su gracia, nunca carecerá de la bienaventuranza de la vida eterna; sino que, por el Dios vivo, la chispa de la salvación se enciende de nuevo, porque Él no desea la muerte del pecador, sino que comience a vivir por Él. Ahora bien, oh benigno Padre, que estás en lugar de Cristo, recibe a esta mujer, a saber, Ida, quien aún no ha manifestado completamente sus heridas ocultas, y cuidala diligentemente con la medicina de la penitencia, así como a los demás que acuden a ti, para que vivas eternamente en la rueda de la verdadera Trinidad.

CARTA LVII.

PHILIPPI PARCENSIS ABBATIS A HILDEGARDEM. Responde al superior.

PHILIPPUS, por la gracia de Dios abad de la iglesia de Santa María, que está en el Parque de Lovaina, a la venerable II. de Binga, maestra de las siervas de Dios, un saludo de buena salud eterna.

Cree, madre venerable, cree, amada de Dios, desde que, por la fama que proclama tus virtudes, con las cuales la divina bondad ha maravillado a su sierva, he tenido conocimiento de ti, te he amado, de ti he hablado frecuentemente con alabanzas sin hastío, tú has sido muy a menudo la meditación de mi corazón. Testigo de esto es el esfuerzo del viaje que emprendí, para poder ver tu venerable rostro, espejo de tu mente iluminada, y hablar contigo cara a cara: gracias a Dios, he obtenido la dulzura de tu presencia que tanto había deseado y buscado durante mucho tiempo, y no me negaste el privilegio de tu conversación, aunque indigno de mí. Pero lamento haber accedido a mis hermanos, que vinieron conmigo y no permitieron que me quedara contigo tanto como deseaba. Pero espero que aún pueda disfrutar de ti en el Señor, ya sea en esta vida presente o después de ella, introducido en el paraíso ameno por tus oraciones. Ora, pues, Madre venerable, ora por mí que te amo y venero la gracia de Dios en ti, y por la congregación de hermanos y hermanas que tengo que guiar, para que el Señor nos conceda paz y concordia, perdone nuestros pecados, y nos haga perseverar en su servicio. En cuanto a la mujer penitente, Ida, obedecí a tu voluntad, que creo es de Dios, imponiéndole penitencia por el pecado que, revelado por el Señor, le descubriste completamente. Pero como está consumida por la vejez y quebrantada por las leyes de la penitencia durante mucho tiempo, te pido que, como sabes, le proporciones lo que sea útil para su alma, para que sea aliviada.

CARTA LVIII. DE HILDEGARDIS AL ABAD FELIPE DE PARCENSE. Ofrece consejos esclarecedores.

A PHILIPPO abad, HILDEGARDIS.

La fe, que el hombre tiene hacia el Señor con un corazón ardiente por la inspiración del Espíritu Santo, es muy gloriosa, ya que en el abrazo del amor se acogen las cosas invisibles como si fueran aquellas que, al ser vistas, deleitan. Así también es loable en ti, que por amor a Dios te has dignado a ver y escuchar mi débil e ignorante forma femenina. Pues el viento sopló desde la alta montaña, moviendo con su soplo una pequeña pluma ante los ciudadanos y torres adornadas, sin tener por sí misma ninguna posibilidad de volar, salvo por el viento. En verdad, Dios todopoderoso se ha preocupado de hacer esto para mostrar que puede obrar a través de algo que no presume de sí mismo ni lo más mínimo. Vosotros, que permanecéis valientemente en el oficio de los profetas, al cual está unida la responsabilidad del orden apostólico, extendedme el apoyo de vuestras oraciones, a mí, que habéis visto postrada hasta ahora sobre el lecho de mi debilidad, para que pueda permanecer en la gracia de Dios, ya que no retengo en mí ninguna seguridad, sino que he puesto toda mi esperanza y confianza únicamente en la misericordia de Dios.

Ahora bien, oh Padre, que estás en lugar de Cristo, cuida de las ovejas de tu congregación con la vara de los preceptos de Dios, con los cuales las corrija y guíes, para que no se eleven en soberbia: este vicio se asemeja a una ciudad que no está fundada sobre la roca y por lo tanto se destruye al caer, ya que no tuvo un fundamento firme. A los pecadores también, heridos por cualquier crimen, úngelos frecuentemente con el óleo de la misericordia: para que no se corrompan en la mala costumbre de los pecados, como Lázaro de cuatro días: y levanta el cuerno de la salvación, es decir, la verdadera humildad en todos los tuyos: (esta virtud se compara con la nube de color zafiro, a través de la cual el sol brilla poderosamente) imitando en esto al verdadero Sol, es decir, al Hijo de la Virgen, que en suma humildad descendió a la tierra, en la cual también ascendió a la derecha de su Padre. De ellos también corta la mala costumbre de los pecados, y esfuérzate por adornarlos de este modo, como un collar, con piedras preciosas, para que tú con ellos, y ellos contigo, lleguéis juntos al gozo eterno. Ahora bien, que la gracia del Espíritu Santo te haga lámpara de la verdadera caridad ante el Dios omnipotente: quien también, por la ayuda que ahora ofreces al alma y al cuerpo, se digne concederte la recompensa eterna.

EPÍSTOLA LIX. DEL MISMO AL MISMO. Fue escrita en respuesta a la pregunta de Felipe, quien temía por un signo que le había ocurrido durante la celebración de los divinos oficios y por el cual estaba muy preocupado. Hildegarda disipó su temor.

A PHILIPPO abad, HILDEGARDIS.

Oh buen y fiel siervo de Dios, que temeroso investigas la causa o el significado del signo de Dios, recientemente mostrado, que está en el conocimiento del Espíritu de Dios solamente, quien no tiene principio, y a quien ninguna criatura puede asemejarse, escucha lo que respondo a tu pregunta. Esto que te ha sucedido, lo veo como una rama dividida en muchos ramitos. Por lo tanto, no se hizo solo por ti; sino también por tus súbditos, y por muchos otros, para que los corazones de aquellos que lo escuchan se estremezcan, corrijan sus negligencias, y no celebren lo divino sino con temor y reverencia, para que no queden sujetos al juicio de Dios o a la burla de los demonios por permiso del mismo Dios. Pues también vi que esto se hizo por cierta burla de los espíritus aéreos, aunque permitido por Dios por las

razones antes mencionadas. Por lo tanto, dulce y amable Padre, no te perturbes: sino da gracias a Dios, si por tu causa algunos que lo escuchen se corrigen. Y no dejes de cumplir con el oficio sacerdotal por esto: sino que, purificado por la confesión y la penitencia, esfuérzate en servir a Dios en la celebración de las misas. Ahora pues, siervo de Dios, alégrate sin temor, y regocíjate en el Señor, porque el mismo Dios te ama, y recibirá tu alma.

EPÍSTOLA LX.

G. DEL ABAD Y LOS HERMANOS DE BRUNWILLARE A HILDEGARDA. Sobre la mujer endemoniada.

A HILDEGARDA, señora y madre venerable, y con todo el corazón digna de ser abrazada, esposa de Cristo y hija del Rey altísimo, G., humilde administrador del monasterio de Brunwillar, con sus hermanos que habitan en el valle de lágrimas, como pueden, en sus oraciones ofrecen devoto servicio de amor total.

Aunque, amadísima señora, vuestra faz nos sea desconocida, la fama de vuestras virtudes nos es sumamente célebre, y aunque estemos ausentes en cuerpo, en espíritu estamos siempre presentes con vos, y el Señor de las ciencias conoce cuál es el afecto de nuestro amor hacia vos. Se ha oído, pues, en nuestra tierra, y se ha divulgado con célebre palabra este hecho que el Señor ha realizado en vos, quien [quizás porque] ha hecho grandes cosas por vos, quien es poderoso, y santo es su nombre. Pero con cuántos y qué grandes milagros resplandece en vos la fuente de la luz viviente, tanto el nombre, como el clero, el pueblo, y el resultado de los hechos lo atestiguan. Pues en vos brilla una obra no humana, sino divina, precedida por la gracia, un don preeminente, que no dicta la razón humana, sino que procede de la fuente más luminosa. Pero, ¿por qué demoramos? Más nos apetece llorar que hablar. Por tanto, que la dulzura de vuestra santidad, oh piadosísima señora, no considere temerario que, en la simplicidad de nuestros corazones, pero compelidos por una extrema necesidad, presumamos abrir a vos la causa de nuestra necesidad, ya que no dudamos en recibir de vos buen consejo. Pues una noble mujer, poseída por un espíritu maligno durante varios años, fue traída a nosotros por manos de amigos, para que, con la ayuda del bienaventurado Nicolás (bajo cuyo patrocinio estamos), fuera liberada del enemigo inminente. Pero la astucia y malicia del más astuto y malvado enemigo ha llevado a casi miles de hombres al error y la duda, lo que tememos cause un gran daño a la santa Iglesia. Pues todos nosotros, junto con la multitud del pueblo, hemos trabajado de muchas maneras durante tres meses por la liberación de esta mujer, y lo que no podemos decir sin tristeza, debido a nuestros pecados, no hemos logrado nada. Toda nuestra esperanza, pues, después de Dios, está en vos. Este demonio, conjurado un día, finalmente nos manifestó que esta mujer debe ser liberada por la virtud de vuestra contemplación, la magnitud de la revelación divina. ¿Acaso Dios no tiene grandes intenciones en su liberación? Sin duda. Así, la larguísima benignidad de nuestro Redentor se dignará consumir plenamente, por medio de vos, el trabajo de nuestro negocio y tristeza, pero también de alegría y exultación, para que todo error e infidelidad de los hombres sea aniquilado, y la sierva de Dios poseída sea liberada, para que con el Profeta digamos: Esto ha sido hecho por el Señor, y es maravilloso a nuestros ojos (Salmo CXVII, 23), y: El lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados (Salmo CXXIII, 7). Por tanto, lo que Dios os haya insinuado sobre esto, o revelado en visión, vuestra santidad se digne comunicárnoslo por escrito, os lo suplicamos ferviente y humildemente. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA Da consejo sobre la liberación de una mujer.

G. al abad de la iglesia de Brunwillar, H. Como estoy sujeta a una larga y grave enfermedad por los azotes de Dios, apenas puedo responder un poco a vuestra petición. Esto no lo digo yo, sino aquel que es. Hay diversos tipos de espíritus malignos. Este demonio, del que preguntáis, tiene estas artes que se asemejan a los vicios de los hombres: por lo cual, también, le gusta permanecer con los hombres, y por eso también descuida y se burla un poco de la cruz del Señor y de las reliquias de los santos, y de otras cosas que pertenecen al servicio de Dios, y no las teme mucho. En verdad, no las ama, pero finge huir de ellas, como un hombre necio y descuidado desprecia las palabras y amenazas que le son dirigidas por los sabios: por lo cual, es más difícil de expulsar que otro demonio. Pues no será expulsado a menos que sea por ayunos, flagelos, oraciones, limosnas, y por el mismo mandato de Dios [parece faltar no]. Escuchad, pues, no la respuesta de un hombre, sino de aquel que vive. Elegid siete sacerdotes de buen testimonio y cuya vida lo merezca, en el nombre y orden de Abel, Noé, Abraham, Melquisedec, Jacob y Aarón, quienes ofrecieron sacrificio al Dios viviente, el séptimo en el nombre de Cristo, quien se ofreció a sí mismo a Dios Padre en la cruz: y después de ayunos, flagelos, oraciones, limosnas y celebraciones de misas, con humilde intención y hábito sacerdotal, con estolas, acérquense al paciente, y rodeándolo, cada uno de ellos tenga una vara en la mano, en figura de la vara con la que Moisés golpeó Egipto, el Mar Rojo y la roca por mandato de Dios, para que así como Dios mostró allí milagros por medio de la vara, así también aquí, expulsado el peor enemigo con las varas, se glorifique a sí mismo. En figura de los siete dones del Espíritu Santo serán siete sacerdotes, para que el Espíritu de Dios, que al principio se movía sobre las aguas, y que inspiró en el rostro del hombre el aliento de vida, expulse el espíritu inmundo del hombre fatigado. Y el primero, que será en el nombre de Abel, teniendo la vara en la mano, diga: Escucha, espíritu maligno y necio, quienquiera que habites en este hombre, escucha estas palabras no premeditadas por el hombre, sino manifestadas por aquel que es y que vive, etc.

EPÍSTOLA LXI.

G. DEL ABAD Y LOS HERMANOS DE BRUNWILLARE A HILDEGARDA. La misma mujer es nuevamente atormentada por un demonio.

A la honorable señora, digna de toda acción de gracias, G., abad indigno de los Brunwillarenses, junto con sus hermanos, vivir, progresar, tener el mundo bajo sus pies, y todo lo que pueda ser excelentemente deseado para una sierva de Cristo.

El Señor os ha mirado con favor y ha derramado su gracia sobre vosotros, y ya todo el mundo lo sabe. Pero nosotros, que hasta ahora hemos hablado a vuestra santidad a través de nuestros mensajeros y cartas por la necesidad de una mujer poseída por un espíritu maligno, ahora al menos, a través de su propia persona enviada a vosotros con gran esperanza, repetimos la urgencia de la ciudad y añadimos devotamente nuestras súplicas a las oraciones, para que, cuanto más cerca esté de vosotros corporalmente, tanto más seáis propicio a ella espiritualmente. Pues el demonio, conjurado por vuestras cartas, que enviasteis dictadas por el Espíritu Santo, había dejado el vaso poseído por un breve tiempo: pero ¡ay! no sabemos por qué juicio de Dios, ha regresado, y habiendo invadido de nuevo el vaso abandonado, ahora lo atormenta más cruelmente que antes. Sin embargo, al conjurarlo de nuevo y presionarlo con firmeza, finalmente respondió que no dejará el vaso poseído sino en vuestra presencia. Por eso, enviamos a ella a vuestra santidad, para que lo que nosotros, debido a nuestros pecados, no hemos merecido, el Señor lo complete a través de vosotros, y expulsado el antiguo enemigo, aquel que es poderoso sobre todos sea glorificado en vosotros. Que vuestra amorosa maternidad prospere.

ADVERTENCIA SOBRE LAS SIGUIENTES EPÍSTOLAS.

Tienes alrededor de cincuenta epístolas impresas en las Bibliotecas de los Padres de las ediciones de Colonia y Lyon, además de una dirigida al abad de Brunvillar, que se encuentra en la Vida de Santa Hildegarda compuesta por el abad Teodorico de Trudon, en Surius el 17 de septiembre. Nosotros hemos encontrado muchas más en un código de excelente calidad del monasterio de Himerod, de la orden Cisterciense, en la diócesis de Tréveris. El código, escrito hace aproximadamente quinientos años, contiene varias obras de Hildegarda, a saber: epístolas de diversas personas dirigidas a ella con sus respuestas a diferentes consultas; la Vida de San Desiboldo, la Vida de San Ruperto duque, y de Santa Berta, su propia madre; una breve Exposición sobre la Regla de San Benito, y seis libros de la vida de los Méritos, que ella escribió en el año sesenta y uno de su vida, que era el año mil ciento cincuenta y ocho, bajo la presión de la sede apostólica, reinando Federico, emperador de los Romanos. El primer libro contiene 124 capítulos, el segundo 85, el tercero 84, el cuarto 70, el quinto 85, el sexto 45. De aquí deducirás que Tritemio, quien atribuye solo tres libros de la vida de los Méritos a Santa Hildegarda, no vio la obra completa de ella. Pero enumera muchas otras obras suyas, que aquí parece superfluo mencionar. Sin embargo, para volver a las epístolas, el código de Himerod contiene todas las que están publicadas en ambas Bibliotecas de los Padres, y además ochenta y cuatro más, que no nos parecen en absoluto indignas de ver la luz pública. Pues, además de que todos los escritos de los santos suelen inspirar esa piedad que no poco contribuye a la salvación del alma de los lectores, en todas las epístolas dirigidas a Hildegarda no se encontrará una mera narración de asuntos espirituales o morales, sino que casi todas son históricas. Algunas de ellas fueron escritas con ocasión del cisma que Federico suscitó entre el papa Alejandro III y el antipapa Víctor IV; en una, un doctor de la Universidad de París consulta sobre qué se debe creer respecto a la opinión de Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, proscrita en el concilio de Reims; en otras se trata sobre la manera de restaurar la disciplina regular en los monasterios colapsados. En muchas también se exponen las persecuciones sufridas por los monasterios, las tentaciones y disposiciones interiores de los escritores. No pocos abades y abadesas consultan si deben retener o abandonar su dignidad. De aquí se desprende que todas esas epístolas contribuyen no poco a ilustrar la historia tanto eclesiástica como monástica. Además, no debe pasarse por alto que, consultada por el abad de Rettinhasili, quien fue postulado para la abadía de Salem, sobre si debía renunciar a ambas dignidades, Hildegarda respondió: "Cualquiera que haya asumido el cuidado de un campo o rebaño por la fe, no debe abandonarlo; sino que debe gobernarlo como un padre de familia. Pues quien abandona su rebaño y toma otro, es llamado transgresor de los preceptos de Dios." Lo cual deseo que atiendan aquellos que tan fácilmente se trasladan de sede en sede contra los preceptos de los cánones y de los santos Padres. Además, debemos estas epístolas a la amabilidad del reverendísimo y excelentísimo Roberto, abad de Himerod, quien no solo permitió transcribirlas de su manuscrito, sino que también nos envió el código mismo a París por su propia iniciativa.

EPÍSTOLA LXII.

A. DEL ABAD DE ELEVACENSIS A HILDEGARDA. Ruega que consulte el oráculo divino sobre sus enemigos y le escriba qué debe esperar de la misericordia de Dios.

HILDEGARDI, amada esposa de Cristo, A., llamado solo de nombre abad de Elevacensis, después del valle de lágrimas, las alegrías de los ciudadanos celestiales.

Con gusto extendemos a vuestra beatitud el deber de saludo, a pesar de la gran distancia que nos separa, abrazando en vos las maravillas de Dios, quien os ha hecho destacar por la santidad de una vida más pura, y os ha infundido el espíritu de profecía para tocar lo presente, revolver lo pasado y prever lo futuro, más allá de la opinión humana, de modo que, honrada doblemente por la novedad del don divino, seáis verdaderamente asombrosa y venerable para los hombres de este tiempo. Pues nos ha visitado el Oriente, y ya en el ocaso del siglo ha puesto su mano sobre nosotros, quien ha hecho resplandecer en nuestra era, entre las tinieblas de este siglo malvado, a alguien tan grande y tal, por cuya intercesión nos alegramos de obtener el perdón de los pecados, el remedio de los trabajos, la consolación de los dolores, y de conocer el secreto de la disposición divina. Nuestra conciencia nos acusa, la culpa nos aterra, los pecados nos reprenden. Nos turbamos por dentro, peligramos por fuera, no hay seguridad para nosotros en ninguna parte, el enemigo nos rodea por todas partes. A la derecha, un amigo fraudulento acecha, a la izquierda, un enemigo cruel ataca. Sobre estos y otros asuntos sobre los cuales nuestros mensajeros han consultado vuestra madurez, consultad el oráculo divino, y, madre santísima, escribidnos de nuevo lo que debemos esperar de la misericordia de Dios.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Consuela al afligido, exhorta al indolente y lo incita a luchar con valentía.

Quien ve, y no se altera con la vicisitud, dice: Tú, hombre, aún no tienes alas para volar, que soportan tempestades y que pertenecen a la correcta moderación del aire, sino que eres solo como una columna en la plaza sin el instrumento del edificio, y sin el ascenso de la escalera, de modo que te salpicas con el barro de la escalera. Pues eres suave, y no agudo en el ojo de la corrección para reprender las costumbres perversas y oscuras de los hombres; pero, sin embargo, la gracia de Dios te observa, no teniendo la dureza del corazón cerrada, sino solo durmiendo en el letargo de la lascivia, de modo que no atiendes a Dios. Por lo tanto, no tengas a tu Señor como un administrador; sino míralo, las maldades, como el más fuerte de los soldados, luchando valientemente, armado con coraza y casco. Ahora, en efecto, los tiempos son como en el olvido de Dios, y cansados en la lucha de Cristo. Pero la fama vuela en mentiras por la vicisitud de las vanidades, como si vieran a Dios, pero no lo conocen. ¿Dónde está, entonces, el hombre que camina en el camino recto? Son pocos. Pero quien es dice: Ningún hombre puede, por el vómito de su charlatanería, sacar precipitadamente la espada de mi venganza de su vaina, antes de que llegue el tiempo de mi voluntad en la venganza. Tú, pues, oh hombre, levántate, y clarifica tu espíritu en mí, de modo que busques vigilante dónde me encuentres, y vivirás.

CARTA LXIII.

H. DEL ABAD DE MULEBRONN A HILDEGARDA. Ansioso por el gobierno de sus almas, solicita el apoyo de sus oraciones.

A HILDEGARDA, madre y hermana venerable, H., abad de nombre Mulebrunensis (¡ojalá con mérito!), perpetua salud en el Señor.

Hemos oído cosas buenas de ti, oh sierva de Cristo. Las hemos oído, y damos gracias al dador de todos los bienes. Yo, por tanto, aunque sea de poca importancia, no sin esperanza de ser escuchado, te dirijo estas palabras, y solicito algún singular apoyo de tus oraciones. Pues teniendo a mi cargo una tarea ardua y ansiosa, a saber, el gobierno de las almas, pido, busco, llamo a través de ti para ser ayudado por el Señor con posibilidad y éxito feliz. Sin embargo,

que no te sea oneroso e indigno devolverme tus escritos, con los cuales mi cuerpo y alma sean instruidos, confortados y consolados. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a las buenas obras y a frenar en uno mismo las preocupaciones de las cosas mundanas.

Prudente varón de la luz verdadera. Oh hombre, estas palabras deben ser escuchadas: El hombre que desea pasar a la vida debe tener una visión especulativa con los ojos vivientes del alma, porque Dios vela en tales obras. Pues cuando venga la inundación inguinal de la causa cenicienta vomitando diversos crímenes; entonces el hombre frena el gusto de su mente, y se consume en el hecho insoportable de la dureza, levantándose hacia el amanecer de la luz, es decir, hacia la misericordia que venció a la muerte y quebrantó las entrañas sórdidas del infierno. Donde la misma misericordia borró los crímenes de los hombres. Así, el hombre debe tener ventanas para restaurarse a sí mismo en el bien. Pero, oh tú que eres generoso en tu voluntad, atiende que muchos ríos han fluido en ti, luchando con gran estruendo. Oh fuerte ligadura, y tantas fuentes de placeres de vicios florecientes. Permanece también en el ejemplo de la tórtola, doblando tus rodillas cuando te vences a ti mismo. Oh figura viviente, abre el cerrojo de tu mente en un rostro hermoso, que te conviene ante la presencia del Rey supremo. Cuida también de no ser un plomo vehemente por la dureza de tu boca, si no has ungido las heridas de las cicatrices dolientes. Besa a Dios en tu mente, y que tus deseos no se avergüencen de realizar en su buena voluntad obras rectas y justas. Ahora que sea para ti un refrigerio en tu trabajo, y frena en ti las causas mundanas, y haz que el rostro de tu alma sea decoroso como el de la paloma, para que las ventanas de la celestial Jerusalén te reciban. El Señor no te abandonará, sino que te dará el refrigerio de la salvación.

EPÍSTOLA LXIV.

B. ABAD DE SAN MIGUEL DE BAMBERG A HILDEGARDA. Para que implore la divina misericordia, a fin de que modere el flagelo que se sufre, y para que tenga encomendada el alma que próximamente migrará de este mundo.

A la señora H., desposada con el supremo Rey, y a las maestras de las hermanas de San Ruperto, B. de San Miguel en Bavenbergh, abad indigno, todo lo que vale en oración y devoción.

En el amor de aquel que con su propia sangre nos redimió, hemos oído que ardéis, a quien también, según nuestra capacidad, suplicamos fervientemente que los dones que os han sido otorgados los custodie perpetuamente. Con gran deseo del corazón anhelamos vuestra presencia. Sin embargo, debido a los obstáculos de los pecados, hasta ahora no hemos podido lograrlo. Por tanto, por aquel a quien amáis, os imploramos con toda dulzura que supliquéis al Señor por mí, para que se digne moderar el flagelo de misericordia con el que me ha tocado y me toca diariamente, de tal manera que aquí merezca encontrar salvación y en el futuro misericordia y gracia. Y si la divina predestinación se digna, como espero, llamarme pronto de estas tinieblas, deseo encomendar mi alma a vuestras manos y oraciones. Enviadnos, además, por el presente mensajero, los escritos de vuestro consuelo.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que vigile con diligencia y lleve la vara del padre con honor, para su propio beneficio.

En la ardiente advertencia está predestinado; que este pueblo escuchará con viva voz, lo que será extraído del torrente de piedra en la oscuridad de los misterios de Dios. Pero te veo en tu intención a veces resplandeciente como el amanecer, aunque también teniendo trabajo y angustia en ti mismo y en otros, de tal manera que te fatigas tan fuertemente, como si no supieras qué hacer. Ahora escucha al nobilísimo Padre de familia que te advierte: Vigila con esfuerzo y levántate en la luz, para que lleves su vara con honor durante el día, pues si el hombre exterior a veces se fatiga bajo el azote de Dios, el interior se levanta tanto más fuerte, por la fortísima fuerza que quiere sostenerte en la rueda giratoria de su gracia.

EPÍSTOLA LXV.

BERTHOLDI ABAD DE ZWNIELDEN A HILDEGARDA. Sufriendo persecuciones, busca en ella algún auxilio de consuelo.

HILDEGARDA, sierva de Dios del Monte S. Ruperti en Pinguis, BERTHOLDUS de Zwiefalten, solo de nombre abad, polvo y ceniza, si algo puede la oración del pecador.

Deseando desde hace mucho tiempo vuestro coloquio, he querido haceros un clamor de viva voz sobre las injurias y tribulaciones que los crueles perseguidores me infligen, mientras intentan reducirme a la nada. Pues aunque a menudo me he alegrado con las consolaciones de vuestras palabras, sin embargo, por la oscuridad de las mismas, ya que apenas se abren a mi entendimiento, me he entristecido más. Por lo tanto, enviando este mensaje a vosotros, con peticiones lacrimosas y miserables, llamo a vuestras puertas, para que, según la capacidad de mi pequeño ingenio, buscando la voluntad de Dios sobre las angustias que nos acechan, me remitáis algún consuelo por medio de cartas. Pues temo mucho que mi mente se disperse en la tempestad de una tribulación insólita, y que se hunda en el profundo de la desesperación.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Declara que el hijo de la herencia es herido por la vara debido a la inquietud de las costumbres de su mente.

La luz viviente dice: Vi a un hombre, a quien dejé como débil y cojo en la excelencia del magisterio. ¿Cómo? Aquellos que en la debilidad de su carne eran como náufragos desnudos y rebeldes, él los evitó por temor a la guerra. Pero ahora lo veo como un humilde y lloroso peregrino. Por lo tanto, lo observo como a un hijo de la herencia, golpeado con una vara debido a la inquietud de los hábitos de su mente. Sin embargo, deseo restaurarlo a la Iglesia primitiva, como a un hombre feliz, cuando la montaña se sumerge en Tauro. Ahora vive para siempre.

EPÍSTOLA LXVI.

G. DEL ABAD DE SALEM A HILDEGARDA. El abad de Rettinhasilis, elegido como abad de Salem, deseando renunciar a ambos cargos, busca de ella investigar la voluntad de Dios.

A la amadísima en Cristo señora y madre suya H., G., ministro de los hermanos en Salem, si algo puede la oración de un pecador.

Todo el que ama a Cristo, también tiene el Espíritu de Cristo, y nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII). Tú, en verdad, dulcísima madre, has sido enviada con un don especial del Espíritu Santo, distinto de los otros miembros de Cristo, para visitar el fin de este mundo. Pues verdaderamente el Espíritu Santo, hablando a través de ti y en ti

como en su instrumento, se revela y es reconocido de manera clarísima. Finalmente, he visto y leído los grandes sacramentos de los misterios de Dios, que el Señor de las ciencias ha revelado a los hombres indignos a través de ti en el libro que escribiste. Creo, por tanto, y tengo la certeza de que el Espíritu de verdad, que procede del Padre Dios y del Hijo, resplandece y fulgura a través de ti, contra el Espíritu de la mentira, que está por venir del padre diablo. Contigo, pues, como con la esposa y sierva de Cristo y conocedora de los secretos de Dios, humildemente y sencillamente busco la voluntad de la opinión por la ansiedad de mi corazón, si este afecto y este deseo no van en contra de su voluntad. Por consejo común de los hermanos de Salem, al fallecer el abad de esa casa, fui elegido como padre, aunque ya antes, durante mucho tiempo, había administrado, aunque inútilmente, el mismo cuidado pastoral en Rettinhasili. Dios, que es conocedor de lo oculto, sabe que siempre he tenido y tengo esta y aquella administración completamente a disgusto. Por lo tanto, te ruego que me insinúes sencillamente la voluntad del Espíritu Santo sobre este asunto, es decir, si es más prudente y saludable renunciar a esta carga, te dignes decírmelo; si no, que pueda saberlo a través de ti. Sin embargo, lo que desees, que me lo comuniquen las cartas selladas que me envíes a través del portador de las presentes. Adiós, mi señora, en el Señor.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Aquel que por la fe haya aceptado el cuidado de un rebaño, no debe abandonar la responsabilidad pastoral; en verdad, es un transgresor quien deja su rebaño para asumir otro.

Cualquiera que haya aceptado un campo o un rebaño por la fe de la administración no debe abandonarlo, sino que debe gobernarlo como un padre de familia. Porque quien abandona su propio rebaño y recibe otro, es llamado transgresor de los mandamientos de Dios. Tú, sin embargo, como pastor según la piedad del Padre, y según el cuidado del pastor, ten la vara de corrección. El pastor tampoco debe hacerse ladrón. ¿Cómo? Pues el ladrón toma lo que quiere y deja lo que no quiere. Así también muchos pastores eligen lo que quieren según su propia voluntad y rechazan lo que no quieren. A menudo incluso desprecian a los discípulos perfectos y buscan a los vagos y vanos. Un padre piadoso corrige a su hijo con todo amor y no le quita lo que es bueno para él. En tu congregación veo a algunos resplandeciendo como el amanecer a través de buenas obras y paciencia, pero veo a la mayor parte a través de la inconstancia de sus costumbres y vanidades nebulosas, y su propia justificación en palabras de excusa. A estos advierte y corrige tanto como puedas. Porque Dios eligió el Antiguo y el Nuevo Testamento, y los dejó a sus hijos, para que fueran enseñados a vivir rectamente por el Espíritu Santo. Dios te quiere a ti. Cuida, por tanto, de no apartarte de Él.

CARTA LXVII

B. ABAD DE SAN EUCARIO A HILDEGARDA. Alaba los dones de Dios en ella y se encomienda a sus oraciones.

HILDEGARDI, perla resplandeciente, B. pobre de Cristo, siervo y abad de S. Eucharío indigno, en el propósito de la virginidad para agradar al esposo de las vírgenes.

Hemos oído y conocido la fama de vuestra virtud, más aún, la virtud que opera en vuestro frágil vaso de divina piedad. Hemos oído y conocido, y de inmediato hemos considerado cumplido en vosotros aquello profético: Es bueno para el hombre llevar el yugo, etc. (Lamentaciones III), verdaderamente os habéis elevado mucho y sobre vosotros mismos: porque lo que nosotros tememos emprender, lo habéis superado con ánimo viril y llevado a la

costumbre, de modo que podéis decir con el Apóstol: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III). Pero nosotros, aunque impedidos por las fluctuaciones del mundo tumultuoso, hayamos tardado en saludar vuestra santidad a través de nuestros mensajeros, no debe creerse que se ha enfriado en nada aquel fuego de caridad que una vez comenzó a arder hacia vosotros en nuestros corazones; por lo cual, en nada menos vuestra bienaventuranza debe tener memoria de nuestra pusilanimidad ante aquel con quien sois un solo espíritu, y el mismo os recuerde incesantemente que actuéis por nosotros y por el lugar que se os ha confiado a las hermanas, también deseamos vuestras palabras de amonestación, y siempre deseamos de todo corazón que estéis bien. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le ofrece consejos piadosos, especialmente, para que ejerza mansedumbre con sus subordinados.

Quien dice: Oh hombre, estás revestido con la coraza de la fe y ceñido con el cinturón de la santidad. Así como un hombre ve su rostro en un espejo, no teniendo en esto plena alegría, porque a veces duda si su rostro es hermoso o no. Pues tu mente es semejante a un edificio que se ve desde lejos y que a veces la niebla cubre. Pero también eres precipitado como un fardo que el portador lleva a la venta. Por lo tanto, considera si es más útil el buey o el asno; si la tierra verde o la árida; si el nombre o el pronombre; si la montaña o el valle entre los enemigos del hombre. Pero un maestro honesto es mucho más útil que la multitud restante. Así como el aire es útil, produciendo diversos frutos en sus alas. Porque las obras del hombre valen poco sin la providencia del maestro. Ahora ten cuidado de no desfallecer en la enseñanza mientras tengas como un solo ojo de la vida; sino ofrece luz a los tuyos en la dulzura materna, y limpia sus heridas sin la fama de la tiranía, ya que un buen médico unge las heridas de los hombres con misericordia, y no se demora en esto. Pues dio un beso a su propia oveja y la lavó en su sangre. Tú, sin embargo, oh hombre, coloca la misericordia, es decir, la hermosa amiga del rey, en el tálamo de tu mente, y vístete con la santidad como con púrpura, y recoge como diadema de belleza y dulcísimos aromas en tu seno, y vivirás eternamente, como monte de mirra e incienso. Vigila, pues, llevando tus cargas con la llave de la recompensa, de modo que cuando el sol brille sobre todo sin el torbellino de diversas tempestades, allí te aparezcas útilmente.

EPÍSTOLA LXVIII.

L. DEL ABAD DE SAN EUCARIO A HILDEGARDA. Manifiesta su reverencia hacia ella y le ruega que le responda sobre el asunto que le ha sido encomendado.

A la santa y consagrada virgen de Dios, H., su amada madre, L., solo de nombre abad de S. Euchario, salud y el afecto de tan gran devoción, que si alguien más que yo lo supiera, o no sabría nada, o sabría lo que no es cognoscible.

Sería bastante ridículo si las águilas saludaran a las mariposas, si los ciervos a las pulgas, si los leones a los gusanos enviando cartas. Así, o más bien, más que así, es de asombrarse, o para ser más preciso, de reírse, que un pecador, poco o nada versado en las artes divinas o humanas, se atreva a escribirle a aquella a quien Dios, con una maravillosa prerrogativa de castidad, ha dotado de una excelencia de ingenio tan alta y tan insigne, que no solo supera las agudezas de los filósofos y dialécticos, sino también las de los antiguos profetas. Sin embargo, a esta temeraria presunción, madre piadosísima, no negarás tu perdón con tu acostumbrada benignidad, ya que la causa de escribirte ha sido la audacia de la familiaridad. Pero ni la dificultad del camino me disuadirá de escribirte y de acudir a ti con frecuencia,

mientras la utilidad de tus palabras me invite, tanto más grata cuanto mayor haya sido el esfuerzo con que se ha conseguido. Pues poseemos con más gratitud lo que adquirimos con esfuerzo. Por lo tanto, señora, no te ofenda nuestra impertinencia, ya que la caridad compasiva suplirá las fuerzas que la debilidad del cuerpo te niega. Espero con gran deseo las cartas que me prometiste, las cuales no demores en enviar a través del portador de la presente. Y también responde sobre lo que te parezca respecto al asunto que se te ha encomendado.

RESPUESTA DE HILDEGARDA Enseña cómo debe comportarse con sus súbditos.

En una verdadera visión vi y oí lo siguiente: Un hombre cultivaba un jardín con esmero, pero una niebla que sobrevino lo secaba, y aquel hombre dejó el mismo jardín inculto, luego lo removió cavando y puso en él rosas, lirios y otros buenos aromas; pero nuevamente las flores de estas hierbas eran agitadas por un torbellino que sobrevenía. Entonces el mismo hombre decía dentro de sí: Haré de este jardín un campo, en el cual sembraré trigo y cebada. Ahora tú, que eres llamado Padre, escucha. Este jardín era tu comienzo, que al principio fue algo nebuloso por diversas vicisitudes, pero luego, por la admonición del Espíritu Santo, lo convertiste a una mejor parte, y en el Espíritu Santo te deleitabas como en buenas hierbas. Sin embargo, el tedio a veces te fatigó, como el torbellino inclina las flores. Ahora a Dios le ha placido que te constituyas agricultor, para que con gran solicitud mires alrededor y pongas el arado correctamente en la tierra; porque no te servirá de nada que languidezcas por el tedio. Harás esto según los ejemplos de los santos, y en sus costumbres aprenderás los hábitos del piadoso Padre. Ama a los buenos y rectos, pero corrige a los vanos y delincuentes, y soporta pacientemente a aquellos que son duros como piedras, para que no caigas sobre ellos con dureza, ni con el ímpetu de la ira como un águila, sino que hagas todo con moderación. Hazlo así para no dispersar el rebaño de Cristo. También a ti mismo cohibe, y vive según la Regla del maestro más docto, e instrúyete del hombre fortísimo, que hizo brotar las aguas y las dividió en arroyos, y que hace germinar la tierra y florecer los árboles frutales; y que elevó los montes, y los puso sobre los valles; y que estableció el firmamento con todos sus ornamentos, y que hizo soplar los vientos, y volar el aire con el fuego. Este mismo hombre también es bendito, porque toda bienaventuranza procede de él, y es llamado hombre, porque creó todo, y soportó virilmente todo lo que es virtuoso y fuerte. Por lo tanto, impregna tu mente con los arroyos de las aguas de las Escrituras y la conversación de los santos y cómo vivían, y prohíbe a tu cuerpo que haga germinar las riquezas del diablo, sino las virtudes a través de la buena doctrina, y atiende al monte de las virtudes: y haz esto con humildad, y en tus hermanos produce flores como de los árboles. Sé también sol por la doctrina, luna por la diferencia, viento por el magisterio esforzado, aire por la mansedumbre, fuego por el hermoso discurso de la doctrina. Comienza esto en la hermosa aurora, y perfecciónalo en la luz resplandeciente, en lo cual también persiste con esfuerzo, para que vivas eternamente.

EPÍSTOLA LXIX.

W. DEL MONASTERIO DE BOSONIS-VILLA A HILDEGARDA. Habiendo sufrido persecuciones y calumnias, solicita de ella oraciones y cartas de consuelo.

W., por la gracia de Dios, aunque indigno, abad de Bosonis-villa, a H., su amadísima virgen consagrada a Dios, aquello que es lo más feliz en la vida eterna.

Puesto que en las tormentas de tribulaciones la gracia de Dios te ha concedido ser un puerto seguro para todos los que a ti acuden, por eso nosotros, en peligro, no dudamos en extender nuestras manos suplicantes hacia ti. Por la presente carta te informamos que nuestra iglesia,

que por la misericordia de Dios ha sido tenida en gran honor durante muchos años, ya por nuestros pecados, ha sido manchada por un detestable rumor de infamia. Pues algunos de los nuestros, incitadores de males, con la sugerencia del diablo, que siempre es enemigo de los buenos, no cesan de perturbar nuestra casa, a nosotros y a todo el convento con cualquier molestia que puedan; y para resumirlo todo, su desenfadada soberbia ha llevado a que todos digan que nuestros pecados ocultos ya han salido a la luz. Por tanto, llevando esta carga de opresión con el fin de obtener alivio, te pedimos humildemente que nos escribas alguna palabra de consuelo sobre esto; y sobre todo, te rogamos insistentemente que con tus oraciones nos reconcilies con Dios y con los hombres. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Enseña que el monasterio es sostenido con la ayuda de Dios, y aconseja evitar ciertas cosas que deben ser evitadas.

En una visión que mi alma frecuentemente ve, despierta contemplo en tu lugar un torbellino, como en alguna alternancia de nube resplandeciente y negra y turbulenta, y el mismo lugar muy agitado. Pero en tu alma veo tres colores. El primero en la negrura de la malicia y la ira, el segundo en el humo del gusto de la inutilidad, el tercero en la semejanza de la aurora resplandeciente de la benevolencia y del suspiro anhelante hacia Dios. Sin embargo, veo una luz gloriosa en algunos de tu multitud ascender hacia Dios, por lo cual Dios sostiene ese lugar con su ayuda. Pero tú, buen pastor, contempla aquel campo, que en la plenitud de sus frutos ha sido bendecido por Dios, y sobre el cual ha venido una nube negra, que lo daña mucho, y hace su fruto peor que antes. Esto es el tedio y la malicia que están en el corazón de aquel que conoce el bien y puede realizarlo, pero en ambas partes, es decir, el tedio y la malicia, ocupa su mente, y así se ve impedido de la buena obra. Hijo de Dios, huye de esto, y trabaja en el campo fructífero con el fuego del Espíritu Santo antes de que llegue aquel día en que ya no puedas trabajar más.

EPÍSTOLA LXX.

R. DEL ABAD DE ZWETTEL A HILDEGARDA. Consulta si debe abandonar el cuidado pastoral.

A la santa y venerable madre H., R., siervo de los siervos de Dios de Zwetel, que vea al Rey de reyes en su esplendor en la tierra de los vivientes.

La gracia de Dios en vuestros labios se demuestra por la manifestación del Espíritu que os ha sido dada para el provecho de muchos. Pues creemos que habéis recibido el espíritu de sabiduría e inteligencia que es de Dios, el cual sopla donde quiere (Juan III), y de quien tiene misericordia a quien quiere, y endurece a quien quiere (Rom. IX). Sabiendo esto, me ha parecido bien consultar vuestra prudencia con estas letras, o más bien invocar al Espíritu Santo, autor de vuestra prudencia, para que a través de vosotros disipe la oscuridad de mi mente. Pues llevo una carga pesada, a saber, el oficio de la cura pastoral, que es difícil y laborioso llevar hasta el final, ya que no corresponde al mérito de mi vida ni a la doctrina de mi sabiduría, y es igualmente peligroso deponerla. Por tanto, os ruego, vuestra santidad, que en esta fluctuación consoléis mi pusilanimidad, y os dignéis responderme lo que plazca al Espíritu Santo.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le da consejos piadosos y saludables para el gobierno de los suyos.

En tu mente, al reflexionar, exageras el deseo de descansar o desistir de cada labor, y así no levantas la mano para realizar la obra de tu maestro, sino que, con los dientes rechinando, dices dentro de ti: No puedo soportar todo lo que se me opone contradiciéndome. Este tiempo es similar al de los hijos de Israel, cuando sus líderes trabajaban arduamente instruyéndolos en los mandamientos de Dios; pero ellos, despreciando a Dios, miraron hacia el abismo de su propia propiedad. Esto también sucede ahora en los hijos de Israel, es decir, en el pueblo espiritual que está en la contemplación de Dios. Pero aunque los hijos de Israel pecaron de cualquier manera, Dios nunca los dejó sin un maestro. Finalmente, también vino el Maestro inmaculado, quien en su humanidad hirió toda iniquidad, y quien fue el más poderoso sobre todos, porque nadie se le apareció igual. Pero observa lo que él sufrió de los injustos y qué ejemplo dejó a los maestros. Pero tú dices dentro de ti: No puedo realizar ningún bien en ellos. Ahora, sin embargo, mira dentro de ti mismo y observa cómo los llevas y sostienes, de modo que ni ellos sean culpados contigo, ni tú seas culpable con ellos. Quien ama la justicia y aflige la injusticia, y no participa en nada con ella, incluso si no es escuchado por los discípulos, es justo. Porque Cristo reunió a sus amados y elegidos, aunque no fue recibido por todos los hombres. Mira también dentro de ti mismo con la circuncisión de la justicia de Dios, como está escrito: En fimbrias de oro, adornada de variedad (Salmo 44), es decir, sé manso y humilde en tu mente y corazón. Y esto también en fimbrias de oro, de modo que lo hagas sabiamente al expandirlas, y con la circuncisión de la justicia corrija a tus súbditos, teniendo caridad con esa variedad, que la esparzas por todas partes, como los vientos están divididos en sus fuerzas. Porque el Aquilón golpea y de ninguna manera perdona; pero hay otro viento que es en algo similar a él, que lo sostiene. Otros vientos se encuentran con estos con suavidad; pero otro los templea a todos. Porque el Aquilón es una corrección firme, en la que se oculta cierta ira. Pero otro viento lo sostiene con severidad y discreción, para que el hombre corrija justamente. El viento que es más suave enseña al hombre a ser misericordioso y piadoso, de modo que recuerde que cada otro hombre también está en él; y así este viento es el ojo de esos mismos vientos. Pero el viento ardiente templea y divide todos estos vientos con caridad, y los discierne, para que el Aquilón no caiga con la enfermedad que cae, como cayó Satanás; sino que persevere en la rectitud, y que el viento que es severo consista en la constancia de la justa venganza, como está escrito: Airaos, pero no pequéis (Efesios 4). Esto es, la ira debe ser tal que no se asocie con la iniquidad consintiendo, y que no concilie al hombre completamente con el crimen odioso. Por lo tanto, el viento más suave, templado por el viento ardiente mencionado, persiste con corrección discreta, como lo hace quien golpea a su hijo con la vara, a quien sin embargo ama. De esta manera, templea, divide y discierne a ti mismo, y corrígete en la fe y el temor de Dios, y entonces la jugadora de vicios y la obnubilación de los hábitos inquietos huirán de ti, y el fuego del Espíritu Santo arderá en ti.

CARTA LXXI.

NICOLAS, ABAD DE HALESBRUNNE, A HILDEGARDA. Le pide cartas de consuelo.

A la venerable en Cristo y muy amada madre, señora H. de San Ruperto, el hermano NICOLÁS, llamado abad en Halesbrunnun, le desea todo lo que se pueda desear más felizmente o esperar más sublimemente.

Cierto de que siempre habéis tenido el placer de proveer lo más útil para todos, os ruego atentamente que también me aconsejéis con el afecto habitual. La razón por la cual no he visitado vuestra santidad durante tanto tiempo, creo que no os es desconocida, ya que lo he deseado profundamente. Sin embargo, lo que no puedo hacer en obra, lo realizo en mente. No es necesario otro testigo aparte de vosotros para saber si esto es así. Ahora, suplicante, pido,

busco, llamo, para que por medio de vosotros se me conceda la consolación divina, es decir, que sea advertido por vuestras cartas y liberado del mal por vuestras santas oraciones. Pues para Dios nada es imposible, ni sabemos que esto os sea negado. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Alaba su buena intención hacia Dios y la exhorta al trabajo.

La verdadera luz en la luz habla por boca de la Sabiduría: La antigua ley dejó atrás los signos oficiales, y en la escucha de la palabra tuvo tedio, ni quiso trabajar, y así terminó. Entonces la Iglesia se levantó bajo el estandarte del Rey, y observó la misma ley con el ojo más puro, sin tener tedio, sino que trabajó con gusto. Así tú, oh buen soldado, haz lo mismo. Y de nuevo: Cuando un hombre guerrero saca a su ejército, si un hombre vil permite que su estandarte caiga, otro hombre muy fuerte lo levanta y lo lleva con valentía, por lo cual su señor lo ama mucho y le da una gran recompensa. Así también te sucederá a ti, si en lugar de Cristo trabajas con él con valentía. Pero tu mente brilla con una buena intención hacia Dios, aunque un cierto viento de un torbellino de inutilidad te fatiga, el cual el Espíritu Santo alejará de ti. Y las calles de ciertas ciudades están llenas de lodo, y el calzado de algunos hombres está lleno de podredumbre, y la justicia está nublada con la iniquidad, y los preceptos de la ley han sido violados con la transgresión de los mandamientos de Dios. Por lo tanto, que los pastores lloren y se cubran de ceniza, porque los grados establecidos de la Iglesia ya no quieren saber qué son. Pues la cabeza carece de ojos, y los pies no tienen caminos, porque los crímenes de la iniquidad superflua de los hombres aún no han sido purgados completamente de la mano de Dios; pero sin embargo, estos males no durarán mucho tiempo, y una luz mejor brillará que la anterior. Ahora bien, algunos hombres están divididos en dos partes de su corazón, a saber, en una parte, que con la altivez de su propia mente quieren saberlo todo, y en la otra, que odian el progreso de aquellos que caminan por el camino recto. Esta pésima turba diabólica, que se llama corazón del mal, los fatiga con gran dureza y daño. Y este tipo de espíritus malignos no se atreve a contradecir lo que Dios ha construido, sino que distrae cada causa ajena, de modo que lo que ellos quieren y eligen en la perdición, eso en su estimación dicen que es bueno y santo en Dios, y así conducen al pueblo en gran burla. Pero cómo debe evitarse este tipo, se destruye en la humildad y estabilidad de los hombres fieles.

EPÍSTOLA LXXII.

ABADES DE BELLEVAUX, G. DE CHERLIEU, A. DE CLAIRVAUX, R. DE LA CHARITÉ, Y G. DE BETANIA, A HILDEGARDA. Alaban los dones divinos en ella, y envían a una noble mujer estéril, para que, con los méritos y oraciones de ella intercediendo ante Dios, pueda concebir.

Bellaevallis, G. Cari-loci, A. Clarifontis, R. Caritatis, G. Bethaniae, llamados abades, H. elegida de Cristo, esposa, florecer en gracia y alabar el cántico.

A Dios, dador de todos los dones espirituales, ofrecemos con júbilo de todo corazón acciones de gracias, quien no se desdeña de renovar en nuestro tiempo los antiguos milagros de su dignación. Por lo cual fácilmente advertimos que no nos defrauda en sus promesas, con las que consoló a los suyos diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII). Aunque nos encontremos indignos de estas promesas, reconocemos, sin embargo, que así los corazones de vosotros, con la cooperación del Espíritu Santo, se inflaman, de modo que, aunque ignorantes en la composición de libros y en hacer otras muchas maravillas, y en estas cosas que son asombrosas en el presente, la celestial

armonía maravillosamente os inspira, y lo que antes era desconocido para los mortales se hace manifiesto por vosotros. ¿Y qué hay de sorprendente? Ya, ya, digo, como verdadera esposa de Cristo e inmaculada, apoyada sobre su amado, cuya izquierda está bajo vuestra cabeza, y su derecha os abraza (Cantar de los Cantares I), quien os ha llevado a su cámara y os ha revelado excelentemente sus secretos. Para que en esto os fortalezca el Señor, deseamos fervientemente que alguna cosa sobre nuestro estado os sea divinamente revelada y os dignéis insinuárnosla, humildemente lo solicitamos. Pero esta mujer, portadora de la presente, es una dama noble y esposa de un hombre muy amado. Ella viene a ti con mucha devoción, humilde y a pie, aunque podría venir en caballos y con gran comitiva. La causa de su venida es esta. Ha permanecido estéril por mucho tiempo, aunque al principio engendró hijos: pero al morir estos, y no engendrando otros, ella y su esposo se ven afligidos por un dolor vehemente. Por eso acude a ti, sierva y amiga de Cristo, con la confianza de que por tus méritos y oraciones obtendrás de Dios que pueda aún ser fecundada, y ofrecer a Cristo el bendito fruto del vientre en la procreación de hijos. Por ello, nosotros, rogados por ella y su esposo, te rogamos que en esta petición intercedas por ellos ante Dios, y que merezcan obtener lo que desean.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Después de darles varios consejos piadosos, dice que está en la voluntad de Dios hacer fecunda o no a la matrona, mientras tanto promete orar por ella.

Oh personas que por la gracia de Dios están en la vocación pastoral del cuidado dominical, aprendan la primera vocación de Adán, cuando Dios le dijo: ¿Dónde estás? (Gén. III) cuando por desobediencia se convirtió en transgresor. Entonces también su nombre era como tierra oscura, y Dios le dio vestidura, sabiendo que por él tomaría la túnica de la humanidad. En la cual también con clara voz de misericordia lo llamaba de nuevo, cuando el hijo pródigo volvió en sí mismo a la memoria de su padre, diciendo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! (Luc. XV), y su padre lo recibió con alegría. Ahora os conviene a vosotros, maestros, que con el primer ojo de claridad veáis que Dios llamó de nuevo a Adán por un camino ajeno, a saber, por el beso de la humanidad en el becerro cebado, diciendo así: El hombre había perecido por desobediencia, pero lo traeré de vuelta por el arrepentimiento. Pero también subid al monte alto, y en el valle haced tabernáculos, y en ellos permaneced mucho tiempo. Pues cuando miráis hacia arriba, siguiendo a Dios subís al monte. Entonces también mirad hacia la profunda humildad; porque el Hijo de Dios en su humanidad llevó a todo el hombre, y en todas vuestras obras, es decir, en vosotros mismos y en los demás, observad la humildad, y en ella perseverad mucho tiempo. Cuidaos, pues, de que vuestra mente no sea como un monte negro, donde en carbones encendidos se hacen metales por las artes de los herreros. Estos son los hábitos desaliñados en mala costumbre, a veces pensando, a veces deseando, a veces haciendo lo que es inútil, lo que no prepara la santidad, sino que causa la lesión de la lascivia. Esto, soldados de Dios, huid y mirad aquella luz que habéis probado un poco, y levantad rápidamente hacia la santidad, porque no sabéis cuándo recibiréis el fin. Dios dio racionalidad al hombre. Pues por la palabra de Dios el hombre es racional. La criatura irracional es como un sonido. Así Dios constituyó toda criatura en el hombre; pero a la racionalidad le dio dos alas, de las cuales el ala derecha significa el buen conocimiento, y la izquierda el mal conocimiento. En esto el hombre es como si fuera volátil. El hombre también es como el día, y como la noche. Pero cuando el día oprime a la noche en el hombre, el hombre es llamado buen soldado, porque en virtud militar supera el mal. Por lo tanto, vosotros, hijos de Dios, luchad por Cristo durante el día, y en la quietud de la mente huid de la niebla que nubla el día, y también evitad las insidias nocturnas que por la propia voluntad en la dilatación del corazón hablan con exceso, y sed como el día que es tocado por el rocío al amanecer, y que luego es templado en una placentera templanza, de modo que probéis todo con discreción, y que proveáis

correctamente lo bueno para vosotros y para los demás. En las cavernas de la paloma habita con pura simplicidad, para que tengáis la voz de júbilo y salvación en los tabernáculos de los justos. Pues Dios puso la voz vital del aliento de vida en la racionalidad, a saber, la voz de júbilo, que con buen conocimiento ve y reconoce a Dios en la fe, y esa misma voz suena en la trompeta bien sonante con obras de benevolencia. La voz tiene el abrazo de la caridad, de modo que también recoge a los mansos con humildad, y con misericordia unge las heridas. La caridad también fluye con el torrente de agua del Espíritu Santo, es decir, con la paz de la bondad de Dios. La humildad también prepara el jardín con todos los frutos de la gracia de Dios, que tiene el círculo de toda la verdor de los dones de Dios. La misericordia, sin embargo, suda bálsamo para todas las necesidades que le sobrevienen al hombre. Esta voz de caridad suena en la sinfonía de todas las alabanzas de salvación. Ella también suena en lo alto por la humildad, donde ve a Dios, y donde lucha con victoria contra la soberbia. Esta voz clama con voz lacrimosa y alegre por la misericordia, porque recoge a los pobres y cojos hacia sí, y porque así pide ayuda del Espíritu, para que todo esto se cumpla con buenas obras. Ella suena en los tabernáculos, donde los santos resplandecen por aquellos edificios que se prepararon en este mundo. Vosotros, hijos de Dios, uníos a la voz de los buenos donde se os ha ordenado, y Dios os recibirá, porque os quiere, y viviréis eternamente. Lo que pedís que la matrona sea fecundada con la ayuda de Dios, esto está en la voluntad y poder de Dios, porque él sabe dónde concede la prole, dónde la quita, porque no juzga según la vista de los hombres, sino según el juicio interior. Yo, porque lo habéis pedido, oraré a Dios por ella, pero que él haga lo que ha dispuesto hacer piadosa y misericordiosamente.

EPÍSTOLA LXXIII.

N. DEL ABAD DE EBERBURDA A HILDEGARDA. Da inmensas gracias a Dios por los dones concedidos a Hildegarda, y le pide su intercesión en oración.

Con las flores de las virtudes de los santos coronada, a la gloriosísima sierva de Cristo de Binga, N., humilde e indigno proveedor de los hermanos en Eberburde, por el empeño en el buen propósito, ser recompensada con el denario diario evangélico.

No cesaré de dar inmensas gracias a Dios, quien ha colocado la grandeza de vuestra persona como una lámpara ardiente no oculta bajo un celémín, sino sobre un candelabro, quien con la visita angelical y la gracia de su Espíritu no deja de proteger y consolar vuestra reverenda santidad; quien también ha difundido la buena fama de vuestra reputación no solo en la región de Alemania, sino también en nuestras y otras partes del mundo, como su buen aroma, para que con razón podáis decir con el Apóstol: Somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. II). Y nosotros, congratulándonos con la cima de vuestra piedad, nos vemos obligados a decir: ¡Cuán hermosa te has hecho en las delicias, hija de príncipe, exultaremos y nos alegraremos en ti, recordando tus pechos más que el vino (Cant. III), en los cuales nosotros, los débiles, encontramos lo que buscamos, y los fuertes y robustos, según la sabiduría que Dios os ha dado, tomando alimento sólido, puedan decir irreprochablemente: Tus labios, oh esposa, amada de Dios. Porque una ciudad situada en la montaña de las virtudes no puede ocultarse, ya que el Señor os ha constituido como una columna inmóvil e incommovible en medio de su Iglesia, para que entre las penurias de este mundo, su pueblo, redimido por su sangre, aprenda por medio de vosotros qué debe desear y qué debe evitar, y guiado por los ejemplos de vuestras buenas virtudes, progrese día a día, y ascendiendo sin pereza de virtud en virtud, pueda ver al Dios de los dioses en Sion. Confiando, pues, en el favor de vuestras oraciones, aunque no sea digno de recibir la corona de los trabajos, al menos que me sea concedido primero huir del suplicio. Por tanto, me encomiendo

diligentemente a vuestras oraciones, porque con grandes pecados he ofendido repetidamente la piedad de Dios. Adiós, amadísima señora, y rogad a Dios por mí, indigno, y saludad con las palabras que Dios os ha dado.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a que enseñe diligentemente al rebaño y vuelva la mirada hacia sí mismo.

Las flechas que vienen en la incredulidad y en la contumelia de las palabras maliciosas son semejantes a un viento peligroso que de repente llega al corazón del hombre. Y esta es la tempestad del primer ángel, en la cual él mismo despreció a Dios. Sin embargo, a menudo veo en la felicidad del hombre, a quien Dios ama mucho, que estas penas se le presentan, porque el enemigo conoce su felicidad y quiere oprimirlo en esta tempestad para que caiga con él. Pero no puede arrancarlo del seno de Dios. No obstante, la angustia y la tribulación le sobrevienen por los elementos, aunque en esa medida en que Dios lo observa. Así como la Iglesia ha recibido la nueva generación de una nueva descendencia en la sangre de Cristo, así era necesario y conveniente que el don del Espíritu Santo, es decir, el agua, se uniera a la sangre de Cristo, porque también la corrupción está en la sangre de cada hombre. Pero te advierto, oh padre de familia en el monte Sion, que hagas lo que seas una trompeta que suene vigorosamente en el pueblo espiritual de tu rebaño, para que no desfallezca en la caridad y en la obediencia, y viva eternamente. Y nuevamente en ti mismo ten ojos por todas partes para contemplar la justicia y la verdad, de modo que tu alma siempre vigile, para que no te veas impedido por el ruido de este siglo.

CARTA LXXIV.

RICHARDUS ABBAS DE SPRINCHERSBAT AD HILDEGARDAM. Cansado del cuidado pastoral, consulta a Hildegarda sobre si debe mantenerlo o abandonarlo.

RICHARDUS, siervo de Dios en Sprinchersbat, ministro indigno, a H., dispensadora santísima y digna de Dios de la congregación de San Ruperto, para recibir la compañía de la ciudad celestial después del fin de este mundo.

La razón por la cual he instruido al portador de la presente carta para que asista y hable en mi nombre ante vuestra santidad es porque, aunque deseaba venir personalmente, no he podido hacerlo. Confieso que he pasado muchos días y años en vano pensando en esto. Desde el principio, siempre he deseado la presencia y conversación de vuestra magnífica santidad, y testifico ante Dios, quien conoce todas las cosas desnudas y abiertas, que esto es cierto y verdadero. Infeliz de mí, encargado de la administración del cuidado pastoral, me encuentro casi completamente desprovisto de fuerzas tanto mentales como corporales. Me veo a mí mismo como inútil, débil e incapaz para esta tarea, y solo deseo llorar y ser liberado del cuerpo de esta muerte (Rom. VIII, 24). Ahora, santísima y bendita entre las mujeres, deseo consultar al Señor a través de vos sobre mi causa, y saber si debo cesar y desistir de esta ocupación y administración. Si fuera posible, me gustaría conocer y averiguar esto principalmente a través de vos. Por lo tanto, os ruego que, por causa de Dios, me hagáis saber lo antes posible el contenido de esta cuestión mediante cartas selladas y cerradas, y que alegréis mi corazón afligido con vuestro consejo y ayuda en el Señor.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a llevar con valentía la carga impuesta por Dios.

Escucha, místico de Dios. El Señor, que posee la familia que le está sujeta, cuando elige a alguien de esa misma familia, dándole un lugar de santificación para que lleve su carga consigo, aunque esa persona se excuse diciendo que no es digna de soportar dicha carga; entonces, si su señor no lo escucha en esto, porque le agrada que lleve esa carga, no debe perturbar a su señor, sino que, en la medida de lo posible, debe obedecerle humildemente. Y si después, en la misma causa, se desliza alguna falta de utilidad debido a la debilidad de su entendimiento y conocimiento, no le perjudicará, porque su Señor lo proveerá. Ahora, Padre y amigo, en lugar de Cristo, atiende a este discurso y escucha: pues tu boca es celestial, y tu mente florece con la nube: de donde asciende tu raíz, adora al Señor tu Dios, y vístete con la coraza, y lucha contra los vicios desenfrenados, huyendo de la lascivia y no abrazando la avaricia. Sin embargo, el Dios a quien invocas en secreto, te acogerá en su amor.

CARTA LXXV.

DE UN CIERTO ABAD A HILDEGARDA. Da gracias a Dios por los dones concedidos a Hildegarda, de los cuales él fue testigo, y pide palabras de consuelo para quien está en la incertidumbre.

El pobre prelado, teniendo el oficio, a su señora y madre, H. de S. Ruperto en Pinguis, afecto de íntima devoción y oración.

Como proclama la multitud de fieles, no es de extrañar que Dios, al ser buscado por vosotros, se deje encontrar y se manifieste a vosotros, porque tenéis una fe no fingida en Él, y lo que es más, con su favor y gracia habéis consagrado a Él la integridad de vuestra infancia, y desde entonces habéis vivido en santidad y justicia, como un vaso de elección, hasta ahora ante Él. Y sin duda, quien os ha dispuesto a vivir de tal manera, y lo que es más importante, quien revela los secretos de sus misterios a través de vosotros, también juzga digna de ser escuchada cualquier petición que hagáis en su nombre. Y ciertamente, lo que he oído y en parte visto respecto a vosotros, creo sin ninguna ambigüedad que es divino y santo, y no puedo dudar de ello de ninguna manera, ya que sé que nada es imposible para Dios. Pues Dios, así como a través de hombres profetizantes, también quiso y pudo en ocasiones revelar los secretos de su divinidad a través de santas mujeres, como testifica Joel: "Derramaré", dice, "mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y sobre mis siervos y siervas derramaré de mi Espíritu". Además, se lee que Débora, Hulda, Ana madre de Samuel, Isabel madre de San Juan Bautista, y otras mujeres devotas a Dios, tuvieron el espíritu de profecía, y sin embargo fueron casadas; ¿cuánto más vosotras, completamente exentas de la fragilidad de la carne, guardando la castidad para Dios desde la infancia? Doy inmensas gracias, señora, a la omnipotente misericordia por haber merecido alcanzar el conocimiento de vuestra bienaventuranza: por lo cual también llamo humildemente a las entrañas maternas, para que me dirijáis palabras de consuelo a través de vuestros escritos, y levantéis mi espíritu, que fluctúa mucho en las tempestades, como ya lo habéis hecho muchas veces de viva voz, ahora también por escrito para la confirmación de la memoria.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Bajo ciertas figuras lo exhorta a obrar bien.

Tu mente es similar a una nube nívea, que es como una nube aérea en la que el sol resplandeciente se eleva, y también a veces es similar a una nube turbulenta, que trae tormenta. La nube nívea es el tedio de una mente errante: la nube aérea, en cambio, se dirige hacia el conocimiento puro a través de la paciencia que tiene fe; pero la nube turbulenta lleva la agitación de mucha tristeza en las mentes inquietas. Ahora aprende que la nube nívea tiene

el aire del norte, que hace que toda verdor se marchite, y del cual caen las flores. Ahora evita estas cosas, y permanece en el aire puro, y en la vida que no conoces recuerda a tu Creador, y no lo evites, aunque al verlo no lo reconozcas. De esa vida también emanaba tu espíritu, que se llama alma, cuando el alma procedió de ella. El alma, en efecto, realiza y prueba las obras, ya sean buenas o malas, y con esas mismas obras el Espíritu es un molino de fuerza muy poderosa. Pero tú edifica un edificio de buenas obras, para que cuando el ciclo de tu alma esté inactivo, encuentre ese edificio; si no lo encuentra, caerá en ruina. Por lo tanto, vigila diligentemente, antes de que la sombra de tu muerte se acerque. El Espíritu Santo, ardiente, te ayudará en esto.

EPÍSTOLA LXXVI.

H. PRAEPOSITI DE FLANHEIM A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

A la santa y venerable en Cristo madre, señora H. de Pinguia, H. de Flanheim, prepósito aunque indigno, mucha devoción de oración y servicio.

Dios, inspector de los corazones, sabe cuán gustosamente honraría a vuestra santidad con mis servicios, si por disposición divina recibiera el lugar y la oportunidad. Mientras tanto, os ruego que aceptéis mi devoción; y como os pedí anteriormente de palabra, orad por mí al Señor, para que os revele lo que me concierne, a fin de que pueda dar gracias por los bienes y satisfacer a Dios por los males con frutos dignos de penitencia antes de morir. Cualquier cosa que el Señor os revele sobre mí, dignaos comunicármelo por escrito, y tenedme encomendado en vuestras oraciones. Os habría escrito de manera más familiar y extensa, si la debilidad del cuerpo no lo hubiera impedido.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que su rebaño sea corregido, y contemple a Dios en la fuente más pura.

La luz viviente te dice que vigiles con diligencia, y que no acumules tedio en el cesto de tu mente como si fueras un extraño, es decir, como si no tuvieras la posibilidad de hablar. Dios, sin embargo, requiere de ti lo que tienes la posibilidad de hacer, cuida de tu rebaño. Por lo tanto, acúsate a ti mismo de no ver a Dios en la fuente más pura en esto, sino que solo dices: Dios, Dios mío, ayúdame; y sin embargo, al actuar así, no lo tocas. Oh buen soldado, ahora levántate, porque la gracia de Dios corre hacia ti, y vivirás eternamente, de modo que serás una piedra viva en la Jerusalén celestial.

EPÍSTOLA LXXVII.

W. ABBATIS HEGENNEHE A HILDEGARDA. Le revela los defectos de su alma y la debilidad de su cuerpo, y le pide que con sus oraciones sane ambos.

A la venerable maestra H., amada por Dios y de las hermanas de San Ruperto en Pinguis, W., prelado de los hermanos en Hegennehe, aunque indigno, el don de la ciencia y la sabiduría y el premio de la integridad perpetua.

Tan pronto como escuché la fama de vuestra santidad, me apresuré a enviaros mis cartas para saludaros; pero como no estoy seguro de si han llegado a vuestra presencia o no, continúo enviando nuevas cartas junto con las anteriores, hasta que sepa que han sido presentadas ante vuestra presencia. Y ahora, en estas cartas que os envío, siendo muy pobre y necesitado,

recurso a la ayuda de vuestras oraciones, porque aparte de la figura del hombre, no sé qué he recibido de los dones del Altísimo. La vista se nubla, el oído se ensordece, la lengua se constriñe por la falta de elocuencia, enmudezco en las alabanzas divinas por la falta de voz y devoción de mente, el entendimiento se ve obstaculizado por la lentitud, la memoria se vacía por la inestabilidad, el ánimo se infla de soberbia, se enciende de ira, se constriñe de tristeza, se abate de acedia, y continuamente se confunde por la pusilanimidad y la vergüenza.

Pero a todos estos males se ha añadido una enfermedad grave y molesta, de la cual, a menos que la misericordia de Dios me libere a través de ti, es necesario que, en poco tiempo, me enfrente al peligro de la vida. Pero como Dios es piadoso y misericordioso, y cumple la voluntad de los que le temen, pido que, por vuestras oraciones, pueda escapar de todos estos males tanto en el cuerpo como en el alma, y que, liberado del yugo de la dominación de mis enemigos, pues su yugo ha sido muy pesado sobre mí, me conceda alguna parte de la multitud de sus misericordias. ¿Acaso me ha reservado también a mí una bendición? Ruego que también me bendiga. También solicito a vuestra santidad, si me atrevo a pedirlo, que me instruyáis sobre el futuro estado de mi vida. Sin embargo, la presunción de preguntar todo esto a vos se debe a que la célebre fama ha divulgado que todo esto os es posible por aquel que habita en vos, Cristo. Adiós, señora, y que Dios me haga digno tanto de vuestra respuesta como de la ayuda de vuestras oraciones. Pues vivo y muerto me encomiendo a vuestras santas oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que evite la prelación si es inútil para los suyos.

La luz viviente dice: La primera causa que tu corazón ha sostenido dio el río, la segunda mostró claridad, y la tercera, que es en el cuidado pastoral, es la mejor: así si tus ovejas escuchan tu voz; pero si no te escuchan, huye de la preeminencia, de tal manera que des cuenta de tu talento. Pues si no puedes obrar a través de tu liderazgo en tus hermanos, sé semejante a ellos en la sujeción. Pero te digo: Estás fatigado por el tedio de las diversas vicisitudes de la conversación de tu mente; por lo tanto, te conviene más tener angustia por tus otros hermanos, que restringirte solo en la sujeción. Vive, pues, en el dador ígneo, y no tardes en el sentido vigilante.

EPÍSTOLA LXXVIII.

ABAD DE VESCERA A HILDEGARDA. Dudando si debe conservar la prelatura, busca ayuda y consejo sobre si debe abandonar el cuidado de las almas.

A la venerable y amadísima hermana en Cristo, señora H. F. de los hermanos de Vescera, ver al Señor Dios en Sion.

Cuánto deseo tengo, aunque pecador, de ver vuestra beatitud, puede estimarse por el hecho de que, estando lejos, contemplo vuestra presencia en espíritu. Pues, ¿quién no desearía verla, hablar con ella, quien, por no mencionar otras cosas, infundida por el Espíritu de Dios, frecuentemente revela secretos celestiales? Por esta razón, os envío estas cartas, esperando recibir consuelo y consejo sobre las preocupaciones que me oprimen intensamente. He aquí que yo, quien no soy capaz de dar cuenta de mí mismo, llevo temblando la carga de muchos otros, impulsado por el temor de Dios y el amor a los hermanos. Sin embargo, al considerar que ocupó el lugar de un prelado, que no puedo cumplir con hechos, de repente me sobrecogieron dolores como de una parturienta, ya que el cansancio extremo casi me ha privado de todo entendimiento del conocimiento. Para que el rebaño del Señor no peligre por

mi negligencia, he pensado en abandonar la responsabilidad asumida y trasladarme a otro lugar. Por lo tanto, suplico humildemente que confirméis mi mente dudosa con vuestro consejo, y que me comuniquéis por escrito cuál es la voluntad del Señor sobre este asunto. Conozco vuestra humildad, que no rechazáis nuestro coloquio, como el Señor hablaba con los publicanos. He aquí que esperamos vuestro juicio sobre esta causa, pues lo que, inspirado por el Señor, me sugiráis, eso he propuesto aceptar. Vosotros, compadecidos de mis angustias, rogad al Señor con tanto más afecto. Un abismo de continuas preocupaciones me rodea, y un mar de cuidados vigentes casi me absorbe. Ten piedad, madre, ten piedad del hijo que clama a ti desde lejos, y procura levantarme cuanto antes con consejo y oración. Que siempre estéis bien en el Señor.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Levanta al que vacila y lo hace seguro en la gracia de Dios.

Secreta Lux dice: Estás aterrorizado como por el viento, y duermes en el árbol de la verdor de tu mente. Pero el hombre que tiene la verdor de su corazón interior, edifica en lo alto del muro. Sin embargo, el pastor que apacienta el rebaño, no teniendo ayuda interior en las necesidades de su rebaño, sino que, fatigado, huye, a ese la preocupación pastoral no le servirá de nada: por lo cual se hace semejante a la oveja y no al pastor: Tú, hombre, eres como quien se agita en las aguas, que apenas se libera de no hundirse: de modo que en todas partes buscas la prudencia, pero sin embargo fallas en las fuerzas, no obstante en la voluntad; por lo cual también la gracia de Dios resplandece sobre ti.

CARTA LXXIX.

N. DEL ABAD EN ELVESTAT A HILDEGARDA. Se queja de que no ha respondido a sus frecuentes cartas y ruega que se digne aliviarlo en sus angustias.

A su señora y maestra H., el hermano N. en Elvestat, indigente y pobre, junto con el rebaño que le ha sido confiado, ser admitido en el colegio perpetuo de las vírgenes.

Muchas veces os he escrito cartas, muchas veces os he visitado en persona con peticiones, nunca he podido obtener de vosotros las cartas que prometisteis. ¿Acaso, lo que sería impensable, esto lo impide la baja condición de mi linaje o la insignificancia de mi persona, o tal vez, lo que es más creíble, la falta de intercesión de méritos? El Apóstol dice: "Soy deudor a sabios y a ignorantes" (Rom. I), y la misma Verdad: "Dejad que los niños vengan a mí" (Marc. X). ¿Acaso hay en ti, madre, acepción de personas? ¡De ninguna manera! Ahora, sin embargo, escucha al menos una vez al pobre que clama a ti con frecuencia, e intercede ante nuestro Señor por este miserable, para que se digne aliviar a su siervo, que confía en ti, rodeado de muchas y variadas tribulaciones y angustias.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Parece exhortarlo a celebrar con más frecuencia.

Serena Lux dice: Quien da palabras para meditar dice: Oh hombre, tienes confianza al pensar en el Hijo de Dios; pero sin embargo dudas en partir ese alimento que deseas comer, según lo indica tu mente. ¿Cómo y por qué te desvías examinando y mirando por todas partes, donde se encuentra aquello que está en la ceremonia? ¿Por qué haces esto? Dios edifica en cualquier causa que obre bien y justamente. Levántate, pues, hacia la Luz y vivirás eternamente. Porque Dios tiene para sí un holocausto en su instrumento. Bienaventurado es aquel que siempre

mantiene a Dios en todas sus causas, porque el diablo nunca lo engañará. Vive, pues, tú, oh hombre, y sé victorioso en el mundo sombrío.

CARTA LXXX.

H. DEL ABAD EN SELBOLTH A HILDEGARDA. Que no se niegue a orar a Dios por sus calamidades y miserias.

A la venerable Hildegarda, sierva del Dios omnipotente, H., humilde y modesto administrador en Selbolth, que abunde en toda gracia de la divina largueza, y después de esto, sea unida en el tálamo celestial con el Señor de todos los reyes, Jesucristo.

Bendita sea la misericordia del Dios omnipotente, que en estos tiempos de iniquidad te ha concedido a sus fieles como una lámpara resplandeciente en las tinieblas para consolarlos. Por tanto, habiendo escuchado durante mucho tiempo la fama de tu beatitud, y reconociendo ya desde hace tiempo que lo que se decía era verdad, me regocijo y me deleito tanto en tu beatitud, que aunque mi petición no tenga valor ante Dios, sin embargo, lo que puede parecer necedad y locura, siempre teniendo tu memoria en mis oraciones, pido y deseo que el Señor conserve en ti los beneficios de su misericordia que te ha otorgado, y que los aumente cada vez más en ti, y que te haga partícipe de la eterna gloria de sus santos. Pero como no puedo acudir corporalmente a tu presencia, la cual deseo con gran anhelo, por estas presentes cartas, en cuanto puedo, me acerco suplicante y humilde, y me postro repetidamente a los pies de tu bondad, implorando que no desprecies rogar con mayor atención al Dios omnipotente por mis calamidades y miserias. Pues no dudo que puedas obtener todo lo que desees del Espíritu Santo, que habita en tu santo corazón. Tampoco dudo que, por estas presentes cartas, con su revelación, conozcas todo mi estado y todo lo que sucede a mi alrededor, pasado, presente y futuro. Por lo cual, si de alguna manera la vileza de mi pequeñez se atreve a pedir esto, postrado con todo mi ánimo y cuerpo a los pies de tu santidad, te suplico que, por el mismo estado mío, ya sea amonestando sobre lo pasado y presente, o advirtiéndome y previniendo sobre lo futuro y el fin de mi vida. Si no te es contrario, no desprecies alegrar mi alma con tus escritos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta al vacilante a la humildad.

La gracia de Dios te ha conducido a las aguas del sustento, y tu mente no está edificada en esta edificación en la que te encuentras. Por lo tanto, provee un castillo para tu mente, discerniendo cuáles y de qué tipo son tus obras, ya que durante el día miras a Dios con buena intención, como si estuvieras sano en tu alma; pero estás en una nube confusa cuando tienes una división en tu mente debido a la tribulación de suspiros y molestias por la constitución de tu trabajo. A veces, incluso tu mente se eleva, como si fueras útil. Examínate, pues, a ti mismo y mantén los ojos vivos en la obra, y postérnate en la tierra como si no te conocieras, y vivirás: porque Dios no habita en aquella morada que quiere sostenerse por sí misma, sino que ama aquella casa que no se conoce a sí misma, y le da el mejor ungüento, para que tengas una vida buena y saludable.

EPÍSTOLA LXXXI.

H. PRAEPOSITO EN HERDE A HILDEGARDA. Agradece que, aun estando enferma, haya visitado su monasterio, y se encomienda a sus oraciones.

A su señora beatísima, y, si se atreve a decirlo, amadísima madre, H., en Herde, prepósito aunque indigno, y devotísimo siervo de su santidad, con todos los suyos, sumisión, oración y devotísima servidumbre.

¿Qué acciones de gracias, señora y madre santísima, podremos ofrecer dignamente a vuestra piedad, que para visitar nuestro monasterio no quisisteis atender a la excesiva debilidad de vuestro cuerpo, ni os horrorizasteis ante la dificultad del viaje por la inmensa dulzura de vuestro corazón, y nuevamente os esforzasteis en alegrarnos con una visita repetida? Pues la gracia del Espíritu Santo no conoce lentitud en sus obras. Por tanto, vos, esposa amada y elegida del Rey supremo, que sois digna de escuchar de la clemencia de vuestro Esposo las alabanzas especiales: "He aquí, tú eres hermosa, amiga mía, he aquí tú eres hermosa, tus ojos son de paloma" (Cant. I); vos, digo, que coronada con múltiples guirnaldas de virtudes, entre las hijas de Jerusalén, como un lirio entre espinas, exhaláis el buen y suave olor de Cristo, resplandecéis como un luminar del cielo entre las tinieblas de este siglo, con la composición de vida y santidad, nos infundís a nosotros, pecadores, el consuelo de la esperanza, mientras tantas veces nos ofrecéis la gracia de vuestra maternal visita. Pues aunque nosotros, compañeros de aquel Publicano evangélico, no seamos dignos de levantar nuestros ojos al cielo, sin embargo, al merecer escuchar por el órgano de vuestra boca la voz de aquel que habita en vos, el Señor Cristo, hemos sido consolados. Por tanto, humildemente doblamos las rodillas dando gracias a Cristo Señor, que se digna consolarnos a nosotros indignos por medio de vos, y también os suplicamos humildemente, señora y madre nuestra: que os dignéis interceder por nosotros pecadores ante aquel que os introdujo en el aposento de sus misterios, para que por la intercesión de vuestros méritos, se digne liberarnos clementemente de los pecados y de los enemigos, y llevarnos del naufragio penoso de este siglo al puerto de la eterna bienaventuranza y seguridad junto con vos. Que el Señor os preceda con bendiciones de dulzura, y que el Padre de toda consolación escuche vuestra oración por nosotros. Humildemente saludamos por medio de vos al convento de santas que con vos y bajo vuestro magisterio sirven fielmente a nuestro Señor Jesucristo, y nos encomendamos suplicantes a sus oraciones, y deseamos con toda devoción vuestras respuestas escritas.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a permanecer en su lugar y evitar la vagancia.

Esto dice aquel que infunde buen y dulce entendimiento a los hombres: El suavísimo aroma de los dones del Espíritu Santo está presente en los hombres fieles; por eso, en cualquier lugar donde haya santidad, allí el hombre puede ser restaurado a la vida en un mundo naufragado: por lo tanto, oh noble soldado de Cristo, busca la salvación de tu alma, mientras la fuente viva infunde tu espíritu con dulce infusión, porque las dudas que has establecido en tu mente no te otorgan seguridad. Por lo tanto, permanece en tu lugar, amando el primer don, que te ha sido dado desde lo alto, cuando tu alma ha sido renovada en rectitud, ya que no conviene a la utilidad de tu alma buscar otra vicisitud, sino huye de esta vagación, para que tu mente no se confunda en el temblor. Ahora sé tal que te conviertas en amigo de Dios, y no huyas de las ceremonias de Dios, y Dios te salvará.

EPÍSTOLA LXXXII.

H. PROVVISOR DEL MONASTERIO DE HAMELEN A HILDEGARDA. Aquejado por una grave enfermedad, desea saber si el fin de sus trabajos está cercano.

HILDEGARDI, joya de los Pingüenses, verdadera esposa de Cristo, también formada en la disciplina regular, H., indigno proveedor en la Regla de Agustín en Hamelín, no se abstiene de la oración devota.

Después de un largo intervalo de tiempo de caridad espiritual, finalmente, debido a la frecuente enfermedad de mi cuerpo, he adoptado tu presencia más a menudo. Sabes bien, hija de Cristo, que cuando te he mostrado mi presencia en el pasado, un notable languor se ha adherido a mi cuerpo, el cual aún no cesa, y día y noche me atormenta considerablemente. Y como la fragilidad humana es ciega a la retribución divina, no sé si he caído en enfermedad o tentación debido al aumento de los beneficios, y por la gracia de Dios soy lo que soy, porque no ceso de ofrecer a Dios todopoderoso el peso de un pequeño trabajo tanto en vigiliias como en oraciones por diversas causas. Imploro, si es posible, santísima, que me envíes el fin de mis trabajos. Y confiando en tu auxilio maternal para tus hijas, te suplico que seas intercesora en la petición de ayuda al Señor, pido el auxilio de tu piedad, ruego que tus oraciones liberen mi languidez. Porque mucho vale la oración continua del justo (Sant. V). Yo, pecador no pequeño, abrumado peligrosamente en la debilidad del cuerpo y del alma, no puedo explicar muchas cosas. Te ruego que me envíes escritos que deban ser vistos, si hay algo que deba ser delegado en los divinos misterios. Adiós, mi señora, y ruega a tu Esposo por mí.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Exhorta a recurrir a Dios.

Quien es, dice: El rey ve una escalera que está oscurecida en la vicisitud de la pestilencia. Y el sol brilló, y rasgó esa oscuridad. Y esto agradó al rey, y dijo: Esta escalera fugitiva está en fatiga, porque a veces asciende a lo alto, y a veces se oscurece. Así es tu mente, oh hombre, en el día de la indagación de tu alma, asciendes en gran alegría hacia mí, y de nuevo en la pestilencia nociva cultivas la enfermedad que cae, como si no debiera buscarse la causa de la salvación. Es imposible que la ceniza sea inmóvil. Mírame, y siempre busca el ungüento de la medicina en el día y en la tormenta, y vivirás para siempre. Practica la ley pura, y huye de la duda, y Dios te salvará.

EPÍSTOLA LXXXIII.

EL ABAD EN WADEGO A HILDEGARDA. Ruega que, si no puede en persona, al menos lo visite por carta.

A la señora H., de las esposas de Cristo que están en Pinguia, venerable maestra, H. en Wadego, prelado aunque indigno, oración con el obsequio de afectuosa devoción.

La caridad sin afecto se asemeja mucho a un fuego frío. Pues así como el fuego sin calor no puede unir el hierro con el hierro, de igual manera la caridad sin afecto nunca puede lograr que el corazón de los creyentes sea uno y su alma una en el Señor. La verdadera caridad es afectuosa. Esta hace que el alma se adhiera a Dios, para que se convierta en un solo Espíritu con Él. Esta, como un pegamento unificador, conecta las mentes de los fieles, para que sean de una sola voluntad en Dios, y hace que se alegren con los que se alegran y lloren con los que lloran. Ciertamente, esta, con la generosidad del Señor, hace que el recuerdo de vuestra santidad sea para mí agradable en la dulzura del santo amor. Ella, en la celebración del oficio divino, siempre susurra a mi corazón el recuerdo de vosotros. Ella también, con frecuentes suspiros, me desea mi afecto. Y ciertamente durante mucho tiempo he deseado veros cara a cara, hablar de boca en boca, y alcanzar vuestra familiaridad, para poder recibir de vosotros alguna edificación y consuelo en algún momento. Pues soy muy débil en mi alma y necesito

mucha curación. Por lo tanto, ya que tengo gran confianza tanto en vosotros como en el amor con el que os amo, os ruego que no dejéis de visitarme alguna vez. Y si no es posible en presencia corporal, cuando os plazca, que sea por escrito, pero siempre con el apoyo de vuestras oraciones.

RESCRIPTO DE HILDEGARDA. Que se guarde de los enemigos y haga penitencia.

Quien no guarda silencio, sino que observa todo con agudeza, dice: Cuando un hombre sabio construye una ciudad en la cima de una montaña por sus deseos, es conveniente que con gran diligencia prevenga que sus enemigos destruyan su edificación con muchos terrores. Escucha, pues, oh hijo, guarda con esmero tu templo, para que tus enemigos no puedan destruir la ciudad de Dios en ti. Quien resplandece en su corazón por el temor de Dios, de modo que llora sus pecados en el rostro de su mente, este es un soldado valiente, y de Dios recibe esta respuesta: Oh hijo querido, tengo buen gusto en ti y me deleito en ti. Pero quien tiene un rostro pálido en su mente, diciendo: No sé qué soy, ni qué son mis otros compañeros, este es un soldado valiente, pero lleva su ánimo al tedio, y a este le doy la siguiente respuesta: Oh hombre, no sabes lo que dices, pero primero llora tus pecados, y después limpia a tus hermanos tanto como puedas, y ten paciencia, porque Dios ve a todos ustedes pecadores, pero no desprecia a los que hacen penitencia. Por lo tanto, vive en Dios y camina con felicidad maternal.

CARTA LXXXIV.

N. DEL PRIOR EN UNDERESTLORF A HILDEGARDA. Para ofrecerle ayuda de consuelo.

N., por la gracia de Dios, amado prelado en Underestlorf, a la hermana HILDEGARD y maestra en el Monte de San Ruperto, que abunde en el espíritu de fortaleza.

La devoción de vuestra piadosa opinión ha afectado profundamente las mentes de muchos, especialmente de los más religiosos, y las ha endulzado con una cierta suavidad de amor santo. Por lo tanto, damos gracias al supremo dador de todos los bienes por la gracia que os ha sido divinamente concedida, quien ha infundido en el corazón femenino una fortaleza viril, no solo para evitar los delitos o crímenes, sino también para ofrecer los consejos necesarios y ayudas a los necesitados. Pero como hablamos a oídos ocupados, no nos atrevemos a prolongar el discurso. Rogamos, pues, a vuestra clemencia que nos brindéis amablemente el auxilio de vuestra consolación.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Bajo figura exhorta al temor y la fortaleza.

Quien me mostró estas cosas, diciendo: Di a este hombre: Oh hombre, te veo como un tabernáculo de madera hecho por manos de artesanos, a cuya puerta dos imágenes llaman, una llena de ojos con cabellos negros, y su nombre es Temor del Señor, y te dice: Quiero hacer en ti santificación con ofrendas. Cede, pues, a mí y entraré en tu habitación, y te haré un buen aroma con musgo y especias. Oh soldado, cuida de no ser lento en correr con tu rebaño, y con ojo viviente llevarlo a la rectitud. Pero la otra imagen, como una trompeta sonando en una nube blanca como un círculo de nube, tiene por nombre Fortaleza, y te dice así: He, he, he, ¿por qué duermes en tu conocimiento, como un campesino en sus costumbres, que prefiere callar y no quiere luchar con coraza, casco, espada y lanza? Resuena, pues, como trompeta por muchas aguas, y no calles, y te ayudaré con mis compañeros, y permanece en la

pared del templo, y no seas temeroso por la inquietud de los vientos; sino aprende a ser columna en el palacio del rey. Huye también de las dos lenguas, que son heridas del alma; pero habla en todas partes con la verdad según la semejanza del sol, y con gusto prepararemos nuestras moradas en ti.

EPÍSTOLA LXXXV.

FREDERICO, PREVOSTE DEL VALLE DE DIOS, A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones.

FREDERICUS, por la gracia de Dios prepósito en Valle-Dei, aunque indigno, a H., sierva devota de Cristo, reciba la bendición del Señor y la misericordia de Dios, su salvador.

Damos las más íntimas gracias a Dios, porque en Él estáis bien, porque florecéis con el adorno de las virtudes, porque unidas con afecto de todo corazón estáis con las hermanas que os han sido confiadas, ya que confiamos en el Señor que tendréis memoria de nosotros ante Él. Sin embargo, estoy impedido por muchos asuntos, por lo cual, según lo acordado, no envié un mensaje: por lo tanto, ruego que vuestra amada no se sienta agraviada, ahora a través del presente portador, cumpliendo lo que prometisteis, para que de esto adquiráis recompensa de Dios. A vosotras junto con todas las hermanas os imploro que seáis recordadoras de mí ante Cristo.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Bajo la figura le exhorta a no abandonar a los suyos, sino más bien a ayudarlos y hacer penitencia.

Ahora te digo: El hombre que tiene una viña o un campo pedregoso, y en su interior dice: Es laborioso trabajar aquí, y así los deja, es un trabajador perezoso. Pero cuando llega el tiempo de los frutos, su señor le dirá: Ve a los campos y busca fruto en las flores, que a veces florecen y a veces se marchitan; pero allí no encuentra nada. Escucha: La viña es el oficio sacerdotal. Pero quien tiene la vara de corrección en un pueblo difícil, posee un campo pedregoso. A quien esto fatiga, en su interior dice: Esa vida es una vida ajena, y esta vida es mejor para mí. Y así lo que en este momento piensa, en este momento lo abandona, como la flor que se marchita. Pero si tú hicieras esto, se te diría como al mayordomo que fue difamado ante su Señor por su administración, y que pensaba en su despido, y a cada uno le escribía menos de lo que debía, por lo que su señor le dijo: Los hijos de este mundo son más sagaces que los hijos de la luz en su generación (Luc. XVI). El primer ángel caído no quiso suspirar en penitencia, ni permite que otros lo hagan. Sin embargo, el sacerdote debe levantarse y apresurarse a ayudar a los demás: ahora prevé esto, y permanece en la parte más sabia con los hijos de este mundo, porque si hicieras según los pensamientos que vuelan en ti, fallarías en ambas partes, y en penitencia recordarías lo que has faltado. Tú, sin embargo, permanece con este pueblo, y no lo abandones, para que vivas eternamente.

EPÍSTOLA LXXXVI.

N. DEL ABAD DE RAPPENBERH A HILDEGARDA. Le pide consejo sobre el estado actual de la Iglesia.

A su reverenda señora, virgen y esposa de Cristo H. N., el prelado de los siervos de Dios en Rappenberg, premio de la santa virginidad y corona perpetua de la piadosa conversación.

La fama de vuestra religión y de vuestra vida aceptable a Dios, difundida por toda la Iglesia, deleita a muchos con el aroma del bálsamo y de otros perfumes, que nosotros, en nuestras celdas, como en cuevas subterráneas, finalmente hemos comenzado a percibir. Por lo tanto, yo, el más pequeño de todos, deseando seguir solo el aroma, he decidido ir a vosotros; pero en medio de tan gran torbellino de tempestades y tormentas, que ahora sacude y perturba a toda la Iglesia, impedido y temiendo por las cosas y por el cuerpo, no he podido venir. Sin embargo, os ruego por Cristo, que habita en vosotros, que escuchéis al portador de esta carta, nuestro amado hermano, como si yo mismo estuviera presente. Lo he enviado a vosotros para consultar al Espíritu de Dios que habita en vosotros sobre el estado actual de nuestra Iglesia. No os dignéis a negarnos lo que es de Dios, lo que es de caridad, lo que es de piedad, para que nosotros, consolados por aquel que en vosotros consuela a muchos, podamos respirar. No nos atrevemos a amargar con un discurso rudo vuestra dulzura. Sin embargo, os suplicamos encarecidamente que no os moleste indicar algo al hermano presente y finalmente escribir unas pocas palabras en el extremo de la hoja. Con todos los que os han sido encomendados por Cristo, permaneced en Cristo, y recordadme por Él y para Él.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a no temer los tormentos, sino a recibir a las ovejas que acuden a ella.

En alguna parte veo tinieblas en ti. ¿Cómo? Porque tu corazón está envuelto en esa tristeza que se lleva con duda como un molino, diciendo así: ¿Cuál o qué tipo es mi causa? Ahora te corresponde mirar el día que surge en la purísima aurora, pero luego es rodeado por la sucesión de tempestades. Así es tu vida. Pues si siempre tuvieras prosperidad, serías como el cangrejo, que no camina rectamente; por eso Dios permite que te fatigues, porque al hijo que el padre ama lo golpea con la vara de esta manera: La verdad ha brotado de la tierra, y la justicia ha mirado desde el cielo (Salmo LXXXIV), esto es, Dios prueba toda verdad a través del hombre, a quien formó del barro de la tierra. La tierra que es dura y pedregosa apenas se ara, pero la tierra buena y blanda se cultiva con alegría, y en ambas partes Dios es veraz; al hombre duro y áspero lo quiebra con trabajo, pero al suave y benevolente lo abraza con el beso de la caridad, quien cumple con gusto todas las buenas obras, y la gracia de Dios que inunda todo lo duro y lo benevolente por el sol de justicia, escucha a todos los que claman a Él con suspiros del corazón: porque así como Dios estableció el sol para iluminar toda la tierra, y no soporta las tinieblas, así la posibilidad de Dios por su gracia rechaza esta dureza, para que no responda a aquel que lo llama. Por eso no temas tus tormentos, porque no veo tu lugar en la dispersión, sino que Dios quiere así la ligadura de tu carga, y reúne a las ovejas que quieren correr hacia ti. A las que no te quieren, toléralas con misericordia, hasta que te llamen, y vive para siempre.

EPÍSTOLA LXXXVII.

G. DEL PREPÓSITO DE SAN VÍCTOR A HILDEGARDA. Envuelto en muchos pecados, pregunta si le queda alguna esperanza de salvación.

H. espejo de la divina contemplación, G. desprecio del pueblo y prelado de San Víctor en Maguncia, si algo valen los suspiros de un corazón contrito y humillado.

Atraído por el buen olor de vuestra opinión y animado a la esperanza de salvación desde la profunda iniquidad, me dispongo a exponer y lamentar mis miserias ante vuestra bondad, buscando aquí ayuda y consejo con un espíritu de piadosa presunción. Pues apenas puedo expresar con palabras cuántas miserias he encontrado, cuánta vergüenza y confusión he

soportado, cuántas lágrimas he derramado. Pero no es de extrañar. Pues cuando el alma y el cuerpo estaban contaminados por tantos delitos e impurezas, por el justísimo y benignísimo juicio de Dios, si es lícito confesarlo, era digno de corrección divina, aunque no seguían pasiones merecidas. Pues muchas veces caí en abominable iniquidad tanto en hechos como en pensamientos, que vos, señora, por revelación del Espíritu Santo, conocéis mejor. Por lo tanto, no todo se hace correctamente en mi alma, lo cual no es necesario escribir. Pues el Espíritu os enseña todo. Yo, postrado a los pies de vuestra santidad, siendo polvo y ceniza, con humildísima devoción os pido que invoquéis sobre mí al consolador y liberador de nuestras almas, y me hagáis saber si tengo esperanza de salvación, si estoy predestinado a la vida o presciente a la muerte. Pero os ruego que esta presunción no se me impute como necedad. Además, que el Espíritu Santo, que tiene en vos su morada, os conceda responder a todos mis deseos según mi fe y humildad. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Anima a levantarse y exhorta a que se aparte del mal y haga el bien.

La luz en serenidad dice: Alguien asciende y en el torbellino va; por lo tanto, recuerda, hijo, que debes seguir caminos rectos en el gusto del buen entendimiento, como dice el Salmista: Apártate del mal y haz el bien (Salmo 36), busca la paz y síguela (Salmo 33). Pero también recoge para ti lo bueno, para que tu alma no desfallezca, porque Dios no abandona a los justos, sino que en su piedad acoge a los pecadores. Por lo tanto, elige para ti caminos rectos y vivirás eternamente, y ten ojos puros en la mente, para que la ilusión no te engañe. Pues te sientas entre espinas, y miras alrededor, y recoges para ti diversas cosas, y la benevolencia permanece en ti; pero sin embargo, en tus obras hay algún defecto: por lo tanto, ahora levántate, y no tengas tedio, para que te levantes de las espinas y no te ahoguen, porque Dios no se deleita en la obra que se construye entre espinas. Por lo tanto, oh hijo de Dios, levántate pronto, antes de que el sol se ponga para ti.

CARTA LXXXVIII.

S. PRAEPOSITI EN CONFLUENCIA A HILDEGARDA. Puesto que todo lo que Santa Hildegarda había predicho sobre sí misma se ha cumplido, busca consuelo sobre aquellas cosas que lo oprimían tanto externamente como internamente.

A las queridas en Cristo, el superior de los hermanos en Confluentia, aunque indigno, os saluda en el Señor.

Porque en todas mis tribulaciones siempre me has consolado con tus consuelos, y ya se han cumplido todas las cosas que me predijiste, te ruego que ahora también pidas al Señor de misericordia que me consuele en todo lo que me oprime por fuera y por dentro; y si ves algo en mí, y especialmente si me atrevo a esperar alguna esperanza en la vida futura de parte del benigno Jesús, oh amadísima y queridísima, lo transcribas. Además, debes saber que ruego al Señor con las más íntimas oraciones, para que antes de mi muerte me convierta de mis pecados con digna penitencia. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Los juicios de Dios son ocultos, quien incluso castiga los pecados de los padres hasta la cuarta generación; sin embargo, que espere en el Señor.

Oh tú, que eres obra del dedo de Dios, corrige la inconstancia de tus costumbres y no te extiendas en la vanidad de tu mente, de la cual no puedes excusarte, porque Dios todo lo ha

previsto. Pero Dios no manda que declare sus juicios sobre ti, sino que ore por ti, ya que algunas obras pasadas de tus padres ahora tienen ojos para la venganza, porque Dios a veces extiende sus castigos hasta la tercera y cuarta generación. Confía, sin embargo, en el Señor, que te librará de la mano de la espada de tus enemigos. Hablo más de la salvación de las almas que de los casos de los hombres, y por eso muchas veces guardo silencio sobre ellos, porque el Espíritu Santo no derramó manifestación en la confusión de los crímenes de los pueblos, sino justo juicio. Ahora Dios te coloque en el campo de la vida, para que vivas eternamente. Y digo que ningún peso en las balanzas es comparable a los días, meses, años u otros tiempos que son ordenados por Dios. Sino que solo el Dios vivo, que es Rey de reyes y cuyos juicios son justos, debe ser invocado profundamente, para que absuelva los pecados de los pecadores mediante aquellas oraciones que son exquisitas en el Espíritu Santo, porque muchas ocasiones se han destruido a sí mismas en la necedad, como los ídolos quisieron por el estruendo de la incredulidad, lo cual llevó a los pueblos a la burla.

EPÍSTOLA LXXXIX.

A. S. ANDREAE EN COLONIA, PREPÓSITO A HILDEGARDA. Tentado interior y exteriormente, acude a ella para saber qué debe hacer.

A la señora y madre queridísima, A., indigno prepósito de San Andrés en Colonia, siempre en el Señor, salud.

Cuántas tentaciones y tribulaciones angustian mi alma tanto interna como externamente, tanto por las palabras de mi presencia como por la revelación divina, amadísima señora, lo sabes. Ahora, pues, porque desfallezco y no veo ningún progreso en mí en cuanto a Dios, he escrito a ti, mi señora, dispuesto a hacer lo que me ordenes, ya sea por revelación divina o por la sabiduría de tu consejo. No temas, ni ocultes, ni escondas mi iniquidad, te lo ruego, de mi pobre alma, cuanto temo, y me aterra sumergirme por completo en el abismo. Por lo tanto, intercede y ora por mi pobre alma, poderosa en Cristo, amadísima madre, el Señor esté contigo y con todos los tuyos.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Exhorta a realizar buenas obras.

La luz que vive plenamente dice: Oh tú, hombre, escucha: Había un valle que a veces se secaba y a veces florecía, y no era estable en las hierbas que producen utilidad; pero era hermoso para los hombres al verlo, y no muy útil para el sustento. Así es tu mente. Pues cuando te miras a ti mismo, de tal manera que piensas que no eres fuerte en tu buena conciencia, pronto te marchitas, como si no tuvieras esperanza; y cuando después tu mente se eleva como un monte de mirra e incienso ascendiendo al temor, como si estuvieras muerto en ti mismo luchando con temblor de fuerzas, entonces oras diciendo: Mis crímenes son excesivos en las heridas de mis pecados. Pero luego te marchitas en las plazas, es decir, en tu propia voluntad, y te apresuras hacia lo secular, y no realizas buenas obras, ejercitándote en ellas. Pero en tal opinión está tu estimación diciendo: Quiero hacer buenas obras; pero las buenas obras no adquieren forma de claridad en ti, de modo que te marchitas en los pecados. Clama, pues, a través de las buenas obras, y Dios te acogerá. Escucha. Mira que te marchites en lo malo, y que reverdeces en lo bueno. Clama comenzando a ver a Dios en buena voluntad, y haz buenas obras en perfección. Quien obra bien ve a Dios, pero quien tiene la opinión del bien es como un espejo, en el que brilla alguna forma, pero esa forma no está en él. Por eso levántate, y comienza buenas obras, y hazlas en perfección, y Dios te acogerá. Pero tú respondes: Tengo cuidado secular. ¿Cuál es esta conversión? Pero yo te muestro que

tengas misericordia, y benignidad, y virtud que pisotea la soberbia, y que extiendas la mano a los que desfallecen, y a los que yacen en plenos dolores, y que perdones a los que delinquen contra ti. Así no alimentes el culto de los ídolos, que es la avaricia, y no golpees el rostro de Dios, es decir, la felicidad que Dios ha dado a otro, no mates por envidia, y vivirás.

CARTA XC.

A. DEL PREPÓSITO DE ERFURT A HILDEGARDA. Recomienda al portador de la presente.

A la señora H., amada esposa de Cristo, A., prepósito de Erfurt, aunque indigno, afecto de devota oración y obediencia.

No cesamos de elevar nuestras acciones de gracias a vuestra santidad, esparcidas por doquier, que con tan dulce saludo de cartas saluda a tantos. Pues deseamos con ansia veros, y alegrarnos alguna vez con vuestras benignísimas palabras de consuelo, y ser regocijados por la presencia de vuestro rostro resplandeciente, lo pedimos con el corazón más íntimo. Que la divina clemencia, que ha comenzado en vos una obra tan santa y magnífica, la lleve a cabo divinamente, y que nos haga partícipes de vuestra misma bondad a través de vuestra oración continua. Ahora, por tanto, encomendamos fidelísimamente a vuestra dilección al portador de estas cartas, a saber, nuestro familiar, que hace el viaje hacia vos por amor de Dios y de vuestra piedad, para que, recibido clementemente por vos, merezca escuchar las palabras del Espíritu Santo que habla por vuestra boca.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que tenga puro el ojo del corazón y se aparte de los pecados.

Dios prevé que buscas un sacrificio de tu corazón en simplicidad, ya que Él es veraz, no queriendo duplicidad en el único camino que es la fe entre los prójimos, así como el ojo de Dios en simplicidad contempla la felicidad de los hombres. Que Dios te conceda esto, y te libre de toda tempestad de vicios ardientes. Haz, pues, puro el ojo de tu corazón. Pues como cansado y como abandonado estás de la casa de aquel que te creó; pero serás llamado de nuevo entre extraños, y por eso cesa de tus pecados, ya que Dios no te ha vendido a la perdición; sino que te busca como oveja perdida, que ha sido llamada de nuevo a la vida. ¿Por qué dudas como si no estuvieras en salvación? Busca, pues, a Dios en la angustia y en el dolor de tu alma y vivirás.

CARTA XCI.

DE LA CASA DEL PREVOSTE EN MAGUNCIA A HILDEGARDA. Desea saber de ella qué desagrade a Dios en él y qué debe corregirse.

A la señora H., dignísima de todo honor, H., prepósito de la Casa en Maguncia, y pecador indigno, lo que sea, siervo e hijo de la amadísima señora y madre suya.

Mi alma se agita y teme; se agita para hablar, pero teme la grandeza de tu sabiduría y elocuencia. Pues a ti, con felicidad acumulada, te ha sido concedido sentir sabiamente y expresar con utilidad. La autoridad de las Escrituras que destilan encuentra en ti su asiento, permanece contigo, de ti hace un almacén. A esto se añade que, aprobada por los dones de la disciplina, te has convertido en el ornamento de la Iglesia, en ejemplo para los pueblos.

¡Ojalá me fuera dado desde lo alto adherirme a ti constantemente, escucharte siempre, ser renovado sin interrupción por tu compañía! Entonces, finalmente, no estaría privado de mi deseo, porque siempre he deseado escucharte. Por lo tanto, te ruego que te dignes anunciarme, con tus cartas selladas, cualquier cosa que te desagrade en mí y cómo pueda alejarla de mí, con la ayuda de Dios y nuestro Señor. Que tu santidad perdure eternamente, y que todas tus hijas, mis amadísimas hermanas, permanezcan fieles.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que con buenas obras se haga digno de la protección de Dios.

Las palabras místicas de Dios dicen: Oh hombre de Dios, por el vínculo de la ley, Dios te conoce en la oscura vicisitud de algunas obras. Pero sin embargo, miras desde lejos, como en una opinión, como si una luz resplandeciente emergiera. Ahora corre para hacer buenas obras sin la deshonra de la duplicidad de dos caminos, es decir, donde el sonido de la boca es uno, y el de la mente es otro. Procura, sin embargo, que Dios te ame en las buenas obras, porque Él extiende hacia ti las manos de su protección; pero tú eres débil y huyes. Cuídate, pues, de no esconderte de esa protección, no sea que Dios te golpee con su vara, ya que Él te busca. Porque los caminos que quisiste buscar no los previste correctamente, cuando ascendiste al cielo. Ahora, sin embargo, te sacudes en dos partes, a saber, la promesa de Dios y las artes diabólicas. Dios te deja una cuerda suelta, para que reconozcas quién eres. Pero sin embargo, no caerás del todo en el pozo de la tristeza. Ahora, sin embargo, ora y confía en que Dios no te abandonará, y la aurora pronto se acercará a ti en liberación.

EPÍSTOLA XCII.

HELDERICO, PREVOSTE DE SAN SIMEÓN DE TRÉVERIS, A HILDEGARDA. Alaba los maravillosos dones de Dios en ella, y se encomienda a sus oraciones.

HELDERICUS, hermano de San Simeón en la iglesia de Tréveris, solo de nombre prepuesto, y del número de los que se sientan y lloran junto a los ríos de Babilonia, a H., hija de Sión, en el mismo Dios de dioses alguna vez ver.

Por el relato de muchos y por el testimonio de mis propios oídos, he percibido el suavísimo aroma de tu beatitud, y me he alegrado y maravillado por lo que se me ha dicho. Me he alegrado, digo, porque en este tiempo de un siglo tan malvado, verdaderamente puesto en la maldad, se sabe que el Esposo, más hermoso que los hijos de los hombres, ha elegido para sí una esposa tal. Y me he maravillado, porque parece dotarla en este exilio con un carisma insólito e inaudito. Pues, ¿quién ha leído o escuchado alguna vez que una mujer sin educación o completamente iletrada exhale tales eructaciones de los profundísimos abismos de los secretos divinos, o proporcione a los sedientos tal abundancia de ríos de agua viva? Verdaderamente admirable es Dios, verdaderamente bendito es el Señor Dios, que solo hace grandes maravillas. Pero, ¿qué hay de sorprendente si Él hace de un ser humano racional y razonable su instrumento como quiere, cuando incluso hizo de un animal bruto el maestro de un maestro? Pues Dios hace como quiere, de quien está escrito: "Todo lo que quiso, lo hizo" (Salmo 113). Ruego, sin embargo, a tu amor, que te esfuerces por encomendar más frecuentemente mi humildad a tu amado, sabiendo que yo fiel y constantemente te devuelvo la misma consideración.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que con buenas obras se anticipe a la muerte.

Tú, siervo de Dios, atiende, para que en breve tiempo te apartes de la injusticia de la iniqua riqueza; y con gran diligencia procura sacudir de ti la herrumbre de los pecados, antes de que sobrevenga la sombra de la muerte, cuando ya no puedas obrar más, no sea que entonces lamentándote digas: ¡Ay de mí, porque he sido hallado en negligencia! Atiende también al padre de familia, que desde la mañana hasta la tarde llamó a los obreros a su viña, y preguntó a otros por qué estaban ociosos, a lo cual respondían que nadie los había contratado. Desde la mañana hasta la tarde el Señor llama a los obreros, y pregunta a otros por qué están ociosos, quienes se excusan diciendo que nadie los ha contratado. A menudo le sucede al hombre que desde su primera edad hasta la tarde, es decir, hasta la vejez, vive en el olvido de Dios, y piensa enmendar esto dentro de sí mismo hasta que, por la gracia de Dios, discutiendo consigo mismo dice: ¿Por qué no he obrado buenas obras? porque Dios no me ha impedido apartarme del mal, y así en su vejez comienza a arrepentirse por el tedio de los pecados. Este aparece en los caminos del Señor como un vaso de barro no cocido, ya que no puede obrar, y así el primero por su mérito recibirá la recompensa por la gracia de Dios, la cual no podrá cambiar después a través de las edades. En la infancia, en la juventud y en la edad madura, el hombre a menudo obra mal y después bien. Esto no puede ser en la edad decrepita. Ahora abre tus ojos para vigilar, y considera todas las negligencias de estas edades, y enmienda obrando, para que vivas eternamente.

CARTA XCIII.

H. PRAEPOSITI EN KNETHSTEHTDE A HILDEGARDEM. Pregunta cómo puede aplacar a Dios por sus pecados.

H., por la gracia de Dios, cualquier prelado en Knethstehtde, a la venerable sierva de Cristo, H., fortalecida por la gracia del Espíritu Santo y llevada a buen término.

Si fuera posible estar presente y alternar el discurso con ustedes, lo desearía de todas las maneras posibles. Pues las cosas que me rodean, que solo el Señor conoce, estaría dispuesto a exponerlas a ustedes con una relación más detallada, las cuales no quise incluir en este lugar presente por causa de la brevedad. Hemos oído de la gracia, amadísima, que el Padre de las luces, de quien proviene todo don perfecto y todo regalo perfecto desde lo alto (Sant. I), les ha concedido: confiando mucho en ella, consideré necesario encontrarme con la dulzura de su caridad, suplicando atentamente que no dejen de implorar con devotas oraciones la clemencia divina por mis miserias. Pues sé que en muchas cosas la he ofendido, lo cual siento que no he hecho impunemente.

Por lo tanto, dado que he reconocido la gracia en vosotros, he tenido una esperanza más firme y he considerado útil implorar la ayuda de vuestras oraciones escuchadas, esperando recibir de vosotros cualquier remedio de consolación, lo cual os ruego por Cristo que no omitáis hacer en vuestros escritos, indicando de qué manera puedo agradar más y evitar la ofensa a la divina majestad. Que estéis bien en Cristo siempre.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que suspire hacia Dios y acuda a Él con confianza.

En una visión mística, a petición de tus palabras, miraba y oí una voz que te decía así: Te asemejo a un árbol que en verano produce sus brotes, y cuyo fruto es algo dañado por los torbellinos y las nubes, y nuevamente se renueva por el rocío del cielo y el aire puro. De este modo es tu mente, porque cuando tienes confianza en alguna prosperidad, como produciendo brotes, te fatigas por la vicisitud de tus costumbres como por un torbellino, y también eres

herido por aquellos que están bajo tu carga, como por las nubes. Pero entonces suspira hacia Dios y di: A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado (Salmo XXIV). En ti está el aliento que Dios ha vivificado infinitamente, y al que ha dado las alas de la racionalidad. Por eso, con ellas vuela hacia Dios por la fe y el buen deseo, elevando tu alma hacia Él, y reconoce a tu Dios, en cuya ciencia estuviste y de quien tomaste principio; por lo cual pídele que con el soplo de su Espíritu te enseñe sus bienes y te libere de las adversidades. Confía también en Él, de modo que no te avergüences de poner todas tus obras ante Él, y di como el hijo dice a su padre cuando es corregido por delinquir, que no se olvide de su hijo en Él. Yo, por mi parte, rogaré gustosamente a Dios que, por su gracia, os defienda y libere clementemente de toda excesiva inquietud de costumbres y de otros crímenes y peligros que os sobrevengan.

CARTA XCIV.

EL SUPERIOR EN BUNNA A HILDEGARDA. Mientras ora incesantemente por ella, solicita a su vez sus oraciones.

HILDEGARDA, esposa de Cristo y maestra probadísima de las hermanas de San Ruperto en Pingua, H., preposición en Bunna indigno, servicio con toda devoción.

Si el Señor, único poderoso, único bueno, único piadoso, único misericordioso, se digna inclinar el oído de su majestad a la voz de cualquier pecador, lo cual creo con fe, con corazón incansable y el clamor de mi boca se le suplica por vosotros. Doy testimonio, en efecto, ante Dios, conocedor de todos los secretos, que desde que primero escuché de vuestra bondad, por la fama que lo anunciaba, y luego lo comprobé en vosotros mismos, me incliné totalmente hacia vuestro amor. También os he hecho partícipes, si os dignáis, de todo lo que hasta ahora he dicho bien o he hecho bien. Por lo tanto, espero de vosotros lo mismo y lo exijo, como una especie de deuda, pero más aún por amor a Dios y vuestra bondad. Finalmente, ni el fuego, ni el hierro, ni el agua, ni la inminencia de cualquier otro temor o peligro, ni siquiera la misma muerte podrá disminuir o apartar de ningún modo la integridad de vuestro amor en mi alma. Que estéis bien.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le reprende por amar el mundo, y le exhorta a que purifique sus deseos con el temor de Dios en buenas obras.

Oh hombre, que amas el mundo y lo tienes en tu voluntad, en la comprensión de tus costumbres eres semejante a una tempestad, que rara vez es pura y que tampoco es muy peligrosa. Esto es así: A menudo en tus asuntos estás alejado del consuelo, y a veces te ves oprimido por el tedio y la tristeza, y a veces por la duda, en todas tus causas. Por lo tanto, levántate e invoca al Dios de Israel, diciendo: Pruébame, Señor, y examíname; purifica mis riñones y mi corazón (Salmo XXV). Esto es, pruébame, Señor, por la fe y la esperanza, para que la fe sea para mí un ojo para ver, y la esperanza un espejo de vida; y examíname en buena obediencia como Abraham, para que actúe contra mi voluntad: de modo que abandone mi voluntad por ti, para que entre en tus preceptos, para que me convierta en tu amigo diligente; y por esto purifica mis riñones, que inundan de los pecados en los que fui concebido, evitando que me seduzcan; porque actúo en mi contra, pero para que siempre arda en el fuego del Espíritu Santo, y de día en día desee tu justicia; y para que ascienda de virtud en virtud. Pero también, oh hombre, tu mente es semejante a una nube, que no lleva granizo ni lluvia, sino que se disipa por el sol. Pues debido a la seguridad de palabras y costumbres ligeras, no tienes la nube con granizo como ira, ni la disputa como lluvia; pero por las buenas

obras en el deseo de lo celestial, cojeas, y por esto purifica tu deseo con el temor de Dios en buena obra, y de esta manera besa a Dios diciendo: Inclina, Señor, tu oído, y escúchame, porque estoy necesitado y pobre (Salmo LXXXV). Pues cuando por el beso del amor de Dios realizas buenas obras tocando a Dios, inmediatamente Él inclina su oído a tu deseo y oración, y lo cumple. Así como también por el oído resuena la palabra, porque estás en gran necesidad; porque necesitas ayuda, y también en gran pobreza, porque te falta hacer el bien; pero que Dios lo perfeccione en ti.

CARTA XCV.

H. DEL ABAD A HILDEGARDA. La Iglesia, sufriendo por el cisma, pregunta qué debe hacer.

A la señora H., verdadera sierva de Dios del monasterio de San Ruperto, H. que tiene el oficio de prelado, todo lo que vale la oración de un pobre aunque pecador.

Porque todo aquel que es herido por un veneno pestilente, al igual que el ciervo, se apresura hacia la verdadera fuente, es decir, Cristo, y rechaza de sí el veneno dañino, yo, cargado con tales males, recorro a la fuente que Dios, por su Espíritu, se ha dignado revelarnos, buscando remedio. No dudo que ustedes saben que casi toda la religión que antes existía ha perecido rápidamente, porque una presunción odiosa ha ocupado su lugar con descaro. Por lo tanto, dado que la Iglesia cojea en dignidad y nombre apostólico, y no sabe verdaderamente a qué cabeza debe mirar, ya que cada uno, tomando ejemplo de ello, aborrece la religión de buena conducta, aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios están profundamente preocupados por cuál debe ser su fin en la voluntad de Dios. Por eso, habiendo tomado un buen consejo, acudo a ustedes, y al mismo tiempo les ruego que me escriban lo que el Espíritu Santo les haya enseñado a sentir sobre esto o sobre mí mismo. Estoy dispuesto a obedecer en todo a sus consejos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Se debe obedecer a los maestros mientras no se opongan a la fe católica, y se debe recurrir a Dios, quien no abandonará a su Iglesia.

En una visión que desde mi infancia he visto con ojo vigilante en mi espíritu; por un camino diferente al que nací en este mundo, miré hacia lo alto, y vi y oí estas palabras que te digo: Tu mente es semejante a un arado, que revuelve y divide lo duro, lo áspero y lo blando. Pues tú te esfuerzas en conocer, revolver y dividir aquello que es tan duro que no puedes romperlo, y aquello que es tan áspero que te heriría si lo tocaras, y aquello que es tan blando que lo destruirías si quisieras tocarlo con dureza y aspereza. La dureza que ha cojeado del sol de justicia ahora rodea a la Iglesia, a la cual no puedes perforar: por lo cual en tu corazón di a Dios: Señor que todo lo sabes, quiero obedecerte en mis maestros, mientras no me obliguen a resistir la fe católica. Pues el poder apostólico, que ahora está dividido en dos partes, se niega a atar su propiedad, y los príncipes del mundo están en tal aspereza que no te escucharían si les dijeras lo que en tu conocimiento consideras justo, y los discípulos de las enseñanzas ahora siguen tal blandura que dudarías, como si no supieras qué hacer con ellos. Un maestro debe enseñar lo santo y justo y mostrar buenos ejemplos, tal como hizo Cristo, a quien muchos acudían y de quien muchos huían. Sin embargo, Él reúne a sus amados y elegidos. Por lo tanto, a quienes te besan por obediencia y te abrazan por caridad, mantenlos con el mayor esmero, y no los abandones, a los demás déjalos a Dios, para que puedas decir con el Profeta: He proclamado tu verdad y tu salvación (Salmo XXXIX). Por lo tanto, dirige tu esperanza a un solo Dios, porque Él no abandonará a su Iglesia. Esta es la esperanza de la

Iglesia, que se haga vidente, y esta esperanza es segura, aunque el dolor permanezca por mucho tiempo, en el cual muchas congregaciones espirituales se conmoverán, y muchas también serán destruidas. Yo veo en ti el amanecer como un resplandor, que es el esfuerzo en la buena voluntad de las buenas obras en ti. También veo un torbellino debido a estas y otras vicisitudes que corre en ti, que a veces nubla el resplandor en ti. Disminuye esto, y ten confianza de que en Dios terminarás y vivirás eternamente.

CARTA XCVI.

HADELHEIDIS, ABADESA DE GANDERHEIM, A HILDEGARDA. Educada por Hildegarda, solicita su apoyo y el de las hermanas, así como una mutua sociedad entre las hermanas de ambos conventos.

HADELHEIDIS, abadesa de la iglesia de Ganderheim, aunque indigna, a H., amada madre de San Ruperto, libre esposa de Jerusalén, besos del Esposo.

El buen árbol, conocido por su buen fruto, no debe ser olvidado, porque al fructificar la dulzura, ha merecido el dulce amor de los buenos. Por lo tanto, será considerado inferior al bruto animal, quien menos bien abraza lo dulce. Tú, pues, paloma de Cristo, no seducida, sino de corazón grande y puro, así como el bien no hace el mal, la luz no hace las tinieblas, lo dulce no hace lo amargo, así no te apartas de mi corazón; por lo cual debes también frecuentemente recordarte de mí, ya que es evidente que estoy unido a ti por el amor y la cercanía de la devoción íntima. No quiero, por tanto, que la flor del antiguo alimento se haya marchitado en tu corazón, que en otro tiempo floreció entre tú y yo, cuando me educaste dulcemente: por cuyo amor y por la caridad de tu amado Esposo te suplico y ruego que por mí y por mi rebaño, y por el lugar que me ha sido confiado con tu permiso, tus oraciones y súplicas se dirijan a Dios, y que nos encomiendes a las oraciones de todas tus hermanas; también te pido que obtengas para mis hermanas la sociedad de tu fraternidad entre esas mismas hermanas tuyas, más bien mías, y cuando alguien pase de vosotras a nosotros, mediante cartas enviadas, hagas saber eso y cualquier otra cosa que desees en Cristo. Yo, en el tiempo oportuno, si Dios lo permite, no tardaré en venir a vosotras, para que hablemos cara a cara, trabajemos mano a mano en lo que es bueno, y así se establezca la antigua sociedad, que en nosotros confirme la caridad de Dios. Tú que habitas en los jardines, escucha, y saluda de mi parte a todas tus compañeras, es decir, a mis hermanas, de la manera más íntima, y alégrame con cartas de recomendación.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que con pura fe realice buenas obras en el día de su prosperidad, y dé a Dios lo que es suyo.

Oh hija de Dios, en gran preocupación tu mente está ocupada por dos caminos. Pues por cierta inquietud te consumes, como si desesperaras de tu vida; por lo cual a veces, cuando subes al monte de la fe, asciendes a Dios; lo interrogas, como si no supieras qué hacer en esta duda. Pero tú, con fe pura, caminando en buenas obras en el día de tu prosperidad, y da a Dios lo que es suyo. Pues ves el sol, que es el honor que Dios aún no te ha quitado, y tienes el mundo en suspiro y en temor de la ley de Dios, como la luna en la noche. En ambas partes, por lo tanto, sirve a Dios, porque Él quiere tu sacrificio, y porque te pide buenas obras en tu vida antes de que mueras. Que la luz de la gracia de Dios te cubra, y te unja con la unción de su misericordia, con la que David ungía, cuando confesando sus pecados veía a Dios. Que Él te unja con la unción de la frescura del Espíritu Santo, y haga en ti buenas y santas obras, por

aquella devoción con la que los verdaderos adoradores adoran a Dios. Ahora guarda los mandamientos de Dios, y vivirás eternamente.

CARTA XCVII.

N. DE LA ABADESA A HILDEGARDA. Suplica sus oraciones por ella y su congregación.

A la amadísima señora y en Cristo madre muy querida, N. abadesa, aunque indigna, de las hermanas de la iglesia . . . , que pueda ver al Rey de la gloria en su esplendor y gozar con él eternamente.

Bendito sea Dios, que se digna declarar maravillosamente en nuestros tiempos los misterios de sus secretos, nunca antes escuchados en el mundo, y que confirma nuestra fe a través de ti, oh santísima madre, e ilumina su santa Iglesia con las virtudes de sus signos más resplandecientes de lo habitual, como si fueran ciertos rayos de un nuevo sol. ¿Quién ha oído jamás tales cosas? ¿Quién ha visto tales maravillas? Por lo tanto, digamos cada uno, digamos todos: Bendito sea Dios. Anhele ardientemente ver el rostro de vuestra santidad y escuchar las palabras de vuestra boca divina; pero como no puedo cumplir esto por el momento y la urgencia de los lugares mediante la presencia corporal, siempre te veré con el corazón y el alma, siempre te amaré. También ruego a vuestra santidad, oh piadosísima madre, que te dignes interceder ante Dios, quien sin duda te escucha, por mí, pecadora, y por nuestra congregación que contigo suplica. Sepas también que tu memoria siempre será una bendición entre nosotros, y el nombre del Señor será magnificado por ti. Ruega por nosotros, piadosísima madre y señora. Sobre todo esto, te rogamos tanto por Dios como por el afecto maternal, que no demores en enviarnos pronto tus cartas de consuelo. Cristo nuestro Señor se digne congregarlos contigo en su reino.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que no sea inestable, ni investigue cosas vanas.

No permitas que tu mente se desvíe en la inestabilidad, donde no puede aparecer la nube de color zafiro, y que a menudo también cubre la luz del sol. Esfuérzate mucho por mantenerte firme, y no investigues cada cuestión vana y necia, ya que quienes hacen esto, a menudo caen engañados, alejándose del amor de Cristo. Así como la nube de zafiro es cubierta por la mente inestable que deambula, atiende al abrazo de Cristo, busca de Él todos los bienes, y haz manifiestas tus obras ante Él, y Él te dará la bienaventuranza, porque sin Él la salvación del hombre es vana; ya que la gracia y la salvación no se obtienen por el hombre, sino por Dios, donde también las Sagradas Escrituras, que fluyen de la fuente divina, ofrecen sus pechos para ser amantados por los hombres. Aprende, por tanto, a huir de esta vanidad que cubre la luz del sol, es decir, que separa al hombre de Cristo, y vivirás eternamente, y serás coronado por Cristo.

CARTA XCVIII.

A LA ABADESA EN WETHDERSWINKELE A HILDEGARDA. Que desee admitirla a ella y a las suyas en el número de hijas, y ayudarlas con sus oraciones.

HILDEGARDI, señora y madre reverendísima, dignísima de toda alabanza, M., por la gracia de Dios llamada abadesa en Wethderswinkele, con todas sus hermanas, filial devoción y toda sumisión.

Puesto que hemos conocido que el aroma de vuestra santidad, difundido por la gracia de Dios, ha crecido tanto y se ha extendido por todo el orbe de la tierra, que ya en todo el mundo las insignias de vuestras virtudes son recomendadas con digna veneración por todos los hijos de la Iglesia, nosotros también, aunque indignos del privilegio de especial dilección, deseando ser inscritos en vuestra maternidad, nos regocijamos en la medida de nuestra pequeñez ante tan grande dignidad vuestra. Por lo tanto, dulcísima madre, imploramos con todo el afecto del corazón vuestra santidad, para que os dignéis recibarnos en lugar de hijas y protejernos con el amparo de vuestras santas oraciones, de modo que, con la ayuda de vuestros santísimos méritos, merezcamos alcanzar la meta del camino emprendido. Yo, que parezco sobresalir no por méritos, sino solo por la dignidad del nombre, me encomiendo a vuestra santidad con singular devoción mediante fervientes súplicas, rogando que, por la piadosa intervención de vuestras oraciones, pueda llevar a cabo el cuidado de todas las almas que me han sido confiadas, de modo que, junto con ellas, me convierta en vuestra consorte en la vida eterna. Sabed que siempre he deseado recibir algo de vos, por lo cual pueda tener memoria vuestra, a saber, cartas de recomendación, que por amor a Dios siempre observaré con ánimo dispuesto. Algunas de nuestras hermanas, que os abrazan con especial afecto, se encomiendan en todo a vuestras purísimas oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. En la abstinencia debe guardarse la discreción.

La Luz Viviente dice: La arena seca es inútil, y la tierra que se rompe demasiado con el arado no dará fruto recto, porque no tiene el justo equilibrio de su estructura. Y la tierra seca y pedregosa produce espinas y otras hierbas inútiles; así, la abstinencia inapropiada, que no tiene el justo equilibrio y estado correcto, debilita la carne del hombre, porque no se le da el verdor de la justa nutrición. Por lo tanto, el hombre también se marchita. Donde esto ocurre, ciertamente allí perecerán las virtudes aladas, a saber, la humildad y la caridad de las flores más hermosas, ya que la abstinencia excesiva carece del verdor de las virtudes, pero allí crece la fama vana de la inutilidad, y allí surgen muchos terrores como si fueran santos, y no lo son. Aquellos que están en esta vanidad tienen ira y no paz, y en muchos de sus comportamientos son inútiles. El hombre que desea tener una vida regia en el hábito espiritual, debe abstenerse de los banquetes deliciosos de alimentos inapropiados, de los cuales surge la lujuria, y abstenerse del vino más fuerte, en el que palpita la lujuria, y de otros males que no tienen ninguna salud. Estos hombres castos que aman su alma deben evitar; pero, sin embargo, deben usar el grano correcto, y la fuerza de la bebida que no arde en el fuego de su color. Lo que he dado al hombre para comer, no se lo quito; pero no conozco los alimentos horribles, porque hay vanidad en ellos. Sin embargo, por una abstinencia inapropiada, ninguna alma debe huir hacia mí, sino que el hombre debe adherirse a mí en la medida correcta, y lo recibiré, y ningún hombre debe contender en el rechinar de sus dientes por una recompensa no merecida en las obras, porque doy a cada uno según la recompensa, de acuerdo con sus méritos, como me ama.

CARTA XCIX.

A LA ABADESA DE ALTHENA A HILDEGARDA. Se congratula por los dones de Dios y expresa su deseo de verla.

A la señora y madre H., amada y venerable en Cristo, y de su íntima devoción, H., abadesa, aunque inmerecida, de Althena, y pecadora penitente sentada a los pies de Jesús con María, ver a su Amado tal como es.

Felicito a vuestra beatitud, amadísima entre todas las mujeres, que, como puede probarse en los más evidentes delitos, habéis encontrado, en la medida en que es posible para los mortales, a quien ama vuestra alma, y ya, ya, dedicándoos felizmente en el secreto del corazón, gustáis y veis que el Señor es dulce. Y considerando que esto es así, debo soportar con ecuanimidad que desde hace mucho tiempo habéis descuidado visitarme a través de vuestras cartas, a pesar de vuestra devoción. Creo, en efecto, que si pudierais apartar por un momento la mirada de vuestra mente del Amado, y mover un pie fuera del habitáculo de la quietud, no dejaríais de consolarme frecuentemente a través de vuestro mensajero, quien me alegraría con noticias sobre vuestro estado y os informaría sobre el mío. Pues, aunque no se me conceda ver vuestro amado rostro nuevamente en esta vida, lo cual no puedo decir sin lágrimas, siempre estaré alegre por vos, a quien he decidido amar como a mi propia alma. Por lo tanto, os veré con el ojo de la oración, hasta que lleguemos allí donde podamos vernos mutuamente eternamente, y merezcamos contemplar a nuestro Amado cara a cara en su belleza.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Bajo figuras exhorta a luchar por Dios.

Oh tú, que eres maestra en el resplandor de la fuente que salta, que está en lugar de Cristo, escucha: He aquí que ha vencido el León de la tribu de Judá, la raíz de David (Apoc. V). Esto es así. Pues el Hijo, esplendor de la santa divinidad, es como una raíz. Él ruge como un león cuando primero arroja al infierno a los que imitan al ángel en su caída, de tal manera que allí también aleja de sí toda injusticia con dientes rechinantes, y así es raíz de fortaleza. Todos los que lo confiesan con fe y lo tocan con buenas obras, los atrae hacia sí, y por esto vence todo como un león. Ahora escúchame mientras te advierto. Dios instituyó un solo camino para todos, para que todos caminaran en él. Pero dos hombres estaban al lado de ese camino, y uno le dijo al otro: «En las plazas camino tan gustosamente como en el camino»; y el otro dijo: «Yo también». Y después miraron las espinas y los abrojos, y los desearon. Y el Señor les dijo: «Estos no me quieren, ni quieren luchar bajo mi estandarte, por eso han sido cortados de mí». Entonces vinieron soldados del oriente, muy adornados con armas, diciendo: Queremos caminar por este camino, y el Señor les dio las alas de un arquitecto, y los querubines los miraron con sus ojos. Y estos se hicieron tan fuertes por la Luz, que no pudieron saciarse en la lucha del buen combate. Pero otros hombres se fatigaron en poco tiempo, y así perecieron, porque no fueron alimentados con el alimento de la vida. Ahora, oh querida hija de Dios, mira a esos soldados que luchan, para que en alguna parte estés con ellos, y vivirás para siempre.

Epístola C.

S. ABBADESA EN ALTUVICH A HILDEGARDA. A la que desea renunciar al cuidado del gobierno y encerrarse en una celda solitaria, ora para que el beneplácito de Dios le sea manifestado a través de Hildegarda.

De bendita memoria H. de S. Ruperto, S. solo nomine abadesa en Altuvich de la Iglesia de Trajecto, entrar al coro iluminado por la Luz de las luces.

Porque ningún ser humano puede renunciar a las concupiscencias mundanas y anhelar con toda intención la patria celestial, a menos que le sea dado desde lo alto con la ayuda de Cristo, deseo por tanto comunicar a vuestra religión lo que, instigado por Dios y con la cooperación de la gracia de su Espíritu, he concebido en mi ánimo. Nuestro Señor, que no quiere que ninguna de sus ovejas se extravíe, sino que, como buen pastor, desea que todas

regresen al camino de la salvación eterna, ha inspirado en mi corazón, según creo, que abandone la carga del gobierno que llevo con pesadez y me encierre en la soledad de alguna celda. Así pues, tengo la voluntad de este propósito, pero el poder y la consumación están en el dominio de nuestro Señor. Por lo tanto, ya que sé que vosotros tenéis tanto mérito ante Dios, que por la revelación del Espíritu Santo podéis conocer lo que conviene que haga el hombre, os ruego con humildes súplicas que queráis consultar al Señor por mí, si mi conversión le es grata, para que no me señale después aquella sentencia de Gregorio, que dice: «Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la verdad, que después de conocerlo, haber caído en lo peor.» Por lo demás, que estéis bien en el Señor, y que vuestra piedad no se niegue a indicarme por escrito, a través del portador presente, lo que he solicitado, y cualquier cosa que la gracia de Dios, por su Espíritu Santo, os haya placido revelar sobre esto.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. No es útil para él rechazar la carga del gobierno.

En la verdadera visión de los misterios de Dios escucha estas palabras: Oh hija nacida del costado del hombre, y figura formada en la edificación de Dios, ¿por qué te consumes, de modo que tu mente vuela en la alternancia de las nubes, que la tempestad rodea, de tal manera que a veces brilla como la luz, y a veces se oscurece? Así es tu mente por el ruido de las costumbres de aquellos que no resplandecen ante Dios. Pero tú dices: Quiero descansar, y buscar un lugar donde mi corazón tenga un nido, para que también mi alma descanse allí. Oh hija, no es útil ante Dios que deseches tu carga y abandones el redil de Dios, cuando tienes esa luz por la cual iluminas a ellos, de modo que los guíes a los pastos. Ahora, sin embargo, contéplate a ti misma, no sea que tu mente arda por esta dulzura que te daña mucho en la alternancia de la vida singular. Pero vive, porque la gracia de Dios te quiere. Cuídate, pues, de no apartarte de ella en la vagancia de tu mente. Que Dios te ayude, para que vigiles en la pura ciencia.

EPÍSTOLA CI.

SOPHIA ABADESA EN KISINGUN A HILDEGARDA. Pregunta si debe abandonar la carga que lleva.

HILDEGARDI, maestra de mérito singular, adornada con zafiros de virtudes espirituales, SOPHIA, llamada abadesa en Kizingun, pero poco adelantada, servicio incesante de oración.

Habiendo escuchado la prerrogativa de tu santidad, vuelo con alas veloces al seno de tu caridad, deseando ser recomendado ante ti por la luz, que por la verdadera luz mereciste ser revelada para la iluminación de las naciones. ¿Quién no se deleita en los hogares de la madre Sofía? ¿Quién no presta espontáneamente el oído a la armonía celestial? ¿O quién no desea escuchar el órgano del Espíritu Santo, definido por tantas virtudes temblorosas, mística y magníficamente adornado con tantos anaglifos de milagros? En verdad, este sonido ha salido a toda la tierra, cuya eufonía el Espíritu, que procede del Padre, ha compuesto. Por tanto, clama con fortaleza tú que anuncias la paz en la amplitud; vendrán a ti todas las naciones más allá de los ríos de Etiopía, ofreciendo dones de alabanza. Pues yo también, aunque no según el premio, pero sí según la esperanza, como los demás, corro al estadio, porque según aquello del Apóstol: Ni del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX), cualquiera que comprenda parte de tu santísima oración, que gratuitamente ofreces a todos por la deuda de proximidad y amor a Dios. Traigo conmigo un noble par, a saber, una monja laudable, y una hermana perfectísima y aceptable, que el Padre celestial me ha

generado en espíritu no menos a ella que a mí, deseando tu conocimiento, venerable y dignísima de toda alabanza madre. Que tu voz resuene en mis oídos, y dime divinamente qué es más saludable, si debo abandonar la carga que llevo o llevarla por más tiempo, a mí que te lo pido.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. La carga que se lleva, cuando es aceptada por Dios, no debe ser abandonada.

Oh Sabiduría, en visión mística te digo: Que tu alma sea confortada por Dios; en recto suspiro tocando a Dios. Es bueno para ti llevar la carga de tu trabajo que has asumido en Dios: así, si las ovejas quieren escuchar la admonición de Dios a través de tu enseñanza. Y si ninguna chispa brilla en ellas, no las abandones, para que el ladrón no las arrebate. Que tu alma resplandezca en Dios, y que tus días ardan en el dador de fuego, y confía en el Señor, y sé diligente por ti y por tus hijas según el mandamiento de Dios y la devoción que Dios te ha dado y te da en el abrazo de su caridad; no las abandones, porque debes tener este mundo como un peregrino en tu corazón. Que Dios te ayude a ser una piedra viva en la Jerusalén celestial.

EPÍSTOLA CII.

R. DE LA ABADESA DE SANTA MARÍA DE RATISBONA A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones, por las cuales declara haber sido librada de las fauces de la muerte.

Por la gracia de Dios, humilde dispensadora de las ministrantes del monasterio inferior de Santa María de Ratisbona, a su especial amiga HILDEGARDA, todo lo que la oración continua y la devoción de un servicio digno operan.

Si se me priva del modo y lugar de serviros, mi afecto recurre finalmente a este remedio, para experimentar la seguridad de ambos aspectos de vuestra persona a través de cartas enviadas lo más pronto posible. Sepáis, carísima, que aunque los abruptos montes y las vorágines de las fuentes me aparten de vuestra presencia, mi corazón se une a vos con la benevolencia de una fe y amor perfectos. No atribuyo a mis méritos el conocimiento deseado de vos y la salud felizmente deseada del que desea, sino a la gratuita piedad de Dios, quien obra piadosamente con sus fieles. Sin embargo, creed que no abuso de vuestra amistad, porque la disfruto plenamente, ya que por la gracia de Dios, llamada a la dulzura interna, me atrevo y puedo conversar con Él de manera más familiar. Bajo el consuelo de esa misma caridad, os ruego que me hagáis saber mediante signos ciertos de cartas, si según mi petición y acuerdo, algo de mi memoria ha tenido valor para vos después. En la gracia y licencia de vos, saludo fiel y amablemente a nuestras hermanas con el debido servicio de obediencia, quienes, retomando la fortaleza del espíritu de Dios, se mantuvieron valientemente por mí, y, por así decirlo, precediendo con vuestras buenas acciones, me salvaron cuando caía al borde de la muerte. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que se corrija de algunas costumbres erróneas y mire hacia Dios.

Oh hija de Dios, en la formación del primer hombre acércate a tu Padre, y míralo de tal manera que cumplas su voluntad, porque Él te creó. En un tiempo cercano Él te ha advertido castigándote, y por alguna razón que veo en ti, aún te advertirá sobre una mala costumbre que

es bueno que evites. Tú también míralo a Él, y manifiéstale todos tus caminos, e imita a la paloma de la piedad. Pues ella testifica cada buena obra y tiene la tristeza del exilio de los trabajos. Aprende esto para que tengas una mente pura, y cuando tu mente esté en inquietud abarcando muchas cosas que no puedes realizar, entonces permanece en estabilidad y aprende la moderación, porque la paloma también es moderada y estable. Pues cuando la ira vehemente te fatiga, mira al puro manantial de la paciencia, y la ira pronto terminará, y la tempestad cesará, y la ola de agua turbulenta, porque la paloma es paciente. Pero cuando estás en el tedio, de tal manera que el movimiento natural te sacude, contempla el exilio de esta vida, y que también anhelas esperando otra vida, y haz esto según la tristeza de la paloma, y recoge cada cosa útil de otros hombres buenos, y vive según el ejemplo de la paloma y vivirás para siempre.

Epístola CIII.

A LA ABADESA N. EN KOUFUNGIM A HILDEGABDEM. Exhorta a que despierte a los príncipes de la Iglesia.

A la señora y hermana HILDEGARD, la pecadora N. y solo de nombre abadesa en Koufungim, no ocultar la luz del conocimiento bajo el celemín del silencio.

Sorprendido por la inesperada prisa de estos anuncios, no pude escribirles a ustedes, como dama y madre, con cortesía, sino que más bien pronuncio palabras divulgadas, como a una querida hermana; por lo tanto, acéptenlo así. Se ha hecho célebre en boca de todos aquel volumen volador, que fue dado al profeta como alimento, para que también repose en tu boca, como sabio. ¡Oh, cuán precioso es este tesoro! Cuida, pues, de no tragarlo con un necio. Corre, apresúrate, despierta a la Iglesia, más aún a los príncipes de la Iglesia, a quienes se dice en Pedro: Simón, ¿no pudiste velar una hora conmigo? (Mateo XXVI). Pues hemos visto la vara del Norte vigilante sobre la iniquidad y nos alegramos y temblamos, por lo que también deseamos recibir tus cartas consolatorias. Adiós en Cristo, siempre recordándome en su invocación, para que merezca ser partícipe de la gracia que está en ti.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le quedan pocos días, y para que anticipe la muerte con buenas obras.

En espíritu te digo verdaderamente: Guarda tu alma, para que no se manche con iniquidad. También ciñe tu cuerpo con la justicia de Dios. Haz esto antes del día de tu muerte, porque después no podrás encontrar remedio alguno, salvo lo que halles por la gracia de Dios y por el adorno de tus obras. Pues tu enemigo, el acechador, ronda, buscando cómo puede herir tu alma. Guárdate de él mediante el esfuerzo en buenas obras y la abstinencia de pecados, porque tus días no tienen largos tiempos. Por eso, que el Espíritu Santo encienda su fuego en ti, para que recuerdes estas palabras. Por lo tanto, nuevamente te digo esta parábola: Los árboles se secan en invierno, y en verano florecen y producen sus frutos. Ahora, considera esto en tu mente, cuánto tiempo permaneces en el invierno por la transgresión de la vida espiritual, y por el cambio de tus costumbres en la verdor del Espíritu Santo, que es el verano, apresúrate, y de este modo produce las flores de las virtudes, y recoge tus gavillas lo más pronto que puedas; y sin embargo, mientras tanto, guárdate de los pecados, porque en verdad te digo: si buscas la gracia de Dios, ella no huirá de ti.

Epístola CIV.

N. DE LA ABADESA EN GERBESTETHDE A HILDEGARDA. Le pide ser ayudada con sus oraciones y le promete las suyas a cambio.

A la venerable señora H., lámpara ardiente y luminosa, N., por la gracia de Dios abadesa en Gerbestethde, aunque indigna, para que así luchéis en el estudio y alcancéis el premio eterno.

Puesto que, como testifica el Apóstol (Rom. XII), cada uno es miembro del otro, todos los hijos de la Iglesia deben alegrarse mucho, ya que la fama de vuestra santidad, volando por todas partes, ha dado a conocer el aroma de vuestras virtudes en toda la Iglesia; el cual, al llegar también a nuestras regiones, ha movido no poco nuestros corazones a dar gracias al autor de todo bien. Por lo tanto, yo, la última de los fieles, deseando participar de vuestros méritos, ruego con toda sinceridad que merezca estar presente en la asiduidad de vuestras oraciones: si escucháis esta petición, os prometo, aunque humilde, mi oración más pronta. Además, ruego a vuestra bondad, amada señora, que me enviéis algo de vuestros libros, para servir siempre con toda devoción. Asimismo, para que vuestra memoria florezca entre nosotros tanto más abundantemente cuanto vuestra bondad nos alegra. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Sobre la caída de los primeros padres y su resurrección por Cristo.

Tú, hija de Dios, en las noches asciende por los cuatro elementos, que en el día completan todas las obras. Pues la noche a través de las tinieblas produce tristeza, y el día a través de la luz produce alegría. Pues está escrito: El día al día transmite el mensaje y la noche a la noche comunica la sabiduría (Salmo XVIII). Esto es así; Dios es aquel día que no se oscurece, y que a través de los tiempos de los tiempos nunca cambia, y para sí mismo eligió un día claro, luz de luz: porque Él hizo su creación, es decir, al hombre, con todo lo que le acompaña, íntegra. Pero la serpiente, viniendo, sopló a la mujer con elocuencia, y ella lo aceptó, y se inclinó hacia la serpiente. Y como lo había probado de la serpiente, así se lo dio a su marido, y permaneció en el hombre, porque el hombre realiza plenamente todas las obras. Sin embargo, Dios no ordenó que esto sucediera; sino que la serpiente, con palabras halagadoras y engañosas, engañó a la mujer. De tal manera el gusto de la carne fue recibido de la serpiente, y él es por eso resbaladizo, ligero y engañoso, como es el consejo de la serpiente. Pues la serpiente en su engaño escondió la maldición al hombre, porque si le hubiera mostrado la perdición, no habría consentido en su consejo. Y así como el hombre tiene el conocimiento del bien y del mal, así también la serpiente tiene el engaño y la maldición. Pero luego el ciervo veloz y el león fuerte en su cámara tuvieron cómo dividir esto. Pues Dios eligió para sí una muralla virginal, en la cual preparó la humanidad para su Verbo, porque la Virgen no conoce la mezcla del gusto de la carne, y así el Verbo de Dios se hizo hombre de otro modo. Así también el hombre Cristo avanzó de día en día, y así engañó a la serpiente, que había blasfemado contra el hombre. Pues Cristo, el día, superó todas las cosas nocivas de la noche, porque lavó el gusto de la carne, que la serpiente blandamente había introducido en el hombre, a través de la penitencia enmendada, y hace al hombre ajeno de este modo, cuando lo reúne como su miembro hacia sí. La serpiente también, con su engaño, en el cual esconde la malicia, a menudo hiere a muchos, y los hace dudar, de tal manera que no conocen a Dios, y así los desgarran sin fe y sin esperanza. Sin embargo, muchos luchan contra esto diciendo: Mi Creador no me perderá, a menos que perezca por mis pecados. Esta lucha se asemeja a los tormentos de los mártires y al dolor de las heridas de Cristo. Pero la primera mujer fue la noche mencionada anteriormente, y ella indicó el conocimiento a la noche, es decir, a su marido. Tú, sin embargo, hija de Dios, hazte hermosa a través del martirio de la buena obra, de modo que tu alma resplandezca en Dios.

EPÍSTOLA CV.

N. ABADESA DEL MONTE DE SAN CIRIACO A HILDEGARDA. Se encomienda a sí misma y a las que le han sido confiadas en sus oraciones.

HILDEGARDA, espejo de santidad, N., indigna abadesa de las siervas de Cristo que habitan en el Monte de San Ciriaco en Erfurt, goce de los gozos de la claridad eterna.

Gloriosas cosas se dicen de ti, sierva de Dios; por eso te ruego que a mí, abrumada por el peso de los pecados, me extiendas tu mano de oración, imitando a tu Amado, quien extendió su mano al leproso. Pues he conocido que has sido ungida con el óleo de la alegría por encima de tus compañeras. Por lo tanto, de rodillas te suplico que, cuando hayas alcanzado las cosas celestiales y eternas, y el santo de los santos en su interior, te compadezcas de mis miserias, rogando a tu Esposo y mío por mí, y reconciliando mis excesos con su gracia. ¿Cómo tendrías tú, amada de Cristo, caridad, si te negaras a compadecerte de las debilidades de los demás? Que, por tanto, esté encomendada a tu santidad, y las hermanas que me han sido confiadas, y ora para que nuestro pie se mantenga en el camino recto, para que caminando perfectamente, alcancemos el día de la alegría. Intercede ante aquel que nos esconde en el secreto de su rostro de la perturbación de los hombres, para que se digne protegernos en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas, y nos dé el querer y el poder de lo que manda, él que guarda la verdad por los siglos. Por lo tanto, señala ahora la plenitud de nuestra fraternidad a vuestra santidad, y rogamos íntimamente para que tengamos la certeza de vuestra oración. Que la gloria de vuestra santidad prospere, florezca, y tenga salud.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a no estar inquieto de mente y a no excederse en la abstinencia.

Oh hija de Dios, estás rodeada por la caridad de Cristo, pero sin embargo, con la amargura de tu cuerpo estás constreñida por las guerras, y te rebelas contradiciendo al diablo. Veo que la construcción del pueblo con el que estás es agradable a Dios, y también ascendiendo vigorosamente hacia una mejor parte, y edificándose más en buena conversación de lo que fue instituido. Sin embargo, que tu alma se regocije en Dios, y permanezca devotamente en Él. Pero no sabes ni puedes pensar en romper las cadenas de los atados, es decir, de aquellos que caminan por los senderos de la burla. ¿Cómo? Un hombre miró hacia una gran torre para no moverse, pero sin embargo no pudo evitarlo, y en clamores inquietos gritó: «¡Ay, ay!», y así fue llevado a la burla del pueblo que decía: «¿De qué te servirá siempre luchar contra aquellos que no te quieren?» Pero mira hacia la montaña alta; y hacia aquel que con diligente caridad te responde. Hija mía, hija mía, ¿qué deseas? Cumpliré todo lo que pidas por tu alma. Ahora cesa de la mente inquieta, y asume la quietud. Pues veo en la verdadera Luz que esto es útil para tu alma. Pero procura tener tu tierra en soledad, y no la rompas, de modo que las verdes hierbas y las virtudes de los aromas no puedan germinar desgastadas por el arado del trabajo. A menudo veo cuando un hombre aflige su cuerpo por exceso de abstinencia, que surge en él el tedio, y con el tedio se implican los vicios, más que si lo alimentara justamente. Pero como el alma benevolente de caridad está establecida en ti, cuida de no ver frecuentemente aquello que manda herir la carne. Pero aplica a tus tiempos correctamente establecidos los ungüentos de salvación, para que vivas eternamente. Veo tu alma muy resplandeciente en el hombre puro.

Epístola CVI.

N. DE LA ABADESA EN LUBBOLDESBERGE A HILDEGARDA. Solicita de ella cartas de consuelo.

HILDEGARDA, esposa de Cristo en el Monte S. Ruperti, N., humilde gobernadora de las hermanas en Lubboldesberge, una piadosa oración en Cristo.

Cuánto he deseado ver tu rostro y gozar de tu conversación, lo he deseado durante mucho tiempo, y Dios, el escudriñador de corazones y riñones, lo sabe. Sin embargo, nunca he podido alcanzar el cumplimiento de mi deseo, obstaculizado por mis pecados. No obstante, dado que a menudo he sabido que muchos han recibido consuelo a través de tus cartas, aunque no les sea posible ver tu rostro, por eso yo, pecadora, con la misma esperanza, me he atrevido a buscar tu consejo a través de esta carta, si acaso la divina clemencia ha dispuesto consolar mi aflicción por medio de tu bondad. En verdad, la contrición de mi corazón es múltiple, y deseo con todas las entrañas de mi ser que sea aliviada por ti.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Que es muy amada por Dios.

El día ilumina con claridad, y la noche cubre con sombras. Sin embargo, si la noche desea luchar contra el día, no puede extinguirlo. Pero si el día quiere superar a la noche, tiene la posibilidad de vencerla. Que la verdadera luz esté contigo, la cual Dios proveyó al hombre en el primer día. Pues el Padre ama al Hijo, aunque lo vea salir; sin embargo, él no busca el momento oportuno para pecar, como si Dios no existiera. Dios ve tu alma en la vagancia de tu mente, pero aun así tu mente se burla de los pecados ilícitos que desgarran el alma. Por eso te veo como un resplandor brillante del sol por la inspiración del Espíritu Santo; no en absoluto en el exilio de la perdición, sino mirando al sol como el águila a través de la penitencia, que es la madre dulcísima, y por eso Dios te ama mucho. Ahora vive para siempre.

EPÍSTOLA CVII.

A LA ABADESA N. A HILDEGARDA Solicita su consejo y ayuda en oraciones al ser atacada por tentaciones.

A HILDEGARDA, venerable y en Cristo amada, N., pecadora y solo de nombre abadesa de las hermanas, oración y comunión de todas las obras realizadas o futuras en alabanza de Dios.

Sabemos, amadísima, que siempre habéis sido previsoras en todo, y en esto aún no habéis fallado: por lo cual os rogamos que recibáis benignamente nuestras cartas y escuchéis lo que en ellas se contiene. Nos quejamos a vuestra santidad de que somos muchas veces atacados por las tentaciones de los malos espíritus, y nos inclinamos hacia diversas direcciones, y si no somos fortalecidos con la ayuda de Dios, somos oprimidos por sus tormentas. Por lo tanto, imploramos a vuestra santidad una y otra vez, e incluso por tercera vez, que por la recompensa eterna nos socorráis con el consejo de vuestra bondad. Y cualquier cosa que decidáis sobre este asunto, no lo comunicéis de viva voz, sino por escrito a través del portador de la presente.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Es necesario abandonar la propia voluntad y los deseos carnales para obedecer a Dios.

Oh hija de Adán, en una verdadera visión así fui instruida: Cualquiera que haga esto, que abandone los deseos de su cuerpo, es semejante a Abraham, quien dejó su patria, y al hombre sabio que edifica su casa sobre la roca. Pues el hombre que en esta vida terrenal cultiva otra vida, se demuestra que su vida es angélica, porque la tempestad de este siglo no lo conmueve, ni se derrumba ante los terrores del engaño diabólico. Pero así como Abraham dejó su patria y obedeció los mandamientos de Dios, así este abandona sus deseos carnales y obedece los mandamientos de Dios a través de limosnas y oraciones y otras buenas obras. Pero es necesario prever que en estas buenas obras el hombre sea estable, para que no sea seducido por el diablo, quien engañó al primer hombre y lo despojó de su gloria. En todas sus buenas obras debe obedecer la doctrina de los jueces celestiales, cuyas lenguas son las llaves del cielo. Que Dios complete en ti la victoria de esta batalla, de modo que seas alabada por los ángeles, y que los santos se regocijen en ti, y que también seas recibida en los gozos eternos.

EPÍSTOLA CVIII.

N. ABBADESA EN WIDERGOLDESDORF A SANTA HILDEGARDA. Deseando renunciar a su dignidad, le pide consejo sobre qué debe hacer.

A su señora HILDEGARDA, piadosa madre de las siervas de Cristo que militan para el Señor Dios en San Ruperto, N., humilde ministra y llamada gobernadora de las hermanas en Widergoldesdorf que sirven a Dios y a Santa María, íntimo afecto y devoto servicio.

Sé, señora, que todos vuestros caminos son misericordia y verdad, y con razón, porque la misericordia que atrajo al Hijo de Dios del cielo a la tierra os ha mirado, y la Sabiduría suprema ha preparado su sede en vos. Por lo tanto, dulcísima, os suplico encarecidamente que os dignéis preguntar a Dios si es su voluntad que lleve esta carga o la abandone, porque he perseverado más por la obligación de la obediencia que por amor a Dios. Por eso, si me atreviera, con gusto dejaría el lugar de magisterio, porque me parece muy difícil servir a todos los modos de los demás y permanecer en su voluntad, y por ello no espero recibir ninguna recompensa. Adiós. A un espíritu sabio le bastan pocas palabras.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que soporte con constancia la carga que se le ha impuesto y confíe en Dios.

Este hombre tiene gran valor y es un gran don de Dios, quien es tan sabio que puede sostener el cielo. Este es el sentido. Ningún hombre debe huir de aquel que tiene la capacidad de sostener la congregación de los santos con la vara de Dios. Pero que el don de Dios te inspire esto, oh hija, para que lleves su luz con diligencia. Sin embargo, hay una cierta naturaleza del hombre que, en su primer surgimiento, asciende como humo, y esto trae dolor y amargura, y a esto se le unen muchos pensamientos, miedo y duda. Este es el martirio que tú, hija, tienes; y en él sostienes angustia, miedo y dolor en la equidad de la vida. Pero, sin embargo, en esta parte, muchos santos vienen a Dios como mártires. Y por eso, confía en Dios, porque no te abandonará, y el Espíritu Santo disminuirá tu dolor.

EPÍSTOLA CIX.

A LA ABBADESA DE CROUCHDAL A HILDEGARDA. Para que indique lo que en sí misma es digno de corrección.

HILDEGARDA, dispensadora prudente de la casa del supremo Padre de familia, H. de Crouchdal, abadesa humilde e indigna, con la veneración materna y con la caridad con la que estamos unidas en Cristo.

Después de haber sido aliviado, con la ayuda de Dios, por la tan deseada presencia y amabilidad de usted, he descansado un poco de la pusilanimidad del espíritu y de la tormenta anterior; y como no dudo que sus palabras proceden no de ingenio humano, sino de la verdadera luz que más que a otros hombres le ha iluminado, he pospuesto llevar a cabo el consejo que propuse seguir. Quiero que sepa, señora y hermana queridísima, que así como antes deseaba mucho verla, no menos lo deseo ahora, y aunque no pueda con el cuerpo, con el corazón siempre me adhiero a usted: y porque es cierto que la caridad permanece en usted y usted en la caridad, por ella le ruego que no deje de escribirme lo que la luz viva, por su espíritu, le haya manifestado de mí, digno de corrección o enmienda.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que juzgue a otros en aquello en lo que no quisiera ser juzgada.

El que todo lo ve, dice: Tienes ojos para ver y para mirar a tu alrededor. Donde ves lodo, límpialo, y lo que está seco hazlo verde. Pero también haz que las especias que tienes tengan sabor. Si no tuvieras ojos, podrías excusarte. Pero ahora tienes ojos, ¿y por qué no miras a tu alrededor con ellos? Sin embargo, tienes grandilocuencia en la racionalidad. Muchas veces juzgas a otros en aquello en lo que no deseas ser juzgado; pero a veces dices sabiamente lo que expresas. Presta atención, por lo tanto, a llevar tu carga, y recoge la buena obra en el saco de tu corazón, para que no desfallezcas, porque en la vida solitaria, que requiere el sonido de tus palabras, no podrías descansar debido a la diversidad de costumbres, ya que entonces tus últimos días serían mucho peores que los primeros, e incluso tan graves como la pérdida de una piedra. Imita a la tórtola en la castidad, pero cuida diligentemente la viña escogida, para que mires a Dios con rostro recto y puro.

EPÍSTOLA CX.

L. DE LA ABADESA EN BABEMBERCH A HILDEGARDA. Le pide a ella y a su convento un mutuo consorcio de fraternidad.

A la Señora y madre amable, venerable por su religión y dignidad, L., aunque indigna abadesa en Babemberch llamada, junto con todos los que le han sido encomendados por Dios, cuanto vale la devota y frecuente oración de los humildes.

Nos regocijamos en Cristo con vuestra Beatitud, tanto como nos es posible, porque el Señor, que os conoció de antemano y os eligió para sí, os ha iluminado y llenado con el espíritu de profecía en nuestros tiempos. Cristo nos ha alegrado especialmente en esto, que no solo os previó y predestinó a vos del sexo femenino, sino que iluminó a muchos con su gracia a través de vuestra doctrina. Por lo tanto, le damos las más grandes gracias por vos, y con humilde súplica pedimos que lo que ha comenzado en vos lo complete con clemencia, hasta que os lleve a lo eterno. Por eso, pedimos encarecidamente que os dignéis recibirnos en la comunión de vuestra fraternidad, y que os esforcéis en recomendarnos a vuestro santo convento, y confirmarnos con vuestras cartas de recomendación. Que vuestra dilección prospere.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta al trabajo y a mantener a las hijas bajo disciplina.

Oh madre, el hombre que no cava el campo que tiene la plenitud de la fertilidad, ni lo hace fructífero, peca, porque no trabaja por la recompensa del padre de familia. ¿Quién, en efecto, estableció al buey y al asno? Evidentemente, Dios los creó para el servicio del hombre. ¿Por qué, entonces, el hombre no trabaja para su propio beneficio, siendo él toda la obra de Dios, y cuando Dios no lo creó vacío? Dios hace al hombre semejante al firmamento, que lleva el sol, la luna y las estrellas, para que brillen sobre toda criatura y para que muestre los tiempos de los tiempos. Pero si una nube negra cubriera todo esto, la criatura temería su fin. Tú, hija de Dios, reconoce que eres este campo, porque por tu benevolencia tienes comunión con el pueblo, de modo que puede captar tus palabras y obras. Por eso, no rehúyas trabajar con él, ni peques por ocio vacío, porque a menudo crecen hierbas inútiles en la ociosidad. También proponte la manifestación del firmamento, para que no ocultes la luz de tu racionalidad por negras maldades, engañada por el diablo, como si apenas vivieras, y en todas estas cosas disciplina a tus hijas; porque así como el niño teme ser golpeado con la vara, así el maestro debe ser temido por todos. No temas, sin embargo, la aflicción en estas cosas, sino que con ella aumenta tus recompensas en la vida eterna, de modo que los alientos del Espíritu Santo fluyan en ti.

CARTA CXI.

A LA ABADESA N. DEL ANTIGUO MONASTERIO DE MAGUNCIA A
HILDEGARDA. Para que se esfuerce en aplacar a Dios por sus pecados.

A su señora H., virgen consagrada a Dios, N., solo de nombre abadesa de las hermanas en el Monasterio Viejo de la Iglesia de Maguncia, tras una prolongada enfermedad, la bienaventuranza de la vida celestial.

Si osadamente, mi señora, habéis mejorado un poco de vuestra enfermedad, me alegro; pero si no, lo lamento profundamente. Aquí os escribo con un atrevimiento de familiaridad, pidiendo que consideréis mi devoción hacia vos, y que os esforcéis en aplacar el rostro del Señor por mis pecados. Os ruego en el vínculo de la caridad que, a través del portador de la presente carta, me recordéis, y que con vuestra respuesta, según os lo conceda el Espíritu Santo, me alegréis.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que lleve su carga con la mayor devoción y persevere en el servicio de Dios.

La voluntad de Dios, como en un signo de muerte, me había postrado, como si mi alma suspirara por salir de este mundo; pero la gracia de Dios me ha levantado ahora un poco con un nuevo don. Pero los misterios de Dios dicen, como veo en verdadera visión: Quien en mi nombre socorre a cualquier doliente, a ese se le socorrerá en mi parte, lo cual es premio de alabanza. Sin embargo, tu mente arde como si estuviera rociada con aceite encendido, por lo que a veces te fatigas de dolor, como si no supieras qué hacer. Ahora vive en Dios, y soporta tu carga con la mayor devoción posible, tanto como tus fuerzas lo permitan, y que Dios haga que perseveres en su servicio.

EPÍSTOLA CXII.

A LA ABADESA SUPERIOR DEL MONASTERIO DE RATISBONA A HILDEGARDA. Si puede abandonar el cuidado que le ha sido confiado, y sobre lo que ya ha investigado, si debe temer algo.

Reverenda en Cristo y muy amada madre H. E. por la gracia de Dios, si algo es, a saber, abadesa, aunque indigna en el monasterio superior de Ratisbona, oraciones que pueda con sincero afecto de fe y amor.

Ver la cara vuestra, señora amadísima, mucho desea mi alma, y para escuchar las palabras de vuestra boca, mis oídos han estado atentos por mucho tiempo. Por mi gran deseo, en alguna ocasión he saludado a vuestra santidad con cartas, pero no he recibido respuesta alguna. Ruego, pues, y postrada humildemente a vuestros pies, os suplico que por medio del presente mensajero os dignéis responderme al menos sobre dos cuestiones: si, en efecto, respecto a la causa por la cual mi corazón está ahora sumamente afligido, hay algún peligro que temer, o si se debe confiar en la misericordia de Dios. Deseo conocer vuestro consejo sobre el cuidado que se me ha confiado, cómo o cuándo podré liberarme de él. Una y otra vez imploro suplicante vuestra caridad, si hay en vos entrañas de misericordia, que no os pese aliviar con vuestros escritos la gran angustia que amenaza a mi corazón.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. No se debe indagar lo que Dios quiere que permanezca desconocido, ni abandonar el cuidado que se nos ha encomendado.

Oh hijas de Adán, Dios es esa racionalidad que no tiene ni principio ni fin, y por la cual el hombre es racional; y esa misma racionalidad es en sí misma vida animada, que nunca fallará. Ahora bien, observa y atiende las Escrituras que están enraizadas en la raíz del Espíritu Santo, y que también están escritas sobre la racionalidad que es Dios. La Escritura es un espejo en el cual, a través de la fe, contemplamos a Dios, porque nuestro adversario vigila y no duerme. Por eso debemos luchar contra él con ellas, y no debemos tentar a Dios, sino adorarlo devotamente. Pues el diablo sabe y ve que el [hombre] es mutable y de diversos modos, y por esto no le permite descansar en los modos tranquilos de la paz. Muchas veces, en efecto, el hombre quiere saber de Dios lo que no le es lícito saber, y por esto abandona el servicio de Dios: de lo cual el diablo se alegra mucho, y lo ve fallar en ambas partes. Tal indagación es verdaderamente necia, como aquella que se busca de un falso profeta. En todas estas cosas, Dios no debe ser tentado, sino adorado. El diablo, en efecto, por su malicia más cruel, lanza a menudo dardos al corazón del hombre, con los cuales el hombre confunde a Dios. Pero bienaventurado el hombre que ni quiere hacerlos, ni consiente en ellos, sino que vive en ellos como con la pasión de la muerte. El hombre, sin embargo, peca naturalmente con el pecado original: luego, cuando se arrepiente, y cuando lo abandona por el honor de Dios, resiste al diablo por la fe. Dios, en verdad, nunca perderá al hombre que le ofrece la mayor parte de sus pecados, sino que le perdona la otra parte menor de sus pecados. Ahora bien, dulcísima hija, cuida con previsión la verdad que te ha sido confiada, para que no la abandones por tedio o trabajo. Y observa que atiendas correctamente si tu pensamiento sobre la Iglesia de ese lugar es bueno o malo, porque un gran pecado te sobrevendrá si no lo atiendes correctamente. Pues el árbol que está lleno de flores es hermoso de ver; pero cuando su fruto madura para ser comido, es mucho más útil. El deseo de obrar bien alegra la mente del hombre como las flores; pero el esfuerzo de la obra, es decir, cuando el fruto comienza a crecer, es mucho mejor. Sin embargo, cuando el hombre ha realizado buenas obras, los frutos maduros aparecen, y sus buenas obras le proporcionan alimento de vida en los pastos eternos, cuando ha migrado de esta vida. Por lo tanto, buena hija de Dios, perfecciona tus buenos

deseos en buenas obras, para que cuando tu alma salga de tu cuerpo, el premio más hermoso de Dios resplandezca para ti. Que esta gracia de Dios te enseñe.

CARTA CXIII.

N. DE LA ABADESA DEL MONASTERIO DE NUSSIMEN A HILDEGARDA. Solicita su intercesión de gracias sobre el estado fluctuante de su monasterio.

A la señora y madre suya amantísima, N., abadesa, aunque indigna, de las hermanas en Nussim, un pequeño ruego y servicio con íntima devoción.

Dado que no dudamos que vuestra beatitud ha recibido, por medio de la fama que corre, noticias sobre nuestro estado, de cómo ha sido cambiado a lo que fue antes, desde aquello que, ¡ay!, en vano quiso ser; solicitamos con mayor insistencia y fervor, por amor de Dios, que nos concedáis el apoyo de vuestra oración, ya que ahora, con el ánimo vacilante por el peso de la carga que se ha hecho sobre nosotros, somos impulsados y angustiados por diversos movimientos de un lado a otro. Sabemos, en efecto, que Dios es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres; por lo tanto, temiendo sus juicios ocultos, pero nunca injustos, confiamos totalmente la causa de nuestra alma a vos, en quien confiamos más que en todos los mortales, y a vuestras reverendas hermanas, y deseamos con todo el corazón vuestras respuestas. Que estéis bien.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a la penitencia y a la realización de buenas obras.

Oh sierva de Dios, corre en el círculo del sol con la intención de tu corazón, y suspira anhelando a Dios por tus pecados, y realiza buenas obras antes de que tus días se inclinen, cuando después ya no podrás obrar. Observa también a aquel mayordomo que fue difamado ante su señor, y que redujo las deudas de los deudores de su señor escribiéndolas. Así también haz tú. Pues donde no has cumplido bien tu deber, ayuda a tus hijas con el auxilio de tu consejo, y sé en el movimiento de la misericordia sobre ellas, como la lluvia adecuada que cae sobre la hierba y provoca mucho fruto; y serás más prudente por la penitencia y por la misericordia hacia los hijos de la luz, es decir, los ángeles perdidos, ya que ellos no quisieron hacer esto. Pues cuando hayas hecho estas obras, ellas te recibirán en las moradas eternas después de tu muerte. Porque si volvieras el arado correctamente en la tierra, y tuvieras la lluvia adecuada, serías tierra germinante. El rocío del cual debiste germinar ha faltado en ti, y con la rueda que dices ser tu salvación, y que sin embargo es cenicienta, das vueltas. Pues vuelve tu arado con el conocimiento de la Sagrada Escritura en tu corazón, y ten la lluvia a través de los suspiros de buena intención, y retén el rocío de la bendición con la feliz costumbre de las buenas obras. Haz esto antes del día de tu muerte, para que vivas eternamente.

EPÍSTOLA CXIV.

N. ABADESA DE COLONIA A HILDEGARDA. Deseando tenerla como madre, solicita cartas de consuelo.

A la señora y madre suya H., residente en la tierra de Jerusalén, N., solo de nombre abadesa en el lugar de las santas vírgenes de la Iglesia de Colonia, la más devota oración y el debido servicio.

Cuánto me congratulo con vuestra beatitud, no puedo expresarlo con palabras. Aunque estoy separado de vosotros en presencia corporal, sin embargo, estoy unido a vosotros con el más íntimo afecto de caridad. Deseo veros y explicaros el dolor que llevo en mi corazón sin ningún consuelo humano. Vosotros, que estáis llenos de toda caridad, deseo teneros en el lugar de mi madre; después de Dios, también he puesto mi esperanza en vosotros, y de ahora en adelante deseo ser consolado y alegrado por vosotros. Por lo tanto, que os conmuevan las lágrimas, que os conmuevan los gemidos de vuestra hija amada, y recordadme, y rogad a Dios, que por nosotros se hizo pobre, que se digne liberarme de la pobreza perpetua, o al menos colocarme en el último lugar de la bienaventuranza eterna. Saludad y a toda vuestra congregación de mi parte.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que lleve su carga con firmeza y controle a sus ovejas.

Lleva tu carga firmemente en el camino recto, y controla a tus ovejas tanto como puedas, y esto es mejor para ti que la diversa vagancia de la mente, porque Dios tiene igual poder en todos los lugares según las obras de los hombres. Prohíbe en ti, con la ayuda de Dios, que tu mente esté en vagancia, similar al día que precede un poco en puro sol y un poco en tormenta. Pues tu mente a veces está en tal amargura que no puedes soportarla, y a veces también en cansancio y en otras cosas. Ahora, sin embargo, levántate en el sol purísimo y en el calor recto, porque Dios te quiere, aunque de cualquier manera vaciles, ya que te ha constituido como un ojo para los demás, y por eso no te apartes de Él.

EPÍSTOLA CXV.

N. DE LA ABADESA DE DIDENKIRKIM A HILDEGARDA. Le pide palabras de exhortación que edifiquen su alma.

H. de S. Ruperto, maestra e iluminada por la gracia de la luz divina, N. de Didenkirkim, junto a Bunnam, abadesa, aunque indigna, tan pequeña para tanto, e indigna de lo digno, la instancia de oración y la perseverancia en el debido servicio.

Confianto tanto en vuestra piedad y humildad, os he enviado estas cartas a través del portador presente, escritas con el propósito de que, si es posible, y no ofenden los ojos de vuestra piedad, me remitáis en breve escrito algunas palabras de consejo que edifiquen mi alma y me den confianza en Dios, amadísima madre. Vos propusisteis en su momento oportuno que me fortaleciera con ellas mientras estabais presente. Además, si no me atrevo a pedir más, usaré las súplicas de la cananea, que respondía al Señor en el Evangelio, diciendo: Que incluso los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos (Mat. XV). Con la misma devoción de fe os ruego nuevamente que de vuestra mesa, es decir, de esa visión en la que frecuentemente veis muchas maravillas, me añadáis un resumen de lo mencionado anteriormente, que deseo mucho. Recordad que recientemente envié el pergamino por esa razón. Sin embargo, en cuanto está en nosotros, rogamos a Dios suplicando que complete con un buen fin lo que ha comenzado en vos con su gratuita piedad y bondad.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a cultivar la tierra de su corazón, para que sea útil a los suyos.

Tienes una mente inquieta debido a los lugares fangosos y a la preocupación por las muchas aguas que, al fluir, se agotan. Los lugares fangosos son para aquellos que tienen la inconstancia de los peores hábitos, y las aguas que se agotan son para aquellos que son duros y pétreos, y no se ablandan con los arroyos de la doctrina de la Sagrada Escritura. Pero tú te dices a ti misma: ¿Qué o quién soy yo? ¿Y cómo podría soportar tales cosas? Ahora escucha la parábola del hombre sabio. Un hombre quiso cavar un lugar cavernoso; pero mientras cavaba con madera y hierro, un fuego surgió de una piedra en la que estaba cavando, de modo que el lugar no pudo ser perforado; sin embargo, él marcó la amplitud de ese lugar, y con gran esfuerzo perforó algunas cavernas en él; y este hombre se dijo a sí mismo: He trabajado mucho; pero quien venga después de mí, trabajará más fácilmente que yo, porque encontrará todo esto preparado. Este hombre será alabado ante su señor, porque su obra en longitud y amplitud es mucho más útil que una obra en tierra blanda que se revuelve con el arado. Por eso su señor lo considera como un soldado muy fuerte, que puede sostener bien a su ejército, y lo propone a otros agricultores, que dan fruto en su tiempo. Porque quien primero trabajó, supera el trabajo de aquel que lo sigue. El Creador del mundo comenzó primero a crear, y luego dio a sus ministros la tarea de trabajar según Él. Oh hija de Dios, controla tu tierra en ti misma, para que no se seque sin la utilidad fructífera de las hijas. Reúne también tu corazón en uno, y no lo fijas en la desmesura de hábitos inquietos, para que no huyan de ti tus hijas. Sé también como la buena tierra que frecuentemente es regada por la lluvia adecuada, para que produzca hierbas buenas y deleitables. ¿Cómo? Pues cuando el hombre alimenta su carne moderadamente, tiene hábitos alegres y mansos; pero cuando vive en la excesividad de comidas y banquetes, hace que cada vicio nocivo brote en él. Pero quien mortifica su cuerpo por una abstinencia desmedida, siempre va iracundo. En todas estas cosas, sé buena tierra, para que consueles a tus hijas cuando lloren, y cuando se enojen, las corrija correctamente; y cuando estén rabiosas, se sometan a la disciplina regular a través de ti. A aquellas que se hayan apartado de ti en el olvido, recuérdalas con palabras históricas y con palabras del Evangelio entre tú y otros dos; y si entonces no te obedecen, tú obedeces al Maestro supremo, y recuerda a Jacob, quien intercambió a los dos hijos de José con sus bendiciones. Ahora, considera el inicio de tu buen estudio, para que disfrutes de un final confiado, y para que recibas las recompensas eternas del Maestro supremo.

CARTA CXVI.

A LA ABADESA DE ANTURNACENSIS A HILDEGARDA. Desea estar segura sobre ciertas costumbres de su monasterio, especialmente si debe admitir solo a vírgenes nobles.

HILDEGARDI maestra de las esposas de Cristo, T. llamada maestra de las hermanas de Anturnacum, unida a veces con los espíritus supremos en los cielos.

La célebre fama de la santidad de vuestra opinión, extendiéndose ampliamente, ha llegado a nuestros oídos con ciertas cosas maravillosas y asombrosas, y ha recomendado la excelencia de vuestra suma religiosidad y singular propósito a nuestra pequeñez. Pues hemos aprendido por el testimonio de muchos que se os revelan divinamente muchos secretos celestiales, difíciles de entender para los mortales y raros, y que lo que debéis hacer no se ordena por deliberación humana, sino por enseñanza de Dios. También nos ha llegado otra costumbre vuestra, a saber, que vuestras vírgenes en los días festivos usan ciertos velos blancos como adorno, y coronas decentemente tejidas colocadas sobre sus cabezas, con imágenes angélicas insertadas en ambos lados y detrás; y en la frente, la figura del Cordero decentemente impresa: además, sus dedos son adornados con ciertos anillos: todo lo cual, creemos, lo

hacéis por amor al Esposo celestial, ya que es justo que las mujeres se comporten con modestia, no con peinados ostentosos, ni con oro, ni perlas, ni vestidos costosos.

Además, y lo que nos parece no menos admirable que todo esto, es que introduzcáis en vuestra comunidad a personas tan ilustres y nobles de nacimiento, lo cual también nos asombra grandemente. Sin embargo, sabemos que lo hacéis por una causa razonable, ya que no ignoráis que el mismo Señor eligió en la Iglesia primitiva a pescadores, personas humildes y pobres, y que el Beato Pedro dijo a las naciones convertidas a la fe: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas (Hechos X). Además, no olvidando las palabras del Apóstol a los Corintios que dice: No muchos poderosos, no muchos nobles, sino que Dios eligió lo vil y despreciable de este mundo (I Cor. I). Siguiendo, en la medida de nuestras posibilidades, todas las instituciones de los Padres precedentes, con las cuales conviene que todos, especialmente los espirituales, sean formados, sabemos que las vuestras son también justas y santas. Pues tanta, oh venerable esposa de Cristo, es la novedad de vuestra costumbre que supera incomparablemente la medida de nuestra pequeñez, y nos causa no poca admiración. Por lo tanto, nos alegramos íntimamente de vuestros progresos, aunque deseamos conocer algo más cierto de vosotras sobre este asunto, nos ha complacido dirigir nuestras cartas a vuestra santidad, rogándoos humildemente y con devoción que, por su autoridad, tal religión sea aumentada, y que vuestra dignidad no se niegue a respondernos pronto. Salud y recordadnos en vuestras oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Las mujeres no deben buscar adornos, a las vírgenes les convienen vestiduras blancas; deben distinguirse las nobles de las ignobles, para que no se odien entre sí.

El manantial vivo dice: La mujer debe permanecer oculta en su habitación, de tal manera que tenga gran modestia, porque grandes peligros de horribles formas de lujuria soplaron sobre la primera mujer. ¿Cómo? La forma de la mujer brilló y resplandeció en la primera raíz, en la cual fue formado aquello en lo que toda criatura se oculta. ¿Cómo? En dos partes, a saber, en una parte por la obra del dedo de Dios, y en la otra por la belleza suprema. ¡Oh, qué cosa maravillosa eres, que pusiste el fundamento en el sol y superaste la tierra! Pero Pablo el apóstol, quien voló en lo alto y guardó silencio en la tierra, de tal manera que no reveló lo que estaba oculto, observó esto: La mujer que está sujeta al poder viril de su esposo, unida a él en la primera costilla, debe tener gran modestia, de modo que no debe dar ni revelar la alabanza del propio vaso de su esposo a un lugar ajeno que no le pertenece. Y esto lo haga en aquella palabra que el Señor de la tierra dice: Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre (Mateo XIX), en burla del diablo. Escucha: la tierra suda el verdor de la hierba, hasta que el invierno la supera; y el invierno quita la belleza de esa flor, y esta cubre el verdor de su flor, luego no pudiendo revelarse, como si nunca se hubiera marchitado, porque el invierno la ha quitado. Por lo tanto, la mujer no debe elevarse con sus cabellos, ni adornarse, ni exigir en ninguna sublimidad de corona, ni de oro de ninguna cosa, sino en la voluntad de su esposo, según lo que a él le plazca en justa medida.

Estas cosas no conciernen a la virgen; sino que ella permanece en la simplicidad e integridad del hermoso paraíso, que nunca aparecerá árido, sino que siempre permanecerá en la plena verdor de la flor de la vara. La virgen no tiene cobertura de su verdor por mandato, sino que por su propia voluntad se cubre con suma humildad, ya que el hombre esconde la belleza del alma para que el halcón no la arrebathe por orgullo. Las vírgenes están unidas en el Espíritu Santo de santidad y en el amanecer de la virginidad: por lo tanto, conviene que lleguen al sumo sacerdote, como un holocausto dedicado a Dios. Por eso es apropiado, por licencia y

por revelación en el soplo místico del dedo de Dios, que la virgen vista una vestidura blanca, en clara significación del desposorio con Cristo, viendo que su mente se solidifica en la integridad entretejida. Considerando también quién es aquel a quien está unida, como está escrito: Tienen el nombre de Él, y el nombre de su Padre escrito en sus frentes (Apoc. XIV). Y de nuevo, siguen al Cordero dondequiera que vaya (ibid.). Dios también tiene escrutinio, investigaciones en cada persona, de modo que el orden menor no ascienda sobre el superior, como hicieron Satanás y el primer hombre, que quisieron volar más alto de lo que les correspondía. ¿Y quién reúne a todo su rebaño en un solo establo, es decir, bueyes, asnos, ovejas, cabritos, de modo que no se disperse? Por eso, también debe haber discreción en esto, para que el pueblo diverso reunido en un solo rebaño no se disipe en la soberbia de la altivez y en la ignominia de la diversidad, y especialmente para que la honestidad de las costumbres no se rompa allí, cuando se desgarran mutuamente con odio, cuando el orden superior cae sobre el inferior, y cuando el inferior asciende sobre el superior, porque Dios distingue al pueblo en la tierra como en el cielo, es decir, distinguiendo ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, querubines y serafines. Y todos ellos son amados por Dios, pero no tienen nombres iguales. La soberbia ama a los príncipes y nobles en persona de altivez; y de nuevo los odia, cuando la destruyen. Y está escrito: Dios no rechaza a los poderosos, siendo Él mismo poderoso (Job XXXVI). Sin embargo, Él no ama a las personas, sino las obras que tienen sabor en Él, como dice el Hijo de Dios: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV). Donde hay humildad, allí siempre Cristo se deleita, y por eso es necesario que se distingan aquellos hombres que más desean el vano honor que la humildad, cuando ven lo que es superior a ellos. También debe ser rechazada la oveja enferma, para que no contamine a todo el rebaño. Dios infunde buen entendimiento a los hombres, para que su nombre no sea borrado. Es bueno que el hombre no intente alcanzar una montaña que no podrá mover, sino que permanezca en el valle, aprendiendo poco a poco lo que puede comprender. Estas cosas han sido dichas por la luz viviente, y no por el hombre. Quien escucha, que vea y crea de dónde provienen.

CARTA CXVII

A. DE LA ABADESA DE CROUCHDAL A HILDEGARDA. Para que ruegue a Dios, a fin de que pueda satisfacer por los excesos cometidos en su oficio.

A la amadísima señora H., divinamente iluminada con el sacratísimo don de visiones divinas y verdaderas, A. de Crouchdal, abadesa solo de nombre, sobre el don superabundante de la perfecta caridad.

Las palabras de usted, mi señora, provenientes de esa santísima alma suya, de esa altura de su contemplación, como si fluyeran desde la cima de las colinas eternas hacia el valle más profundo de las demás almas, como lluvia sobre la hierba, y como gotas sobre el césped, las riegan, las infunden, y las hacen germinar un brote sin espinas, las hacen germinar brotes vivos de deseos celestiales, que se elevan con un aroma maravilloso hasta el trono de la gloria del Dios supremo. Por lo tanto, yo, su sierva, deseo contemplar las cartas de su santidad, y ser reconfortada por el discurso de su dulcísima consolación como por el soplo de una suave brisa. Pues, mi madre y señora, toda mi esperanza, seguridad, refugio y protección dependen de su maternidad después de Dios; por eso recurro solo a usted, y me encomiendo a su consejo y ayuda después de Cristo. Por lo tanto, suplico nuevamente, imploro misericordiosamente, que interceda ante Dios por mí, y que me indique amablemente qué debo hacer por mis numerosos excesos, en los cuales, tanto en la carga del nombre [o del

oficio] que se me ha impuesto, como en otras transgresiones, he fallado, como he suplicado anteriormente. Pues temo y tengo gran miedo de incurrir en la ofensa de Dios. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le encomienda la caridad, la obediencia y la abnegación de la propia voluntad.

En una verdadera visión escuché estas palabras, que buscabas con ardiente deseo debido a la advertencia de una gran necesidad: Muy gloriosa es la alabanza donde el magisterio fiel tiene estas filas, a saber, aquella que con escudos y corazas y otras armas está puesta como guardiana de la torre, para luchar contra aquellos que quieren destruir su torre, y también aquella que fortifica su ciudad con soldados valientes, para que sus muros no sean capturados por los enemigos, y para que no se abra a los espías traicioneros de sus enemigos, y ellos no sean asesinados. Estos hombres están en bienaventuranza. Pero aquellos que no actúan así, son más desaliñados que los campesinos, que sabiamente cuidan de sus aldeas por sí mismos y por sus animales, para que no falten en sus pastos. De estos no se debe decir: ¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo de aromas de mirra e incienso, y de todo polvo de perfumista? (Cant. III) ni aquello: ¡Qué hermosos son tus pasos en las sandalias, hija de príncipe! (Cant. VII). Esto es, quien en el exilio de este siglo, que se entiende por desierto, contradice su propia voluntad, y en todas sus obras suspira hacia Dios, como está escrito: Subió el humo de los aromas ante el Señor, eligió la mortificación de la carne, de donde crecen en él todas las virtudes del humo de los aromas y de la mortificación de la carne, de las cuales nunca se sacia. A aquel que hace esto, se le dice desde lo alto por los ángeles y los santos: ¡Qué hermosos son tus pasos!, es decir, el empeño con el que caminas en esta mortificación, hija de príncipe. Pero debe ser rechazado por la boca del profeta aquel que no es ni frío ni caliente, porque no trabaja ni en lo terrenal ni en lo celestial. Pero lo comparo con las langostas, que no vuelan correctamente con las aves, ni caminan correctamente con los animales en la tierra, sino que son como un torbellino, que rápidamente se desvanece sin utilidad.

Oh hija del sagrado nombre, abre tus oídos y escucha con corazón diligente las señales propuestas de este sermón parabólico, a saber, cuán grande es la gloria en la suma alabanza de las torres de esta ciudad así establecida; la torre de esta ciudad es la caridad con la concordia. ¿Y por qué se llama torre? Porque del altísimo Dios, la fuente que salta y rodea toda la tierra fluyó, ya que Dios dispuso todas las criaturas en plena caridad de tal manera que no hay necesidad en ellas. Por lo tanto, aprende que los hombres santos, en quienes habita la caridad, no carecen de necesidad alguna, porque sus corazones están rodeados de mansedumbre y paz como el aroma fluido del bálsamo, por lo cual la antigua serpiente no puede desgarrarlos, ya que así como el olor fétido está separado del aroma del bálsamo, así el diablo huye de la caridad y se esconde en una caverna lejos de ella. Sin embargo, donde los hombres santos, en quienes no habita la caridad, están congregados en el nombre del Señor, se asemejan a una ciudad sin torre y a hermosas casas sin altura. Por lo tanto, en esta confusión, el dinero de la justicia y la regla, porque no tienen moradas firmes, son despojados, y por eso también a menudo son destruidos. Porque así como la torre adorna y sostiene la ciudad, así la caridad a todas las virtudes. Los soldados de la caridad que están en la torre son la obediencia, la fe y la esperanza. La obediencia está rodeada por el escudo, porque siempre está sometida; la fe se viste con la coraza, porque prueba todos los bienes que están en Dios, que el ojo nunca ha visto; la esperanza, sin embargo, abarca el cielo con todos sus ornamentos a través de la fe. La fe, a su vez, siempre mira a Dios a través de la obediencia, haciendo así lo que Él le ha mandado. Porque Dios es caridad, ya que toda su obra es piadosa; pero descendió del cielo por humildad para liberar a sus cautivos, quienes

abandonaron la caridad cuando no lo reconocieron. Esto lo hizo a través de su humanidad, y nos dejó el mismo ejemplo. ¿Cómo? Cuando dejamos nuestra propia voluntad en los oficios de este siglo, seguimos sus huellas. Pero cuando en su nombre nos congregamos en un solo rebaño, como las aves se congregan alrededor del águila, imitamos a Abraham, quien dejó a su pueblo y la región de su patria, y en una tierra extraña realizó la circuncisión según el mandato de Dios. Pero cuando obedecemos los mandatos de Dios a través de un hombre que es semejante a nosotros, nos multiplicamos en bendiciones como las estrellas del cielo, tal como Dios prometió a Abraham a través de su ángel, y buscamos una cosa extraña según su encarnación, considerándonos como nada, y trabajando en la vida espiritual. Cuando hacemos esto, fortificamos nuestra torre con soldados probos por la humildad: somos soldados probos cuando superamos el placer de este siglo, y cuando vencemos la furia de la ira, ciertamente toleramos nuestra pobreza por amor a Cristo, y cuando rechazamos los homicidios enemigos del odio y la envidia; y cuando no despreciamos a otros pecadores semejantes a nosotros, ni juzgamos injustamente sobre ellos, y cuando no buscamos falso testimonio sobre los justos e inocentes. Estos son los soldados probos que custodian nuestra ciudad por todas partes, de modo que el muro de la santa regla y de nuestra conversación no sea perforado por los enemigos, a saber, los odiosos y envidiosos hábitos, y para que la puerta de la paz no sea repudiada por la contradicción; porque si esto sucede, la cerradura de nuestra puerta se abre, y nuestros enemigos caminan seguros en nuestra ciudad. Y no seamos como aquellos que siempre están errando de corazón diciendo: Esto que la racionalidad del hombre nos pone y elige, no lo queremos, porque lo que nosotros ponemos y elegimos es más útil y justo que aquello. Estos son los insidiadores que destruyen nuestra ciudad con sus insidias, porque rechazan lo que ha sido establecido por nuestros antiguos y santos médicos magistrales en el ayuno, la vigilia y la oración, o en otras virtudes, y eligen su propia voluntad en lugar de Dios, quien los creó. Oh hija de la santidad, ahora escucha: Tu torre está vacía sin soldados probos, y los guardianes de tu ciudad se han dormido, y así han sido llevados a la sequedad, y especialmente por la propiedad de su propia voluntad. Por lo tanto, tu torre y tu ciudad están tan áridas que apenas se sostienen. Por lo tanto, levántate de tu sueño, porque las cuerdas de tu nave, que son la costumbre de la santa conversación, aún no están rotas; pero ocupándote en la gran necesidad de los hábitos, buscas rumores que te convengan. Esto no te conviene; pero así como en las moradas desiertas hay ratones grandes y pequeños y ciegos, que roen las vestiduras de los hombres, así por esto toda costumbre santa se desgarrará. Los ratones grandes son las mentes inquietas de la impiedad; los pequeños significan la necesidad, que es de la vía de la verdad nocturna: los ciegos, sin embargo, muestran la vanidad de este siglo, que está ciega a la luz de la justicia. Por lo tanto, está escrito en el Evangelio: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado (Luc. XI). Ahora mira en qué gran ardor del Espíritu Santo has sido plantada. Por lo tanto, no quiere carecer de su ministerio en ti, y atiende con corazón diligente la primera regla de San Benito y de otros maestros, para que no perezcas, sino que vivas eternamente. Vosotros, sin embargo, oh todos los maestros, cuidad de no ser semejantes a aquellos labradores necios, que cuando ven el arado caminar rectamente por sí mismo, se alegran; pero cuando cae torcido, les da pereza enderezarlo; y también tened cuidado de que el Padre de familia no os diga: Sois inútiles para mí, porque no cumplís correctamente vuestra administración; sino considerad con diligencia cuál es la necesidad y la adversidad de vuestros súbditos, y con toda solicitud protegédlos.

CARTA CXVIII.

G. LA MONJA A HILDEGARDA. Cuán pesada es la carga de su ausencia.

HILDEGARDI, a su madre en Cristo sumamente amada, G., aquella suya y verdaderamente toda suya, lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (II Cor. II).

¿Qué escribiré o qué diré a una madre tan única y tan amada en Cristo? No lo sé, porque la misma fuerza del amor me ha quitado todo conocimiento del lenguaje; es más, el vino de la tristeza, con el que tu divina ausencia me ha embriagado, me ha afligido tanto que no solo me ha generado aversión por escribir, sino también por vivir. Creería que me habría sido mejor nunca haberte visto, nunca haber sentido tu bondad y entrañas maternas hacia mí, que ahora llorarte como perdida a través de tan vastas distancias de lugares. Sin embargo, espero en mi Dios, y por eso es mi Dios, porque no tengo nada más querido, que nunca me permita dejar esta forma corporal hasta que me haga feliz con tu dulce visión y meliflua conversación. Pero si, debido a mis pecados, eso no sucede, confío en su piedad que no frustrará mi esperanza de concederme verte allí, donde nunca seremos separados de su visión. ¿Qué más puedo decir? Te ruego, madre amadísima, que, mientras permaneces continuamente en sus brazos y bajo cuya sombra descansas como un cervatillo del calor de las tentaciones y vicios, te dignes interceder por mí, para que a mí, que aún errante lo busco, pero ¡ay! no lo encuentro, se me manifieste para ser hallado, y bajo la sombra de aquel a quien deseo, me haga sentar algún día. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Se congratula con ella por haber abrazado el camino estrecho.

Oh hija de Dios, escucha estas palabras dirigidas a ti en la pura ciencia de la fe: Se ha oído la voz de la tórtola en nuestra tierra (Cant. II). Esto se refiere al Hijo de Dios, que nació contra las leyes de la carne de la tierra intacta de María Virgen. Florecieron todas las virtudes y los adornos de todos los pigmentos, que en sí mismos tenían el aroma de la dulzura de las virtudes. Pues el jardín de estas virtudes surgió en el hijo peregrino, quien, volviendo a su padre, es decir, al Padre omnipotente, corrió confesando sus pecados, y fue recibido por Él con el beso de la humanidad de Su Hijo. Y entonces se oye la voz de la tórtola, cuando por amor a Dios dejamos el mundo con nuestra voluntad, así como la tórtola permanece sola entre las aves cuando pierde a su compañero. Así también tú, queridísima hija, lo hiciste cuando dejaste la pompa de este mundo. ¡Oh, cuán hermosos fueron tus zapatos, hija del rey, cuando por amor a Dios entraste en el camino estrecho y angosto de la vida espiritual! Por lo tanto, oh hija de Sion, alégrate, porque en medio de tu corazón habita el Espíritu Santo. Considera que tu consolador te ha colocado como un lirio entre espinas, cuando, teniendo la pompa y las riquezas de este siglo, que el Hijo de Dios llamó espinas, elegiste la vida espiritual. Tú también, como una rosa en Jericó, resplandecías en las pasiones de tu conversión. Ahora me regocijo por ti, porque en ti se han cumplido las cosas que escuché y deseé de ti; y alégrate conmigo. Yo, en verdad, deseo con verdadera elección que te conviertas en un muro adornado con piedras preciosas y perlas ante la vista de Dios, y en las alabanzas de todo el ejército celestial. Alégrate, pues, y regójate en tu Dios, porque vivirás eternamente.

CARTA CXIX

B. DEL SACERDOTE A HILDEGARDA. Lamenta que se posponga el propósito de abandonar el mundo, solicita sus oraciones y el libro de ella para transcribir.

A HILDEGARDA, maestra de las esposas de Cristo, dignísima, B., por la gracia de Dios, aunque indigno sacerdote de Dios y pecador, la certeza devota de íntimo amor y de toda obediencia.

Me cansa mi vida, porque estoy lleno de amargura, y porque el propósito del cual eres consciente, santísima virgen, al esperar a algunos de mis fieles amigos, aún lo pospongo. Mi camino, para usar palabras proféticas, está rodeado de espinas y muros. Sin embargo, no rechazo los azotes que instruyen a Israel en todo; pero porque no producen fruto con la tentación, temo mucho sucumbir y no llegar al fin del propósito: no porque, confiando mucho en tu consuelo, que frecuentemente contemplo, mi corazón se alegra entre pecados y penas. Por lo tanto, virgen devota a Dios, todos nosotros suspiramos hacia ti después de Dios, y te pedimos, buscamos, llamamos con gran insistencia, que no desistas de tus acostumbradas oraciones, hasta que el misericordioso Dios se digne insinuarte por nosotros un lugar cierto de habitación, o si eso te parece una tentación contra Dios, al menos ahora un orden discreto de religión. Creemos sin duda que Dios ha ordenado esto a través de ti; tú lo has experimentado. Nada en la tierra sucede sin causa. Y por eso, así como liberabas en parte mi alma del juicio oculto de Dios de las angustias, no rehúses liberarnos a todos nosotros del error de la duda por el modo dispuesto en ti por Dios, como una pecadora que debe. Además, deseo tus cartas sobre esto y otros asuntos. Además, deseo mucho transcribir tu libro.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Lo anima a continuar con su propósito.

Esto dice el Espíritu: Es digno de alabanza y admirable que el peregrino se apresure hacia su patria. ¡Oh, cuán grande es el luto y el dolor que entonces surge entre los ciudadanos y conocidos de aquel que con él comían y jugaban! ¡Y oh, cuán avergonzados se sienten los lascivos, porque su compañero deja el pequeño vaso que llevaba con ellos! Observa que en el ojo del viviente fuiste previsto con gran cuidado, así como el padre más amable busca a su oveja. Los compañeros que se sientan ociosos en la amplitud, tienen paz mutua; pero el soldado más fuerte está en grandes tormentas. Permanece en el camino de la rectitud, y prepara tu alma para luchar con aquellos que siempre militan en la misión del rey. Mira que si algún insecto volador se apartara de sus compañeros y, mirando hacia lo alto, comenzara a volar hacia el sol, toda la multitud de moscas se lanzaría sobre él, queriendo oprimirlo; pero el sol lo cubriría con su luz, para que no lo vieran más, y así escaparía. Entonces toda esa multitud se escandalizaría, y así se convertiría en un soldado valiente. Que Dios extienda su mano hacia ti, para que vivas eternamente, donde el sol no se oscurece.

EPÍSTOLA CXX.

V. A HILDEGARDA. Se excusa por no haberla visitado ni en persona ni por escrito.

A la señora H., plena en religión, sabiduría, disciplina, costumbres, y en definitiva en toda virtud de ambos aspectos del ser humano, que su V. trabaje con Marta en el sexto día, se reintegre en el séptimo, y se regocije con María en el octavo.

¿Cómo pude, señora amadísima, apartarme tanto tiempo de la vista y conversación de vuestra dulzura, que para mí es más grata que todo sabor de miel, o al menos haber demorado en visitaros con unas pocas letras? No puedo dejar de admirarme de mí mismo, y atribuyo todo esto a la negligencia de mi pequeñez. También temo mucho, y con razón, haber ofendido vuestra piedad con mi torpeza, ¡Dios no lo quiera!, ya que, sin conocerme antes ni por voz, ni por apariencia, ni por rostro, ni siquiera por fama, cuando llegué por primera vez, lo cual es

muy difícil de lograr, me recibisteis con vuestra gracia de manera muy benigna, y enseguida os dignasteis recrearme con la participación de vuestra conversación, lo cual considero un gran honor. Pero como me arrepiento, os pido perdón. Pues mi ánimo nunca dejó de estar dispuesto, pero me faltó la oportunidad. Prometo, por tanto, si puedo prometer algo, que, si Dios me da la oportunidad, enmendaré esto lo más pronto posible. Mientras tanto, dignaos recordar en vuestras oraciones a este miserable pecador por amor de Dios.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhortación al desprecio del mundo.

Quien es la vida, me mostró estas palabras diciendo: Eres como el agua que se agita en la tempestad, y que nuevamente permanece en tranquilidad. La victoria te dice: Entra con gusto en ti mismo; pero me hieres cuando escondes el rostro de tu mente: de tal manera que estás dudoso, sin tener alas voladoras en la seguridad, donde no estás en el abrazo del desprecio del mundo. Oh hombre, pronto te llegará la resurrección, si sacudes de ti el polvo de las cenizas diciendo: Si no puedo estar en el sol, quiero sin embargo apartarme del lodo del polvo, y lavar mi vestidura de la inconstancia de las costumbres de este siglo. Entonces la paloma te dará ungüento, y limpiará tu herida. Ahora levántate y vive en la eternidad.

EPÍSTOLA CXXI.

T. DEL MONJE SAN BENITO A HILDEGARDA. Desea disfrutar de su presencia o al menos ser fortalecido en Dios por sus cartas.

A la serenísima y verdaderamente bienaventurada señora H., adornada con la visión divina del Espíritu Santo, el más humilde de los monjes de San Benito, aunque indigno sacerdote, T., el servicio devoto de obediencia con toda la sumisión de humildad.

Quienes confían en el Señor entenderán la verdad, y los fieles en el amor, etc. (Sab. III.) Estas palabras sacrosantas pronunciadas por la boca de la sabiduría suprema, he conocido y creo que se han cumplido en ti, según el testimonio verídico de muchos. Pues lo que encuentro atestiguado por las Sagradas Escrituras, lo sostengo con la mayor fidelidad, que ninguna palabra es imposible para Dios. Por lo tanto, la fama que he conocido por el rumor que se difunde, aunque no he visto tus santas revelaciones, no he dudado que sea verdadera. Sé, pues, en verdad que porque has puesto tu confianza en el Señor, por eso has entendido su verdad, y porque fiel en el amor le has consentido, has recibido el don de la revelación divina y el Espíritu de la consolación celestial, y has adquirido la paz de los elegidos de Dios. Ahora bien, porque la misericordia del Dios omnipotente se ha encontrado en ti más amplia que en los demás mortales, por eso, no tentando, ni con soberbia, sino simplemente implorando la gracia de Dios a través de ti, te ruego suplicante que recuerdes aquella voz del Señor, No desprecies a uno de mis pequeños. Considera, pues, no despreciar las cartas de mi pusilanimidad, sino que por el amor de Jesucristo te ruego que escuches clementemente mis súplicas, y que intercedas ante Dios por mis delitos, y que con tus santas oraciones alivies mi vida, y te dignes amonestar mis negligencias a través de las cartas de tu corrección. Pues en verdad es muy deseable para mí la corrección de tu dulcísima caridad. Por lo tanto, me juzgo indigno del amantísimo don de tu carta, pero deseo recibir de ti la recompensa de mi credulidad. Creo, pues, que por el Espíritu, por el cual ves todas las cosas pasadas, presentes y futuras, también te son patentes los secretos de mi corazón. Verdaderamente nunca he visto un día más dulce para mí que aquel en que llegara a tu presencia. Preferiría caminar con los pies descalzos solo por escuchar tus palabras, y sería muy agradable y deseable para mí, si mereciera recibir ya sea tus excelentísimas visiones, o algunas cartas de tu beatitud. Que el

Padre Omnipotente, por la virtud de su Hijo nuestro Señor Jesucristo y por la cooperación del Espíritu Santo, se digne conservarte sano por largo tiempo para la corrección de su santa Iglesia.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Sus deseos son buenos, y que sea fuerte en la batalla.

La luz viviente dice: Oh hombre, de mí fluyen arroyos hacia el verdor de tu mente; pero, sin embargo, tu mente está atada, e incluso aguda por la vicisitud de las costumbres en la oscuridad del viento disperso: y tus pensamientos ocultos en tu mente a veces te engañan, y el gusto de tu obra a veces te toca. Sin embargo, el rostro de tus deseos mira hacia mí a través del gozo de la ascensión, que aún no puedes captar en tu obra. Muy buenos son los deseos que construyen una torre en la altura de la suavidad del buen olor. Por lo tanto, los ángeles se alegran por las obras de la creación del dedo de Dios, que saborean a Dios, rompiendo el alimento de la maldad de los pecados. Ahora tú, oh soldado, sé fuerte en la batalla mientras vivas en tu cuerpo, porque tu enemigo no se fatiga, y la lucha no cesa. Tales son tus obras, que el Padre más benigno se regocija sobre ti, y que su palabra glorifique tu alma, y que el amante ardiente te infunda el ungüento de la salvación y el verdor de la flor de la sabiduría.

EPÍSTOLA CXXII.

A. A HILDEGARDA. Cargado de pecados, solicita sus oraciones.

A su amadísima y muy deseada señora y madre H. B., el pecador, después de esta vida frágil y caduca, gozar eternamente con Cristo Señor.

Me considero afortunado si merezco ser consolado por las cartas de vuestra santidad; pero, así como es propio de un médico prudente visitar frecuentemente al hombre herido y cortar la carne superflua y podrida para que la corrupción no empeore si no se extirpa con cuidado y diligencia, ruego que por amor al piadoso Redentor inspeccionéis más a menudo las llagas de mis heridas, para que por la misericordia de Dios y vuestro consejo no quede en ellas vestigio alguno de corrupción. Oh dulcísima madre y más que deseada, hace ya tiempo que deseo venir a vos con mi bastón. Oh dulcísima señora, con los ojos del corazón siempre os contemplo, con vos hablo en mi mente y con vos converso. Sé que he pecado contra mi Dios en su obra. Reconozco que he pecado, orad por mí. No busco ganancia terrenal, ni cosa transitoria, sino la gracia de mi Dios y la salvación de mi alma. Socorredme. ¡Oh, cuán grandes son para mí los continuos auxilios de vuestras oraciones! Para que no me vea completamente privado de mi deseo, mi señora, queriendo satisfacerme, he procurado enviaros a este servidor con estas cartas, quien os abraza con amor piadoso como a señora y madre. Que Dios os conceda la consolación de la vida presente y la eterna bienaventuranza con los santos. Amén.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a la penitencia de la cual refiere varios grados.

En una verdadera visión escuché esto: Dios realizó cinco operaciones en el hombre. La primera es que el hombre fue formado, la segunda que recibió el aliento de vida, la tercera que comprendió que podía actuar, la cuarta que emprendió una buena obra, y la quinta que conoció el mal. Esta similitud puede aplicarse a cualquier hombre. En el primer momento se entiende que el hombre recuerda sus pecados con suspiros, de modo que son inútiles; en el segundo, que se aleja un poco de los pecados; en el tercero, que los revela confesándolos; en el cuarto, que hace penitencia; en el quinto, que se aparta del mal. Por lo tanto, tú, hombre, en

estas obras que Dios ha realizado en el hombre, haz penitencia con temor y temblor, ya que en alguna parte has contrariado su obra. Pues en la audiencia del sacerdote, mientras vivas y tengas la posibilidad, ofrecerás algo de alabanza a Dios en gemidos y suspiros.

EPÍSTOLA CXXIII.

H. MAGISTRO DE TRAJECTO A HILDEGARDA. En el camino de la tribulación purificado, desea ser consolado por sus escritos y saber si está en el número de los que serán salvados.

H., salve, noble esposa de Cristo, que vas a recibir las bodas de la vida incorrupta. Quién, cómo, cuánto, de qué manera, de dónde soy, a saber, H., maestro indigno de Trajecto, lo puedes conocer por el presente portador.

El buen olor de Cristo, como ungüento derramado, fragante de ti a lo lejos y a lo ancho, ha llenado nuestros indignos oídos al respirar, inflado por la gracia celestial que te visita, irradiándote desde lo alto con frecuente iluminación del esplendor divino, de tal manera que a veces se te concede contemplar, por la gracia de Dios que habita en ti, los eventos de cualquier causa y los desenlaces de las cosas predeterminados por la oculta dispensación de Dios, especialmente cuando has solicitado insistentemente que te sean revelados. Por lo cual, yo, humilde y abatido, agitado por varios dolores y múltiples adversidades, sin duda provocados por mis inefables culpas propias, me encomiendo a tus piadosas oraciones desde lo más profundo de tus entrañas, testificándote por aquel que te ha reclamado para sí con su propio precio, para que con tus justos trabajos, te esfuerces en complacer a su bondad clemente con incansable labor. Pues estoy humillado por todas partes, y hasta el final abatido, como un vaso perdido y arrojado de la vista de sus ojos, porque me han rodeado males innumerables, y mis iniquidades me han alcanzado, que han sobrepasado mi cabeza, como una carga pesada, y sobre todo esto he soportado: no hubo quien se entristeciera conmigo, y no encontré quien me consolara. Por lo tanto, no con vana temeridad, ni con curiosidad superflua, sino como quien ha sido purificado en el horno de la tribulación, con ardiente deseo espero ser refrigerado por tus anheladas respuestas, deseando experimentar a través de ellas la sentencia predeterminada del dispensador supremo sobre el estado o desenlace de mis angustias, así como recibir de ti consejo de salud por inspiración de él. Pero antes que nada y sobre todo, ansío ardientemente ser certificado por ti, si finalmente la divinidad me ha preordenado para ser contado en el grupo de los salvados. Adiós, alégrate, vive, y que tu nombre esté en el libro de la vida.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS. Que se aparte del mal y haga el bien.

El místico aliento y la voz de la Sabiduría resuenan: Dios es eterno, y en sí mismo tuvo este designio, que quiso realizar una gran obra, de modo que todos sus milagros resonaran en ella a través de la racionalidad. Y en este antiguo designio se deleitaba mucho, y su obra debía construir numerosos edificios de bien, y así Dios creó al hombre. El hombre, sin embargo, es imagen de Dios, en la cual Dios infundió un aliento dorado, que en sí mismo tiene dos caminos en el conocimiento del bien y del mal, uno sostiene el cielo, el otro muestra el mal. Aquel sostiene el cielo, este muestra que Dios perfeccionó el poder de su virtud en el aliento dorado del hombre con obras resplandecientes; pero este toca el estado de negrura del primer mal incipiente, que quiso combatir. Y en estos dos caminos, los cinco sentidos del hombre con sabiduría, conocimiento, entendimiento y voluntad, son contados para gran honor, así como también los órdenes de los ángeles están puestos para la alabanza de Dios, que asisten

en su presencia. Ahora bien, oh siervo de Dios, en el mejor camino aparece en ti una pequeña ventana en la luz resplandeciente, de modo que deseando anhelas el bien; pero en el otro camino estás ocupado en un torbellino negro. Pero tú, oh soldado, levántate con clara milicia y vence este torbellino, porque la gracia de Dios te toca y te advierte, como también puedes entender en el conocimiento de tu secreto. Así, apártate del mal y haz el bien, y Dios te buscará y en ti descansará.

EPÍSTOLA CXXIV.

C. B. DE LOS SACERDOTES EN RUTHDELINGUN A HILDEGARDA. Se encomiendan a sus oraciones.

HILDEGARDA, a la familiar de Dios y admirable virgen sobre los hombres de este tiempo, C. y B., sacerdotes indignos en Ruthdelingun, para que continúe como ha comenzado en el temor y amor de Dios, e ilumine incesantemente las tinieblas del mundo a través de la luz viviente que contempla.

Nos hemos regocijado y deleitado en lo que se nos ha dicho, a saber, que una legación consoladora nos vendrá. Y esperando hemos esperado y aún no has atendido. Por lo cual nos hemos entristecido, aguardando la gracia de Dios, quien no abandona a los que en Él esperan. Ahora bien, puesto que nos has ordenado enviarte un legado, nos hemos sentido consolados. Sin embargo, deseamos recordarte, amada de Dios, cómo en la alternancia de este instrumento, en el cual deseamos movernos como soldados inexpertos y delicados, avanzamos con recta esperanza. Por eso te suplicamos, santa madre, que intercedas por nosotros con urgencia en las tribulaciones, para que dirija nuestros caminos, confiando en ti después de Dios. No decimos esto como si nos arrepintiéramos de este hecho con excesiva carga, sino para que tu santidad obtenga de Dios misericordioso algún consuelo para nosotros, los débiles, que nuestros pecados impiden, para que no desfallezcamos: sobre lo cual no nos atrevemos a insinuar nada más diligentemente, sino que deseamos encomendar al Juez interno la medida de nuestra petición, quien sabe lo que conviene a cada uno. Pues Él mismo dice: "Porque vuestro Padre celestial sabe lo que necesitáis antes de que lo pidáis", quien conoce los remedios adecuados para cada uno en su tiempo, y no deja de proveerlos. Sin embargo, solo nos complace exclamar: ¡Ay, ay, causa terrenal, cuando crees que te esconderás ante el ojo viviente? Por lo demás, saludamos en el Señor a vuestro superior y a vuestras hermanas, y a todos los que contigo habitan, y devotamente rogamos que se acuerden de nosotros, sus pobres.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que corran hacia Dios y luchen valientemente por Él.

La luz viviente dice: Oh valientes soldados, que en vosotros mismos contradecís la contradicción de los bilingües, escuchad: Oh, cuán grandes son aquellos que en la peregrinación buscan la vida, y que en el exilio son ajenos a aquella parte que por Dios dejaron. Pues las manos de los que trabajan siempre preparan riquezas. ¡Oh, cuán grande es la santidad que en la peste mortal aplasta el veneno! De donde, en la destrucción del pecado, crece una hermosa flor, que es compañera de los ángeles. Vosotros, hijos de la peregrinación, corred y venid a mí y preparaos muchas riquezas, porque os ve el ojo viviente, que siempre mira en el espejo de la paloma. Ahora trabajad, y no os canséis por el tedio de la obra engañosa y pequeña, porque el Sol de la luz os ha preparado la vida eterna; y corred diligentemente hacia Dios, porque su día viene, y dejad a aquel hombre que está constreñido por su duda en muchas variedades, como agua ondulante en muchas tormentas, así como un

árbol que no puede doblarse como una vara, porque su voluntad ve diligentemente por su cuidado. Pero que él mismo se considere de esta manera. Si no hierve en él un crimen culpable, que cuide de sí mismo. Vosotros, mis amados, corred hacia mí, porque veo vuestro gemido como oro brillante y robusto, y vuestra mente alegre y con deseos de benevolencia. Entrad, pues, en la lucha como valientes nativos. Porque los que están en el exilio no pueden tener una victoria segura permaneciendo en el cuerpo; sino que deben huir de la pestilencia del naufragio del mundo, y solidificar la columna de su mente con la piedra angular. Por eso, oh valientes soldados, no os canséis por la alternancia del instrumento, porque Dios buscará a sus corderos entre los lobos.

EPÍSTOLA CXXV.

B. DEL SACERDOTE DE TRÉVERIS A HILDEGARDA. Para que le escriba palabras de consuelo, y cómo puede presidir sobre aquellos a quienes debe gobernar bajo el régimen del sacerdocio.

A la sagrada virgen de Dios, venerable esposa de Jesucristo, B., por la gracia de Dios sacerdote en la Iglesia de Tréveris, aunque indigno de la dignidad sacerdotal, se presenta a sí mismo.

Aunque raramente os contemple con los ojos corporales, sin embargo, esa admirable potencia de nuestra alma, que se llama imaginación, me representa diariamente la serenidad de vuestro rostro, y me alegra con el grato recuerdo de vos, y me incita a la alabanza de Dios, quien en nuestros días se ha dignado declarar por medio de vos, con manifiesta demostración y evidente ejemplo, lo que la Sagrada Escritura recuerda diariamente, a saber, cómo el Espíritu Santo ha hablado maravillosamente en los antiguos Padres y en los santos hombres apostólicos de Dios, que eran indoctos. Pues me parece que podéis decir con Pedro en la voz de David: "Porque no conocí la literatura, entraré en el poder del Señor" (Salmo LXX). Por esa piedad de la divina clemencia, que ha iluminado de manera inusitada las íntimas partes de vuestro sagrado pecho con sus clarísimos rayos, os suplico fervientemente que con vuestra oración queráis ayudarme, a mí, miserable pecador. También os ruego que, por la consolación divina, ya que frecuentemente os habéis apoyado en la visión suprema, me escribáis palabras consolatorias, y benignamente me indiquéis cómo puedo presidir sobre aquellos a quienes debo gobernar bajo el régimen del sacerdocio. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Enseña cómo debe comportarse con los pecadores.

El Espíritu de la verdad en su don místico dice: Al hombre que tiene heridas en sí mismo y las rocía con aceite, pero que no puede soportar el vino vertido en sus heridas, el médico frecuentemente debe ungirlos con misericordia, y no permitir que en él haya una llaga fétida, porque la lepra es limpiada por el supremo médico cuando el hombre se muestra al sacerdote. Muchos vienen a mí, con la verbosidad de su mente, queriendo indagar con ojos que ven cuál es la salvación de sus heridas, y no quieren tocarme con su lengua sudando en diversas palabras. Y su mente interior no me entiende, de tal manera que sacan una costumbre que los absorbe en la transgresión de los antiguos vicios de su embriaguez. Pero dicen: Bebimos la amargura de la corrección, y limpiamos nuestra iniquidad. Y así no quieren abandonar sus malos caminos. Ciertamente, estos deben ser atados, para que no puedan moverse por caminos mundanos, ya que no quieren abandonar sus iniquidades. Sin embargo, el hombre que siempre abandona sus iniquidades con dolor, de tal manera que no quiere sumergirse repetidamente en pecados inmundos, no debe ser atado de la manera antes mencionada, sino

ungido en sus dolores dondequiera que esté. Pues el gran médico despierta a los vigilantes, reprende a los que duermen, y mata a los que perseveran en sus males. Por eso, oh tú, pequeño, en estas dos partes provee lo que sea una necesidad necesaria.

EPÍSTOLA CXXVI.

HERMANO S. A SANTA HILDEGARDA. Agravado por los pecados, se encomienda a sus oraciones.

A la señora H., madre espiritual del hermano S. . . . de la iglesia de los hermanos, el más insignificante, pero sobre todos oscurecido por las inmundicias de los pecados, para servir los manjares espirituales con Marta y anhelar los gozos de la vida celestial con María.

Me regocijo, oh madre espiritual, de que hayáis encontrado gracia ante el Señor nuestro Dios, y de que la lámpara de vuestra feliz alma haya permanecido encendida por el fuego del Espíritu Santo sin el cansancio de aquel tiempo debido a su venida. Vos, pues, oh compañera de Dios, que con las prudentes vírgenes sobresalís en la integridad de la castidad, y tenéis fijada continuamente la mirada de la contemplación en la claridad divina, la devoción de mi pequeñez os suplica que os dignéis aplacar con vuestras justísimas oraciones el rostro del Señor, que he exacerbado demasiado con mi perversidad cauterizada. Pues estoy seguro de que nuestro Dios, refugio y fortaleza, se dignará escuchar vuestra súplica por mí con agrado, para que, por su piedad, alejado el espíritu de blasfemia por el cual mi alma demasiado infeliz está rodeada, y justificado yo por vos, no me dé fluctuación para siempre. Pero también os pido esto de vuestra generosa bondad, que por el portador de las presentes cartas respondáis a mi pequeñez con las cartas de vuestra santidad. A vuestras monjas, guardianas de la religión monástica, decidles de mí tantas saluciones y oraciones como son las moradas eternas en la casa del Señor. Que estéis bien.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que suspire hacia Dios a través de la penitencia.

Tu mente, como un ave, vuela y dispone y divide cada causa por donde pasa. Pues tu inicio fue consagrado, porque la gracia de Dios te ha imbuido de tal manera que puedes captar virtudes y muchos otros bienes. Algunos, en cambio, son vanos y tienen comprensión de la verdor y humedad de la tierra, así como del aire y las aguas, a través de la sensualidad. Porque Dios, como le agradó, dijo: "Hágase", en lo cual toda criatura en su género surgió, como está escrito: "Una vez habló Dios, dos cosas he oído: que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia, porque tú pagas a cada uno según sus obras" (Salmo LXI). Pues por su mandato Dios creó todo, y esto lo hizo una vez, cuando dijo "Hágase"; y en esto también entendió dos cosas, a saber, que fue un gran poder que Dios dio la ley al hombre: de donde también domina a todos con misericordia, porque por su encarnación devuelve lo que debe ser devuelto, ya que perdona a cada uno sus pecados quien los ve y reconoce por penitencia; pero quien no quiere ni verlos ni reconocerlos, lo rechaza y lo envía a la justa retribución de sus obras. Pues Dios arrojó al primer ángel que se exaltó injustamente al abismo de la miseria, y también envió al primer hombre al cautiverio de este mundo por la necedad de la vana gloria. Pues no dejó ninguna de sus obras vacía. El primer ángel tuvo gran conocimiento y sabiduría, pero por su gran malicia no quiso rendir honor a su Señor, y cayó, y así quedó. El hombre, sin embargo, cayó por el gusto del alimento. Por eso el Hijo de Dios se ofreció como sacrificio por su pecado. De donde también el hombre que recuerda haberse pecado mucho por el conocimiento del bien y del mal, cuando suspira hacia Dios, renace de nuevo en Dios por la penitencia. Pero tú, oh hijo, aprende día y noche, para que vivas eternamente.

EPÍSTOLA CXXVII.

V. DEL MAESTRO DE TEOLOGÍA DE PARÍS A HILDEGARDA Pregunta a Santa Hildegarda si se puede decir que la paternidad y la divinidad no sean Dios.

A la excelsa virgen de Cristo, Señora H., el humilde e indigno maestro de París, en nombre y lugar que ocupa, oración, y todo lo que se considera digno de una persona de tanta santidad y nobleza.

Porque tú, señora, te hiciste sierva de Cristo, Él mismo te elevó sobre ti, y se cree que te reveló en parte los secretos de la cámara virginal aún estando en la carne, para que creas junto con aquellos de quienes se canta: El rey me introdujo en su cámara (Cant. II). Pero como el alma profética y fiel dice y repite: Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí (Isa. XXIV), y el rey Ezequías, que abrió las cámaras de los aromas y los tesoros del templo a los mensajeros de Babilonia, ofendió gravemente a Dios en esto. Bienaventurados aquellos que nos superan a nosotros, pecadores, hasta el punto de escudriñar las cosas celestiales, en sus caminos han progresado en el espíritu de discreción, más por tentación que por revelación, dado por Dios, y esperan, y también aprenden entre los hombres qué visiones deben expresar o cuáles deben callar. Así, disponiendo Dios su don a través de la humildad, sellan algunas cosas y no expresan aquellas que podrían perturbar la institución apostólica y eclesiástica. Atiende a esto, mujer prudente, porque la mujer que teme a Dios, ella será alabada. Se dice que elevada en los cielos ves muchas cosas, y expresas muchas a través de la escritura, y compones modos de un nuevo cántico, aunque no hayas aprendido nada de esto. No nos maravillamos de esto, porque no exceden tu pureza y santidad, sin las cuales tales cosas no pueden ser comprendidas por el hombre. Sin embargo, podemos saber que todo lo que allí se revela sobre los santos, insinúa gloria; todo lo que aquí falta, exige la forma de la humillación. Aunque estemos lejos de ti, confiando en ti, te pedimos algunas cosas, a saber, ya que muchos discuten que la paternidad y la divinidad no son Dios, no demores en exponernos y transmitirnos lo que sientes al respecto en los cielos. Que tu amor prevalezca.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Responde que le fue mostrado en una visión que la paternidad y la divinidad son Dios.

Yo, pobre figura en el humo de los aromas del monte elevado, digo: El sol descende con su luz, e ilumina muchas indignaciones de las vicisitudes de los lugares. Y así, oh tú maestro, en la enseñanza tienes muchos riachuelos en las escrituras, que entre otros a veces esparces, a saber, entre grandes y pequeños. Pero tiemblo mucho por la humilde forma que hay en mí. Ahora escucha: El Rey se sentó en su trono, y colocó grandes columnas y muy elegantes en grandes ornamentos delante de él, que son ornamentos de marfil erigidos, y que llevaban todos los vestidos del rey en grandes honores. Entonces agradó al Rey, y levantó una pequeña pluma de la tierra, y le ordenó que volara, como el mismo rey quiso. Sin embargo, la pluma no vuela por sí misma, sino que el aire la lleva. Así yo no estoy imbuida de doctrina humana, ni de poderosas fuerzas, ni tampoco me agito en la salud del cuerpo, sino que me sostengo en la ayuda de Dios. Y te digo cómo en verdadera visión fui instruida, qué es la paternidad y la divinidad, ya que percibí de ti que esto es muy necesario: para que verdaderamente se fortalezcan en la verdadera fe. Pues vi a la verdadera luz y aprendí vigilante y abiertamente viendo, que no por mí en mí buscando, que la paternidad y la divinidad es Dios, porque el hombre no tiene este poder, para hablar de Dios, como de la humanidad del hombre, y como del color de la obra hecha por la mano del hombre. La luz viviente en la palabra secreta de la

sabiduría dice: Dios es pleno e íntegro, y sin principio de tiempos, y por eso no puede ser dividido en palabras, como el hombre puede ser dividido: porque Dios es todo y no otro, y por lo tanto nada debe serle quitado o añadido. Pues también la paternidad y la divinidad es aquel que es, como se ha dicho, Yo soy el que soy (Éxodo III), etc. Quien es tiene plenitud. ¿Cómo? Haciendo, creando, prosperando. Porque cualquiera que dice que la paternidad y la divinidad no es Dios, nombra un punto sin círculo, negando a aquel que es eterno. Y cualquiera que niega que la paternidad y la divinidad es Dios, niega a Dios, porque quiere que haya alguna vacuidad en Dios, lo cual no es, sino que Dios es pleno, y lo que está en Dios es Dios. Porque Dios no puede ser sacudido, ni tamizado según el hombre, porque en Dios no hay nada que Dios no sea. Y puesto que la criatura tiene un principio, de esto la racionalidad del hombre encuentra a Dios por los nombres, así como ella misma en su propiedad está llena de nombres. Ahora escucha de nuevo, oh hombre, a la pobre figura que en espíritu te habla; Dios quiere que hagas caminos rectos, y que le seas sujeto, y que también seas una piedra viva en la piedra angular y no serás borrado del libro de la vida.

EPÍSTOLA CXXVIII.

DEL HERMANO O. A HILDEGARDA. Lamenta la división de la Iglesia por el cisma, y ruega que interceda con sus oraciones por ella, y también por él, quien era atormentado por los demonios.

HILDEGARDIS, a la amada madre, fr. O., homenaje de filial devoción.

Oh madre amada, ¿qué harán los niños, que no tienen quien les dé leche? Los pequeños piden pan y no hay quien se lo parta (Lamentaciones IV). El sol también ha puesto una nube delante de sí, para que la oración no pase. ¿Qué hará entonces el hombre débil, buscando el remedio de la salvación, y no encontrando el auxilio de la consolación? La Iglesia está herida por el cisma a causa de la palabra de división. He aquí, aquí, allí, lo que ha de suceder en la cabeza ya recorre el cuerpo, y no hay salud donde ha pasado esta espada. ¿Qué dices entonces, madre honrada? ¿Crees que se puede encontrar a quien es absolutamente necesario buscar! Creo que el médico falta mientras siento la putrefacción de la herida. Acércate, pues, al inaccesible; entra donde no todos tienen acceso; di a tu Amado: ¿Por qué duermes, Señor? Afuera están los que te buscan. Tu alma no está herida por la caridad si ha sido golpeada por la espada de la disensión. Que venga a ellos la salud de tu oración, para que sean uno. Y cuando hayas derramado tu oración ante los ojos del Señor, regresa a nosotros, y lo que hayas reconocido en el interior, anúncianos, tanto como Él lo permita, cuya conversación es con los sencillos. También yo tengo un alma mancillada, dividida y herida por muchos caminos, por la cual te ruego devotamente que ores a Dios con tu caridad. Pues muchas veces soy atacado por espíritus malignos, tanto oculta como abiertamente, que me fatigan mucho y quieren seducirme, y te ruego que me comuniques por tus escritos lo que piensas de esto.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Sobre los diversos tipos de demonios y cómo se les puede vencer.

Veo tu alma en dos partes, a saber, en una para ascender y en otra para permanecer; pero Dios recoge tu mente según su voluntad y no según la tuya, y por eso estás muy afligido. Pues lo que dices de ser fatigado por espíritus malignos, lo veo en adversidades de este tipo. En efecto, los espíritus aéreos están divididos en cuatro partes. La primera parte prepara un incendio en todo tipo de vicios, y a través de la lujuria hace al hombre incierto; la segunda parte revolotea en toda inconstancia; como el viento se dispersa aquí y allá, e induce al

hombre a una ira insana; la tercera, en cambio, causa error como en la manifestación de ángeles y profecía, y de ninguna manera permanece en un solo estado, y en la vana gloria daña a los hombres por jactancia y por contumacia. Pero la cuarta parte se mueve con las otras partes mencionadas, y está en una diversidad múltiple, y no es muy maldecida, pero es muy flagelante en el horror, pero con gusto mora con los hombres, y huye de la pasión y la cruz del Señor, y soporta algunas cosas buenas en los hombres, y les quita la moderación en esas mismas cosas buenas: de tal manera que por su sugestión les permite ascender en sus mentes a una mayor altura de la que pueden alcanzar, y así no les permite descansar. Pues no teme la santidad y especialmente la vanidad, pero tiene en gran odio la fortaleza y la estabilidad; y como los cerdos comen Algarrobas por la gordura, así en el deleite a menudo mora con los hombres, y como si sufriera penas, clama aullando cuando es ahuyentado por el hombre. Pues cuando el hombre ha tomado la fortaleza, la estabilidad y la moderación, huye de él, y clama, y aúlla, y dice: ¿Dónde me alimentaré? ¿Y dónde tendré comida? Por lo tanto, que cada hombre tema y se asuste, ya que esta parte de los espíritus malignos no teme morar tanto con el mal como con el bien. Pues cuando el hombre ha tenido odio en la santidad, entra en una gran verdad, y será como una ilusión para Dios y los hombres. Pero, ¿cómo podrá ser ahuyentada y atada esa parte de los espíritus?

Cuando el hombre en la primera edad, como en la primera hora, siendo niño, comienza la santidad, no debe hablar de sí mismo, sino escuchar a los maestros y doctores, y así ata al diablo que reclama y ulula; pero en la segunda edad, como en la tercera hora, cuando el hombre es joven, debe mantener la santidad en silencio durante mucho tiempo y callar, y con toda solicitud y perfección buscar lo que es bueno, para no caer en la soberbia, y así mata al diablo. En la tercera edad, como en la sexta hora, el hombre no debe callar por mucho tiempo; sino que debe preguntar al maestro en humildad lo que debe buscar, ya que esa edad no se dispersa en la lascivia, y así este tipo de muertos aparece muerto. En la cuarta edad, como en la hora novena, cuando el hombre es inspirado por Dios, debe buscar consejo de los maestros y sabios, ya que entonces es débil en el calor de la lozanía de la carne, y debe dar gracias a Dios. Pero la primera edad huye de la paciencia, pero ella misma en santidad con paciencia es toda santa. Y la segunda edad considera que el temor del Señor no es necesario para ella; pero es necesario que tenga el temor del Señor en santidad. Pero la tercera edad tiene el temor del Señor con gusto, es más, en santidad está alegre: porque la duda fácilmente se introduce allí. La cuarta edad extiende suspiros hacia Dios, y a ella deben aplicarse alegrías en todo, para que no desfallezca. Pues el primer ángel en la primera edad, como en la niñez, cayó y pereció por la lascivia. En la segunda edad, como en la juventud, muchos fieles e infieles querían elevarse al cielo, y de sí mismos pronunciaban muchas cosas en discursos; de donde cayeron. Y en la tercera edad, como en la fortaleza viril, vinieron los profetas, y con gran temor del Señor dijeron: No estamos en estas cosas, sino tú, Dios; y así perseveraron, y llenaron toda la tierra de alegría. En la cuarta edad, como en plena estabilidad, muchas y más virtudes surgirán por la inspiración del Espíritu Santo a través de los hombres en el estudio de las buenas obras; y así el mundo decaerá. Sin embargo, este tiempo aún no tiene el tiempo para que el juicio del universo se produzca; pero sin embargo, todos los tipos de demonios con gran empeño causan errores en los hombres, porque temen ser superados. Pero tú, oh hombre, que estás en la edad juvenil, permanece en estabilidad, y escucha las palabras de los filósofos y sabios y de los que hablan en el Espíritu Santo, para que vivas eternamente: Y di también esto: Que aquella fuerza que me creó hombre, me libere de los espíritus aéreos; y que el amor ardiente que me constituyó en vida indeficiente, no permita que mis obras se mezclen con ellos.

EPÍSTOLA CXXIX.

N. DECANO DE SAN MARTÍN DE MAGUNCIA A HILDEGARDA. Desea verla y se encomienda a sus oraciones.

A la reverendísima señora y amadísima madre Hildegarda, N., indigno decano de San Martín de la Iglesia de Maguncia, lo poco que es.

No me es necesario escribir cuánta veneración mi persona tiene hacia vuestra santidad, con cuánta sincera caridad os amo, cuán dispuesto estoy a serviros, si os dignáis a utilizar nuestro servicio, por humilde que sea. Con cuánto deseo anhelo ser consolado frecuentemente por vuestros escritos, porque el esplendor de la sabiduría divina, que os ilumina interiormente, os revela estas cosas. En verdad, había propuesto veros ahora y ser consolado por vuestras palabras; pero me he visto impedido por la debilidad del cuerpo y no puedo venir en este momento. Sin embargo, cuando se presente la oportunidad, si Dios quiere, os veré; y lo que no puedo preguntar por escrito, lo preguntaré de viva voz. Mientras tanto, os ruego, amadísima madre, que oréis por mí al Creador y Redentor nuestro, para que así disponga nuestra vida según toda su voluntad, de modo que se complazca en nosotros. También os ruego que, si necesitáis algo de nuestro servicio, ordenéis lo que os parezca. Y deseo nuevamente ser consolado por vuestros escritos a través del presente mensajero. Que Dios se digne conservaros e iluminaros siempre con su Santo Espíritu, beatísima madre, a quien debo todo honor de veneración.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Exhorta a la penitencia.

De la comida excesiva y del consumo immoderado de vino surgen vicios desmesurados, y la carne del hombre a menudo languidece, de tal manera que apenas puede vivir. Después, por el tedio de los pecados, con el que su carne está fatigada, se ve como abrumado por un pesado sueño. Pero el diablo lo incita de nuevo al pecado, y le propone tiempos para arrepentirse; y así, de esa somnolencia, el mismo hombre despierta al pecado, y de este modo el diablo lo exhorta diligentemente a pecar. Muchos hombres también, por el engaño del diablo, posponen el arrepentimiento de sus pecados, y así se encuentran en la perdición. Sin embargo, cuando el hombre suspira por sus pecados, canta con la alabanza de los ángeles, y cuando obra bien, brilla como el sol; pero cuando comienza estos adornos, el diablo cae sobre él con una gran tormenta de desesperación, quien antes lo había incitado a pecar con malos consejos. Ese hombre debe considerar a los publicanos y pecadores, y cuánto han pecado, y cómo se han levantado por el arrepentimiento, y cómo después se convirtieron en columnas del cielo, y así debe vestirse con la coraza de la fe y el yelmo de la esperanza, y vencer a sus enemigos de esta manera. Pero tú, siervo de Dios, observa que en tu infancia viviste con deleite, y en tu juventud con los pecados del gusto de la carne: por lo tanto, ahora que el cansancio de los pecados sea para ti, y comienza a obrar buenas obras antes de que la sombra de esta vida se incline de ti, para que con alegría respondas a la voz que te dice así: Tú debiste ser el jardín en el que mis ojos se deleitaran; pero no lo eres, porque crecieron allí hierbas inútiles, espinas y abrojos, que ahogaron todas las hierbas útiles. Córtalas con una hoz afilada mediante el arrepentimiento, e imita al hijo que se lee en el Evangelio, que volviendo en sí corrió hacia su padre, quien lo recibió con alegría, y quien por su humanidad lo besaba. Siembra también la semilla de la virtud fructífera en tu jardín, y asimílate a la mujer que busca la dracma perdida, para que haya gozo en el cielo sobre ti, de modo que también te conviertas en una gema en la vida celestial, para que vivas eternamente.

EPÍSTOLA CXXX.

N. A HILDEGARDA. Le encomienda su fe, su alma, su cuerpo y toda su congregación.

A la venerable y amadísima maestra, H., vas escogido de la divina elección, N. por la gracia de Dios en lo que es, todo lo que vale el único servicio con oración continua.

Deseo que gocéis de buena salud de espíritu y mente, y por el estado de todas vuestras cosas, con devotas oraciones día y noche, me postro ante Dios. Queridísima, si la disposición de Dios nos ha separado en esta vida, el vínculo indisoluble de la bendición nos ha unido inseparablemente. De hecho, os pido la reciprocidad de ese amor, para que me tengáis en vuestra memoria en vuestras oraciones y me recomendéis a vuestro santo convento. ¿Qué más? A vuestra fidelidad encomiendo mi alma y mi cuerpo, y a toda nuestra congregación. Que vuestra felicidad sea eterna.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que entienda qué es útil y qué es nocivo.

La mente es como un valle, cuando una montaña se levanta en ti, y de nuevo piensas que estás construyendo una ciudad, cuando condenas con obstinación alguna causa. Pues quien devora una herida que se corrompe en la putrefacción, al golpearla, extrae veneno mezclado con sangre. Y esto no es provechoso. Así es la mente de aquel hombre que no quiere perdonar en nada. Sin embargo, el buen médico unge las heridas. Pero la negligencia del hombre es como un viento de torbellino, y su furia como una gran tempestad. Ahora, pues, comprende qué es útil y qué es nocivo, ya que algunas criaturas terrenales tienen semejanza con las obras de los hombres. Pues las aves son para la benevolencia del hombre, los ganados para su inteligencia, las bestias para su sabiduría. Sin embargo, los gusanos que el sudor de la tierra expulsa, se refieren a muchos pensamientos de los hombres; los gusanos incongruentes a su maldad, y los venenosos a su ira, las fieras a la negligencia de sus obras. Mira, pues, al Norte, y observa cómo la tempestad asciende como humo en las nubes. Así son las obras del hombre a veces inútiles. Pero el hombre que vigilando bien mira a su alrededor, aparta los truenos con benevolencia y con su sabia mansedumbre. Y este no debe ser un guerrero en el lanzamiento de piedras, ni negligente en el viento del torbellino. El sol brilla, por lo que el hombre debe ungir cada cosa con misericordia, porque el constructor que no pone bien sus cimientos, derriba sus herramientas. Por tanto, el hombre debe prever cuál es la caída. Aquel que tiene un suspiro, debe ser tolerado. Pero quien desprecia a Dios, debe ser corregido, si es provechoso; si no lo es, debe buscarse el momento oportuno, para que no muera. Sin embargo, el hombre debe obrar por sí mismo, e iluminar su alma. La mente que no edifica homicidio, no es homicida; pero si esa causa ocurre con la obra, siempre debe lamentarse, y suspirar hacia Dios, porque ha sido destruido lo que Dios edificó.

EPÍSTOLA CXXXI.

H. MONJE DE MULENBRUNN A HILDEGARDA. Para que le transmita algo de la admonición celestial.

HILDEGARDA, oliva hermosa y perla preciosa, H., monje solo de nombre en Mullenbrunn, con lámpara ardiente al celestial Esposo salir al encuentro.

Oh, cuán hermosa es la generación casta con claridad; pues inmortal es su memoria, porque es conocida tanto por Dios como por los hombres (Sab. IV). De esta generación tan hermosa y bienaventurada, tú, hija del supremo Rey, has surgido con claros indicios de virtudes, ya

que en la faz de una obra ilustre muestras la forma del hombre interior. Con tal decoro de virtud se imagina la semejanza de tu madre: siguiendo su ejemplo, buscaste lana y lino, y tejiste una vestidura adornada como cobertura de tu alma. En efecto, se viste la vestidura adornada, cuando cada alma fiel se reviste de la virtud de la caridad entretejida con múltiples figuras. Resplandece en esta vestidura real la humildad y la obediencia, la piedad y la continencia, la castidad de la carne y la santidad de la mente, en fin, mil millares de cosas semejantes a las mencionadas. Revestida con esta variedad de virtudes, asistes a la derecha del supremo Rey, como aquella reina profética, donde encontraste el tesoro inestimable de la sabiduría. De ahí mostraste a los mortales el resplandor de la luz eterna como desde un abismo. Escucha, pues, hija, y mira, e inclina tu oído, para que, puesto que la caridad consiste en el amor al prójimo, por la ayuda de tu oración sienta como venial cualquier cosa que encuentre menos perfecta en mí. Pues sin duda reconozco que eres escuchada de manera especial por aquel en cuya contemplación frecuentemente te detienes. Te ruego también, salvando tu gracia, hermana y señora, que me transmitas algo de la admonición celestial, para que por esto pongas la memoria de tu santidad ante los ojos de mi corazón. ¿Qué más? Ausente en cuerpo, presente en espíritu, te saludo, rogando fervientemente que te acuerdes de mí, pecador, tú que siempre extiendes el paso de la mente hacia lo que está adelante con el Apóstol. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Bajo una parábola enseña que en este mundo se debe trabajar.

La sombra de los misterios de Dios dice: El viento sopla y el aire va en alternancia, y las nubes se pliegan, de modo que a veces son turbias, negras, blancas y puras. Así actúas tú, oh soldado de Dios: pues en la tristeza mundana a veces estás, como cuando sopla el viento, y en el placer de las muchas trampas del diablo, como en la alternancia del aire y en tus costumbres inquietas, como en las nubes que se pliegan, de modo que tus costumbres a veces son sucias en la turbidez, aterradas en la negrura, suaves en la blancura, y útiles en la pureza. Por lo tanto, escucha. Un cierto señor de un gran monte estaba de pie, y llamó a sus siervos diciendo: «Pagad vuestra deuda.» Uno de esos siervos estaba de pie ante él, mientras que el otro estaba sentado. Y el que estaba de pie respondió: «Señor, vengo de una lejana región de exilio, donde aprendí la diversa alternancia de costumbres en muchos crímenes y pecados. ¡Ay de mí por haber pasado por alto tus mandamientos de esta manera! Por lo cual, por el temor de tu amor, juro que con todo mi corazón quiero arrepentirme. Pero sin embargo, siempre amé tu sol, tu luna y tus estrellas en grandes honores.» Y su Señor le respondió: «Buen siervo, tu respuesta, mientras la rueda me rodea, así la acepto diciendo: Yo, que vivo sin principio y sin fin, quiero ponerte en grandes honores por encima de todo lo que amaste, y mi poder no te condenará, porque por el arrepentimiento me llamaste.» Sin embargo, el siervo que estaba sentado respondió con desdén: «Tu sol me quemó, tu luna me tocó, tus estrellas me oprimieron, incluso los cabellos de mi cabeza fueron infectados por tu rocío; y tus lluvias inundaron sobre mí; y por eso, impedido por todas estas cosas, no pude mirarte: por lo cual tampoco sé qué puedo decir.» Y su señor le respondió: «Siervo malvado, cuando establecí el sol, la luna y las estrellas, ¿acaso necesitaba tu ayuda? ¿Y por qué no te avergüenzas de tocarme tan temerariamente en tus respuestas? Pues por esto mereciste ser atado de manos y pies, y ser arrojado a las tinieblas hasta que pagues todo.»

Pero tú, soldado de Cristo, atiende a la parábola dirigida a ti. Este Señor es Dios, quien vigila desde lo alto, porque Dios debe ser invocado por todos. Así habla a los hombres en su advertencia: Debéis ser juzgados por vuestras obras. Pero algunos trabajan en honor divino. Sin embargo, otros languidecen en la molestia del tedio. Y quienes honran a Dios dicen: Por

la sugerencia del diablo en la caída de Adán hemos caído en el exilio, y en nuestras obras hemos contraído muchos vicios, los cuales lamentamos con llanto. Por la gloria de tu nombre prometemos que deseamos abstenernos de nuestros pecados. No obstante, hemos venerado tu honor, justicia y las Escrituras dadas por ti con amor. Y el Señor, que es incomprensible, los alaba y los establece sobre muchos bienes, y no los condena, porque lo invocaban con arrepentimiento. Pero quienes languidecen en el tedio de lo divino dicen: Tu honor nos ha afligido, tu justicia nos ha herido, la multitud de tus Escrituras nos ha sofocado, el verdor de tu espíritu ha trastornado el placer de nuestra mente, y la efusión de tu celo nos ha fatigado, de modo que no podemos mirarte con alegría, ni podemos excusarnos. Y el Señor dice que son siervos malvados, y que en sus justicias no ha necesitado de su ayuda, diciendo, y por qué no se avergüenzan de que lo atacan con la temeridad de sus palabras, por lo que deben ser atados y enviados a castigos, mientras consideran todos sus vicios en sí mismos. Pero tú, oh soldado de Cristo, entiende esto también para ti mismo. Pues el siervo que estaba de pie, te representa. Porque cuando estabas en el mundo, hiciste pocas cosas buenas: pero la advertencia del Espíritu Santo te sacudió y te convirtió al bien. Sin embargo, cuídate de no imitar al siervo sentado, es decir, no digas que ardes en la regla como en el sol, y no desprecies la enseñanza como si fuera la luna, ni te fatigues de la comunión de tus hermanos como si fueran estrellas, y no lles la advertencia del Espíritu Santo a la burla de tu mente como si fuera rocío, y no desprecies la corrección como si fuera lluvia; sino abraza siempre a Dios con buena voluntad y opinión, y al abrazarlo, reténlo y vivirás.

EPÍSTOLA CXXXII.

N. MONJE DE EBERBACH DEL ORDEN CISTERCIENSE A HILDEGARDA. Se encomienda a sus oraciones y solicita de ella palabras de consuelo.

A la señora y madre suya HILDEGARDA, beatísima oliva de Cristo, N., pecador de Ebra, monje inútil de la orden Cisterciense, vivir en el Señor y morir en el Señor.

Conozca vuestra caridad que por eso os envié estas pocas letras, porque no pude concebir algo suficientemente digno para vuestra santidad, y también con mente temblorosa apenas me atreví a escribir algo a una persona tan grande e importante; tampoco me consideré digno para ello. Por lo tanto, si, con vuestra gracia, me atrevo, de rodillas y temblando, me encomiendo a vuestras oraciones en las entrañas de Jesucristo, aunque sea indigno, y en la medida que la gracia cooperante me lo permita según mi modesta capacidad, recordaré gustosamente a vos y a vuestra familia en Cristo: y aunque esté ausente en cuerpo, en corazón y amor, con Dios como testigo, estoy con vosotros. Ahora, pues, reservadme en vuestra memoria, y como confío en vosotros, encomendarme continuamente a Cristo y a Santa María, y esforzaos en consolarme con vuestras palabras de consuelo según la divina manifestación. La gracia del Espíritu Santo esté con vosotros.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Le promete futuras consolaciones, ya que agrada a Dios.

Veó que Dios no esconde su rostro de ti, sino que con sus azotes te constriñe, como a Él le place. También veo que un gran resplandor de la consolación de Dios vendrá a tu alma y al gozo de tu cuerpo, cuando Él lo desee. Sin embargo, Dios vive en tu tabernáculo, y su gracia no está oscurecida en él; por lo tanto, serás alabado ante Dios en tu alma, aunque dudes de esto, porque un hombre victorioso es amado por su Señor. Y la luz mística dice: La tierra que tiene la fertilidad para germinar produce muchos frutos. Pero la cizaña y otras hierbas inútiles a menudo se mezclan con ellos. Sin embargo, a veces cierta templanza de un viento particular

asciende sobre esta tierra, cuya fuerza es tal que induce a debilitar las hierbas inútiles, y sin embargo no daña los frutos útiles. Ahora escucha: Algunos hombres que en la fertilidad de su naturaleza son aptos para muchas cosas, mezclan con esta plenitud de conocimiento ciertas obras inútiles por el placer de la carne; pero la advertencia de la gracia de Dios a veces los amonesta, ya sea por la contrición del espíritu o por la tristeza de la debilidad, la enfermedad corporal y cosas similares, para que eviten el mal y hagan buenas obras. Entiende esto para ti. Que Dios, por lo tanto, te infunda el rocío del cielo, y vivirás para siempre.

EPÍSTOLA CXXXIII.

V. DE WESSIONIENSIS A HILDEGARDEM. Afligido por los pecados, pregunta si aún debe esperar el perdón de Dios.

HILDEGARDA, santa y amiga de Dios, esposa de Cristo, V. Wessionensis, cálamo quebrado, forma del mal, alimento del diablo.

Está escrito: No teniendo cobijo, abrazan las piedras (Job XXIV). Pero, ¡ay de mí!, en este tiempo han sido removidas del camino las piedras que se oponen al camino de la iniquidad. Han cedido los montes, que caigan sobre los pecadores; las colinas, que cubran a los fugitivos de Cristo. Han quedado desnudas ante Dios las acciones vergonzosas de los hombres que en su curso tienen el camino medio, y sin mediador alguno, se precipitan hacia la piedra de tropiezo y la roca de escándalo. De los cuales y en los cuales, mi señora, yo, desesperado, cada día tropezando con esta piedra, quebrantado y roto, aún presumo esperar en la misericordia de Dios. Por la misma misericordia de Dios, os conjuro a que no me rechacéis, a mí que me apoyo en vos, ni despreciéis por aquel que por nosotros se dignó ser despreciado. Os imploro por el precio de la sangre de Jesucristo, vuestro amado Esposo, que fluye de la cruz, por quien os ha dado prenda y os ha tomado como esposa, que inclinéis vuestros piadosos oídos a las palabras de este presente que de mí narra; y solicitando ante vuestro Esposo, indagad con ferviente oración, señora, por qué se niega a liberarme tantas veces cuando clamo desde las profundidades de las iniquidades y del lodo de la inmundicia, si debo seguir esperando el perdón, si quiere concederme un espíritu contrito y quebrantado, escribiendo en cartas lo que parezca necesario comunicar. Adiós una y otra vez. Repitiendo lo mismo por Cristo, os conjuro a que no me abandonéis.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para restaurar la mente hacia el bien, y que tenga hambre de justicia.

En verdadera visión de los misterios de Dios escribo viendo, oyendo y sabiendo de una sola manera. Tú, sin embargo, oh hombre, eres semejante a una nube, que avanza y retrocede, y que en ambas partes es algo luminosa, pero a través de la cual el sol a menudo se nubla, de modo que se espera más tiempo para que brille. Y está escrito: "He aquí, los que se alejan de ti perecerán" (Salmo LXXII). Esto es, aquellos que tienen el día del buen conocimiento, pero miran hacia la excitación ajena de la inutilidad, y en las variedades de tinieblas que no buscan ayuda en la racionalidad, sino que son vanas, se marchitan, y no tienen verdor en Dios. Pues Adán, cuando resplandecía lleno de la inocencia de la santidad, fue sorprendido en la transgresión, de modo que pereció en la transgresión de los mandamientos de Dios, cuando la diadema de la inocencia, es decir, la hermosísima hija del rey, le fue arrebatada. Ahora restaura tu mente hacia el bien, y mira en la fuente de agua que salta, y no busques diversas causas en casa ajena, porque cada causa que no es útil se marchitará, ya que no ha sido plantada por Dios. Que tu mente sea pura en Dios, y en el hambre de la justicia de Dios, y en

el camino recto, y Dios te acogerá. Por lo tanto, los trabajos que has comenzado por Dios y que realizas, sean suficientes para ti. Pero dirige tu mente y tus pensamientos, tanto como puedas, hacia Dios. También mis oraciones a Dios siempre las derramaré por ti.

EPÍSTOLA CXXXIV.

H. DEL CANÓNIGO DE TRAJECTUM A HILDEGARDA. Para que le revele los secretos de la divina revelación sobre su estado.

A H., quien imita la pobreza de Cristo pobre en el sexo frágil, H. canónigo de Utrecht, deseando las riquezas de Cristo rico, salud en el Señor que manda la salvación de Jacob.

El Espíritu de Dios, de una manera maravillosa e inestimable, deseo tener en mí mismo la experiencia de que habla en ti y escribe a través de ti. Lejos de mí esté cualquier duda sobre ti, porque el Espíritu de Dios habla en ti; más bien, con los que admiran, la admiración, y con los devotos, la devoción, me incita y provoca al deseo de una experiencia cercana. Por lo tanto, en humildad, suplico a tu humildad que me muestres los secretos de la revelación divina sobre mi estado, especialmente según el hombre interior, en el ministerio de tu manifestación para la enseñanza y la cautela de mi espíritu. Lo debes hacer, ciertamente, por la promesa, ya que cuando en mi tránsito hacia Roma iba, esto lo obtuve de tu caridad. Que el Espíritu del Señor permanezca contigo. Amén.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que se levante rápidamente y huya del diablo.

Dios se ofendió en el árbol por las palabras maliciosas de la serpiente. Entonces, incluso en la hermosa formación con la que Dios había creado al hombre, el buen conocimiento en el hombre se avergonzó, debido a la mala concupiscencia que él había deseado. Y por eso, como en un camino ajeno, Dios le clamó: Adán, ¿dónde estás? (Gén. III) y le dio vestidura, diciendo así en sí mismo: Quiero buscarte a través de la túnica de mi humanidad; y después, en su santa humanidad, recreó al hombre de nuevo, de modo que cuando caiga, por la penitencia en la humanidad de Dios resucite. Por lo tanto, tú, hombre, levántate rápidamente, y envuélvete rápidamente en la túnica de Dios, y huye del diablo, y yo en la efusión de mi oración, cuando mi alma mira a Dios, gustosamente oraré por ti, y vivirás.

EPÍSTOLA CXXXV.

M. MONJE Y PRESBITERO A HILDEGARDA. Solicita las oraciones de ella y de sus hermanas, prometiéndoles a su vez las suyas.

HILDEGARDA, amadísima y en Cristo honorable madre y señora singular, M., monje y sacerdote indigno, lo poco que es.

Si es necesario gloriarse, y puesto que es lícito gloriarse en el Señor, conviene también que yo me regocije, no en mí mismo, sino en el Señor, quien ha concedido a mi indignidad tal gracia de familiaridad ante vuestra santidad, que mi humildad ni pudo merecer ni se atrevió a esperar. Por lo tanto, dando gracias desde lo más profundo de mi corazón primero a la divina misericordia y luego a vuestra dignación, por haberme tratado con tanta benevolencia en mi presencia, y por considerarme digno de vuestra salutación en mi ausencia. Os ruego, en vuestra benevolencia, que os dignéis saludar de mi parte a todas vuestras consorores y mis señoras, y que las exhortéis a que el consuelo de fraternidad y oraciones que me prometieron

no se borre de su memoria, ya que yo, en la medida en que el Señor lo permite, he hecho y hago todo lo que, Dios como testigo, les prometí. Confío también en el Señor que, mientras viva, no cesaré de rogar por todos vosotros, para que la gracia de Dios, que os ha precedido tan lejos, os acompañe continuamente, y aplaste a Satanás bajo vuestros pies, de modo que mi pequeñez pueda obtener la salvación que no merezco gracias a vuestras oraciones. En cuanto a los otros asuntos que traté con vosotros en secreto, cuando sea oportuno, os ocuparéis de certificarme por escrito. Que estéis bien en el Señor siempre.

RESPUESTA DE HILDEGARDA Bajo cierta parábola exhorta a la caridad, al abandono del mundo, y al amor de la verdadera sabiduría.

Querido hijo, escucha esta parábola que vi en una verdadera visión.

Una noble y hermosa dama tenía una habitación adornada con oro, y frecuentemente elegía vivir con dos jóvenes de rostro elegante. Sin embargo, muchas multitudes al ver a esta dama alababan su rostro y deseaban vivir con ella. A quienes ella decía: Los dones que les agradan, se los daré, porque ni a mí ni a ustedes nos beneficiaría estar juntas. Pues no quiero entregar mi nobleza y belleza a los zorros y perros ni a las burlas. Pero una cierta mujer arrugada de rostro rojo y negro quiso asemejarse a esta noble dama, y tomó indignamente su nobleza y belleza. Esta misma mujer arrugada camina sobre las montañas, y corre por las regiones y en todos los lugares, buscando alabanza y honor, y nadie se los da; sino que todos dicen: Esta es inquieta e indisciplinada, es del diablo, y debe ser rechazada por todos. También una mujer comerciante reunió de todo arte lo que es hermoso a la vista, y se esforzaba por hacer cosas desconocidas y maravillosas para los hombres en la vista y el oído. Después, colocó un cristal hermoso y muy puro al fuego del sol, que se encendía tanto con el sol, que daba luz a todos. Por lo cual también ella tenía todas sus artes en moderación. Ahora, hijo mío, atiende a la primera mujer y a sus jóvenes; pero huye con todo esfuerzo de la mujer arrugada, y acércate a la mujer comerciante. Pues la primera mujer es la caridad con las jóvenes, a saber, la benevolencia y la generosidad. Pero la mujer arrugada, que tiene el rostro rojo y negro, es el amor mundano, con el cual los hombres lascivos se unen entre sí con un estudio vil. La mujer comerciante, en cambio, es la filosofía, que instituye todo arte, y que encontró el cristal, es decir, la fe, con la cual se llega a Dios. Yo, sin embargo, confío en Dios que tengas parte con ellas, ya que en el cristal ígneo ofreciste a Dios los dones de la pasión y resurrección del Señor.

EPÍSTOLA CXXXVI.

N. SACERDOTE Y MAESTRO DE LOS POBRES EN LUTERO A HILDEGARDA. Desea escuchar de ella documentos saludables, dispuesto a obedecerlos.

Señora H., resplandeciente con el brillo de la luz divina, N., sacerdote indigno y maestro de los pobres en Lutero, es decir, en la casa hospitalaria, cuando aparezca la gloria del Señor, se unirá con los elegidos.

Recordando con frecuencia la gracia y benevolencia que muchos de ustedes han experimentado, damos gracias al Dios omnipotente por haber concedido a un sexo tan frágil, a una mujer privada de fuerzas corporales desde la infancia, un ánimo viril y adornado con no pocas virtudes. Que el Señor aumente su gracia en ustedes y en todos los que están con ustedes, y haga que en espíritu de benevolencia recuerden ante el Señor, a nosotros y a muchos que han puesto su esperanza en ustedes. Por tanto, deseamos escuchar de ustedes los

saludables testimonios de su santidad, y entender diligentemente de ustedes el estado de nuestra vida, y les rogamos que nos escriban lo que Dios les haya revelado sobre esto; sabiendo que hemos decidido obedecer sus consejos y advertencias en la medida de nuestras posibilidades. Pues se nos ha encomendado servir a los pobres, lo cual no podemos cumplir sin la carga de un ánimo tumultuoso. Por lo tanto, deseamos saber de ustedes si nos es más útil recluirnos en el claustro o perseverar en este tumulto. Que Dios les revele lo que más le agrade en esto.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que imite el ejemplo de Cristo, quien como el verdadero Samaritano cuidó al hombre que cayó en manos de ladrones, por sí mismo y a través de los posaderos, es decir, los apóstoles.

En una verdadera visión, con los ojos vigilantes en mi espíritu, escuché estas palabras: Oh hijo, que eres la imagen de Dios, escucha esta proposición, pues el Hijo de Dios dijo a aquellos que entre ellos mismos dijeron lo que eligieron para sí mismos: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó (Luc. X). Esto mismo dijo el Hijo de Dios sobre el primer hombre. Quien, al escuchar el rumor de la serpiente, que oyó a través de la mujer, sintió que podía pecar, eligió para sí lo que había oído por el rumor. La mente es como el hombre, y la elección como la mujer. Pero cuando el hombre elige para sí alguna causa, y la atrae a sí mismo por elección, la ama mucho, así como Adán amó la elección que escuchó a través de la mujer, porque la mujer le fue unida como la elección a la mente. Cuando Adán hizo esto, descendió de la visión de la paz, y se hizo semejante a la luna que mengua. Pero aunque era un peregrino, sin embargo, conocía a su Creador, y en ese conocimiento fue semejante a la luna que a veces crece. Y cayó en manos de ladrones (ibid.), lo cual fue la propiedad de su voluntad, que lo engañó, así como el ladrón engaña a los hombres con silbidos de astucia, hasta que los captura. Quienes también lo despojaron (ibid.), es decir, la misma propiedad de toda la gloria que tenía en el paraíso, como los ladrones despojan a los hombres de su sustancia y la distribuyen; por eso, cada hombre que será feliz, debe huir de lo que su propia voluntad elige para sí, que le es tan nocivo, como a Adán, que escuchó a su mujer, y le causa las mayores heridas: de modo que si quiere ser sanado, debe buscar al médico con gran suspiro, porque también la transgresión de Adán lo envió al exilio de esta peregrinación, de modo que apenas vivía en el conocimiento del bien y del mal. Ni el sacrificio de Abel, que Noé perfeccionó mediante la edificación del altar, ni el ministerio de obediencia de Abraham, que Moisés completó por la ley, pudieron levantarlo; pero el Samaritano lo levantó. Este Samaritano es el Hijo de Dios, que totalmente en el santuario del Espíritu Santo, es decir, en la integridad de la Virgen, se encarnó, sin toda la ceguera de Adán, que la naturaleza humana tiene en los pecados, y levantó a Adán con sus miembros del pozo del infierno. En sus heridas también vertió aceite y vino: aceite, cuando en su Encarnación, movido por la misericordia, se le mostraba; vino, cuando le impuso la penitencia de los pecados, como está escrito: Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado (Matth. III).

Y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó al mesón (Luc. X). Su cuerpo es como una cabalgadura, porque llevó al hombre sobre sus hombros al madero de la cruz: lo cual también muestra, porque cuando creó al hombre, creó a los animales con él, así como también vio su Encarnación cuando formó al hombre, y cuando unió esa misma Encarnación a sí mismo como quiso, el hombre, al contemplar a Dios y al hombre, lo reconoció; y dio todo el mundo al hombre como tabernáculo o como mesón, y lo llevó a ese mesón cuando lo liberó por su pasión, y lo curó en misericordia y penitencia. Y al día siguiente sacó dos denarios y se los dio al mesonero (ibid.). En la otra luz, después de su resurrección, dejó al hombre a sus vicarios, es decir, a los apóstoles, y a los demás que siguieron sus ejemplos,

encargándoles que hicieran como él había hecho, y lo que él también había obrado, porque así como cuando Dios creó al hombre, creó a los animales con él, así los hombres en la antigua ley primero sacrificaron a Dios en las criaturas, a saber, en las aves y en los ganados; pero después, por la víctima de la Encarnación de Cristo, invisiblemente le inmolaron en el Espíritu Santo, ya que conocemos su Encarnación a través de nosotros, pero no podemos contemplar su divinidad, sino que la abrazamos por la fe, así como también conocemos este mundo, pero contemplamos la vida eterna en la fe. Porque vemos nuestros cuerpos, pero de ninguna manera contemplamos las almas, salvo que solo sabemos que sin el alma no vivimos. Así también son todas las obras, algunas ciertamente oscuras, otras manifiestas, y así también tendremos al Creador de todo en su humanidad y divinidad. De tal modo, en los dos testamentos, Dios dejó al hombre a sus vicarios, para que así actuaran con él como les había mostrado, es decir, ungir sus heridas con misericordia, y limpiarlas en penitencia, y esto hasta el último día. Entonces también, cuando regrese, dará la mansión de la herencia eterna a todos los que en buena voluntad hicieron lo que les había demostrado.

Ahora tú, administrador de Dios, actúa así, y cuida que tu mente no esté oscura, sin sol, luna y estrellas: es decir, no elijas esto o aquello según la propiedad de tu voluntad, diciendo que esto o aquello es bueno, porque tu mente ahora es una nube oscura; sino mira al verdadero Samaritano, y como él hizo, así también haz tú en el ministerio al que has sido designado por tu maestro, ya que a Dios le agrada que se dispense misericordia a los necesitados, y que los pecadores sean llevados al arrepentimiento. Haz esto también tú en la medida de tus posibilidades, ayudando a aquel que da la misma limosna por sus pecados, para que vivas eternamente.

CARTA CXXXVII

MONJES DE SIGEBERGEN A HILDEGARDA. Se quejan de que no les responde, y piden que revele algo sobre el estado del monasterio de Sigeburg, y que envíe palabras de advertencia.

HILDEGARDIS, señora y madre amadísima, los hermanos unánimes de San Miguel en Sigeburg, todo lo que los siervos deben a su señora, o los hijos a su madre.

Con qué especial afecto de caridad os hemos elegido como madre espiritual, y os hemos acogido en el consorcio de nuestras oraciones, lo sabe el conocedor de todos los secretos, y vuestra propia devoción ha podido advertirlo por los frecuentes mensajes que os transmitimos. Pero vos, en cambio, nunca habéis mostrado afecto maternal hacia nosotros, ni siquiera habéis ofrecido las cartas de advertencia que, como madre a sus hijos, debíais dirigir incluso a los que no las desean. Sin embargo, como hemos comenzado, no dejemos de llamar a la puerta de vuestro corazón, para que, si no os levantáis porque sois nuestra madre, al menos por nuestra insistencia os levantéis y nos concedáis lo que necesitamos. Pedimos que nos reveléis algo sobre el estado de nuestro lugar en verdadera visión, y que nos enviéis palabras de advertencia y corrección. Estas son, amadísima madre, las cosas que especialmente deseamos de vos, rogándoos humildemente que transcribáis tanto esto como lo demás que sabéis que nos es más necesario; y así como nosotros os acogemos, así también vos nos recibáis en el consorcio de vuestra oración. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Algunos de ellos brillan como estrellas, mientras que otros languidecen en la oscuridad del cansancio, y sobre la caída del primer ángel por la soberbia.

En una visión del Espíritu, que frecuentemente veo, vi y entendí lo siguiente. Veo esta congregación como una nube que aparece, como esa luz cuando el día se va y la noche se acerca. Entre vosotros también veo a algunos que, con buena intención, brillan como estrellas, mientras que otros languidecen en la oscuridad del cansancio. Por lo tanto, levantaos y tomad la disciplina, no sea que el Señor se enoje y perezcáis del camino justo. También vi una especie de corona con dos círculos, uno inferior y otro superior, llenos de ángeles por todas partes, y en medio de esta corona, Miguel el arcángel se erguía como una torre, de modo que esos dos círculos se adherían a él como dos paredes. En su pecho resplandecía la forma del Hijo del hombre, alrededor de la cual estaba escrito: El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos (Salmo CIX). Él también extendía su brazo derecho, sosteniendo un escudo con la mano derecha, y junto a él apareció una nube como humo dorado ascendiendo de un incensario, en la cual resplandecían los méritos de las oraciones y las obras santas de este pueblo. Y lo oí decir a este pueblo: Mientras vea el esplendor de la santidad en vosotros, quiero luchar por vosotros contra los dardos negros que vea arder desde los impíos tiranos hacia las moradas de vuestro lugar. Entonces comprendí que esta vara de poder era la vara de Aarón, que floreció en ramas de virtudes: lo que Dios había puesto en el primer día como un ángel, quien por soberbia se apartó de la felicidad. Pero Dios miró la vara de la herencia en el monte Sion, que floreció como la virtud de la grandeza en el hombre, donde el Dios omnipotente se levantó en virginidad. Y esta flor salió de Sion, de donde también fluyen muchas aguas que dan un viento suavísimo, que son las obras verdes de santidad en las mentes de los hombres, de modo que reconocen a Dios en todo. Por lo tanto, en estos resplandece el rostro de Dios, cuando cortan de sí la sugestión del diablo, luchando contra él, como en medio de su poder, cuando tienen dos alas, de modo que aman a Dios más que a sí mismos, y realizan las obras más santas, y entonces se mantienen como una columna de nube en medio de sus enemigos, cuando los golpean desde ambos lados, amando a Dios y realizando las obras más santas: lo que brilla como el sol en los esplendores de los santos. Pero el primer ángel quiso más superar a Dios y estar en sus honores, que amarlo o hacer buenas obras: por lo cual el hombre honra la divinidad, cuando se vence a sí mismo, donde en su posibilidad podría hacer el mal. Cuando la virginidad permanece en el estandarte del Rey, y cuando otros en el gusto del pecado se apartan del molino de la iniquidad dejando el mundo, lo cual todo está en los esplendores de los santos: a quienes la palabra de Dios en la voluntad del Padre así manifestó. Y por eso a esta multitud en el Espíritu Santo se dice claramente: La bendición del Señor sobre vosotros en los esplendores de los santos, y todos los que os bendicen sean llenos de bendiciones, y de aquellos que os maldicen, la bendición huya.

EPÍSTOLA CXXXVIII.

MONJES DE HIRSAU A HILDEGARDA. Se quejan del abad, quien, sin haber sido ofendido, no cesaba de cargarles con oprobios y calumnias, a causa de la discordia que había surgido entre él y el prior.

A la Señora HILDEGARDA, divinamente elegida para la edificación de la Iglesia, el grupo de monjes pobres y pequeños en Hirsau, así adornados por la piedad divina, para que los humildes de Cristo sepan consolarse en la tribulación.

Bendita sea la gloria del Señor, que desde su excelso trono ha mirado con un orden admirable e inusitado, al querer que tanta luz de su gracia resplandezca en el mundo a través de ustedes. Por ello, todos los hijos de la Iglesia se regocijan; pero especialmente nosotros, que somos

inundados por la nueva luz de la exultación espiritual, mientras en el dolor que soportamos por la deficiencia de nuestro orden, esperamos ser alegrados por la divina consolación a través de ustedes. Por tanto, presten atención a lo que nos causa la mayor preocupación y lo que más inquieta nuestra mente. Con Dios como testigo, no desacreditamos en nada al señor abad, de quien, sin embargo, lamentamos que haya olvidado en muchos aspectos la suavidad paternal hacia nosotros, y que sea demasiado indulgente con algunos de sus familiares, usando también su poder libremente de manera excesiva en todo. De hecho, percibimos que nuestra reputación es lacerada por grandes calumnias e infamias sobre estos asuntos, y especialmente por la lamentable discordia que surgió entre nosotros hace tiempo, y no menos por la reciente disputa entre nuestro abad y el prior, deploramos que nuestra religión sea tenuta en el mayor desprecio por los seculares. Por lo tanto, inciertos sobre qué hacer, imploramos humildemente que, a través de sus oraciones, la voluntad divina se nos manifieste de alguna manera sobre estos asuntos. Y si mereciéramos ser informados por ustedes, mediante cartas consolatorias, sobre lo que principalmente, o lo que a Dios le sea más agradable en estos asuntos, lo que solo podemos hacer y sabemos que es gratísimo a su caridad, siempre nos esforzaremos por corresponder a este beneficio con la recompensa de nuestras oraciones.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que Dios no los olvide, solo pisen los vicios y hagan penitencia.

Serena luz dice: Oh, lloroso redil, y adornado con el signo del lazo de la obediencia, mantente firme en tus pensamientos y que tus deseos anhelan el amor de Dios. Considera, pues, dónde está la prosperidad o la adversidad. Escucha la medida de los valles. Los valles a veces reverdecen y florecen con el rocío del cielo y el calor del sol, y a veces se secan y desfallecen con el cambio de las estaciones. Sin embargo, no tengo a estos valles, que a veces pierden su belleza debido a la diversidad de las estaciones, en tal olvido como para que no resurjan en su belleza. Así tampoco olvidaré este lugar en el que te encuentras, porque la sabiduría no carecerá en él de materia de santidad, como él primero avanzó en rectitud. Tú, sin embargo, sé un redil luminoso en la victoria, pisoteando los vicios que en tiempos inquietos te sacuden; y no te avergüences de acusarte por tus malas obras, porque Dios unge y limpia todas las heridas en la penitencia. Sin embargo, el ojo viviente notó la causa pasada en aquel dolor en el que fuiste conmovido por la contumacia de tus superiores prelados, porque la dulzura del ungüento, es decir, la madre de la misericordia, fue retirada de algunas de tus ovejas que yacían en culpa, las cuales no fueron juzgadas correctamente en la pena que tuvieron en su penitencia. Pues una lluvia inapropiada hace la tierra árida. Así, el hombre que ha pecado, si no tiene a quien lo unja, huye inmediatamente a la desesperación y se seca, porque no se le ofrece medicina alguna según lo que él puede soportar. Ahora, queridos hijos, escuchad la voz de la luz viviente. Aprehended la misericordia que no ha nacido de vosotros, sino que viene de Dios, y por eso no la apartéis de aquellos a quienes debe ser otorgada. Por tanto, devolvedlos a la salud de sus almas.

EPÍSTOLA CXXXIX.

MONJES DE EBERBACH A HILDEGARDA. Que no oculte lo que debe corregirse en ellos.

HILDEGARDA, señora a quien eligió como sierva y confidente de muchos de sus secretos, el pobre rebaño de hermanos en Eberbach, en el número de las vírgenes prudentes con la

verdadera lámpara y la lámpara ardiente, con el Esposo de las almas fieles y de los ciudadanos celestiales, felizmente entrar a las bodas.

El Espíritu del Señor nunca ha abandonado a aquellos que ha elegido y predestinado para sí, sino que ha nutrido sus pensamientos con paternal mansedumbre, así os ha elegido a vos, alma feliz y bienaventurada, como instrumento y vaso de su elección. Amada señora, debemos obedecer vuestra maternal admonición, porque la verdad del Señor habla a través de vos. Con gusto recibimos vuestras admoniciones y os rogamos humildemente que no nos ocultéis lo que en nosotros debe ser corregido, sino que, como al Señor le ha placido revelaros muchos secretos, os esforcéis en insinuárnoslo. Que el ángel del consejo y de la fortaleza, que siempre está a vuestro alrededor, os conserve y guarde sana e íntegra. Amén.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Que tengan cuidado de no rechazar la felicidad que parece estar en ellos según la predestinación de Dios.

Mística de Dios me ordenan decir estas cosas en la sombra de la visión: Vosotros habéis ascendido a un monte muy alto, y en el valle habéis querido mirar. Entretanto, una gran tempestad sobrevino, ay, ay, el languor que está en vuestros lomos, como dice el probado siervo, a saber, David: Todo el día entristecido andaba, porque mis lomos están llenos de ilusiones, y no hay salud en mi carne (Salmo XXXVII), y por eso vuestros ojos languidecen por la escasez. Tened cuidado, pues, de no rechazar hacia atrás aquella felicidad que en la predestinación de Dios parece estar en vosotros, por la excesiva temeridad de las guerras, porque cuando Dios hizo el rostro del primer ángel como una lámpara muy elegante y fulgurante, él emprendió la temeridad, por lo cual su gloria en él pereció; ya que no deseó ningún bien, plantó su claridad en otra viña. Y porque Dios no tiene sociedad con el mal, procurad que la gracia especial de Dios no se aleje de vosotros en la obra de la antigua serpiente, porque él se regocija en sí mismo, y dice: Encuentro mi voluntad con la discordia en el pueblo espiritual, y con el cuello erguido camino con ellos. Por lo tanto, resistid al diablo, para que la luz de la claridad no os falte, como le fue quitada a él por su soberbia. Porque quienes a veces caen y se levantan de nuevo, no carecerán de la herencia de la gracia de Dios, sino que se inclinan en el torbellino de la venganza de Dios; y sin embargo, luego Dios reedifica en ellos la raíz de la primera iniciación del sacrificio de la virtud de Dios. Y os digo a vosotros que sois la plantación de Dios, sobre vuestro lugar las místicas de Dios dicen esto: Nunca te borraré, mientras no me resistas en la impía temeridad, que no desea ser lavada, como también muestra la temeridad del arte diabólico, como se ha dicho antes; en la bendición de Abraham, la luz viviente te bendice.

EPÍSTOLA CXL.

N. DEL PRIOR DE ZWIFELDA A HILDEGARDA. Cómo pueden restaurar la disciplina caída en su monasterio.

A su señora de San Ruperto, la muy amada HILDEGARDA, reverendísima por la cohabitación del Espíritu Santo, N., prior de Zwifelda, con los demás hermanos suyos, cuyos nombres Dios conoce, la debida exhibición de oración.

Si bien estáis de salud y con éxitos prósperos cumplís vuestros deseos, esto en todo sentido esperamos. Sin embargo, porque el abismo de la desesperación nos ha rodeado en la restauración de la religión de nuestro monasterio, y el mar de la irracionalidad ha cubierto nuestras cabezas, humildemente y suplicantes postrados ante vuestra presencia, solicitamos el

consuelo de vuestro consejo con toda devoción. Esperamos que con vuestras oraciones podáis obtener del Señor, para que por la revelación del Espíritu Santo debáis anunciarnos algo que nos sea de provecho, ya que muchas veces nos vemos agobiados por la importunidad de algunos de nuestros hermanos. Todo esto rogamos a vuestra santidad, que no desdeñéis respondernos con la reciprocidad de la pluma. Saludad y rogad al Señor con insistencia por nosotros, pecadores.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Reprende su negligencia y los exhorta a que se arrepientan.

Serena claridad dice: La luz más fuerte de la divinidad conoce y sabe todo íntegramente. ¿Quién toca este entendimiento, o quién lo comprende, sino aquel que ve en el ojo de zafiro, que Dios Padre es sobre todo tan inmóvil en su justicia, que no deja ninguna iniquidad sin castigo, porque ella lo toca? Y Dios Padre se deleitó tanto en sí mismo, que creó toda criatura por su palabra: de donde también su criatura le agradó, y abrazó a aquella criatura que lo toca amándolo. ¡Oh gran deleite de esta obra! Dios Padre es inmóvil en su rectitud, pero perdona al inicuo por su Hijo, advertido para obedecer. Pues su Verbo hecho carne observa, y recuerda que por su Verbo todas las criaturas fueron hechas. De esta manera también los santos de Dios lo tocan en advertencia con su clara voz, similar a una nube blanca volando como aire volátil de agua. Escuchen, pues, ustedes que irrumpen en sus crímenes. Se les llama Monte del Señor, porque deben imitar al Hijo de Dios en su comportamiento. ¿Por qué entonces descuidan las entrañas maternas de la caridad y la rectitud, siendo semejantes a aquellos que en Horeb castigaban su cuerpo según la ley, y nuevamente erraban en otro camino; como también hacen aquellos vigilantes que suenan en alta voz en la guardia, pero sin embargo perforan la ciudad con insidias? Su mente es como una nube que lleva tempestades, a veces teniendo ira en negligencia, a veces suciedad de ganado en petulancia, donde descuidan la ofrenda pacífica diciendo: No queremos resistirnos, porque no podemos ceñir nuestro cuerpo en constricción, ya que nacimos de Adán. Pues en el palacio del rey no quieren restringir su hígado como deben. ¿Por qué entonces no se avergüenzan, que como si fueran rescatados de un establo de asnos, y puestos en gran honor de ceremonias de santificación por el Señor supremo, verdaderamente regresan al establo de los asnos? ¡Ay de ustedes! en esto se han hecho semejantes a Balaam, que enloquecía en las heridas de cicatrices ardientes, furioso en la región de la sombra de la muerte. No abandonen, pues, el monte de la santificación en la vanidad del placer. ¡Ay de la deshonra que ha sido arrojada hacia atrás en un lugar ajeno! Pues perecen aquellos que transgreden en la santa institución. Tomen, sin embargo, la disciplina, y no se desvíen en el camino de la justicia, como si no tuvieran ley, y como si el sol no brillara sobre el incensario de la bendición, no sea que el Señor se enoje, y perezcan del camino justo, cuando yacen en la transgresión. ¡Oh sacrificios temibles y venerables, que no tienen la incredulidad de los ídolos, ni la carga de las heridas golpeantes! ¡Ay del dolor de la miseria, porque Dios destruirá en ustedes la murmuración de los ninivitas, a menos que corran rápidamente hacia el olivo de la santificación! ¿Por qué están encorvados en estas mentiras, como si no fueran ciegos? Pero son ciegos, cuando no prevén la causa en la que nacieron por la caída de Adán, y cuando la tienen en el brazo del abrazo riendo y carcajeando como si no la tuvieran. Huyan, pues, y no pequen, para que pronto llegue su salvación. Vean y caminen en el camino recto.

CARTA CXLI.

MONJAS DE ZWIFALTEN A HILDEGARDA. Para mostrar cómo deben regresar del camino de la negligencia al camino de la corrección.

HILDEGARDA, iluminada por una gracia especial de la divinidad, el humilde grupo de hermanas de Zwifilden, se amplifica en los dones recibidos del cielo.

La divina clemencia ha glorificado maravillosamente su omnipotencia en vosotros, al haber asumido de la frágil masa y haber cuidado de cumplir con los tesoros de su gracia en un nuevo orden. Por lo tanto, nos alegramos con vuestra claridad, y suplicamos encomendar a vuestras oraciones todo lo nuestro. También rogamos a vuestra piedad que, mientras os dedicáis a la visión divina, nos dirijáis palabras de advertencia, y no descuidéis mostrarnos cómo debemos regresar del camino de la negligencia al camino de la corrección. Que vuestra caridad en Cristo prospere.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para evitar la soberbia, que no sean danzarinas, ni salgan del monasterio, y que regresen al primer compromiso.

Quien todo lo ve y a quien nada se le oculta dice: Un cierto hombre noble se unió a sí mismo con suma diligencia a una esposa muy hermosa de rostro, con ojos de zafiro, cuya estatura era proporcionada y no torcida en ninguna diversidad, sino hermosa en todos los adornos. Ella también fue muy amable en todos sus aspectos, de tal manera que le convenía toda sinfonía en cítaras y en todo tipo de música: siendo tal, que no quiso ser concubina ni bailarina en atuendo de meretriz, y que no deseaba vagar por diversas calles, ni hablar para la burla de los jóvenes. ¡Oh vanidad e impureza de los dardos diabólicos! y ¡oh ignominia de la lascivia de las doncellas! tiembla ante este discurso. Cuando la forma femenina se aparta de la unión con el esposo, por amor a Dios, no queriendo unirse al hombre, ¡oh cuán grande es la nobleza en ella entonces, porque le conviene el desposorio con el Rey supremo, ya que ha rechazado al hombre carnal, y así debe abrazar a Dios, y adherirse a su Señor, porque no tiene un esposo terrenal. Pues ella debe permanecer así como Eva fue antes de que Dios la presentara a Adán, cuando entonces no miraba a Adán, sino a Dios. Así debe hacer la mujer que por amor a Dios rechaza al hombre carnal. Mire a Dios, y no a otro hombre, a quien antes no quería tener. Pero es muy duro y amargo debido a la astucia de la antigua serpiente, que el verdor de la carne en sí misma siempre esté seco. Sin embargo, cuando la mujer está fuertemente armada, de tal manera que se coloca en la cámara del Rey supremo, y abraza a ese Rey con dulcísima caridad, no queriendo practicar el oficio del ardor carnal en la concupiscencia, sino queriendo poner el rostro de su alma en Dios, rechazando el placer de su carne, entonces mire como el águila al sol, y como la paloma por sus ventanas, pensando y estudiando cómo abstraer su alma de las riquezas y delicias mundanas, y de la compañía del hombre carnal. Y por eso, la mujer que no quiere ir a la cámara del hombre carnal por amor a Dios, debe estar en la vida espiritual conmigo, que soy sin principio y sin fin; ni debe estar en abrazos furtivos amando secretamente a un rústico. Pero si hace esto, no está conmigo, porque tiene costumbres viperinas. Por lo tanto, la mujer que arde de tal manera, que no puede abandonar el mundo, no debe subir a la altura, ni al monte alto, para que después no se hunda en el lago, porque primero fue desposada conmigo, y luego fue a los abrazos carnales. Pues la Virgen María fue gozosa en el calor del Espíritu Santo, y su virginidad floreció. Pero ninguna forma femenina debe comenzar esto, que el Espíritu Santo no le ha enviado, para que después no quede vacía. La mujer que quiere mirarme, no debe estar en la diversidad de un corazón disperso sobre la ambición de este mundo, ni debe ser tortuosa por las ardientes palabras de la soberbia, sino que debe ser estable en todos los adornos de las virtudes, y en la nobleza de la caridad y la justicia, que dominan en todas las cosas hermosas del Rey supremo.

Ahora, oh multitud de doncellas, escucha lo que la voz celestial te proclama. No seas concubina, ni pongas tu mente en la alta vanidad del orgullo, de tal manera que desees discernir el honor del Rey para cada uno según su estado, pensando que no me es posible discernir el sol y la luna y los demás ornamentos del cielo. La meretriz considera todo como similar e igual, es decir, al príncipe como al campesino. Quien así actúa, me deshonra, haciendo la sabiduría semejante a la ignorancia, y la piedad a la vanidad, y las demás virtudes semejantes al cobre. Ahora, oh vosotras doncellas, no seáis bailarinas, en la semejanza de los peores comportamientos, según os plazca, para que no os engañéis mutuamente en todas las cosas si así lo hacéis. Pues la bailarina danza para cada uno según su voluntad. Pero tampoco caminéis con las puertas abiertas por la sordidez de vuestra mente, ni hagáis gestos en movimientos lascivos por la petulancia de la amplitud de vuestro corazón, como si en las plazas amaseis aquello que despreciasteis en los abrazos del Rey, cuando ponéis al campesino en vuestros abrazos por amor regio. Por lo tanto, la mujer que no desea tener la compañía de un hombre carnal, no debe de ninguna manera estar en público, porque esto no le conviene; sino que debe permanecer en secreto, cuerpo y mente, como la paloma en la cueva, para que no la atrape el halcón, es decir, el ánimo viril. Ahora tú, oh multitud, levántate rápidamente hacia el primer y regio desposorio de tu primer y principal esposo. Él te llama. Enmienda, pues, y corrige lo que le ofendiste, y te recibirá en la salvación eterna y vivirás.

EPÍSTOLA CXLII.

A. DEL PRIOR Y DEL CONVENTO DEL MONTE S. DESIBODI A HILDEGARDA. Se quejan de que, habiéndose criado entre ellos, no les escribe ni les envía palabras de advertencia.

A HILDEGARDA, verdaderamente llena de la gracia del Espíritu Santo, A., monje indigno y prior del Monte de San Desibodo, con los hermanos de ese mismo lugar, para que asciendan de virtud en virtud y vean al Dios de los dioses en Sion.

Cuando enviáis palabras de amonestación a tierras extranjeras y hacéis que muchos deseen el camino de la rectitud, nosotros, que os conocemos casi desde la cuna y entre quienes habéis estado durante muchos años, nos maravillamos de por qué nos priváis de las palabras de las visiones celestiales que anhelamos. Sabemos cómo fuisteis educada entre nosotros, cómo fuisteis instruida, cómo os comportasteis; porque no os dedicabais a otra cosa que a las labores femeninas, no fuisteis instruida en otros libros que en el simple Salterio, y sin reproche amasteis una buena y santa vida; pero la divina piedad os impregnó con el rocío celestial, como quiso, y os reveló la grandeza de sus secretos; y aunque deberíamos alegrarnos con vos en estas cosas, Dios os arrebató de nosotros contra nuestra voluntad y os trasladó a otras personas: no podemos investigar ni saber por qué lo hizo; pero solo esto, queriendo o no, lo soportamos con gran perturbación. Pues esperábamos que la salvación de nuestro lugar residiera en vos, pero Dios dispuso algo diferente a lo que deseábamos. Ahora, sin embargo, ya que no podemos resistir la voluntad de Dios, nos sometemos a ella y nos alegramos con vos, porque habéis manifestado, por revelación divina, muchas cosas hasta ahora invisibles, hasta ahora inauditas, habéis abierto lo que hasta ahora estaba cerrado. Pues llena del Espíritu de Dios, escribís muchas cosas que no aprendisteis de hombre alguno, cosas que los hombres santos y doctos admiran. Por eso, aunque estamos lejos de los santos, porque somos pecadores, suplicamos que, tanto por la gloria del Señor como por la antigua y justa familiaridad, os acordéis de nosotros, y nos brindéis palabras de consuelo, y nos ayudéis ante Dios, de modo que lo que nos falta, Dios se digne suplirlo en nosotros por los méritos de vuestras oraciones. Saludos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Para que regresen a Dios.

En una verdadera visión escuché una voz que decía lo siguiente contra las injusticias que tanto espirituales como seculares se cometen contra la justicia: Oh justicia, tú eres extranjera y forastera en la ciudad de aquellos que se componen y eligen parábolas del oficio de su propia voluntad, y no anhelan tus misterios ni tu amistad, tú que eres la amiga purpurada del rey. Por eso clamas por la suerte en la que no descansa ninguna justicia y en las aflicciones dices: Me avergüenzo mucho, tanto que escondo mi rostro bajo mi manto, para que los que me acechan no me vean; pero ellos dicen: Lo que sea de nosotros, beneficia a todos. Por lo tanto, oh justicia, tienes un gran celo, de modo que es reo de juicio quien te resiste. Y nuevamente en las aflicciones dices: ¿De dónde vienes? Del seno del Padre, y todas las regiones están reunidas conmigo; pero también donde están situadas todas las estaturas de los pueblos, y todas las instituciones de las generaciones, allí estaba yo, y así las columnas de nube se erigieron en mí. Ahora, sin embargo, soy el tedio de aquellos que en la primera raíz nacieron en mí. Por eso, antes de que me duela por la ignorancia de los pueblos, suspiro, y como aguas inundantes así es mi rugido en alta voz, el sonido de muchas aguas, por la excesiva necedad de los hombres en la charlatanería de sus costumbres, y en el estruendo de la deshonestidad. ¡Ay, ay, oh águilas, que pasasteis por mí a través del agua de la recuperación como una aurora resplandeciente y como una gema centelleante, ahora dormís, y sois como animales necios, que a veces avanzan y a veces retroceden, y a veces se mezclan entre sí al caminar.

Pero también sobre este monte de los hijos de Dios vi estas cosas en un soplo místico. Vi un monte de gran magnitud, en cuya cima se sentaba un gran hombre, que en cada mano tenía la ley de Dios como escrita en un pergamino, tal como se lee escrito sobre Moisés. Y bajo los pies de ese hombre había una multitud de personas rodeadas de circuncisión espiritual, quienes todos recibieron los instrumentos de esa ley con alegría y con suspiros diciendo: oh Señor nuestro Dios, cuando lleguemos a ti, con gusto te obedeceremos; pero sin embargo, a veces se mezclaron en un cierto torbellino, y en ocasiones hubo muchos crímenes entre ellos, que sin embargo lavaron con muchas lágrimas en la aspersion de la sangre de Cristo Jesús. Pues cuando el hombre yacía en tan grandes pecados, que no podía levantarse de ellos por sí mismo en ninguna frescura, dijo Dios: Quiero levantar al hombre por mí mismo, y plantarlo de nuevo en las entrañas de la misericordia, de modo que resida en el espejo de la confesión, quien no pudo arrancarse por sí mismo de las entrañas del diablo. Pero yo, pobre de mí, aunque veía muchos crímenes en ellos, no vi sin embargo soberbia en ellos, que por la contumacia desprecia a los pecadores en el lanzamiento de piedras. Pero bajo los pies de estos vi otra multitud de personas, rodeadas de una nube blanca, y con rostros hermosos mirando al cielo: quienes sin embargo, con petulancia y con la excitación de muchas inutilidades, como toros gordos a veces se acercaron, de modo que mientras miraban al cielo, tensaron sus arcos y lanzaron flechas contra el cielo, y golpearon con bastones de plomo contra el cielo, y así pusieron su boca en el cielo y su lengua pasó por la tierra. De donde vinieron truenos sobre ellos, y cayeron granizos sobre ellos, y muchas nubes los cubrieron. Y murmuraban por qué tales desolaciones los rodeaban así. Y la gracia de Dios les respondió así: A una gran bienaventuranza os reuní; pero en vuestra temeridad me rechazáis diciendo, ¿quién puede alcanzaros, o qué palabra puede venceros, o qué colinas, o qué lengua puede golpearos? Así como también los hijos de Israel despreciaron a Dios, cuando por la bendición de Abraham levantó sobre ellos el cuerno de las bendiciones, y los elevó a su seno por la alegría del honor. Pero ellos murmuraban con engaño, y en temeridad resistían a Dios, y abandonaron la santidad por la efusión de la sangre de Cristo. Entonces la bendición se fue

hacia atrás en ellos y se desvaneció, porque se inclinaron hacia la caída de la muerte. Y Dios de sus sacrificios y holocaustos edificó otra ciudad de la Iglesia, hasta que todas las aguas de los pozos sean llevadas al valle de las nubes negras. Y entonces todas las águilas en la rueda circundante se congregarán en un solo rebaño, porque ellas antes estaban en la bendición.

Pero también vi otra multitud de personas bajo los pies de aquellos ante cuyos ojos colgaba un carnero en las espinas de color dorado: a quien miraban con el aroma de mirra e incienso y con rostro fulminante, y de las manos de aquel gran hombre, que estaba sentado en la cima de la misma montaña, algunos riachuelos fluían hacia sus pechos. Y ellos clamaron con voz clara al seno de la sabiduría de esta manera: Dios nos reunió en muchos sacrificios en tiempos pasados; pero todos nosotros fallamos en muchas obligaciones: por lo cual hemos sido puestos sobre el lagar diciendo con el profeta: "He pisado el lagar yo solo, y de los pueblos nadie había conmigo" (Isaías 63). Y es cierto que cuando la red fue echada al mar, y recogía de toda clase de peces, así como aquellos pescadores eligieron los peces buenos en vasijas, así la gracia de Dios eligió a aquellos para la gloria, que son humildes de corazón y devotos en el temor del Señor, sin buscar saqueos. Ahora bien, la primera voz que os congregó para la alabanza de Dios, os haga estar en la raíz del bien como los primeros, que fueron consagrados en los muros del templo. Pero tú, oh monte, escucha en la admonición de Dios, Dios te constituyó como el monte Sinaí para ofrecerle sacrificio de alabanza. Ahora bien, conviértete a Dios, y sé el candelabro del Rey, de modo que no te avergüences en tu primera raíz, como la diestra de Dios te plantó.

EPÍSTOLA CXLIII.

MONJES DE SAN EUCARIO DE TRÉVERIS A HILDEGARDA. Desean ser estimulados por las exhortaciones de ella.

HILDEGARDIS, quien se adhiere constantemente a los abrazos del Esposo celestial, así como a todos los que con ella viven en Cristo, todo el convento del monasterio de San Eucharío de Tréveris, aquello que no hay nada mejor.

Cualquiera que intente hacer la voluntad del Padre que está en los cielos, es llamado hermano, hermana y madre del Señor (Mat. XIII). Pero quien se esfuerce por guiar a otros hacia el bien, como alimentándolos con leche, obtendrá especialmente la dignidad de madre. Por lo tanto, no sin razón te veneramos en el Señor como madre por encima de los demás, de cuyos pechos de consuelo y enseñanza nos nutrimos abundantemente en lo más íntimo. También magnificamos contigo a Aquel que hace grandes maravillas solo. Él ha ocultado estas cosas a los sabios y prudentes hasta ahora, y las ha revelado maravillosamente a tu humildad en nuestros días. Por consiguiente, ya que no podemos correr por el camino de los mandamientos de Dios con un corazón ensanchado, deseamos vehementemente ser estimulados por los impulsos de tu amonestación, según te lo haya concedido Dios. Además, debes saber sin duda que nos hemos deleitado en tus escritos, es decir, en el libro Scivias, como en todas las riquezas. Finalmente, humildemente pedimos ser ayudados ante Dios por vuestras santas oraciones y ser fortalecidos por vuestros consejos.

RESPUESTA DE HILDEGARDA. Alaba su santa conversación.

Vosotros que os habéis revestido con la túnica de Cristo y deseáis imitarlo, escuchad lo que dice el Salmista: "Tú que haces de las nubes tu carroza, que caminas sobre las alas del viento" (Salmo 103). ¿Qué significa esto? En la creación del mundo, pusiste la nube como el ascenso

de las criaturas voladoras, que están en la altura del aire. Esto también es así: Dios previó que establecería un pueblo espiritual en sí mismo, como dice el profeta: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" (Isaías 60). Las mentes espirituales son como nubes, que son como la materia de los luminarios, es decir, del sol, la luna y las estrellas. Así también la obediencia es como la materia de la humildad, la caridad y otras virtudes, en las cuales los fieles vuelan como palomas, cuando a través de la atadura de su propia voluntad esconden sus deseos, de modo que a través de la cavidad de la inocencia miran al sol, como si no fueran hombres en la voluntad de su carne. Y así el Creador de todo camina sobre las alas del viento, cuando el Hijo supremo en la humildad de la castidad surgió como una hermosa flor, y así permaneció en mansedumbre. Por eso está escrito: "¿Sobre quién reposaré, sino sobre el humilde, y el manso, y el que tiembla ante mis palabras?" (Isaías 66). Estas son las alas del pueblo espiritual; pero quienes carecen de ellas, caerán como aves que no tienen alas para volar. En estos también se convierte la multitud del mar y la fortaleza de las naciones viene. Pues una innumerable multitud de hombres corre hacia estas alas. Pero algunos entre ellos miran hacia el norte por el torbellino de la vana gloria y la soberbia y por las superfluidades de las costumbres mundanas confiando en sí mismos, sin seguir al Salmista que dice: "Es mejor confiar en el Señor que en los príncipes" (Salmo 117). ¿Qué significa esto? Es mucho mejor y más útil mirar y volar en la nube a través de la túnica de Cristo, que confiar en uno mismo, como sucedió en la causa del ángel perdido, que en su soberbia quiso superar a aquel ante quien no pudo permanecer, sino que cayó en el abismo como plomo. En esta soberbia también Adán huyó de la vida, y encontró una peregrinación ajena, en la cual miró a su Padre como a un extraño en su peregrinación; a quien antes había conocido bien, cuando era inocente en humildad. Así también los hijos de los hombres confían en sí mismos, engañados como si tuvieran esperanza en los príncipes. Pero cuando Dios clamó: "Adán, ¿dónde estás?" previó que la obra de sus dedos no sería completamente perdida, sino que en algún momento sería redimida, como está escrito: "Redimiste la vara de tu heredad, el monte Sion en el que habitaste" (Salmo 73). ¿Qué significa esto? Dios se acordó del hombre, cuando a través de la mujer aplastó la cabeza de la serpiente, donde el Verbo se hizo carne y fue el monte Sión, en el cual Dios habita en humildad, y el Hijo en el corazón del Padre.

Ahora bien, tú, congregación reunida, escucha, para que seas el monte Sion. Pues Dios desde el principio había previsto lo que quería hacer con toda criatura. También el Verbo del Padre en la Virgen. Una vara surgió como hombre, y esa misma vara fue la materia de todas las virtudes de santidad, de la cual también vosotros, oh pueblos espirituales, habéis venido. Eva, en efecto, dio origen a todo el género humano: pero esta vara lo renovó en su verdor, cuando de su vientre salió el Hijo de Dios. Por lo cual sois, oh monte espiritual Sion, porque el Padre en su Verbo os plantó. Pues también el Hijo del excelso Padre habitó en el tabernáculo de María Virgen, y como un fuerte león salió de ella, de modo que todo el mundo lo vio, quien también os congregó a vosotros, pueblos espirituales, en sí mismo, cuando voláis hacia él como nubes, no llevando vuestros pecados en la voluntad de la obra. Él, en efecto, fue sin pecado. Y entonces lo imitáis, cuando camináis tras él, rechazando pecar, no siendo como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra, ni como el veneno de las áspides, ni como el plomo en aguas impetuosas; sino que cuando corréis en vana gloria, sois como polvo, que se esparce aquí y allá, y que no siembra el fruto de la justicia, ni planta la viña escogida; sino que produce gran fama y daña vuestras almas: pero cuando estáis en la malicia del orgullo, concebís el veneno incurable de las áspides, que os mortifica. Y cuando surge la inquietud de las mentes entre vosotros, sois como el plomo, que cae violentamente en el pozo. Pues la vana gloria y la malicia son las entrañas del orgullo, y que así, con la inquietud de las mentes, se entrelazan mutuamente, el odio y la envidia les sirven. De donde la paz y la seguridad huyen de allí, y la caridad de Cristo se retira, y los que están en esos males caerán como

plomo en aguas impetuosas, porque no tienen alas de elevación. Pues el celo del Señor en su venganza clama sobre ellos, como en otro tiempo tronó cuando arrojó al enemigo soberbio al abismo, como dice el Salmista: "Levanta tus manos contra las soberbias de ellos hasta el fin, ¡cuánto ha malvado el enemigo en el santuario!" (Salmo LXXIII). Pues Dios elevó las obras santísimas cuando separó la luz de las tinieblas, porque allí la soberbia con todas las entrañas del diablo cayó al final, cuando mirando al norte, puso su escudo en la nada, donde también pereció por completo. Pero sin embargo, después, de nuevo la soberbia en los hombres construyó muchas ciudades sin longitud de días, y añadió penas a penas, y causó ruinas en la multitud de aflicciones, donde los hombres dijeron: No conocemos a Dios, ni queremos adorarlo. Y así el enemigo ha malvado en el santuario.

Ahora, sin embargo, la luz viviente dice a los hijos de esta multitud: Vosotros sois las paredes del templo, porque la Iglesia primitiva os plantó, por lo cual huid de la vana gloria y la soberbia, y del torbellino de muchas inquietudes. Ahora, con ojos vivientes, ved estas cosas, y con oídos interiores, escuchadlas. No veo vuestro lugar en la dispersión, aunque haya de sufrir muchos azotes. Vivid, pues, y velad en Dios. Pues también en verdadera visión vi a algunos en esta congregación resplandecer como la aurora, a otros brillar como el zafiro, y a otros lucir como la luz de las estrellas. Porque los que resplandecen como la aurora, tienen el temor de Dios, y guardan con gusto los preceptos de la ley regular por amor a Dios, aunque a veces parezcan desviarse por la carne, como una víctima que es llevada al sacrificio. Pero los que brillan como el zafiro, tienen la caridad de Dios, y por eso no cometen pecados graves, aunque pequen, y también por sus delitos se castigan con gusto, y esto lo tienen por costumbre. Pero los que lucen como la luz de las estrellas, tienen benevolencia, y por eso no riñen con los hombres, sino que mantienen la inocencia de los modos infantiles, y se abstienen con gusto de los pecados graves, y los consideran odiosos. Y vi a otros en la negrura de un humo amargo debido a la costumbre de hábitos sórdidos, en la cual algunos son amargos por la propiedad de su mente, y aman las riquezas, y por eso no aman la costumbre espiritual; sino que a aquellos que están en los tres modos mencionados anteriormente, a menudo los afligen.

Y oí una voz del cielo clamando: Mientras esta congregación se mantenga en estos tres modos, no será abandonada por Dios. Pero también a aquellos que estaban en la mencionada oscuridad, escuché la misma voz diciendo: Levántate, Aquilón, y ven Austro, sopla sobre mi jardín, y fluirán ante él. Lo que se dice: Retírate, maldad de la iniquidad, y ven bondad de la justicia, y riega con virtudes la plantación de santidad, para que brillen en ella obras que no se marchiten. Porque el Aquilón son los contendientes, que con palabras de disputa y excusas de avaricia y provocación de injurias quieren derribar las dulces y útiles hierbas de las virtudes, así como el Aquilón precipita todo. Pero aquellos a quienes afligen de este modo, aprenden la paciencia, y con un gemido lacrimoso claman a Dios por sus pecados y los de estos; de donde también a veces se cansan de pecar; y por esto el humo de los aromas asciende desde sus corazones, que los ángeles reciben, y así a través del aquilón se otorga verdor a los buenos. Aquellos también que poseen bienes con gusto, lanzan algo a los que brillan en los tres modos mencionados, para que se confundan, y también en las causas necesarias de sus obediencias, buscan cómo afligirlos, y muchas veces se envuelven en la impureza de la carne, como el cerdo que se revuelca en el estiércol, y con guiños de ojos serpenteantes con gravísima costumbre a veces fatigan a otros. Pero vosotros que amáis la injusticia, recordad esta advertencia, de modo que reconozcáis que las facultades de vuestra propia voluntad son idolatría, y separadas de los órdenes angélicos, es decir, del pueblo espiritual, así como el ídolo de la falsedad está separado del verdadero Dios, y también dejad otros pecados; y huid hacia la fuente que salta para que os lavéis. Mirad también el lavacro de aquel pacto por el

cual dejasteis el mundo, para que os apartéis de los pecados, y esforzaos para que vuestro sacrificio sea abundante, de modo que perseveréis en el bien que habéis comenzado. Porque siempre que el hombre sacrifica su voluntad en la rueda de su carne, es un sacrificio para Dios. Esto es aceptable a Dios como el sacrificio de Abraham, cuando él ató a su hijo para sacrificarlo obedeciendo a Dios. Domina las manos quien deja las malas obras, y ata los pies quien constriñe los caminos de su propia voluntad, y obedeciendo inclina, como Isaac inclinó la cabeza hacia la espada, y domina el cuerpo quien rechaza la concupiscencia carnal. En esto está la victoria que lleva el estandarte, que en buena fama, y en los suaves olores de las virtudes exhala. Quien lo tiene, camina seguro ante todos sus enemigos. De este modo el sacrificio se hará abundante, como el becerro cebado, que estaba sin mancha alguna, por los cuales el alma desfallece de delgadez, porque el bien pleno es abundante. Cristo, fatigado por las injurias, no pecó, y en esto santificó la paciencia de los santos: por lo tanto, vosotros fieles, preparad vuestros corazones para las batallas de aquel que os dio ejemplo, y desechad la preocupación de aquellos de quienes no necesitáis, y esforzaos para aparecer en el alfa y el omega. Porque en la sensualidad de los pecados estáis oscurecidos; pero cuando os levantéis de los pecados, aparecerán en vosotros las hermosas formas de las virtudes; por lo cual también la diestra de Dios os proteja.

EPÍSTOLA CXLIV.

N. DEL PRIOR Y DE LOS MONJES DE CISTELLO A HILDEGARDA. De ella desean saber qué en el orden desagrada a Dios.

A HILDEGARDA, señora digna de honor y maestra de sincera caridad, para ser abrazada con los brazos de amor, de las hermanas de San Ruperto en Pinguia, N., prior indigno y toda la congregación pobre y humilde de los hermanos Cistercienses, para seguir al Cordero dondequiera que vaya entre los coros de vírgenes.

La distancia de los lugares nos separa, ya que no podemos disfrutar corporalmente de vuestra deseada presencia, nos alegramos de saludaros y hablaros por medio de esta carta, pues en Cristo os veneramos como superiora, y esperamos teneros como mediadora ante Dios, como a una madre queridísima. Habiendo escuchado la fama de vuestra buena conducta y fiel administración en Dios, ofrecemos por vuestra estabilidad y servicio de oración, y presentamos nuestro ministerio a Dios por vuestra salvación. Por tanto, oh señora, os escribimos esta carta de salutación, para que hagáis memoria de nosotros, y os esforcéis en hacer lo mismo con vuestros súbditos. Pues hemos oído mucho sobre vos, de lo cual nos alegramos mucho, para que podáis escudriñar los misterios de Dios y manifestar no pocas de sus cosas ocultas. Por consiguiente, pedimos vuestra clemencia, para que lo que en nosotros y en nuestro orden, es decir, monástico, os desagrada, o más bien a los ojos divinos, no dudéis en escribirnos según lo que Dios os haya mostrado. Adiós.

RESPUESTA DE HILDEGARDIS.

Yo soy la fuente viva, que por mi nombre los extranjeros han vestido mi túnica en la aflicción del mundo. ¡Oh, es para llorar y lamentar! ¡que el cielo se ha roto y que el día se ha oscurecido! Ahora, pues, el denario debe ser devuelto al atrio de la voz de alabanza. Oh hijos de Israel, ¿por qué corrompéis la dulcísima caridad, que en mí fluye desde lo alto hacia lo profundo con obra plenísima? Y porque ella fluye en mí, por eso también fluyen de ella aguas vivas. Ella, sin embargo, se mantiene en forma de vara, porque así como en la virgen hay dulcísimos abrazos por su integridad, así también la caridad tiene dulcísimos abrazos de

virtudes. Pero ahora llora, porque los temerarios la desgarran con la charlatanería de su murmuración. Por lo cual también huye de ellos hacia aquella altura de donde vino y llora, porque sus hijos, a quienes alimentó con pechos llenos, desfallecen, no queriendo ser limpiados de la podredumbre de las mentes volátiles. ¡Oh, ellos miserables! ¿por qué se unen a la miseria de la alienación y la peregrinación, apartándose de las entrañas de las bodas reales de la nueva esposa, que siempre está preparada para su Esposo, como la virgen para su esposo, cuando aún no está unida en conocimiento, sino que permanece en su integridad incorrupta; y ellos se separan de esa esposa, y por eso están oscurecidos y nublados, como si hubieran roto el cielo. ¿Qué es esto? Así como el firmamento del cielo en todos sus ornamentos, a saber, en el sol, en la luna y en las estrellas ilumina el orbe; y así como el artesano hace de la madera madera, de las piedras piedras, y de otros instrumentos otros instrumentos, así también ellos deberían iluminar al resto del pueblo y mostrar el buen camino; pero la caridad en ellos está desgarrada, de modo que la virginidad que debería brillar en ellos como el sol, y la viudez como la luna, y el resto del pueblo como las estrellas en su luz, desfallecen, porque las dulces entrañas maternas no los calientan, sino que una mujer tortuosa llena de arrugas y negrura, llena de costumbres viperinas y dientes chirriantes, horrible en todo lo que hace, los expulsa de la peor manera según las costumbres de los cerdos; quienes debieron ser santos y elegidos y dejar el mundo. Ellos, en efecto, desgarran la vestidura de la inocencia en sí mismos con costumbres espinosas, en la ira, y corrompen sus vitalidades en la ira. Viviendo, ciegan sus ojos en la desesperación y contaminan todas sus vestiduras por la necedad de sus costumbres, y se consideran sabios por encima de sus maestros. ¡Ay! ¡ay! hijos de Israel, en vuestro primer nacimiento no os constituyó así místico y dorado. El resto se desea, faltando tres hojas siguientes del manuscrito.

EPÍSTOLA CXLV.

HENRICI [leg. HELINGERI] ABAD Y CONVENTO DEL MONTE DE SAN DISIBODO A HILDEGARDA. Desean que ella les escriba sobre lo que en ellos mismos desagrada a Dios, y le ruegan que encomiende la vida de San Disibodo en sus escritos.

HENRICUS, por la gracia de Dios siervo en el monte de S. Disibodo y proveedor del rebaño del Señor, junto con toda la congregación de sus hermanos, a la venerable madre señora HILDEGARDA de S. Ruperto, rayo del esplendor divino, iluminada más allá de la capacidad del sentido humano, como muy verdaderamente sabemos, plenamente, abundante en los dones del septiforme Espíritu Santo, y que ministra a los sedientos copas de la misma fuente por causa de la divina remuneración.

Porque, madre amada, por el impulso del Espíritu del santo Paráclito de Dios omnipotente, así como por el mandato de aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II), hemos sabido que vuestra santidad ha venido recientemente a nosotros. Al mismo Paráclito, en la medida de nuestras posibilidades, aunque no podamos hacerlo dignamente, le damos gracias incesantemente, porque, para confesarlo verdaderamente, hemos sentido plenamente entre nosotros y en nosotros el ardor y el toque de su iluminación, mientras que todos los fomentos de odio e iniquidades inveteradas durante muchos años, hemos rechazado unánimemente, y hemos convenido plenamente en la unidad de la verdadera caridad, casi como en un solo cuerpo y alma. Por lo tanto, solicitamos con fervientes oraciones el amor de vuestra santidad, para que, a la vista de la gracia divina del esplendor que os ha sido concedido, por el cual se abren a los ojos de vuestro corazón lo que estaba cerrado a vuestra caridad y oculto a los demás mortales: porque por deber debéis, ya que con vuestras hermanas habéis salido de nosotros, aunque en cuerpo, pero no en espíritu,

como verdaderamente esperamos y sabemos. Si verdaderamente hemos convenido en la verdadera caridad, que es el inicio de todos los bienes, o si alguna raíz de disensión aún se oculta entre nosotros, manifestadlo; pero también sobre otras cosas mayores, para no hablar de las menores cometidas, que hayáis conocido contrarias a los ojos de la divina majestad, queráis manifestárnoslo por escrito. Sobre esto, con unánime consenso, llamamos oportunamente e importunamente a la puerta de vuestra caridad para la descripción de los hechos y virtudes, así como de la vida de nuestro patrón, y también vuestro, el beatísimo Disibodo, en cuya casa fuisteis nutrida desde la cuna, y recordamos íntimamente a los oídos de vuestra piedad, y con fervientes oraciones incansablemente derramadas solicitamos, para que también la memoria de vuestra beatitud sea tenida en las alabanzas de nuestro mismo Padre, que nos reveléis lo que Dios os haya revelado sobre él. Que el Padre omnipotente de eterna misericordia inflame la mente de vuestra caridad con la luz de su resplandor, y suministre a los que fervientemente desean los cálices para refrescarse.

(La respuesta a esta carta se encuentra entre las epístolas publicadas de Santa Hildegarda, y también la Vida de San Disibodo, compuesta por ella misma, aparece en Surius el 8 de julio.)